# La novela profesional del Magisterio

Fermín Ezpeleta Aguilar

INSTITUCIÓN FERNANDO EL CATÓLICO

Fermín Ezpeleta Aguilar

# LA NOVELA PROFESIONAL DEL MAGISTERIO

# LA NOVELA PROFESIONAL DEL MAGISTERIO

Fermín Ezpeleta Aguilar

INSTITUCIÓN FERNANDO EL CATÓLICO
Excma. Diputación de Zaragoza
2025

Este libro ha sido editado por el Grupo de Investigación Genus (H30_23R) de la Universidad de Zaragoza gracias a la financiación del Gobierno de Aragón y de los fondos FEDER

Publicación número 4153
de la Institución Fernando el Católico
Organismo autónomo de la Excma. Diputación de Zaragoza
Plaza de España, 2 • 50071 Zaragoza (España)
Tels. [34] 976 28 88 78/79
ifc@dpz.es
www.ifc.dpz.es

© De los textos,el autor
© De la imagen de portada, Julia Minguillón
© De la presente edición, Institución Fernando el Católico, 2025

ISBN: 978-84-9911-763-8
Depósito legal: Z 1849-2025
Maquetación: Isidoro Gracia
Impresión: Estilo Estugraf Impresores, S.L.

IMPRESO EN ESPAÑA-UNIÓN EUROPEA

# LA NOVELA PROFESIONAL DEL MAGISTERIO

# ÍNDICE

**INTRODUCCIÓN** 13

La novela pedagógica: un género francés 13

La prensa profesional del Magisterio 15

El cuento profesional del Magisterio 19

La novela profesional del Magisterio 21

Delimitación del corpus 28

**EL MAESTRO DEL SIGLO XIX EN ÉPOCA ANTERIOR A LA RESTAURACIÓN** 35

*El maestro de escuela o el civilizador del mundo* (1865) de Domingo Erosa 39

*Un maestro* (1866) de Carlos Yeves 42

*Páginas originales: memorias de un maestro de escuela* (1886) de Valero Almudévar 44

**EL MAESTRO DE LA PRIMERA RESTAURACIÓN** 49

*Historia de un maestro de escuela contada por D. Casiano Harto de Sufrir* (1912) de Antonio Rincón 51

*¡Maestro!* (1922) de Martín Chico 55

**LAS MAESTRAS DE LA PRIMERA RESTAURACIÓN** 61

*Doña Mesalina* (1910) de López Pinillos (*Parmeno*) 64

*La revolución del 68 y la cultura femenina. Un episodio nacional que no escribió Pérez Galdós (Apuntes al natural)* (1929) de Concepción Saiz Otero 66

*Emprendamos nueva vida* (1905) y *Vida de colegio* (1916) de Magdalena de Santiago-Fuentes 69

*El jardín de las mujeres* (1906) de Melchora Herrero 71

**EL MAESTRO DE LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX** 75

*Escuela es amor* (1911) de Tomás Lucas García 77

*Entre montañas* (1920) de Antonio Juan Onieva 81
*Levántate y anda* (1925) de Rafael Pérez y Pérez 85
*Los irredentos* (1926) de Anacas del Rin 90
*Un palo de ciego* (1927) de Alejandro Gargallo 93
*Un año de mi vida* (s. a.) de Santiago Hernández 96

**MAESTRAS DE LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX** 99
*El amor pone cátedra* (1924) de Fernando Mora 101
*La eterna inquietud* (1926) de Antonio J. Onieva 104
*María de la Luz la maestrica* (1925) de Guillermo García Vilaplana 106
*Clara Angélica* (1926) de José Eusebio Lillo Rodelgo 108
*El último cacique* (1927) de Rafael Pérez y Pérez 111
*Toda corazón* (1931-1933) de Lucía Calle Matesanz 113

**EL MAESTRO REPUBLICANO** 117
*Un republicano* (1978) de Honorio García Álvarez 119

**LA MAESTRA REPUBLICANA** 123
*Diario de una maestra* (1961) de Dolores Medio 125
*Historia de una maestra* (1990) de Josefina Aldecoa 128
*Mujeres de negro* (1994) de Josefina Aldecoa 131
*La fuerza del destino* (1997) de Josefina Aldecoa 134

**EL MAESTRO EN LA ESCUELA DE LA POSGUERRA** 137
*La novela de un maestro* (1960) de Luis Carbonell 141
*Dabar* (1956) y *El maestro* (1958) de Luis Lucas y José Gallardo 143
*Primer destino* (1989) de Salvador García Jiménez 145
*El maestro y el robot* (1983) de José Antonio del Cañizo 148

**LA MAESTRA EN LA ESCUELA DE LA POSGUERRA** 151
*Maestra nacional* (1943) de Augusto Martínez Olmedilla 154
*Mari-Sol, maestra rural* (1944) de Josefina Álvarez de Cánovas 156
*Memorias de Mari-Sol, inspectora* (1947) de Josefina Álvarez de Cánovas 159
*Diario de una maestrita rural* (1963) de Julia García Fernández-Castañón 161
*Fragmentos del diario de Petrita López* (1955) de Ángel González 165
*Maestra y mujer* (1964) de María del Carmen Martínez López 168

*Cerco de arena* (1961) de Enrique Nácher 170
*Las hogueras* (1964) de Concha Alós 172
*Diario de Albatana* (1967) de Jorge Ferrer-Vidal 174
*Cinco panes de cebada* (1981) de Lucía Baquedano 175

**CONCLUSIÓN** 179

**BIBLIOGRAFÍA** 185

# INTRODUCCIÓN

## LA NOVELA PEDAGÓGICA: UN GÉNERO FRANCÉS[1]

*Les Aventures de Télémaque* (1699) de Fénelon fue una obra francesa de extraordinario éxito utilizada como instrumento pedagógico en los centros docentes europeos[2]. Se trata del libro más editado del siglo XVIII que adquiere el rango de canon de un tipo de obra denominada novela pedagógica o de instrucción. Este modelo se relaciona con el *Bildungsroman* o novela de formación, cuyo paradigma lo representa *Los años de aprendizaje de Guillermo Meister* de Goethe, escrito un siglo más tarde que el libro de Fénelon. La novela pedagógica tiene precedentes en la Antigüedad (*Ciropedia* de Jenofonte y diálogos clásicos) y coincide con la de formación en que también desarrolla un tema educativo, con la diferencia de que en aquella se traslada un programa pedagógico compacto a cargo de un profesor, mientras que en el *Bildungsroman* importa el proceso de autoconocimiento. En la novela pedagógica se trata de demostrar la pertinencia de la enseñanza transmitida por el mentor al discípulo. Es decir, el profesor cobra protagonismo y conforma con el alumno lo que el mejor estudioso del género francés[3] llama «pareja pedagógica». La novela pedagógica contiene la demostración de que el mentor tiene la razón (enseñanza positiva) o, cuando se plantea un adoctrinamiento *ex contrario*, que carece de ella.

De manera que en el *Telémaco* hay una defensa del sistema pedagógico glosado en la historia y puesto en boca del personaje maestro. Lo mismo puede decirse de otra novela pedagógica clásica, *Émile, ou l´éducation* (*Emilio*) (1762) del ginebrino Rousseau, en los límites del ensayo y la novela de tesis pero cuyo esquema narrativo se fundamenta asimismo en la «pareja pedagógica», con un discípulo que se mueve

1 La configuración histórica y la evolución del género novela pedagógica puede verse en Mª Ángeles Rodríguez Fontela, a la que sigo aquí en el subcapítulo de su libro «Novela didáctica y novela pedagógica. Relaciones con la novela de autoformación» (1996, pp. 269-385).

2 Clark, 1984, p. 202.

3 Granderoute, 1985.

en el ámbito que el mentor ha dispuesto para él. El cuerpo educativo transmitido queda en parte aligerado de la carga preceptiva de la tesis en virtud de la concepción pedagógica inspirada en el principio socrático de crear las circunstancias para que brote el aprendizaje de modo natural, dando la sensación de que el alumno aprende por sí mismo.

Este género se desarrolla a lo largo del siglo XVIII y se enriquece con obras que incorporan elementos paródicos, como ocurre en *Telémaque Travesti* (1717) de Marivaux. En la segunda mitad de siglo, la literatura en francés aporta dos títulos que suponen la culminación del género. Por una parte, *Nouvelle Heloise* (*Nueva Eloísa*) (1761), de Rousseau, *summa* pedagógica que sintetiza las anteriores aportaciones. Por otra parte, *Candide* (*Cándido*) (1759), de Voltaire, que representa el grado de subversión máxima del género pedagógico, al convertir al profesor en el antagonista que dificulta la formación del aprendiz. La figura del mentor pervivirá en la novela francesa posterior con funciones educativas nuevamente moduladas.

La literatura española incorpora este modelo de novela de instrucción en el siglo XVIII a través de algunas obras de Montengón (*Eusebio*, *Eudoxia*), pero queda en vía muerta en beneficio del género menos rígido del *Bildungsroman*, que pasa a la gran novelística realista del XIX (con Galdós a la cabeza) para indagar insistentemente en las claves educativas de toda una nación. De forma tenue, aparecerá algún título cercano al viejo esquema francés en época de la efervescencia pedagógica de la Institución Libre de Enseñanza, como es el caso de *Minuta de un testamento* (1876) de Gumersindo de Azcátate.

La novelística española de la época del realismo se acoge por lo general a la novela de formación, sobre todo en su versión de anti-*Bildungsroman*[4] aunque, paradójicamente, el rígido esquema de la novela de instrucción va a ser retomado por la novela moderna de principios de siglo XX para poner en entredicho el dogma de la ciencia o de la doctrina pedagógica. En esas nuevas novelas la autoridad del profesor se resquebraja, pero no desaparece la marca primera de «pareja pedagógica» para sostener historias que en algunos casos se convierten en paradigma de la nueva novelística (*Amor y pedagogía* de Unamuno; *La voluntad*, de Azorín, ambas de 1902).

4 La literatura hispánica prefiere seguir la estela de la novela de formación no alemana (francesa o inglesa del XIX), en la que se pone en cuestión el propio concepto clásico de educación. En el subgénero alemán, por el contrario, se mantiene viva una confianza mínima en la educación del individuo. Por eso, en el ámbito no alemán, desde muy pronto el género se orienta hacia la antinovela de formación.

En el ámbito de la escuela primaria los maestros y maestras españoles van a ver reflejado el esquema de la novela pedagógica en la obra de uno de los pedagogos más influyentes, el suizo Pestalozzi (1746-1827), que es el autor más citado de la bibliografía educativa de la época. Su sistema se fundamenta en la teoría de la intuición que preconiza el apoyo de las formas sensibles y la enseñanza por medio de objetos. Al socaire de esta influencia en España, Manuel Godoy fundaría en 1805 el Real Instituto Militar Pestalozziano y algunas novelas del pedagogo suizo como *Leonardo y Gertrudis* (1787) y *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos* (1801) serán conocidas por los maestros españoles. En la primera el autor traslada al lector modelos educativos edificantes; y todo un sistema pedagógico, en la segunda. Lo importante, en todo caso, es la transmisión de un ideario educativo. Más adelante, los maestros españoles también saludarán la aparición de las novelas pedagógicas del italiano Edmondo de Amicis. Particularmente, *Cuore* (1886), traducida enseguida por Hermenegildo Giner de los Ríos y, en 1890, *Novela de un maestro.* Bajo el formato de diario, la primera se convirtió en una lectura amable para los escolares. La segunda presentaba un tono amargo y de desencanto, muy próximo ya al que iba a tener la novelística española profesional, objeto de nuestro estudio.

## LA PRENSA PROFESIONAL DEL MAGISTERIO

La escuela española del último cuarto del siglo XIX venía regulada por la Ley de Educación de 1857, conocida como Ley Moyano. A partir de entonces, los docentes que rigieron las escuelas se formaron según el espíritu templado de aquella importante pieza legal, que se mantuvo vigente a lo largo de más de un siglo. Fue una ley bendecida por todos los estamentos de la sociedad de la época, y entre sus valores estaba el de prescribir un currículo fundamentado en el principio *Non multa, sed multum.* Las pocas cosas que se enseñaban podían quedar grabadas en la mente de los niños y niñas que recibían las lecciones. A lo largo de los seis años de la etapa escolar (de los 6 a los 12 años) se trataban a diario cuestiones de lengua, con tres asignaturas distintas: Lectura, Escritura, y Gramática Castellana con ejercicios de Ortografía. Las otras dos materias básicas eran Principios de Aritmética y Doctrina Cristiana y Nociones de Historia Sagrada, acomodada a los niños. Completaba el currículo elemental la Agricultura, para los niños; y Labores, Dibujo e Higiene, para las niñas. Había otras asignaturas, pero solo para aquellos alumnos que ya habían adquirido estos conocimientos básicos.

Sin embargo, aquella ley tuvo un talón de Aquiles: «la cuestión de los pagos». Los maestros del último cuarto del siglo XIX se debatían entre la contradicción de desempeñar altas misiones y la necesidad de sortear las severas constricciones de todo tipo que el día a día les imponía. La retórica del momento acuña para

ellos expresiones encomiásticas y, a la vez, los periódicos profesionales del Magisterio dan cuenta cada semana de las vejaciones y privaciones en las que se ven inmersos estos mentores de la infancia. Por otro lado, las juntas locales (*mutatis mutandis* los consejos escolares actuales) no suelen tratar como merece al profesor de primeras letras: ni siquiera este forma parte de aquel órgano de gestión. Y así, los exámenes generales sirven no pocas veces para que los que reciban las calificaciones de «mediano» o «malo» sean los propios maestros, siempre de manos del alcalde, el vocal eclesiástico y los representantes de padres de alumnos, integrantes de tales juntas.

Los sueldos son insuficientes y se mantienen inalterados a lo largo de toda la segunda mitad de siglo[5]. Estos son equiparables, según se señala una y otra vez en la prensa profesional, a los que perciben los peones y, lo que es peor, lo normal es que no llegaran con puntualidad a sus destinatarios. A los ayuntamientos les correspondía ejecutar los haberes, pero los distraían muy frecuentemente hacia otras necesidades, con lo que las deudas que acreditaban los mentores eran de decenas de meses. La frase «pasar más hambre que un maestro de escuela» la popularizan precisamente los numerosos escritos reivindicativos de la época, insertos en este tipo de periodismo profesional, pero también en la prensa de carácter general. El dicho se convirtió en un lugar común aprovechado por los novelistas y dibujantes de la época.

En este contexto prolifera en España el periodismo profesional del magisterio[6]. Los maestros se defienden, se hacen periodistas y sacan a la calle semanalmente revistas reivindicativas (en algunos momentos de los años ochenta del XIX se simultanean en España más de ochenta títulos diferentes) en las que documentan muertes de maestros por falta de alimentos, abusos y menosprecio por parte de los

5 Un maestro titular de una escuela pública elemental completa tenía derecho a disfrutar de una «habitación decente» para sí y su familia, a un sueldo fijo de seiscientas veinticinco pesetas anuales, por lo menos, en los pueblos que tienen de quinientos a mil habitantes; de ochocientas veinticinco pesetas en los pueblos de mil a tres mil. El sueldo de la maestra supone las dos terceras partes con respecto al del varón (hasta 1887 en que se equiparan). Además de estas cantidades, los maestros y maestras podían recibir complementos económicos por parte de «los niños que podían pagar», aunque estas cantidades no se perciben casi nunca. Un maestro sin titulación que sólo cuente con el «certificado de aptitud» (escuelas incompletas) recibe cantidades muy inferiores. Quizás resulte ilustrativo señalar que en 1883 unos zapatos cuestan quince pesetas y una docena de huevos, cinco reales (Ezpeleta, 2018, n. 4, p. 14).

6 Para un acercamiento panorámico a la prensa profesional del XIX puede acudirse a Antonio Checa (2002), *Historia de la prensa pedagógica en España*.

alcaldes, quienes suelen mandar a hacer trabajos forzados a los profesores en horas de clase o les escamotean las vacaciones de verano cuando, antes de 1887, estas se concedían graciosamente.

El planteamiento de la cuestión de los pagos en torno a la casuística del motivo del hambre del maestro constituye el núcleo central de los millares de números que durante el último cuarto de siglo XIX se publican prácticamente en todas las provincias españolas, incluidos los territorios de ultramar. Paradójicamente, son momentos en los que se quieren introducir en España algunas ideas educativas innovadoras. La pedagogía intuitiva del «dejar hacer», postulada y defendida por los Pestalozzi, Froebel o Montesino, invoca el juego, la educación de los sentidos, las excursiones y los paseos escolares. La Institución Libre de Enseñanza, a partir de su fundación en 1876, contribuye a la difusión de este nuevo ideario. No son buenos tiempos para la teórica pedagógica y, sin embargo, los propios periódicos del Magisterio propagaron por las más escondidas escuelas rurales aquellas prácticas optimistas que no siempre se avenían con la dura realidad.

Los años noventa marcan el momento de máxima indignidad de los maestros, pues la cuestión de los pagos se desorbita. En todas las provincias se adeudan cantidades fabulosas y, se repite en los escritos y sueltos, los docentes tienen que ir a la siega, trabajar de peones o sencillamente mendigar. En medio de estas dificultades, el maestro sigue impartiendo sus seis horas lectivas diarias, cumplimentando pesados trabajos burocráticos, y atendiendo en ocasiones las lecciones de domingo para alumnos adultos. El salón-aula en el que vive y trabaja amenaza ruina en no pocas ocasiones. Llega un momento en que, azuzados por un instinto de asociación y defensa mutua, los maestros se ponen en huelga, cierran escuelas y acuden a Madrid a hacerse oír ante la Reina Regente.

Estos periódicos profesionales incluyen un rico material literario, casi siempre en clave de sátira, producido por algunos maestros (excepcionalmente, maestras) que, además de sus aportaciones pedagógicas de fondo, apuestan por la literatura como el mejor medio para poner alguna distancia a la penosa realidad cotidiana. O, mejor dicho, la gravedad llega a tal extremo, que el maestro-literato (siguiendo la tradición del periodismo satírico burlesco del siglo XIX) encuentra en la literatura de burlas el mejor modo de exorcizar las penas. A veces los periodistas maestros remedan a los líricos clásicos, desde Calderón a Bécquer; o imitan las poesías de éxito del momento de autores como Campoamor o Manuel del Palacio. Tienen cabida las fábulas pedagógicas a imitación de las del siglo XVIII, pero también de las de Hartzenbusch; los apólogos y cuentecillos, y de forma especial, el romance y otras estructuras métricas populares. En definitiva, los autores de estas prosas y versos inciden mediante el recurso de la chacota y del humor negro en la cuestión

del hambre del maestro. Junto a adivinanzas, chascarrillos o alguna colaboración literaria desviada de este tema principal, la mayor parte de los textos literarios insertos en las revistas profesionales van encaminados a poner el dedo en la llaga de los males cotidianos de la escuela[7].

El seguimiento continuado de la prensa profesional durante el último cuarto de siglo del XIX y primeras décadas del XX permite hilvanar, mediante muestras significativas del material literario contenido entre sus páginas, la historia menuda de la escuela de ese periodo tal y como es sentida por sus protagonistas. El traspaso de siglo marca un salto cualitativo en la cuestión del Magisterio, pues el decreto de 1900 por el que se centralizan los pagos supone un hito en el camino reivindicativo recorrido.

Es verdad que los males no acaban de desaparecer, pero la lucha continuada de los docentes, desde la prensa profesional y desde los incipientes movimientos asociacionistas, obra algunas mejoras. Por eso, cuando las cupletistas de principios de siglo XX entonaban la letra alusiva al hambre de los maestros, lo hacían ya desde un cierto distanciamiento, aun habiendo transcurrido muy poco tiempo desde el momento evocado: «Los maestros de escuela / lo pasaban muy mal / porque nunca obtenían / su mezquino jornal; / y si alguno cobraba / pasado el quinto mes / al verse con diez duros; / se creía marqués»[8].

En fin, puede decirse que este conjunto literario, incluido tanto en la sección doctrinal como en la sección varia de estos órganos profesionales, constituye un ámbito homologable y complementario al de otros espacios literarios, tales como revistas culturales, ateneos o sociedades de amigos en los que los literatos provincianos de la Restauración encuentran una oportunidad para dar rienda a su irrefrenable vena literaria. Los atropellos que perpetran las autoridades que integran las juntas locales encuentran su expresión más elocuente en la formación del correspondiente expediente al maestro. Son muchos los relatos y cuentos, también testimonios en forma de sueltos, en los que se «literaturizan» situaciones extraídas de la experiencia diaria.

El seguimiento de toda esta literatura menor ayuda además a reconstruir los modos literarios de que están imbuidos los maestros y los lectores medios de la época. Las revistas profesionales reivindicativas del siglo XIX apuntan sistemática-

7 Recojo una antología de este tipo de textos en Ezpeleta, 2001.

8 Este cuplé aparece reproducido en el artículo que firma Miguel Vallés en tiempos de vejez bajo el título *Recuerdos del tiempo viejo* en el periódico *La Asociación,* de Teruel,10-5-1919; 17-5-1919. Reproducido en Ezpeleta, 2010a, p. 221.

mente al maestro de escuela como mártir y como chivo expiatorio de la sociedad injusta; como otro Cristo viviente al que las fuerzas sociales cubren de oprobios y de malos tratos. El maestro es por un lado un «sacerdote de las civilizaciones», un «mentor de la infancia» o «la más soberana de todas las majestades sociales», según caracterización retórica de los escritores de la época. Y sin embargo es al mismo tiempo el «mártir del siglo XIX», según acuñación del poeta Manuel de Palacio[9]. Este conjunto de relatos, cuadros y cuadros costumbristas, de diferente calidad, funcionan como germen a partir del cual se desarrolla el género de la novela profesional del Magisterio.

## EL CUENTO PROFESIONAL DEL MAGISTERIO

Las colecciones costumbristas españolas ya abundaban en el estereotipo magisterial, como puede comprobarse en *Los españoles pintados por sí mismos*, donde se incluyen cuadros descriptivos de tipos pintorescos del mundo académico, tales como estudiantes, colegiales, colegialas y, sobre todo, el dómine, que presenta rasgos muy parecidos al del maestro de escuela (Fermín Caballero, «El dómine», 1843[10]), en *Los españoles pintados por sí mismos*, En la segunda oleada del costumbrismo tanto R. Pérez Puicerbé como José Puig Pérez hacen ya la semblanza específica del maestro de escuela en la colección *Los hombres españoles, americanos y lusitanos* (s. a.), el primero; y en *Los españoles de ogaño* (1872), el segundo.

Así concluye el cuadro de Pérez Puicerbé: «Son estos los que, tras una vida de afanes y desvelos, los que después de conseguir a fuerza de ímprobos trabajos una plaza de las que el Municipio o la Diputación costean, dan lugar a que con frecuencia se lea en los periódicos: Al maestro de tal punto se le adeudan diez mensualidades. Mártires modernos, consumen su existencia sin fruto, y felices ellos, si al fin de tan desastrosa carrera, no tienen que lamentar ningún atropello» (p. 449). Por su parte, Puig Pérez, ve al maestro «de ogaño» como aquel que «cuando se acercan los exámenes públicos, hace aprender a fuerza de repeticiones y de golpes, un trozo de cualquier cosa a cada uno de sus discípulos, quienes los repiten con un sonsonete delicioso ante la comisión de instrucción pública» (p. 107).

---

9 Poema de Manuel del Palacio (Ezpeleta, 2001, pp. 173-175). «Honremos, pues, a aquellos escogidos/ del estudio y la ciencia campeones, / que de los seres que nos son queridos, / alumbra la razón con sus lecciones (...) Y en justo premio de su afán constante, / si a los Maestros protección se debe,/ que no vuelvan a ser ni un solo instante/ los mártires del siglo diez y nueve.

10 Caballero, 2002, pp. 349-356.

El artículo-cuento de Carlos Frontaura, escritor y gobernador civil de Zamora, «Tienes más hambre que un maestro de escuela»[11] bebe directamente del costumbrismo literario y sirve de modelo a los articulistas y autores de cuentos que insertan sus trabajos en las revistas de los maestros. Reproducido en los números de las revistas profesionales de las distintas ciudades españolas, dibuja en don Aquilano al mentor zaherido por las distintas instancias de una sociedad injusta contra la que clama el autor infructuosamente. En ese texto se presenta al maestro ejerciendo la paciencia, pasando hambre y devorando amarguras. El alcalde se enoja con él porque no propone a los hijos de la primera autoridad municipal para premio en la escuela. Enferma por la persecución a que se ve sometido; cambia de destino y sufre la muerte de un hijo por inanición.

Al modo de este artículo-cuento, los periodistas maestros que integran las redacciones de los periódicos profesionales redactan otros muchos con destino a ocupar las primeras páginas de la sección doctrinal. Todos ellos insisten machaconamente en la cuestión de los pagos. Los conceptos vertidos y el estilo recuerdan las admoniciones que hacen escritores como Antonio de Trueba en el artículo «Si yo fuera maestro de escuela», aparecido en el periódico *La Crónica* y reproducido pocos días más tarde en la prensa profesional[12] o Alejandro Sawa en el titulado «Debéis pan al maestro y educación al discípulo»[13].

Así pues, podemos encontrar en la prensa de los maestros numerosos artículos y relatos costumbristas a imitación del firmado por Carlos Frontaura y de estos otros autores. No faltan en ellos las escenas y cuadros dialogados, según el esquema del costumbrismo literario, con abundancia de *tics* y vulgarismos lingüísticos con pa-

11 *El Magisterio Español*, 20-9-1880, p. 2.

12 En este artículo de Trueba, recogido en Ezpeleta, 2001, pp. 159-165, se dice: «Y a todo esto, el maestro y la maestra y los maestrillos rabiaríamos de hambre, y andaríamos con un trapo delante y otro detrás; porque ni nosotros ni el Gobernador Civil, ni la Junta provincial, ni la Dirección General de Instrucción Pública, ni el lucero del alba, habríamos logrado que el pueblo nos diese a cuenta siquiera una mensualidad de las doce o más que nos debería, porque el pueblo tendría un gran padrino para estas picardías y otras en el aspirante a sus votos en las próximas elecciones» (p. 165).

13 Alejandro Sawa invocaba a la clase política en estos términos: «Pagáis sus trabajos negándoles el pan a que tienen derecho todos, absolutamente todos los elementos sociales; él, a su vez, corresponde a vuestra infamia pidiendo limosna para comer. Retribuís los esfuerzos de su celo burlándoos de su anemia; él se burla de vosotros, muriéndose de inanición, que es una burla más sangrienta que la vuestra, porque marca en vuestras frentes letreros que a nadie honran, y delata a las generaciones venideras crímenes nauseabundos, de los que sois responsables (Ezpeleta, 2001, p. 170).

peles protagonistas para alcaldes, secretarios, curas y maestros. No resulta extraño, en fin, que algunos otros escritores aboceten relatos con estos mismos ingredientes, como hace, por ejemplo, Francisco Rodríguez Marín en uno de sus *Cincuenta cuentos anecdóticos* (1919), concretamente, el titulado «El entarimao».

## LA NOVELA PROFESIONAL DEL MAGISTERIO

El género de la novela profesional aparece vinculado a la prensa reivindicativa de los maestros ya en el siglo XIX. Desde estos órganos se reseñan títulos como *El Maestro de Escuela o el Civilizador del Mundo* (1865), de Domingo Erosa y Fontán (en la revista profesional *El Despertador. Periódico de Primera Enseñanza de la Provincia de La Coruña*, en el número 16, el 20 de junio de 1867): «los razonamientos que desenvuelve el Sr. Orosa para hacer ver los sufrimientos y penalidades que aquejan a esta clase tan augusta, y que tantos servicios presta a la sociedad, llevando por todas partes el lábaro regenerador de lo bueno y de lo bello; la odiosidad que le profesan los caciques del municipio y los que están reñidos con la luz, constituyen en la novela una sinopsis de alto relieve» (p. 134). O como *Un maestro, novela pedagógica*, de Carlos Yeves (1866), narración en la que se mezcla la exploración de las costumbres rurales con la pedagogía.

Tanto la novela de Yeves como la de Domingo Erosa suponen las primeras aportaciones a un género que aún está buscando sus marcas distintivas. Es verdad que, en el caso de Erosa, hay voluntad de hacer fluir el argumento por la senda del realismo al modo de las novelas de costumbres del momento, sin poder prescindir del elemento folletinesco. Con todo, en esa novela hay un núcleo duro conceptual vinculado al esquema de la novela de instrucción francesa, al modo del *Telémaco* de Fénelon o de *Emilio* de Rousseau. En la novela de Yeves aún es más evidente la deuda con la vieja novela pedagógica cercana al ensayo o al tratado, con una estructuración en capítulos de cada uno de los cuales se desprende doctrina pedagógica, sin bajar aún al terreno de la realidad reflejada ya en los periódicos profesionales reivindicativos, que en ese tiempo empiezan a llegar a las casas de los sufridos maestros.

En la medida en que los maestros toman conciencia de su condición de clase o de cuerpo, la etiqueta de novela pedagógica podrá ser sustituida por la de novela profesional del Magisterio. Eso ocurrirá en la tercera década del siglo XX, a partir de los concursos literarios, muy bien dotados, que desde las páginas de la revista *El Magisterio Español* se convocan para recibir novelas originales que traten el asunto de la vida profesional del maestro y de la maestra nacionales.

En el número de 8 de abril de 1920 (p. 1) esta influyente revista publicita las bases de un novedoso concurso por las que se llama a los maestros y a personas de cultura conocedoras de la cuestión a enviar sus originales al finalizar ese año. El concurso se presenta como remate de una campaña previa de mítines y reuniones que venían produciéndose a lo largo de los últimos meses en favor de los derechos y dignidad de los maestros, con el objetivo de que resonara en las altas instancias políticas. El concurso, premiado con 2500 pesetas, quedaba enmarcado, pues, por las voces editoriales de la revista en esa campaña librada por los derechos del Magisterio. Se trataba de atraer a maestros y a «literatos de nombrandía» para que echaran su cuarto a espadas por una causa de justicia como era de del Magisterio.

Lo normal es que fueran algunos maestros literatos los que, a partir de las vivencias en primera persona, se animaran a convertirse en novelistas, aprovechando que el itinerario del curso escolar con sus emociones y grandes sinsabores ofrecía ya el esquema narrativo; y aprovechando, además, el entrenamiento que suponía para algunos la incursión como autores de relatos y artículos en la prensa profesional.

En los preliminares de la convocatoria se apuntan las marcas de este tipo de novelas que iban a cristalizar en un género: «novela en la que se pinten con vivos colores las penalidades de la vida que el Magisterio lleva en los pueblos y en las ciudades pequeñas; las miserias de la Escuela; el abandono de la niñez, etc., etc.» Se añadía el componente de la popularidad: «queremos una novela muy interesante, muy sugestiva, capaz de alcanzar una gran popularidad, en la cual la figura del maestro nacional aparezca ennoblecida en la lucha por la cultura peleando contra la ignorancia, contra el caciquismo, contra las malas pasiones rurales, contra la dejadez y el abandono de las autoridades locales y superiores, etc., etc.».

La voz editorial seguía desarrollando la aspiración pretendida: que los lectores extraños a la profesión «se hagan cargo de lo que son esos locales-mazmorras donde los niños y el maestro pierden la salud en una lucha incruenta», que conozcan «los amontonamientos criminales de niños en locales incapaces, y los millares que andan por el arroyo», que vean los perniciosos efectos del analfabetismo en la sociedad; la indiferencia de los padres; la oposición de los caciques y las persecuciones de los empeñados en mantener la ignorancia» (p. 2). Y, muy importante, frente a las antiguas novelas y comedias que ofrecían «tipos de compañeros ridículos, hagan otra u otras en que se nos pinte cómo es el maestro actual: modesto, culto, celoso de su misión, educador, formador de ciudadanos, luchador por la cultura nacional, obrero del progreso y de una patria grande». La novela premiada se publicaría en formato de libro, y además en el folletín de la propia revista, con la aspiración de llegar a un público de amplio espectro.

En el número de 4 de enero de 1921 *El Magisterio Español* (p. 5) daba cuenta de los dieciocho primeros originales recibidos en su debido plazo con el correspondiente título y lema:

1. *Todo por la Escuela y por la Patria*. Lema: X.
2. *La gran empresa*. Lema: Labor omnia vincit.
3. *La ingratitud*. Lema: Dios es justo.
4. *Realidad*. Lema: Sotileza.
5. *Caciquismo*. Lema: Amor y voluntad.
6. *Levántate y anda*. Lema: Y una voz, como Lázaro, espera que le diga levántate y anda.
7. *Amor y heroísmo*. Lema: Guvicebio de Ricci.
8. *Redención*. Lema: Nihil prius educatio.
9. *Tristezas del Magisterio*. Sin lema.
10. *Don Homobono*. Lema. La Escuela Nacional es el concepto de Patria.
11. *Una gran cabeza y una lengua que no hable*. Lema: Magister dixit.
12. *La odisea de un maestro*. Lema: Jopere.
13. *Ingratitud*. Lema: Tout est realité. N.º 313.
14. *Las villas de un maestro*. Lema: La gota de agua horada la piedra.
15. *Nidos de piedra*. Lema: Mis anilinas.
16. *Ruinas. Memorias de un maestro español*. Lema: Ajenjo.
17. *Novela histórica*. Lema: A mi querido padre.
18. *¡Maestro!* Lema: Ab uno disce omnes.

Pocos días después se añaden nueve títulos más, que llegan fuera de la fecha fijada, pero con el preceptivo certificado de haber sido enviados en plazo hábil (*El Magisterio Español*, 15-1-1921, p. 3):

19. *La otra fiera*. Lema: Toto corde.
20. *Redención*. Sin lema.
21. *Memorias de un maestro*. Lema: Sin pretensiones.
22. *Un maestro en la cumbre*. Lema: All thougthts are not for all men like the road are not for all travellers.
23. *Hacia la cumbre*. Lema: Cristo de Burgos.
24. *El calvario de un maestro*. Lema: ¿De qué servirá el talento si falta la educación?

25. *En el sendero*. Lema: Arte y amor, esencias de la vida.
26. *Entre montañas*. Lema: Orestes.
27. *Sin título*. Lema: Quiero llegar a ser Maestro de Escuela.

Los títulos de los veintisiete originales enviados informan de los contenidos de las novelas, que responden a las bases emitidas por los convocantes. Basta hacer un repaso por alguno de los nombres de los encabezamientos y lemas: caciquismo, calvario, ingratitud, heroísmo, tristeza, fiera, odisea, ruinas; orientados hacia el campo semántico de la mala vida del maestro. El otro concepto que sustenta las narraciones, el de los valores que encarna la figura del maestro, se refleja en términos como amor, heroísmo, redención, cumbre, labor, patria, escuela nacional, voluntad o arte. La onomástica da pistas, además, acerca de las marcas relativas a la técnica literaria, puesto que los títulos pueden contener el nombre propio del personaje principal (Don Homobono) o el genérico de la profesión (maestro); el nombre abstracto alusivo a la estética (realidad); el relativo al espacio de la narración (montañas, villas); o el referido al punto de vista (memorias). Es decir, novela de personaje principal maestro redactor de su propia vida profesional en ambiente rural, con arreglo las pautas de la estética realista y con intencionalidad patriótica.

La mayoría de los títulos se quedaron en simples manuscritos nunca publicados, pero tres de ellos verían las prensas y encontrarían a un público lector relativamente amplio, particularmente la novela de Rafael Pérez y Pérez, maestro de escuela y más tarde inspector de enseñanza, que iba a convertirse en el novelista popular más leído en las décadas siguientes. Su obra presentada, *Levántate y anda*, no ganó el concurso, pero sería recomendada por el jurado e inmediatamente publicada en forma de folletín por la revista *El Magisterio Español*; y más adelante, en 1925, en forma de libro. Esta novela quedaba convertida en modelo de literatura popular que incorporaba el elemento folletinesco que iba a caracterizar el resto de la abundante producción de este autor alicantino.

El jurado, compuesto por Ricardo León, Ramón Menéndez Pidal, Rufino Blanco, Enrique Mesa y Ezequiel Solana, entendió que la merecedora del primer premio era *Entre montañas*, del también maestro e inspector, Antonio Juan Onieva cuyo protagonista, Juan Miguel, quedó convertido en símbolo del buen maestro del tiempo de la Restauración. Onieva había hecho una novela de la pedagogía y una pedagogía de la novela. También resultó ponderada la novela *¡Maestro!* de Martín Chico, publicada en una editorial de Soria en 1922, y en la que el autor volcaba su experiencia profesional con algún elemento desviado de la historia real.

La propia revista *El Magisterio Español* abundaría poco más adelante[14] en la conveniencia de aclimatar en España este género narrativo que, señalaban los editores, tenía éxito en las literaturas contemporáneas, sin ir más lejos, en la vecina Francia y en los países de lengua francesa, en donde podían encontrarse novelas importantes en las que la figura del maestro era el héroe del relato. Se aportaban algunos títulos que arrancaban en *Le petit chose* (1868) de Daudet y que se acumulaban en las primeras décadas del siglo XX con novelas debidas a Louis Dumur (*Les Trois demoiselles du père Maire*, 1909), Léon Frapié (*La Maternelle*, 1904), Antonin Lavergue (*Jean Coste ou l'instituteur du village*, 1908), Gilles Normand (*Les Barbacoles*, 1907), Jean Nesmy (*Les* Égarés, 1906), Désiré-Joseph d´Orbaix (*Le don du maitre*, 1922), Jules Leroux (*Léon Chatry, instituteur*, 1913), Ferdinand Bouche (*La vie de François Cuzol*, 1923). En definitiva, todas estas novelas evidenciaban que el personaje aparentemente aninovelesco del maestro podía ser objeto de un tratamiento literario adecuado, sobre la base de la estética realista, modulada con gotas de sentimiento, pasión e interés. Las novelas españolas presentadas al concurso literario de los Onieva, Pérez y Pérez o Martín Chico se acogían ya a estas pautas de una novelística francesa poco conocida.

*El Magisterio Español* convoca pocos años más tarde, en 1925, un nuevo premio de novelas con el nombre de la recientemente fallecida Lucía Ascarza, que había sido una maestra ejemplar, hermana del director de la revista en ese momento, Victoriano Fernández Ascarza[15]. Se presentaron dieciocho originales que iban a ser evaluados por un jurado integrado esta vez por Ramón Menéndez Pidal, Francisco López Acebal, Enrique Mesa, Asunción Rincón Lazcano y el director de la revista, Victoriano F. Ascarza. El premio estaba dotado con 3000 pesetas, según se anunciaba en las bases publicadas en el número de 16 de febrero de 1925 en *El Magisterio Español*.

Se trataba ahora de cerrar el círculo solicitando originales que focalizaran la figura de la maestra rural, sobre la que recaía, si cabe, mayor oprobio que sobre su homólogo masculino. Al concurso vuelve a presentarse Rafael Pérez y Pérez con la novela *El último cacique*, que tampoco resultó ganadora, aunque de nuevo fue recomendada y publicada en forma de folletín (vería su publicación en libro en 1927). Tenía como personaje protagonista a la maestra Julia Alonso de Espinal: era una novela de cacique con el adobo sentimental propio del resto de la obra de este es-

14 *El Magisterio Español*, 21-12-1923, p. 9.

15 En 1926, por real orden, Victoriano Fernández Ascarza donaría el importe total de 50 títulos de maestra en honor a su hermana fallecida Lucía y este acto lo repetiría durante varios años sucesivos.

critor. La vencedora fue *Clara Angélica* del inspector Lillo Rodelgo. Era una novela símbolo en la que el binomio amor y pedagogía iba a salir triunfador, puesto que sus lectores la conceptuaron como la mejor plegaria a la noble misión del magisterio femenino. Se buscaba la novela que describiera la vida de una maestra nacional. Se pedía una heroína optimista, «de carácter alegre, decidido y animoso», dotada de una fuerte vocación, de gran cultura y vencedora, en fin, de todos los obstáculos que se interpusieran en su camino (p. 6).

Se redondeaba así la tipología de un género, que exigía singularizar al personaje principal femenino de la maestra, en cuanto que reunía unos rasgos, aunque con un fondo común, diferentes del perfil de su compañero maestro. Por otra parte, el momento histórico de la convocatoria se correspondía con un tiempo, el de la dictadura de Primo de Rivera, en el que se resaltaba como nunca el ingrediente patriótico. Aunque se proponía completa libertad para desarrollar los argumentos, se recomendaba describir con verdad, exactitud y color la vida de una maestra en los distintos medios sociales españoles «que la haga luchar en ellos, y que la haga triunfar» (p. 9). Al igual que en la convocatoria anterior, se quería una acción sugestiva con vistas a hacer llegar al mayor número de personas «la sensación de las penalidades y la rudeza de la vida de una maestra nacional» (p. 9), buscando conquistar la opinión pública en favor de «la Escuela y el Magisterio». El plazo de entrega finalizaba el día 30 de agosto de ese mismo año.

En definitiva, en los años del traspaso del tiempo de los últimos años del caciquismo de la Restauración a los primeros de la dictadura de Primo de Rivera se produce la cristalización del género desarrollado en su plenitud con unas marcas reconocibles. La cuestión de la escuela, en su dimensión pedagógico-social, impregnaba así una modalidad literaria que, en la reseña de Pedro Pueyo Artero a la novelita del maestro Alejandro Gargallo *Un palo de ciego* (1927), quedaba etiquetada ya con la nueva terminología: «Nos place que estas novelas profesionales del magisterio salgan de su limitada esfera de clase en que generalmente caen y divulguen, entre el gran público, fuera de nuestro círculo, los problemas éticos y pedagógicos de la Escuela Nacional, desconocidos de la generalidad»[16].

Estas novelas contenían en sus argumentos conceptos pedagógicos fuertes como la defensa de metodologías educativas activas e intuitivas o la pedagogía del amor, pero importaba ahora perfilar la figura del maestro o de la maestra como héroes que sienten el impulso de llevar hasta las últimas consecuencias su alta y digna misión civilizadora. Inevitablemente, las novelas adoptarán esquemas de novela

16 *La Asociación*, 11-6-1927, p. 2.

de formación, puesto que el personaje habrá de recorrer un camino de aprendizaje (el de enseñar y también el de aprender) en lo que se refiere a su tarea profesional; pero también, en su misión de contrarrestar las influencias negativas que ejercen sobre él los elementos «oponentes», resumidas en el término caciquismo. El eje temporal se podrá sujetar al periodo que comprenden uno o varios cursos escolares, y los diferentes destinos podrán constituir los goznes estructurantes del camino del héroe o de la heroína, además de contener la sustancia de la misión del personaje principal: la escuela.

Lo normal es que las obras adopten el modelo de memorias, diario o autobiografía. Hay que tener en cuenta que las distintas variantes del género autobiográfico suponen el cauce natural por el que circulan los argumentos del aprendizaje y por ese camino se desemboca fácilmente en la novela de formación o *Bildungsroman*. Algunas novelas de nuestro corpus llevan incorporado en el título o subtítulo el término diario, autobiografía o memorias como sucede en las de Valero Almudévar, Josefina Álvarez de Cánovas, Ángel González o Dolores Medio. Las notas de realismo y veracidad se dejan ver, incluso, en los términos de los títulos, que caen en el campo semántico de la realidad: historia, apuntes al natural, vida, en las obras de Antonio Rincón, Josefina Aldecoa, Concepción Saiz de Otero y Magdalena de Santiago-Fuentes.

Las novelas, como decimos, serán de personaje y así lo corrobora la frecuente inclusión en el título de los términos maestro o maestra o del mismo antropónimo masculino o femenino. Así se ve en las firmadas por Carlos Yeves, Martín Chico, Lillo Rodelgo, Lucas y Gallardo, Guillermo García Vilaplana o Augusto Martínez Olmedilla. El nombre femenino del personaje principal adquiere no pocas veces connotaciones simbólicas positivas: Clara Angélica, Mari Sol, María de la Luz. No así el del personaje masculino: Don Casiano Harto de Sufrir, en la novela de Antonio Rincón. Los títulos también pueden contener a veces los espacios principales (la escuela y el pueblo). Tal es el caso de *Escuela es amor* de Tomás Lucas García; *Vida de colegio* de Magdalena Santiago-Fuentes; *Mari Sol, maestra rural* de Josefina Álvarez de Cánovas; *Diario de una maestrita rural* de Julia García Fernandez-Castañón; o, *Entre montañas*. De Antonio Juan Onieva.

Por otra parte, los impulsos regeneradores y las prácticas pedagógicas asociadas a los valores morales quedan refrendados también en algunas palabras de los títulos del repertorio examinado a continuación: «Toda corazón», de Lucía Calle; «civilizador del mundo» de Domingo Erosa; «El amor pone cátedra», de Fernando Mora. Las fuerzas oponentes que dificultan la labor del personaje principal confluyen en el caciquismo, concepto estrechamente ligado al periodo histórico de la Restaura-

ción, dentro del cual surgen los títulos más representativos. El campo semántico del caciquismo también se traslada a los títulos de las obras, como *Los irredentos* de Anacas del Rin o *El último cacique* de Rafael Pérez y Pérez, que encajan perfectamente dentro de la llamada novela de caciques, uno de cuyos modelos es *Doña Mesalina* de López Pinillos, incluida en nuestro repertorio en cuanto que su autor narra la historia de una maestra.

La dimensión testimonial imprimida a las novelas puede manifestarse en el empleo de estructuras diarísticas y epistolares en el interior del relato. La verosimilitud exigida normaliza la búsqueda del contacto humano con los seres queridos dejados por el personaje principal en la ciudad o en otros destinos rurales, en el caso de los compañeros de carrera del Magisterio. La mayor presencia de la carta la encontramos en las novelas de personaje femenino. Algunas obras contienen la transcripción de diarios del personaje, bien como estructura narrativa básica (las novelas de Ángel González y de Dolores Medio, por ejemplo) o bien, como estructuras internas del relato (*La eterna inquietud* de Onieva). En definitiva, se trata de elementos narrativos que certifican la voluntad de los autores de presentar sus creaciones dentro de los cauces de la literatura del yo.

Con todo, el ingrediente sentimental, casi indispensable en la novela, tiene presencia en estas literaturas con distintas modulaciones; y según sea la época de redacción de los textos, encontramos que algunos textos se funden con facilidad en estructuras de novela rosa o de idilio: el caso paradigmático lo representan las novelas de Rafael Pérez y Pérez, pero también otros títulos debidos a «maestras de maestras» de las primeras décadas del siglo XX como Melchora Herrero o Magdalena de Santiago-Fuentes.

El fondo de realidad y de vida del que brotan estas creaciones decanta el género hacia la estética realista, con concesiones frecuentes al tic costumbrista. Novelistas como López Pinillos o Fernando Mora insertan sus historias de maestras en el magma del neocostumbrismo. Más adelante, pasado el medio siglo, la estética del realismo social da cabida al tratamiento novelesco del personaje maestro o maestra en autores consagrados como Dolores Medio, Josefina Aldecoa o Salvador García Jiménez. Con todo, es inevitable que la estética modernista o tardomodernista se filtre en algunas ideaciones literarias que tratan la experiencia profesional.

Aunque los esquemas narrativos se adapten al *Bildungsroman*, la simplificación y la ingenuidad de los argumentos de todas estas novelas, hacen que se distancien del género alemán al modo de *Los años de aprendizaje de Guillermo Meister* de Goethe y de otras escritas en lengua alemana. Las novelas canónicas de la novela de formación alemana contrastan con el esquematismo de unas novelas de volun-

tariosos escritores que lo único que pretenden es novelar experiencias profesionales de las que necesariamente se desprenden tesis elementales. Difícilmente pueden alcanzar todas estas novelas profesionales el quinto peldaño teorizado por el crítico ruso Bajtín a propósito del género de la novela de educación, en la que el hombre se transforma junto con el mundo. Se diría que lo que nos encontramos ahora es un conjunto novelístico que supone la antítesis del concepto de novela total que buscaba el género formativo alemán. Este hecho se manifiesta, por ejemplo, en el tratamiento maniqueo de los personajes, alguno de los cuales se emparenta con los tipos que suministraba el costumbrismo en sus distintas oleadas.

## DELIMITACIÓN DEL CORPUS

La delimitación temporal del repertorio considerado se sitúa entre las primeras novelas escritas en los años sesenta del siglo XIX y las publicadas a finales del siglo XX, en el entendimiento de que los argumentos han de contener vidas profesionales que se queden en el límite de la época de la democracia. Las novelas *El maestro de escuela o el civilizador del mundo* (1865) de Domingo Erosa y *Un maestro, novela pedagógica* (1866) de Carlos Yeves remiten a experiencias docentes de la década de los veinte del siglo XIX, en el primer caso, y a las décadas posteriores, en torno a la promulgación de la Ley Moyano, en el segundo. A partir de esas fechas se suceden otros títulos más o menos pegados al momento de la escritura, en los que resulta inocultable el componente autobiográfico, como sucede en la novela de Valero Almudévar, *Páginas originales: memorias de un maestro de escuela* (1886), que evoca la escuela rural de los años siguientes a la mencionada pieza legal.

El maestro rural de época de la Restauración va a ser escrutado en un puñado de novelas posteriores escritas iniciado ya el siglo XX. *Escuela es amor* (1911), de Tomás Lucas García; *Historia de un maestro de escuela contada por D. Casiano Harto de Sufrir* (1912), de Antonio Rincón; *¡Maestro!*, de Martín Chico (1922). La primera indaga en los modos pedagógicos de la escuela rural desde un planteamiento «pedagógico-social» con un protagonista que, superando las condiciones desfavorables que rodean su infancia, gana aprendizaje a la vez que se construye una recia personalidad para poder desplegar su ideario en el ambiente hostil en el que vive. En la segunda, el personaje que da el título narra en primera persona «cuantas vejaciones pueden cometerse con el maestro en los pueblos». Martín Chico, en fin, presenta su obra como documento imprescindible para la reconstrucción de la vida interna de las escuelas rurales (y también las normales) de aquella época a la vez que homenajea al Magisterio.

El maestro rural de las primeras décadas del siglo XX queda retratado en un conjunto narrativo aglutinado en torno al concepto del caciquismo como fuerza negativa que mina el desenvolvimiento de la práctica docente. Hay que señalar la exitosa novela de Antonio J. Onieva, *Entre montañas (la novela de un maestro rural)* (1920). En ella se plasma de forma vehemente el desprecio de una profesión a manos del caciquismo pueblerino que se opone a cualquier avance pedagógico y que actúa como desencadenante de la tragedia acaecida al maestro protagonista. Es significativa la novela *Levántate y anda* (1925) de Rafael Pérez y Pérez, evocadora del tiempo de experiencia real del autor como maestro en la localidad de Guardia de Tremp (Lérida), desde 1918 a 1921; y en La Muela (Zaragoza) desde 1921 hasta 1923, aunque se publicara más tarde. El personaje principal de esta obra es un maestro animado por impulsos regeneradores en ambientes rurales muy opresivos.

En 1926 la prensa se hace eco de otra novela que recrea las penalidades y amarguras del maestro rural, *Los irredentos*, de Anacas del Rin, seudónimo que oculta al maestro nacional de Yélamos de Abajo, Ángel Castilforte. Similar factura tiene la novela corta *Un palo de ciego* (1927) del maestro socialista Alejandro Gargallo. Distinto tono presenta *Un año de mi vida* (s. a.) del maestro de Paniza (Zaragoza), Santiago Hernández, pues se hace abstracción en ella de los elementos narrativos oponentes para privilegiar la pedagogía practicada por el maestro, alter ego del autor, aunque sea desde el punto de vista de un joven alumno que hace a la vez un canto al recuerdo infantil del tiempo escolar.

Por lo que respecta al personaje principal femenino, las primeras novelas significativas exploran la época de la Restauración por medio de maestras de maestras que introducen en sus ideaciones un fuerte componente autobiográfico, entreverado de elementos sentimentales y aun melodramáticos, como sucede en las obras de Magdalena de Santiago-Fuentes (*Emprendamos nueva vida*, 1905; o en *Vida de colegio*, 1916) o en la de Melchora Herrero, *El jardín de las mujeres* (1906). Estas autoras suelen rebajar la crudeza con la que sus homólogos masculinos presentan en sus creaciones la cuestión de la escuela. Concepción Saiz de Otero, por su parte, en su novela-ensayo *La revolución del 68 y la cultura femenina* (1929) traza su propia biografía profesional en el contexto histórico de las instituciones culturales y educativas de la mujer.

La tendencia a dotar al personaje maestra de estatuto principal se confirma en algunas novelas de escritores reconocidos en las primeras décadas del siglo XX. En ellas la heroína puede convertirse en símbolo de emancipación femenina, dentro de la novelística tardo-regeneracionista bajo capa erótica o social. Es el caso de *Doña Mesalina*, (1910) de López Pinillos, con una maestra rural sometida a las

clásicas extorsiones; o *El amor pone cátedra* (1924), de Fernando Mora, con una protagonista «maestra normalista». En esta última se insiste en el caciquismo, tema de fondo asimismo de la novela de López Pinillos.

Sin embargo, las novelas profesionales femeninas canónicas brotan del estímulo del premio Lucía Ascarza convocado desde *El Magisterio Español*. Especialmente, la novela ganadora del concurso escrita por José Eusebio Lillo Rodelgo, *Clara Angélica* (1926). Este pedagogo, inspector jefe de primera enseñanza de Toledo, relata con pasión el desempeño profesional de una maestra en ambiente rural lleno de dificultades. O *El último cacique* (1927) de Rafael Pérez y Pérez. A estas dos obras se suman *La eterna inquietud* (1926) de Onieva, *María de la Luz la maestrica* (1925) de Guillermo García Vilaplana y *Toda corazón* (1931-1933) de Lucía Calle Matesanz.

El periodo de la escuela republicana va a ser acometido por unos cuantos maestros y maestras en sus diarios, autobiografías y memorias, pero también por autores que rememoran experiencias profesionales desde la distancia del tiempo transcurrido. La figura magisterial masculina aparece recreada por Honorio García Álvarez en *Un republicano* (1978). Se explica aquí el funcionamiento de la escuela mixta unitaria en los años veinte y el advenimiento de la escuela de la Segunda República con sus novedades pedagógicas: los juegos escolares naturales, las barracas de intelectuales con clase de alfabetización y demás aspectos culturales. Aunque se trate de un relato corto, y se aleje de la experiencia del autor, «La lengua de las mariposas» (1995), dentro de *Qué me quieres, amor*, ha pasado ya al imaginario colectivo como quintaesencia del mito del maestro republicano. Manuel Rivas insiste en la reformulación del maestro que tiene especial sensibilidad literaria y que practica una pedagogía natural del amor, haciendo valer el don de la oralidad como gran elemento didáctico.

La escuela de la Segunda República genera un ramillete de novelas en las que pasa a primer plano la figura de la maestra. Es el caso de *Diario de una maestra* (1961) de Dolores Medio, y de *Historia de una maestra* (1990) de Josefina Aldecoa, que son narraciones adscritas a la corriente del realismo social, la primera de ellas en los momentos de plenitud de esa corriente narrativa y la segunda, fuera de época. En las dos hay un esfuerzo importante de documentación para dar testimonio de los ideales educativos de la época de la Segunda República. Recogen experiencias de las propias docentes, maestras, y en ambas se novela el sueño republicano de la nueva pedagogía. El ejercicio de la profesión en el exilio tampoco resulta fácil, tal como atestigua la propia Josefina Aldecoa en la novela continuadora de *Historia de una maestra*. En efecto, en *Mujeres de negro* (1994) la protagonista ejerce de

maestra en escuela privada porque ha perdido su plaza por ideas políticas. En la tercera entrega de esta autora, *La fuerza del destino* (1997), el personaje principal retoma las riendas de la narración para balance de su vida y su profesión. Se trata de aportaciones valiosas, puesto que estas dos escritoras logran situar sus creaciones en los manuales de historia de la literatura, sin por eso dejar de acoger en ellas las marcas del género de la novela profesional.

El maestro y la maestra del tiempo de guerra hemos de encontrarlo referido una vez más en algunos textos testimoniales que se salen de los límites del género novela, conectados casi siempre con el periodo republicano. Muy tangencialmente aparece la figura de la maestra actuando en plena contienda civil al grito de ¡Arriba España! en alguna novela corta de las colecciones falangistas, como sucede en *Mariquilla, barre y barre* (11-11-1939) de Cristóbal de Castro; o en *Héroes de otoño* (9-12-1939) de José Andrés Vázquez, dentro de la serie *La novela del sábado*[17].

No resulta fácil encontrar obras, ambientadas en tiempo de posguerra, que presenten un personaje principal maestro. La mejor la publicó un escritor de calidad que ejerció como maestro rural en su juventud, Salvador García Jiménez. Aunque publicada tardíamente, *Primer destino* (1989) traspone una experiencia profesional que podría calificarse de canónica, localizada en los mediados sesenta y adscrita a la corriente del realismo social. Otros títulos menos significativos con personaje maestro son *El maestro* (1958) de Lucas y Gallardo, novela corta que fue adaptada con éxito al cine; y *La novela de un maestro* (1960), en la que su autor Luis Carbonell revive viejos recuerdos de escuela rural.

Sí que se observa producción literaria sobre la figura magisterial femenina en tiempos de inmediata posguerra. Se genera una nueva situación educacional de la que pueden encontrarse reflejos en alguna «novela para niñas» de los primeros años cuarenta, y en las que se focaliza la escuela rural con un personaje identificado con la ideología política resultante. Es el caso de *Mari Sol, maestra rural* (1944) y *Memorias de Mari Sol, inspectora* (1947) de Josefina Álvarez de Cánovas, o *Diario de una maestrita rural* (1955) de Julia G. F. Castañón. Menos interés tiene, al indagar de modo oblicuo sobre la maestra y la escuela rural, la novela corta de Augusto Martínez Olmedilla, *Maestra nacional* (1943). Sorprendente es la novela corta desconocida del poeta de la generación de medio siglo, Ángel González, *Fragmentos del diario de Petrita López* (1955), escondida en un libro de carácter práctico, destinado a fomentar vocaciones profesionales en los lectores jóvenes. En *Maestra y mujer* (1964), de Mª Carmen Martínez, se «literaturiza» la aceptación plena de la retórica

17 Naval, 2000, pp. 161 y 164.

ideológico-religiosa del momento por parte de la maestra rural de posguerra (años cuarenta y cincuenta), con canto a la vida rural al modo de las novelas de idilio.

Escritores muy representativos de la novelística realista de los años sesenta como Concha Alós (*Las hogueras*, 1964) Enrique Nácher (*Cerco de arena*, 1961) y Jorge Ferrer-Vidal (*Diario de Albatana*, 1967) aportan novelas en las que se aboceta la escuela rural femenina en contextos de precariedad social, con reflexiones de las voces editoriales a propósito del callejón sin salida en el que se encuentran las docentes. Cierta narrativa juvenil, por otra parte, recoge habitualmente anécdotas académicas de escuela. En estos relatos para receptores de corta edad se tiende a dar una visión positiva del reducto escolar y de la figura magisterial, tal y como se corrobora en títulos de calidad como *Cinco panes de cebada* (1981), un clásico del retrato realista de la escuela rural debido a Lucía Baquedano, o *El maestro y el robot* (1983) de José Antonio del Cañizo.

El repaso de los autores que conforman este repertorio evidencia de entrada como característica general la condición de escritores marginales no incluidos en las historias de la literatura española. Es excepcional el caso de escritores maestros de escuela consagrados (Dolores Medio, Josefina Aldecoa, Salvador García Jiménez, Rafael Pérez y Pérez). Lo habitual es el perfil de maestro o maestra fajados en los medios periodísticos, tanto profesionales como generalistas, que tienen en algunos casos veleidades literarias. Es verdad que, sobre la base de la experiencia profesional, se observa en cuanto a la autoría, una escala que va desde el simple maestro de escuela (Alejandro Gargallo, Anacas del Rin, Tomás Lucas García, María del Carmen Martínez López) hasta el «maestro de maestros», profesor normalista o inspector (Carlos Yeves, Concepción Saiz de Otero, Magdalena de Santiago-Fuentes, Melchora Herrero, Santiago Hernández, Rafael Pérez y Pérez, Onieva, Lillo Rodelgo, Josefina Álvarez de Cánovas, Martín Chico, Julia García Fernández-Castañón). Este último perfil es el que predomina dentro del corpus allegado.

Dentro de todo este conjunto narrativo se incluyen algunas novelas susceptibles de objeción debidas a escritores consagrados no siempre relacionados con el magisterio, que simplemente convierten en personaje principal de sus historias a la figura del maestro o maestra. Hay que contar aquí las novelas neocostumbristas de López Pinillos y Fernando Mora o las del realismo de posguerra de Concha Alós, Ferrer-Vidal o Enrique Nácher. Con todo, en alguno de estos casos como en *El amor pone cátedra* o en *Las hogueras*, sus autores conocen a fondo la cuestión: la esposa de Fernando Mora fue maestra normalista y Concha Alós se desempeñó, igualmente, como maestra de primeras letras en el espacio en el que sitúa a su personaje principal. De otros títulos que caen en los dominios de la literatura infantil y juvenil po-

dría decirse algo parecido: *Cinco panes de cebada* de Lucía Baquedano o *El maestro y el robot* de José Antonio del Cañizo, a los que podrían sumarse las novelas de Luis Carbonell y de Augusto Martínez Olmedilla (*La novela de un maestro* y *Maestra nacional*, respectivamente). Aun admitiendo lo heterogéneo de estos últimos títulos, consideramos oportuna su inclusión en el corpus porque de todas estas obras puede decirse que novelan en mayor o menor medida trayectorias docentes.

El repertorio queda formado por cuarenta y una novelas caracterizadas por el protagonismo magisterial en contextos de dificultad. Naturalmente, quedan excluidas las obras en las que solo parcialmente aparece esa figura (por ejemplo, unas cuantas novelas de Benito Pérez Galdós), aunque pueda aludirse tangencialmente a ellas. Lo mismo cabe de decir de los cuadros costumbristas y los cuentos realistas de los grandes novelistas (Pereda, Clarín, Alarcón, Unamuno…). La importancia del conjunto examinado no se debe a la calidad literaria de sus unidades, pues unas cuantas bordean, cuando no entran de lleno, en la zona de la paraliteratura. Sin embargo, la puesta en limpio de todos sus argumentos en su contexto histórico y sociológico se ofrece al lector por primera vez como un catálogo razonado que corrobora la existencia de un género con marcas inconfundibles. De modo que el viaje histórico por el mismo no deja de aportar al historiador de la educación datos valiosos, pues todas esas tramas incorporan no solo costumbres sino, sobre todo, sentimientos, pasiones y, en definitiva, vida, pues las historias relatadas brotan casi siempre de la experiencia vivida. Esa es la razón por la que los autores se acogen a las estéticas realistas como la mejor manera de llevar a término sus ideaciones literarias.

La formación de este repertorio tiene su origen en tiempo muy anterior, cuando acometí el estudio de la prensa profesional del Magisterio de la provincia de Teruel, que dio origen a la publicación de varias monografías que se ocupaban, por una parte, de su estudio panorámico, fundamentalmente la prensa del siglo XIX, y por otra, del estudio específico de maestros-periodistas desconocidos, símbolos de su tiempo. La defensa de mi tesis de doctorado en la Universidad de Zaragoza (2005), bajo el título *Maestros y profesores en la novela (1882-1939)*, supuso una ayuda complementaria para avizorar la hipótesis de que la historia de la educación en España corría paralela a la de un género narrativo, la novela profesional del Magisterio, que tenía su origen en la prensa que los maestros alentaron y publicaron para defenderse del mal trato al que eran sometidos.

# EL MAESTRO DEL SIGLO XIX EN ÉPOCA ANTERIOR A LA RESTAURACIÓN

De todos los novelistas del siglo XIX, Galdós es quien mejor había caracterizado la figura del maestro en época del reinado de Fernando VII. Se trataba de un personaje secundario presentado como víctima política, sobre el que recaían los acostumbrados tics humorísticos costumbristas[18]. En los *Episodios nacionales* de la segunda surge ese maestro con el nombre de Patricio Sarmiento. Es «otro Cristo» que muere inmolado por el bien de la comunidad, al no abjurar ante la autoridad política de sus principios morales. En este caso, defendiendo una suerte de liberalismo extremista populachero[19]. Aunque había aparecido en las novelas *El Grande Oriente* (1876) y *Siete de julio* (1877), esta figura adquiere protagonismo en *El terror de 1824* (1877). Es un maestro «loco» y «quijotesco» inmerso en la represión de 1824, a cargo del rey Fernando VII. Imparte en su escuela lecciones de historia romana confundidas con el mismo momento del alzamiento liberal. Es un orador pesado y farragoso a quien abuchean sus propios correligionarios. Pero el héroe se crece en el momento previo a su ajusticiamiento en la Plaza de la Cebada, se convierte en un filósofo capaz de glosar un mensaje pedagógico cristiano profundo.

Para la ideación de ese personaje, Galdós pudo inspirarse en el maestro de escuela de Ruzafa (Valencia), Cayetano Ripoll, ahorcado en la Plaza del Mercado de Valencia a manos de la reacción apostólica en 1826, tras fallo de las *Juntas de Fe*: la última ejecución, se dice sin excesivo rigor, de la Inquisición española. El joven estudiante Ripoll se había visto involucrado en los movimientos políticos convulsos de la época. Herido en la Guerra de la Independencia y llevado prisionero a Francia, se subleva en 1814, enrolado en la masonería, contra el rey. Se hace maestro de

18 Navascués, 1983; Ezpeleta, 2009.

19 En el ámbito de la novela hispanoamericana encuentro una narración breve de J. M. Vargas Vila, con tratamiento del personaje principal, maestro de escuela rural en un pueblo de los Andes presentado literalmente como «otro Cristo» que se inmola también por la sociedad desagradecida en la que le toca vivir (*El maestro*, 1917, «La novela corta», Madrid, firmado en París).

escuela, al parecer ejemplar, y a partir de 1824, con la reacción de los apostólicos, es delatado, apresado y acusado de «herejía formal y contumaz», y finalmente ajusticiado. En 1932, Julio Noguera López[20] publicó un ensayo, que se lee como novela, en el que hacía una reconstrucción histórica de ese ajusticiamiento. En el capítulo «La muerte del justo ni conmueve ni perturba en España», amparándose en anteriores testimonios[21], este autor describe la dignidad con la que el maestro afronta su suerte al pronunciar palabras ejemplarizantes para las gentes que presencian el suceso; en clara sintonía con las que Galdós hace pronunciar a su personaje, en la misma circunstancia, pero en la Plaza de la Cebada de Madrid. Patricio Sarmiento, lo mismo que el maestro de Ruzafa, se convierte en otro Jesucristo que perdona a sus verdugos[22]. Y de idéntico modo también, ambos, Cayetano Ripoll y Patricio Sarmiento, mueren con una frase interrumpida de defensa de los valores cívicos. Cayetano Ripoll pasa a la Historia por medio de la tradición oral[23] como el maestro de escuela que muestra a las generaciones venideras el camino de la libertad: algo de eso hay en la figura troquelada por Galdós.

En época anterior al periodo de la Restauración queda contextualizado también otro de los personajes maestros secundarios galdosianos, Don José Ido del Sagrario, quien también sobresale, con las adherencias cómicas del «tipo», en la amplia nómina de las figuras magisteriales de su novelística. Tiene protagonismo en *El doctor Centeno*, de 1883, y en las otras novelas posteriores: *Tormento, Lo prohibido, Fortunata y Jacinta, Amadeo I, La Primera República, De Cartago a Sagunto* y Cánovas.

Los narradores realistas de la generación de Galdós no llegan a dotar de protagonismo principal en sus novelas a este personaje y lo suelen relegar a la función secundaria o episódica. Sin embargo, sí que aparece con frecuencia esta figura en relatos, cuentos y cuadros costumbristas con los rasgos de pedantería, incultura,

---

20 Julio Noguera, *La* última *víctima de la Inquisición*. *El maestro de Ruzafa*, Cuadernos de Cultura, Valencia, 1932.

21 Noguera, que oculta la más evidente fuente de Olózaga y de Menéndez Pelayo, invoca al «historiador Morayta», quien bebió en documentación anterior dispersa; y a Rodolfo Llopis, «autor de un trabajo notable sobre el Maestro de Ruzafa» publicado en *El Sol* «al cumplirse el primer aniversario después de pasado el centenario sin podérsele recordar» (p. 15).

22 Llopis en su artículo recuerda que este maestro era conocido como «el Jesús de Ruzafa» (p. 44 de Noguera)

23 Esta es la copla recogida en pp. 86-87 del libro de Julio Noguera: «No le mataron por masón, /Ni por hereje ni por traidor; / Fue el arzobispo quien le mató/ Porque enseñaba de corazón/ Una doctrina que es la de Dios/ Y que condena de Inquisición.../ Ellos le ahorcaron sin compasión, / Por ser maestro, no servilón».

pusilanimidad y propensión a la locura. Relatos, todos ellos en los que se incide en la precaria condición social. Y es que el maestro vive en la tradición gráfica popular como tipo humorístico en el grabado y la caricatura[24]. No hay que olvidar el teatro popular y la zarzuela de mediados de siglo XIX como fuentes que abundan en la comicidad producida por el contraste entre las pretensiones de alta misión profesional y las insuficiencias físicas y psíquicas de su persona.

En 1871 Pereda suministra en algunos cuadros costumbristas de *Tipos y paisajes*[25] («Para ser un buen arriero» y «Blasones y talegas») un boceto del tipo en la figura de *Canuto Prosodia*, aprovechado además para su novela *De tal palo tal astilla* (1880)[26]. Auténtico «tipo», el maestro de ese primer relato es un «hombre enjuto y pequeño de cuerpo, corto de alcances, y muy largo en adular a todo el que podía dar algo» (p. 299). En el segundo cuadro reaparece con exhibición de pedantería y mala gramática: «Versificación de epitalamio en doce pies de verso desiguales, conforme a reglas; discurrida por Canuto Prosodia, maestro de instrucción primaria elemental de este pueblo, y dedicada a la mayor preponderancia, majestad y engrandecimiento de la ilustre Doña Verónica Tres-solares...» (p. 440). El relato de Pedro Antonio de Alarcón «El maestro de antaño» (1880)[27] documenta al modo realista el trabajo cotidiano de un maestro de escuela de época anterior, caracterizado por las marcas del estereotipo (poca preparación intelectual, misión sacerdotal, metodologías coercitivas, insistencia en la edad avanzada...): «Lo que aún no he podido averiguar ni discernir es en virtud de qué conocimientos de otra especie fue maestro de escuela... Sabía hacer letras, pero sin ortografía; leer, pero sin gusto, y calcular, pero en abstracto, y, sólo con números enteros, hasta dividir por más de una cifra...» (p. 1742).

---

24 Alejandro Sawa subraya la querencia de las artes populares por azuzar sobre la figura del maestro. «La caricatura se ha apoderado del maestro porque no ha hallado la heterogénea sociedad moderna, tan variada, tan generosa en la manifestación de tipos decimonónicos, uno que tanto se preste a ella como el maestro de escuela. La literatura festiva también frecuentemente lo emplea con el noble propósito de hacer reír; es una indiscreción grosera, indigna: augusto sacerdote de la civilización, merece nuestro respeto; víctima de la barbarie, nuestra lástima» (Ezpeleta, 2001, p. 169).

25 Ver José María Pereda, *Obras Completas* I, *Escenas montañesas*. *Tipos y paisajes*, 1989, «Para ser un buen arriero...», pp. 291-313; «Blasones y talegas», pp. 385-446. Es significativa la presencia de temática escolar en los relatos breves de Pereda: dentro de la misma colección anterior de 1871 documenta en «Los chicos de la calle» el lamentable absentismo escolar de la época (pp. 375-384).

26 José María de Pereda, *De tal palo tal astilla*, ed. de Joaquín Casalduero, 1976.

27 En Pedro Antonio de Alarcón, *Obras completas*, 7, 1943, pp. 1741-1747.

La cuestión política impregna a veces los relatos del personaje, ya que este transfiere su carga humanística o sus ideales a una determinada militancia política en momentos históricos convulsos, al modo del Patricio Sarmiento galdosiano. El padre Coloma lo hace en uno de sus cuentos con el personaje de don Justo Cucaña, quien recibe los rasgos constituyentes que le suministra la tradición costumbrista. Se trata de «La Pascua Florida y el Cuarto Ayunar», en donde Coloma modela al anciano maestro de la Escuela Gratuita de María Inmaculada de una ciudad andaluza contextualizado en plena Revolución del 68, pero con invocación recurrente al reinado de Fernando VII. El personaje de Coloma, adornado con las notas de ingenuidad, bondad y simpleza, sufre el embate de las Juntas Gubernativas que pretenden arrumbar los modelos pedagógicos antiguos, hasta el punto de abandonar su profesión y morir posteriormente de hambre, antes de transigir a las imposiciones de la nueva autoridad emanada de la revolución del 68[28].

Igualmente, la cuestión estrictamente pedagógica aparece recreada en los cuentos de la generación realista mediante recursos satíricos y humorísticos. Alarcón, que caracterizaba en «El maestro de antaño» a un mentor de la vieja escuela, cuantificaba los castigos aflictivos del siguiente modo: «Cinco eran allí los castigos o sanciones penales de la enseñanza: 1º ponerse de rodillas, 2º correazo sobre la ropa; 3º palmetazo; 4º llevar colgado del cuello ¡todo un día! cierto cartón en que estaba pintado un burro y 5º azotes... Los azotes se administraban bajándole los calzones y dándole otro adulto con las disciplinas» (p. 1743).

Sin embargo, van a ser los maestros de escuela literatos quienes compongan narraciones enteramente profesionales en las que la experiencia personal del oficio queda trasmutada en una novela. Indudablemente, *El maestro de escuela o el civilizador del mundo* (1865) es la obra profesional que mejor recrea la figura del maestro del periodo de Fernando VII. En esta novela, escrita por el maestro Domingo Erosa, interesa el intento de historiar la situación del magisterio primario, al considerar el primer corte cronológico de la década de los veinte del siglo XIX; para pasar a continuación al tiempo del autor en el que se han creado las escuelas normales y se ha promulgado la Ley Moyano. Es decir, hay un orden antiguo, severamente reprobado, frente a uno nuevo, lleno de deficiencias y carencias, que permite alborear algún avance en el sistema educativo.

28 La revolución se había hecho pedagoga, al amparo del programa krausista de Sanz del Río. El ministro Antonio Romero Ortiz, antiguo miembro de la Unión Liberal, se encarga en la nueva situación de tomar las medidas anticlericales que afectan a la escuela. Marco (2002, p. 120) señala cómo en pocos días disuelve la Compañía de Jesús; quita a los párrocos cualquier responsabilidad sobre instrucción pública, decreta la disminución jurídica de las monjas y acaba con las Conferencias de San Vicente de Paúl.

De ese mismo tiempo data *Un maestro* (1866) de Carlos Yeves quien, al modo del viejo género de la novela de instrucción, vierte en su texto doctrina conectada con su experiencia profesional. Pedro de Alcántara García y Navarro señaló que «el objeto principal de este libro es dar una idea de la influencia que el maestro puede ejercer sobre las costumbres de un pueblo, al mismo tiempo que el de presentar saludables ejemplos de moralidad y exponer principios pedagógicos útiles para los que de algún modo se dedican a la educación de los niños»[29].

En fin, ningún relato mejor que *Páginas originales: memorias de un maestro de escuela* (1886) de Valero Almudévar para hacer la crónica de la «mala vida del maestro» en las décadas siguientes a la promulgación de la Ley Moyano. Sus páginas esconden el itinerario real (en este sentido ha de entenderse el adjetivo «originales») del ejercicio profesional del autor. Decantada hacia el género biográfico, de José Anguita Valdivia, es *Vida ejemplar de un maestro del siglo XIX. Apuntes biográficos de D. Juan Carrillo Sánchez* (1929), un relato escrito por el discípulo predilecto del autor, que presenta al maestro biografiado como modelo de abnegación y de vocación profesional. Lo mismo puede decirse de la obra *Biografía de don Simón López Anguta* (1907), redactada por el propio maestro biografiado que, en este caso, se extiende a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XIX.

Para encontrar novelas que plasmen el ejercicio docente femenino, habrá que esperar a que alguna «maestra de maestras», a principios de siglo XX, evoque vivencias profesionales contextualizadas ya en plena época de la Restauración.

## *EL MAESTRO DE ESCUELA O EL CIVILIZADOR DEL MUNDO* (1865) DE DOMINGO EROSA[30]

Se trata de un novelón de 616 páginas ambientado en una aldea gallega. Su autor se esfuerza en pintar ambientes, describir costumbres y estudiar caracteres,

29 *La Enseñanza*, 25-9-1866, p. 372.

30 Domingo Erosa y Fontán nació el 5 de abril de 1829 en Ameal, parroquia de Arcos de la Condesa, en el municipio de Caldas de Reis (La Coruña), e inició sus estudios de Magisterio en la Escuela Normal Superior de Santiago en 1849, año de inauguración del establecimiento docente, titulando como maestro elemental en 1852; y como superior, en 1857. Se interesó en artículos publicados en prensa por cuestiones concernientes a las gentes de su región, a la que profesaba un gran cariño. Artículos que estaban imbuidos, podríamos decir, de un espíritu regeneracionista antes de época. De él, que regentó como propietario la escuela completa de niños de Padrón a partir de 1860, ha escrito Narciso de Gabriel a propósito, precisamente, de la novela *El maestro de escuela o el civilizador del mundo*, analizada con alguna amplitud en un artículo (2015).

según señala uno de sus primeros reseñistas[31], quien quería ver en la obra algún parentesco con las novelas de Chateaubriand, Fenimore Cooper y aun Dickens, alguno de cuyos tipos se parecía a Roque, el personaje principal de Erosa. Se sigue diciendo en esa misma reseña que la novela presenta también algunos lunares, pues en ella «notamos desde luego poco acentuados los tipos de las dos principales heroínas; no vemos sus caracteres tan desenvueltos como exigía su personalidad y la influencia que la conducta de una de ellas ejerció en el destino y porvenir del principal protagonista» (p. 135).

Hay intriga y amoríos desgraciados, pero la parte sustantiva de la narración se decanta hacia la reflexión sobre la enseñanza primaria y la labor del maestro, para lo cual se disponen dos personajes antitéticos: Pepe, el mal maestro, y Roque, el bueno. La acción educativa de estos tiene lugar en época de la Década Ominosa, tiempo de represión y falta de libertades del reinado de Fernando VII, y todo ello en una «escuela de fundación» de la aldea de Ameal. Observamos la traslación de la circunstancia personal del autor, que había nacido en ese mismo lugar, a través del ideario educativo tanto del personaje principal como del propio narrador. El primero de los maestros, de conducta poco ejemplar, es relevado por el segundo a instancias del representante del patrono de la escuela, después de convencer al sacerdote del lugar. Este último acepta el relevo tras comprobar en una visita a la escuela las malas artes practicadas con sus alumnos por Pepe.

El novelista, que no deja nunca de inmiscuirse en la narración, se adhiere al diagnóstico que sobre a educación primaria de aquel periodo resulta del diálogo de los personajes. Narciso de Gabriel lo resume así: «las escuelas escaseaban y buena parte de las existentes se sufragaban con los legados de los hombres piadosos y no con fondos públicos. Sus condiciones materiales eran muy deficientes, como sucedía en la fundación de Ameal y en la mayoría de las públicas y privadas. Los alumnos permanecían encerrados en oscuros locales» (p. 64). Tesis esta expresada por el narrador en los siguientes términos: «la instrucción primaria ha sido el último ramo de la enseñanza pública sobre el cual los gobiernos han fijado su atención; el último que han procurado fomentar» (p. 124). Se incide en las deplorables condiciones en las que se desenvuelven unos maestros que son motejados por los convecinos con el calificativo de «piojoso», «ganapán» o «pedigüeño» (p. 125); y las voces de la narración no dejan de achacar los males del maestro a la falta de libertad que establece el régimen absolutista. Se hace necesario, pues, el surgimiento de un nuevo maestro civilizador que, en medio de las dificultades, vaya enderezando el estado de cosas.

31 *El Despertador,* La Coruña, número 16 del 20 de junio de 1867, pp.133-135.

Ahí está la figura de Roque que asume el encargo de la escuela después de obtener la debida titulación, y acredita desde el primer momento buenas capacidades para ganarse a sus discípulos mediante la puesta en práctica de algunas novedosas metodologías didácticas, que defenderá el propio autor en su escuela de Padrón «según el sistema mixto basado en el mutuo»[32]. No tarda en llegar la extorsión y la denuncia de las gentes del pueblo, que consideran al maestro irreligioso y liberal, de tal manera que tiene que huir disfrazado de uniforme «realista». Por otros motivos, también tendrá que huir el anterior maestro. Hasta aquí llega el argumento de una novela que habría de complementarse con una segunda entrega ambientada en un tiempo cercano al de la escritura, y que iba a llevar el título de *El mártir de la civilización moderna*.

No llegó a culminarse este proyecto, aunque en el epílogo final, Domingo Erosa anticipa la materia que iba a ser narrada en esa segunda novela, al presentar a nuevos maestros (maestro y maestra) al cargo de sus respectivas escuelas elementales, una de niños y otra de niñas. Ernesto y Carolina aparecerían ahora caracterizados con las deseadas cualidades para ejercer una profesión que debía aunar la cualidad moral y la competencia técnica. Las condiciones materiales seguirán siendo precarias, el salario seguirá siendo exiguo; el pueblo seguirá sin comprender la misión civilizadora del mentor de la infancia, pero el buen desempeño de estos docentes, que abrazarán la pedagogía moderna, apuntará a la consecución del desiderátum invocado por el autor, que considera la escuela como «el lugar santísimo donde la naciente humanidad se reengendra en el bien» (p. 570). El sacerdote, reticente en tiempos de la Ominosa Década hacia el valor de la ilustración, desde el nuevo alto cargo que ostenta ahora se convence, en una nueva visita a la escuela regentada por Ernesto y Carolina, de que «el maestro de nuestros días es el verdadero civilizador del mundo» (p. 583).

El reseñista de *El Despertador* consideraba que esta novela era merecedora de «ocupar un lugar preferente en la biblioteca de todo hombre ilustrado y especialmente en el gabinete de los profesores de primera enseñanza, ya porque a ellos está dedicada en primer término, ya por sus tendencias elevadas y filosóficas» (p. 135). Ciertamente, la obra, aunque pueda quedar lastrada por algunos excesos propios de la novelística del folletín del momento, anticipa algunas marcas básicas del género de la novela profesional del Magisterio, como son la descripción expresiva de la mala vida del maestro y la enunciación de tesis regeneradoras.

32 De Gabriel, 2015, p. 61.

## *UN MAESTRO* (1866) DE CARLOS YEVES[33]

Esta novela forma un volumen de 160 páginas en octava imperial, con calidad de impresión, elegante cubierta, y sale a la venta por diez reales en las librerías y en la propia casa del autor en Tarragona, dado que en ese tiempo ejerce como director de la escuela normal de esa ciudad. Consta de diez capítulos encabezados por títulos informativos que ayudan a seguir la lectura: 1. Un entierro notable. 2. La familia de un maestro. 3. La unión del cura y del maestro. 4. La casa del maestro. 5. El sentimiento religioso del maestro. 6. La escuela. 7. Vocación. 8. Métodos. 9. La escuela en acción. 10. Antecedentes del maestro.

Tal vez lo más valioso se encuentra en la parte final referida a los sistemas y métodos de enseñanza, que brotan de la propia experiencia del autor al que se considera pionero de algunas nuevas pedagogías. Aporta además noticias y principios aplicables a la dirección de las escuelas de las que se beneficia el personaje protagonista. Menos interés tiene la propia peripecia narrativa, aquejada de exceso de idealismo. La figura principal, el maestro rural Luis Hernández, se presenta como modélica, de tal manera que, civilizando a sus alumnos, consigue trasladar su acción benéfica a toda la población.

La acción se sitúa en una época en la que se avienta el problema del hambre del maestro motivado por los retrasos en los pagos, y en que la prensa profesional clama por la centralización de los pagos y la mejora material de los edificios escolares. Precisamente por eso, el capítulo que glosa la buena disposición de la escuela parece querer obviar ese último problema candente: el deficiente estado de la mayoría de los locales de la escuela. Recientemente se había producido, además, un hecho que resonaba en la prensa de la época, como era el hundimiento en el mes de junio de 1863 de la escuela pública de Ruzafa en Valencia, con el resultado de diez niños muertos y el propio maestro, además de otros cuarenta escolares heridos. Yeves escamotea el problema al enfocar el asunto por elevación.

Al reseñar esta novela, Pedro Alcántara García objetaba, además de la monotonía y pesadez con que se desarrollaba la fábula, la ausencia de tratamiento lite-

33 Carlos Yeves (1822-1882) fue pedagogo influyente, profesor y director de escuelas normales, inspector de primera enseñanza y catedrático de la Escuela de Artes y Oficios de Madrid. A él se deben unas cuantas obras en las que plasmó sus planteamientos sobre la enseñanza de las distintas materias. Entre otras cosas, él fue el autor de la primera formulación del sistema cíclico de la organización de la enseñanza. Y suya es *Un maestro*, obra en la que la imaginación propia del género narrativo cede ante el aspecto conceptual, hasta tal punto que la crítica de su tiempo la considera una obra de moral profesional y de pedagogía (reseña en *La Conciliación*, 30-10-1866, p. 22).

rario de todas esas cuestiones palpitantes que empezaba a recoger expresivamente la prensa profesional. Por ejemplo, la presentación de una situación relativamente desahogada de la familia del maestro, máxime cuando fallece el maestro Hernández, en unos momentos en los que los maestros de carne y hueso estaban reivindicando los derechos de viudedad: «¡Con cuánta oportunidad no hubiera podido el Sr. Yeves indicar aquí la cuestión de los derechos pasivos del magisterio de primeras letras!» (p. 373).

En una novela como esta parecía obligado redondear como personaje al maestro de escuela rural; y, sin embargo, en los primeros capítulos la figura del sacerdote opaca a la del docente, «de tal modo que él y no Hernández podía pasar, en muchas ocasiones, como protagonista de la novela, que por intitularse *Un maestro* y estar encaminada a hacer la apología de un buen mentor de la infancia, pide que no se cercene en lo más mínimo el interés y esa independencia de acción que en nuestro juicio le corresponden a Hernández, si se ha de conseguir el fin a que sin duda aspira el Sr. Yeves»[34]. Esta era otra de las objeciones argumentadas por este crítico afín a la Institución Libre de Enseñanza.

Es verdad que la prensa profesional incluye artículos y reflexiones sobre la conveniencia de fomentar una buena convivencia entre el maestro, el sacerdote y el alcalde; sin embargo, la realidad no suele ser tan halagüeña y la mayoría de los testimonios de maestros reales incidía en la incomprensión que hacia los maestros y maestras tenían las juntas locales integradas por esas autoridades. Y es que la novela de Yeves cargaba las tintas en la educación religiosa, representada en la figura sacerdotal, orillando los otros aspectos que también deberían formar parte de la educación integral invocada. De ahí que el mencionado crítico afirmara: «¿No hubiera sido más conveniente presentar a la viuda del Sr. Hernández rodeada de familia, pero sin el hijo cura y en situación más modesta?» (p. 373).

34 Alcántara García, pp. 172-173.

## *PÁGINAS ORIGINALES: MEMORIAS DE UN MAESTRO DE ESCUELA* (1886) DE VALERO ALMUDÉVAR[35]

El desempeño profesional del personaje principal constituye la sustancia de este libro al que se dota de alguna intencionalidad literaria. Aunque se esfuerza en señalar con precisión las fechas de la estancia en los distintos lugares y en describir con fidelidad los paisajes y las personas que comparecen en el relato, el escritor-maestro se sirve del truco literario de endosar la peripecia a «un amigo» al que se intenta disuadir por todos los medios de la decisión de abandonar Madrid para convertirse en maestro rural en un lugar apartado e inhóspito. Las poblaciones, aunque puedan ser reconocibles, quedan enmascaradas bajo la grafía inicial: H. (Huesca), C. (Castanesa), A (Aniés) y el *alter ego* del autor queda convertido en una suerte de Pedro Saputo que se las ingenia para salir airoso de trances que están en el límite de lo real. Efectivamente, la acción se sitúa en la época de los retrasos en los pagos en que, como se decía después, los maestros «eran unos seres inverosímiles». El escritor maneja como recurso sistemático el humor *somarda* y un estilo ágil para posibilitar una lectura como una novela en la que no mezclan del todo mal los ingredientes horacianos de utilidad y entretenimiento.

Las memorias se inician con un prólogo-dedicatoria al presidente del Gobierno del momento, Práxedes Mateo Sagasta, al que el autor pide, desde la perspectiva del tiempo de la narración (mitad de la década de los ochenta), que remedie los males de la enseñanza, como también hace en el epílogo final en las apelaciones a las autoridades y al propio Sagasta, para que «mejore la situación de los profesores, principalmente en los pueblos y aldeas de la Península» (p. 151). Esta marca temporal es significativa, pues extiende la parte conceptual y reflexiva, fundamental en este libro, a los años centrales de época de la Restauración, en coincidencia con la edad de oro de los periódicos profesionales que claman machaconamente en cada una de las provincias españolas por la centralización de los pagos como remedio para conjurar el mal trato que se cierne sobre la figura del mentor de la infancia.

La perspectiva de la observación se advierte igualmente en algún que otro comentario esparcido a lo largo del libro. Así, veintiún años más tarde, en 1886,

35 Valero Almudévar (1843-1915) cursó estudios de maestro en la Escuela Normal de Madrid entre 1859 y 1863 y regentó escuela, como su *alter ego* novelesco, en tres destinos de la provincia de Huesca en un contexto de gran dificultad: Castanesa (del 18 de mayo de 1864 al 28 de septiembre del mismo año), Luzás, donde ejerce desde la salida del anterior pueblo hasta el 1 de agosto de 1867, y Aniés, desde el verano de 1867 hasta septiembre de 1870. En el estudio preliminar a la edición de esta novela se encuentran los datos profesionales del autor.

observa el narrador que la primera escuela que atendió se sigue anunciando «con la misma rebaja que propuso el señor presidente de la Junta Local» (p. 15). Otro recurso novelesco adoptado es la puesta en boca del *alter ego* del escritor de unos hechos conceptuados como «aventuras», una vez regresado a Madrid, en cinco veladas nocturnas entre «café y humo». A partir de ese momento, los amigos serán «todo oídos» y el autor-narrador, como amigo que ha participado de las veladas, dirá al lector que se limita a transcribir lo que ha oído a su amigo maestro.

En la velada primera se recrea la experiencia en el pueblo C. como maestro interino. Se hace acompañar de su padre, pasa por la capital de la provincia (H.) para tomar posesión, y es conceptuado por el secretario de la junta provincial de enseñanza como un ser «original o excéntrico» (p. 9); consigue finalmente llegar al destino montado en caballo. El primer día de clase se le presentan 20 o 30 niños «en un estado alarmante, descalzos, sucios y haraposos, que más bien parecían una turba de hambrientos arrapiezos, que niños dispuestos a recibir la enseñanza» (p. 13).

La sala de clase «era un cuartucho bajo, hediondo y húmedo, teniendo por entarimado la misma tierra removida y preparada, como si se tratara de la labor y cultivo de un campo» (p. 14); estaba dotada «de dos bancos del tiempo de Noé, y restos de unos poquísimos carteles de autor desconocido» (pp. 13-14). Los alumnos hablan «chapurrado» y el maestro, castellano, por lo que se hace imposible el entendimiento entre las dos partes. La escuela es elemental completa de niños con asignación de 2500 reales anuales, pero el alcalde se las arregla para rebajarla de categoría. El maestro también imparte la clase de adultos.

Pasea con el párroco y en verano hace vida «montaraz» al participar en las cacerías; su tez pierde la blancura inicial, pues pasa enseguida a ser morena y finalmente «mulata»; consigue mejorar el modo de vida al poder compartir casa con la familia del sastre; presencia las consecuencias catastróficas de una tremenda tronada con el resultado de muertes de personas y animales. El narrador sazona el relato de descripciones sobre usos y costumbres de los lugareños, pero advierte a los que lo escuchan: «No creáis que las aldeanas y los pastorcitos son tan novelescos como nos los pintan los poetas» (p. 28).

Llega septiembre y pide cambio de escuela (velada segunda), para olvidar a los habitantes de su primer destino, que son «supersticiosos, fanáticos y con poco apego a la enseñanza de sus hijos». Obtiene el nombramiento expedido por el rector del distrito universitario. Es una escuela incompleta de 2170 reales que dista 14 leguas al sur de la anterior. Sus padres, que aguardan en la capital de la provincia, lo acompañan al nuevo destino. Arregla la escuela, se mezcla con los paisanos que

visten de traje regional (calón corto y faja) y permanece entre ellos tres años. Acude a oír misa a la hora intempestiva del nacimiento del día y soporta un examen de religión que le hace el párroco: le «hizo las preguntas vulgares que un párvulo sabe responder» (p. 38).

En este pueblo, que era muy pobre, constata hasta dónde llegan las prácticas caciquiles de las autoridades locales, que retrasan los pagos y, cuando pagan, lo hacen con monedas falsas: «Aquella temporada fue una temporada de prueba; el hambre llamaba a las puertas de mi casa» (p. 41). El narrador insiste en glosar lo que él llama el «martirologio» del magisterio y completa la estampa escolar con la rememoración de la sesión de exámenes generales, dirigida por las personas que componen la junta local, alguna de ellas analfabeta: «¿Os figuráis que es lo que excitaba la risa de los concurrentes? Era que el dignísimo señor alcalde hacía que seguía a los niños la lectura con el libro puesto al revés» (p. 48). Sin embargo, en un medio tan hostil, va a conseguir unirse en matrimonio a una agraciada joven con la que vive feliz. Sufre en ese lugar la muerte de su padre, y los vecinos del lugar quieren echarlo de su escuela. El narrador se propone entretener, pero también aleccionar, y apela al lector con unas reflexiones más o menos sentenciosas que constituyen los distintos aspectos del diagnóstico de la situación: «¡desgraciados niños, desgraciados maestros y desgraciada enseñanza en manos de esas desgraciadas autoridades» (p. 50).

Transcurridos tres años (velada tercera), cambia de destino para regentar ahora la escuela de un pueblo situado a 100 kilómetros del anterior. Es agosto de 1867, ya con una pequeña hija, encuentra enseguida para su familia hospitalidad por parte de la maestra. Su escuela está situada en el mismo edificio del ayuntamiento y el alcalde sigue respondiendo a lo esperado: «bajo, rechoncho, coloradote y mofletudo» (p. 81). Transcurren días y meses, disfruta de una calma relativa, pero se da cuenta pronto que «su martirologio no ha terminado» (p. 83), pues llega la revolución de 1868, la *Gloriosa*, y la junta revolucionaria salida de aquella coyuntura, lejos de mejorar la situación de los maestros, la empeora. Prescinden de la maestra con la complicidad de los vecinos, pero el maestro, aunque es extorsionado, la defiende y espeta a las nuevas autoridades que «las revoluciones y los revolucionarios se desacreditan cuando proclaman en su credo político principios que luego pisotean» (p. 89). El narrador deplora aquellos días «en los que estaban desquiciados el orden y la armonía de los pueblos» (p. 91) y apostilla que «otras muchas escenas más o menos dolorosas comentaban los periódicos profesionales, llamando la atención de las autoridades; pero éstas no podían imponer correctivo, porque carecían de ascendiente moral sobre sus inferiores» (p. 91).

En la velada cuarta, con el maestro y su familia aún en el mismo pueblo, se narra la etapa final como docente rural. A finales de 1869 se trama desde la alcaldía su

destitución y eso que en esos momentos el pueblo le adeuda 4 o 5 trimestres. Los vecinos, bajo presión, firman la denuncia, pero el plan resulta fallido gracias a la habilidad que muestra el maestro, que lleva el caso hasta el juez, con resultado favorable para él: «con estos acontecimientos me iba haciendo conocido y célebre por los pueblos circunvecinos, corriendo la voz de que además de buen profesor, era inteligente, severo y de grandes condiciones» (p. 105). La extorsión y las amenazas siguen; se enfrenta físicamente a sus oponentes, que resultan burlados; enferma y se dispone a abandonar el pueblo: «ya convaleciente, con burla sarcástica me cantaban a muerto a altas horas de la noche» (p. 111).

La velada quinta comienza proclamando la imposibilidad de continuar en un pueblo «sobornado y minado por los enemigos de la enseñanza para promover disturbios y amenazas» (p. 112). Reestablecido, con fecha de 19 de mayo de 1870, pide dispensa a la secretaría de la junta provincial para quedar desvinculado de su profesión. Con su familia a buen recaudo, inicia la marcha del pueblo, para dedicarse a la enseñanza privada en la capital de la provincia, como profesor y después como director en el colegio San Vicente Ferrer, para regresar definitivamente a Madrid el 1 de marzo de 1874. Las páginas finales del libro remiten al tiempo próximo al punto de vista de la narración e incluyen documentación administrativa que acredita la condición del protagonista como director de un colegio privado de Madrid y el anhelo de asociación y regeneración para la clase.

# EL MAESTRO DE LA PRIMERA RESTAURACIÓN

Los grandes narradores del realismo de siglo XIX siguen prefiriendo el género del cuento sobre la novela para modelar al maestro de escuela en el contexto histórico de la Restauración, y cuando esta figura aparece en la novelística cumple funciones secundarias. El relato breve es, pues, el género en el que mejor encaja la peripecia de este personaje, pues la brevedad y el tono poemático característicos del cuento posibilitan una mirada sentimental o patética. En alguna de las más conocidas novelas de los escritores del realismo decimonónico podemos encontrar descripciones costumbristas que ahorman historias en las que el personaje maestro tiene una función secundaria. Es el caso de *La barraca* de Blasco Ibáñez; o *José* de Palacio Valdés[36], a título de ejemplo. Sin embargo, sigue siendo Galdós quien troquela en las distintas novelas referidas al periodo de la Restauración la figura del maestro de escuela como personaje secundario excepcional[37]. Así, en su novela regeneracionista (*El caballero encantado*, 1909; y *La razón de la sinrazón*, 1915) también tiene cabida el «tipo» inmerso en ambiente opresivo como símbolo en pequeño de los males generales del caciquismo, con estampas de la situación real del maestro de escuela. Lo mismo puede decirse de novelas de otros autores como *La ley del embudo* (1897) de Pascual Queral y Formigales o *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* (1898) de Ángel Ganivet.

Por lo que se refiere al relato breve, encontramos en *Cuentos morales* (1896) de Clarín el titulado «Don Urbano», en el que se recrea la visión humorística *ad hoc* del personaje. Se constata el prurito del maestro de primeras letras de sentirse instalado en la categoría «superior» frente a la mayoría de maestros que sólo posee el grado «elemental». Los planteamientos mentales rígidos dan como resultado que el personaje se vuelva loco, con lo que se redondea el tópico humorístico del maestro

36 El personaje secundario don Claudio de *José* (1885) queda caracterizado por su pusilanimidad; y el don Joaquín de *La barraca* (1898), por su pedantería, en ambiente de precariedad social.

37 Ver Rodríguez, 1980; Jourdan, 1993; y Ezpeleta, 2006 y 2009.

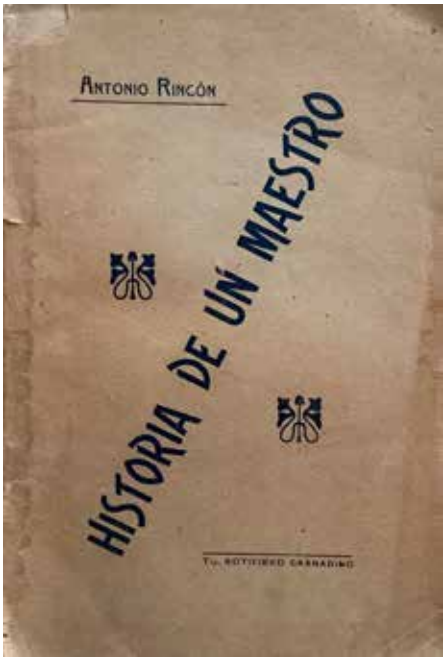
como sujeto risible con propensión a las anomalías psicológicas[38]. En fin, Emilia Pardo Bazán en su vasta producción de cuentos no suele incluir el tipo del maestro de escuela. Aun así, en «Ocho nueces» (1897), el maestro pedante don Dionisio se expresa del siguiente modo ante el resto de las fuerzas vivas de la localidad: «Desde luego, a mi humilde y eclipsado punto de vista –decía don Dionisio apretando los labios- no puedo «zozobrar» en reconocer que, si la tierra o predio donde fueron apresadas o dígase cosechadas, las nueces, pertenecía a título lícito a don Juan de Mata, él era respectiva y colegalmente dueño de la fruta» (p. 73)[39].

En lo que se refiere a las novelas profesionales, contamos con alguna escrita por maestros. Muy significativa es *Historia de un maestro de escuela contada por D. Casiano Harto de Sufrir* (1912) de Antonio Rincón, que se lee como modelo del género. Sitúa la acción del protagonista en la última década del siglo XIX, la del hambre de los maestros. Está firmada en Torvizcón el día 31 de diciembre de 1912 y los hechos relatados corresponden al año 1894: «Hace 18 años conocí a un personaje que pomposamente se titulaba *Emperador del Sahara*» (p. 9). La experiencia profesional recreada transcurre a lo largo de un curso escolar en una pequeña población ficticia localizada en el Sahara español y a la que el personaje que relata asigna el nombre de Zululí. La extorsión habitual que las fuerzas caciquiles practican con los maestros de la Península, se redobla, si cabe, en ese territorio colonial tan alejado.

Por otra parte, *¡Maestro!* (1922) de Martín Chico ausculta la vida por dentro del magisterio de la época de la Restauración a través de la trayectoria profesional ejemplar de don Pedro Sáez y Menéndez, personaje alter ego del autor, Martín Chico Suárez, quien en el prólogo declara: «Pretendo hacer el relato de una vida ejemplar, de una vida honrada y fecunda de sembrador de ideas, de formador de corazones y encauzador de voluntades» (p. 4). Con todo, más que la biografía novelesca de un hombre que ha existido, señala el narrador en la parte final de la obra, «hacemos la novela del *Maestro español* en el último tercio del siglo pasado y principios del corriente» (p. 381). El libro puede tomarse por compendio, sí, pero también como legado digno de ser aprovechado e imitado por «los buenos» y por «los hijos» del autor, tal como se colige del texto prologal.

38 Otro cuento de Clarín, *El número 1*, azuza sobre el motivo del «repelente niño Vicente», número uno en la escuela, pero despreciado por los que le rodean. Como trasfondo realista se dibuja, por ejemplo, el sistema pintoresco de premios y castigos de la escuela de la Ley Moyano.

39 Emilia Pardo Bazán, *Cuentos completos*, 1990. Tomo II, *Un destripador de antaño y cuentos de Galicia*, «Ocho nueces», pp. 70-74.




### *HISTORIA DE UN MAESTRO DE ESCUELA CONTADA POR D. CASIANO HARTO DE SUFRIR* (1912) DE ANTONIO RINCÓN[40]

Tal como señala el autor en el prólogo, la sátira y la caricatura se convierten en elementos que permean toda esta narración, acogida al lema «*castigat ridendo mores*» para hacer del relato una obra literaria. El escritor se vale del recurso del manuscrito encontrado para distanciarse de unos hechos que, por otra parte, no desbordan nunca el marco del realismo. Él, nos dice, tiene la suerte de regentar escuela en Torvizcón, un pueblo mucho más culto y más amable que el novelesco Zululí, y por eso dirige unas últimas palabras afectuosas a los habitantes del pueblo en el que ejerció durante tanto tiempo.

En la parte final de la novela se incluye «un pequeño comentario» que funciona como resumen de los conceptos tratados: «Bien ha puesto D. Casiano de manifiesto en qué consiste la falta de cultura, la escasez de educación que nos asfixia y oprime lo mismo en el pueblo de escaso vecindario que en la más elegante capital» (p. 191). Los comentarios sobre el estado de la educación y de la escuela se extienden además al momento de la escritura. Explica el autor que le fueron entregadas

40 En agosto de 2020 saltó al medio periodístico digital *Ideal En Clase* una noticia firmada por Jesús Fernández Osorio relacionada con el autor de esta novela, y a propósito de un mensaje encriptado que, a modo de cápsula del tiempo, había dejado Antonio Rincón García un siglo antes en el edificio de la escuela de Torvizcón, en la Alpujarra granadina. El mensaje aludía a la nueva escuela del pueblo, «amplia y luminosa», inaugurada en diciembre de 1926. Este maestro tenía cultura y escribía en los periódicos profesionales, y hasta llegó a fundar en ese pueblo la revista pedagógica *El Intercambio Escolar*, un órgano de expresión desde el que organizó concursos literarios y, se sigue señalando en esa noticia, escribió la novela que nos ocupa. Sus ideas políticas regeneradoras y patrióticas sintonizaban con el cambio político producido en septiembre de 1923, como consecuencia del golpe de Estado del general Miguel Primo de Rivera. Se afilió a la Unión Patriótica y fue nombrado alcalde de Torvizcón. El mensaje escondía también una llamada a restablecer la moralidad. Este maestro-novelista había nacido en Huétor Tájar (Granada) y había llegado a Torvizcón en los años finales del siglo XIX para ocupar plaza de maestro durante más de tres décadas. En ese lugar se asentó familiarmente y allí murió a la edad de 58 años en el año 1932.

unas «cuartillas escondidas» por el maestro D. Casiano y que, dado que le prometió publicarlas, cumple ahora su palabra. Entiende que lo hace para defender al Magisterio, para luchar «por la educación verdadera, por esa educación que es la base de la prosperidad y felicidad de los pueblos» (p. 203). Como colofón aparece un sumario en el que se anotan los sucesos principales contenidos en cada uno de los diecisiete capítulos anteriores puestos en boca del narrador personaje, y como último detalle de cortesía al lector, al que a fin de cuentas se le ofrece una obra literaria de «conceptos».

La historia se ajusta al esquema habitual del género: un protagonista maestro que, muy joven y con gran vocación, viaja a su destino para tomar posesión de su escuela. El desempeño de su función se ve obstaculizado por los habitantes del lugar y, sobre todo, por el elemento caciquil, representado por la figura del alcalde. El acoso y la extorsión es de tal calibre que, aun oponiendo briosa y tenaz resistencia, el maestro habrá de claudicar al final. El hecho de que el protagonista haya sido capaz de resistir la presión durante un curso entero dota a la novela de intensidad y también de gran coherencia al quedar muy bien delimitados el tiempo y el lugar. Por otra parte, se resalta la figura de un único personaje principal, el maestro que, a lo largo de ese tiempo pautado, debe cumplir su función profesional vista como «camino del héroe», minimizando en lo posible los efectos negativos producidos por las «fuerzas oponentes».

Desde el primer capítulo, el lector se sumerge en un espacio exótico como es el del Sahara español, con el joven maestro, que en una volanta se acerca en medio de las dificultades al destino de Zuzulí. Una vez allí, el alcalde intenta disuadirlo de tomar posesión de la escuela, entre otras razones porque, como le dice el sacristán, «desde hace 24 años no hemos visto por aquí a ningún maestro» (p. 14). Uno de los vecinos lo explica mejor: «El alcalde lo que quiere es que V. se vaya y que siga su hermano (el del alcalde) de interino, cobrando la mitad del sueldo sin tener clase ni un solo día» (p. 34). En cualquier caso, el alcalde le asegura que, aunque se posesione de la escuela, no cobrará una peseta. El maestro persiste en su intención de desempeñar su oficio y lo hace, aunque el alcalde, falsificado el nombramiento, le espete: «Soy el cacique» (p. 28).

Consigue alojarse en calidad de pupilo de uno de los vecinos, el tío *Capacho* y obtiene alguna mínima cantidad de dinero gracias a la clase particular que da a la hija de *Cebollino*, una muchacha de 17 años que, con sus insinuaciones, compromete al maestro. Un mozo del pueblo, el *Lañero*, pretende a la joven, pero, celoso de la afición que ella muestra a su maestro, pone al final de la novela en serios

apuros a Casiano. El maestro ha de ayudarse para sobrevivir del complemento que le envían sus padres. Para empezar a impartir las clases regulares se topa con la inexistencia de local: habrá de dar sus lecciones en el casino, no sin encontrar una obstaculización permanente por parte de una junta local *sui generis*. De entrada, no hay material escolar: «no había ni carteles ni pizarras» (p. 69) y muchos escolares «no sabían darme razón del nombre de sus padres» (p. 69); los días transcurren y los alumnos progresan, pero el maestro, además de no tener asegurada su subsistencia, no recibe ninguna muestra de agradecimiento de aquellas gentes.

Los tipos locales son motejados con alias humorísticos, empezando por el mismo antropónimo del maestro, con apellido significativo y nombre que remite a los padecimientos del santo Casiano; y siguiendo por otros tipos como *Cebollino*, *Patazas*, *Jorobetas*, *Levadura*, *tío Ciquitraque*, *tía Coles* o *D. Rogelio Sáenz Tacaño*, que es el nombre del alcalde. Los personajes quedan caracterizados mediante su habla plagada de vulgarismos y frases imposibles. Comparecen, además de los ya aludidos, el «*platicante*» Saturnino Mata Lozano en cuya tarjeta figura como «cirujano ministrante»; o el secretario del pueblo, hermano del alcalde, Macario Sáenz Tacaño; el señor *Stulto*, secretario del Consejo Provincial de Educación y unos cuantos lugareños ignorantes. La única posible tabla de salvación es el párroco, don Ángel Pedro Benítez, un sacerdote joven y simpático con el que Casiano puede pasear y charlar.

Transcurrido el primer trimestre, y en vista de que no percibe su sueldo, don Casiano se desplaza a la ciudad próxima para reclamar sus derechos al secretario del Consejo Provincial de Educación con resultado infructuoso. Tiene ocasión de visitar en la ciudad una escuela modelo fundada por un benefactor, gestionada por particulares: «es la única escuela modelo que existe en este desventurado país», le dirá el director al maestro de Zululí. El narrador en primera persona se explaya en dar una explicación minuciosa del funcionamiento de su centro escolar, que contrasta por su buena organización con las escuelas estatales.

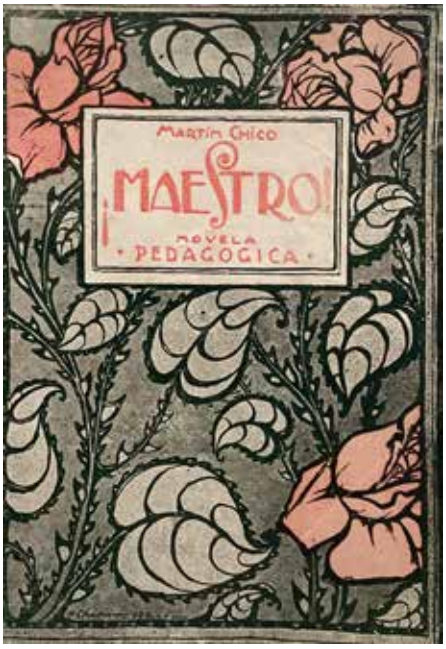
El regreso al pueblo no ha estado exento de contratiempos y una fuerte tormenta lo ha dejado además postrado en la cama durante seis días. El narrador ha aprovechado esa circunstancia para poner de relieve la ignorancia y superstición de las gentes del pueblo en materia de medicina. Recuperado de la enfermedad, se reincorpora a sus clases para defender contra viento y marea ante algunos padres el concepto de «aprendizaje para la vida» o el de «la urbanidad como derivación de la bondad». El alcalde sigue a la carga y, al no poder exigirle el impuesto de consumos, aplica un incremento del mismo a su hospedero, con la idea de que sea el maestro

quien lo pague mediante el aumento en la mensualidad que habrá de abonar el pupilo a su casero. Las charlas entre maestro y sacerdote continúan y dan pie a la formulación de doctrina educativa de base moral.

En el quinto mes de ejercicio profesional, Casiano sigue sin cobrar un solo céntimo y las cosas no mejoran, pues la comisión de apremio que ha visitado el pueblo para que el ayuntamiento le pague es finalmente sobornada por el alcalde. Para más inri, este da aviso de que la junta local va a girar una visita a la escuela: «Los señores visitadores eran el alcalde, dos hermanos suyos, D. Saturnino el *Platicante*, que penetró en el local sin decir buenos días, y dos tíos más del pueblo que jamás los había visto en ninguna parte» (p. 156). Ni que decir tiene que el momento se presta para elevar el tono de la sátira por medio de la descripción de las actuaciones disparatadas de los visitadores, en contraste con las aceptables respuestas que dan los niños a esos extravagantes «examinadores».

Don Casiano decide renunciar a su puesto y, cuando ha dispuesto todo lo necesario para su marcha, cae en una emboscada en la que han participado las fuerzas oponentes, que han cedido el protagonismo al *Lañero*, el pretendiente de la hija de *Cebollino*, para que sea él quien dé el escarmiento al maestro. Don Casiano logra salir indemne de la encerrona, pero siente una gran tristeza al constatar que Zululí es un enfermo incurable. En el camino de vuelta a casa, hace una parada en un pueblo de la zona para desahogarse con otro comprofesor y para seguir insistiendo en la denuncia de los males que asolan a los maestros y abogar por la centralización de los pagos y la abolición de las juntas locales. El último capítulo termina con el subrayado del sentimiento de desconsuelo del protagonista: «Sentí vergüenza al pensar en mi inutilidad, las lágrimas acudieron a mis ojos y para ocultarlas asomé la cabeza por la ventanilla próxima» (p. 189).

En suma, el autor ha sabido construir un personaje, D. Casiano Harto de Sufrir, homologable a otros símbolos ideados por autores como Anacas del Rin, Onieva o Rafael Pérez y Pérez. Un personaje capacitado para narrar en primera persona «cuantas vejaciones pueden cometerse con el maestro en los pueblos, ridiculizando a todos los causantes de dichas vejaciones y refutándolas una por una, demostrando la injusticia que se comete atribuyendo a falta de tino en el maestro lo que es defecto de educación en los padres y de celo en las autoridades» (Prólogo del autor, pp. VI-VII).




## *¡MAESTRO!* (1922) DE MARTÍN CHICO[41]

En la primera parte de esta novela se presenta el lugar de ejercicio de Pedro. Es Junquera de Arriba, nombre ficticio, que esconde la silueta de un pueblo castellano lastrado por el caciquismo, donde su escuela mixta era ocupada invariablemente de forma interina por el «indocumentado» Pepín, hijo del cacique, debido a la extorsión que este ejercía contra los maestros titulados que se atrevían a tomar posesión. Eso fue así hasta que Tomás, el cacique, recibe una carta de recomendación, firmada por una *marquesa* a la que él debe grandes favores, para que el maestro nuevo que llega sea bien acogido. En la rebotica, el cura, boticario, veterinario y médico charlan sobre la venida del nuevo maestro, a la vez que se felicitan por las mejores expectativas de la población, aquejada de enorme retraso cultural.

El narrador se sirve ahora de la retrospección para novelar los primeros años de la vida del maestro protagonista, hijo de un labriego meridional. Manifestó pronto deseo de aprender, aunque fuese en una escuela con deficiencias en la que «se leía, se escribía, copiando invariablemente las mismas muestras; se hacían cuentas en el encerado, sumas kilométricas, restas sin fin» y en la que «había, colgados en las paredes, unos cartones con sucias láminas de historia sagrada, mal dibujadas,

41 Martín Chico Suárez (Cehegín, 1864-1931) fue un esforzado que gracias al estímulo y sacrificio de su padre puedo cursar estudios de Magisterio en Madrid. Una vez titulado, ejerció en la escuela de Illescas (Toledo), tras aprobar sus primeras oposiciones, para pasar más tarde, tras superar unas segundas de mayor rango, a Segovia, donde llegó a ocupar la plaza de regente de la Escuela Normal. Tras aprobar nuevas oposiciones, pasó a desempeñar escuela en Madrid y, finalmente, en Soria como regente de su Normal. Fue un «maestro de maestros», viajero por Europa y autor de obra pedagógica escrita, colaborador infatigable de la prensa profesional, defensor de una pedagogía del corazón de base católica, compatible con las ideas sociales más avanzadas de su tiempo, hasta el punto de ser considerado precursor del ecologismo educativo más reciente. Esta trayectoria vital queda vertida en la novela, bien es cierto que con algún elemento desviado de la historia real. Su hijo Pedro Chico Rillo, también maestro de maestros, es el ilustrador de la obra.

anacrónicas en la indumentaria y pésimamente iluminadas con chafarrinones de color» (pp. 50-51).

La familia se muda a Madrid con la intención de que el muchacho avance en sus estudios. Serán los padres escolapios los que prosigan la labor formativa de Perico, quien encuentra pronto una plaza de interno a cambio de desempeñarse como monaguillo. El narrador aboceta la vida ingenua estudiantil de profesores y compañeros con sus pequeños afanes, bromas y diabluras, dejando clara la postura a favor de la labor educativa que lleva a cabo la orden de san José de Calasanz.

Llega el tiempo de ingreso en la Escuela Normal Central, cuyos maestros son retratados de forma eficaz, desde el director, Jacinto Sarrasí, hasta el regente, Vicente Regúlez. Es tiempo de pasión pedagógica, están en marcha las instituciones culturales de la mujer como la Escuela de Institutrices y, en fin, se ha fundado la Institución Libre de Enseñanza. Comienza el estudiante su primer curso, que finaliza con facilidad, a la vez que se procura una buena educación literaria leyendo a los clásicos en la Biblioteca Nacional. Participa en la organización de las conferencias dominicales para alumnos celebradas en la Normal y colabora en el periodismo profesional, de cuya efervescencia da cuenta el narrador. Da clases particulares vespertinas a dos muchachas de su misma edad, matriculadas en el segundo curso de Magisterio, que van a dar juego al novelista para desarrollar en el relato el elemento folletinesco.

El joven estudiante es un excelente profesor de estas dos jóvenes, pero también es enamoradizo y no sabe por cuál de las dos decidirse, si por Laura o por Enriqueta. Finalmente, lo hará por a segunda, con la que, tras posteriores encuentros casuales, se casará. La novela también contiene episodios de la vida itinerante por el Madrid del centro y de los barrios bajos, con un Pedro que malvive dando clases particulares.

Es preciso buscar algo más seguro, y el siguiente paso es el empleo como profesor de primaria en un colegio que prepara para el examen de ingreso en el Instituto. Su ideal de educación total y armónica se da de bruces con las prácticas que se observan en ese establecimiento docente. Superado el grado elemental, Pedro acomete el estudio del grado superior, que termina con la calificación de sobresaliente en su reválida. En el colegio está a merced de «la conveniencia y planes de un negociante de la enseñanza» y piensa en mejorar su posición. Estudia el curso «normal» en el momento en el que entra en quintas. Logra cumplir su servicio militar en Madrid en un regimiento de Caballería alfabetizando a los soldados y con provecho educativo para él. Acabado el servicio militar, se convierte en profesor particular de los hijos de esa marquesa que finalmente favorecerá a Pedro cuando ocupe el mencio-

nado puesto de maestro rural en Junquera de Arriba. Enriqueta es institutriz de las hijas de esa señora, por lo que los dos jóvenes maestros van a tener ocasión de tratarse y conocerse mejor. Una vez que los niños han superado sus cursos, serán enviados a un internado, y aunque nuestro maestro se queda momentáneamente sin trabajo, solicita servir en la escuela de Junquera de Arriba.

A partir de aquí el narrador vuelve al principio: el viaje del maestro a su destino, un «desmedrado caserío» pobre que no augura nada bueno. Surgen entonces las consabidas dificultades: la escuela es un caserón que amenaza ruina y su puerta de entrada se sitúa en un corral que sirve de basurero, «y en él hacían también sus necesidades niños y maestro» (p. 172). La habitación que se le da de oficio no mejora al local-escuela: «esto era un pajar, y lo de abajo, cuadra» (p. 174). Al cacique no le queda más remedio que aceptar, por el momento, la toma de posesión del joven maestro, que, como se ha dicho, viene avalado por la marquesa.

Tenemos al protagonista en acción en un local desprovisto de material. Solamente:

> unos viejos ejemplares de *Las obligaciones del Hombre*, por Escoiquiz, unos casi deshechos catecismos de la doctrina cristiana y unos ejemplares de *Fleury* con tres o cuatro catones por Seijas y algún pliego de papel; dos largos tableros, que apoyados en toscos pies derechos, servían, con cuatro banquillos móviles, para escribir; y en las paredes, un desastrado mapa de España y dos mugrientas pizarras, constituían, con un crucifijo maltratado por las moscas, una estampa de don Alfonso XII, clavada en la pared, y la mesa sillón del maestro, todo el menaje pedagógico (p. 181).

Ahí está el maestro para adecentar el aula y para «restablecer en bases firmes de respeto y cariño, un ordenado régimen de amable tolerancia, donde se manifestasen espontáneamente las iniciativas infantiles para los fines didáctico-educativos» (p. 184), contando además con la llegada de nuevo material escolar. Al cacique no le ha quedado más remedio que cambiar de táctica, y hasta pide al maestro que prepare a su hijo Pepín con el fin de aprobar las asignaturas que le faltan para obtener el título de Magisterio. El narrador sumerge a sus personajes en el ambiente electoral de inicios de la década de los ochenta y da cuenta de las trapacerías de la política rural. Suben al poder los liberales y el cacique, que era conservador, tendrá que «cambiar de casaca», toda vez que el hermano del difunto marqués se está trabajando un puesto de diputado por el partido liberal.

El maestro recibe la ilusionante noticia de la llegada de la marquesa con sus hijos e hijas (también de la preceptora) para pasar el verano en la finca cercana a Junquera de Arriba, por lo que hay otra oportunidad para que el noviazgo de Pedro y Enriqueta se consolide. Mientras, él sigue con su trabajo eficiente en la escuela.

El corral se ha convertido en un jardín donde se charla de botánica y agricultura; imparte lecciones de cosas, se dan paseos escolares instructivos, se hacen ejercicios escritos y resúmenes; se organizan escuelas dominicales de costura para niñas dirigidas por bondadosas mujeres ayudantes del maestro. El pueblo entero se activa y participa en las diversas conferencias pronunciadas por el médico, el sacerdote y el propio maestro.

Pedro acude a la finca cercana para dar lección a los hijos de la marquesa. En fin, el protagonista disfruta de una vida intensa que alcanza el momento culminante de felicidad al estar cerca de Enriqueta, con la que se comprometerá definitivamente. Las vacaciones estivales de los maestros todavía no están legisladas, aunque el maestro consigue disfrutarlas durante la primera quincena de agosto. El narrador no deja de emitir mensajes de regeneración y de apelar a la benéfica simbiosis rural que se produce al unir fuerzas el maestro, el sacerdote y otros profesionales: «La redención sería posible si millares de hombres repartidos por todos los pueblos de España ejercieran con perseverancia su apostolado de cultura; si unidos el sacerdote y el maestro, y juntando en torno suyo a todos los hombres de buena voluntad, se propusiesen llevar a cabo la empresa» (p. 229).

La novela sigue incorporando elementos folletinescos al presentar como acosador desaprensivo al nuevo marqués, instalado en la finca y comprometido en matrimonio con la marquesa, pero con oscuras intenciones hacia la institutriz que, para preservar su honor, habrá de encontrar refugio en casa del anciano sacerdote, y emprender de madrugada el regreso a Madrid. Se celebrará la boda de Enriqueta y Pedro y un año después llegará la primera hija Angelita quien, al final de la narración, servirá de ayuda al padre viudo y ciego.

Han pasado ya cuatro años de trabajo docente en el pueblo y se ha terminado la construcción del nuevo edificio escolar, aunque el cacique espera su inauguración para el momento en que logre situar a su hijo, con el título ya conseguido, como maestro del pueblo. El cacique vuelve a la carga y, desde la institución de la junta local, afea las prácticas educativas colaborativas del maestro y prohíbe a Enriqueta dar apoyo a las alumnas de su marido: «Y todavía, por instigación del secretario, fue acusado Pedro ante el gobernador presidente de la Junta provincial, y ante la Inspección, de irrespetuosidad y desacato hacia las autoridades del pueblo» (p. 271).

Hay que salir del pueblo como sea y la oportunidad será la convocatoria de oposiciones para plazas de 825 pesetas, cercanas a Madrid. En brillantes ejercicios, que duraron meses, Pedro obtiene una escuela de superior categoría en Isagra (el trasunto de la Illescas de ejercicio real), donde es recibido con «hidalga hospitalidad», pero que tuvo que oír de labios del alcalde la frase «Crea usted, maestro, que

es pernicioso que el pueblo aprenda a leer y escribir» (p. 286). Llega a enseñar a 120 alumnos y le cuesta restablecer la disciplina, «mezclando en dosis prudentes la severidad y la dulzura, el rigor y la tolerancia afectuosa; pero al fin lo consiguió» (p. 291). El maestro es colaborador activo de los periódicos profesionales como *El Magisterio Español*, alguno de cuyos artículos aparecen transcritos por el narrador. Hay ocasión para insistir en los usos de la nueva pedagogía sancionada por el Congreso Nacional Pedagógico de 1882, y a cuyas sesiones asiste nuestro maestro. En sintonía con las propuestas emanadas de aquel encuentro pedagógico, Pedro aboga por la conveniencia de que sea la mujer maestra quien se encargue de la enseñanza de párvulos (p. 317), tal como refleja en algún artículo reproducido de nuevo por el narrador.

El cambio de siglo trae algunas mejoras, entre otras la centralización de los pagos de los maestros por el conde de Romanones. Con todo, quedan problemas por resolver en la escuela española; llegará un tiempo de la proliferación de maestros interinos que ahorren gasto al nuevo ministerio de Educación y llegarán los días tristes del maestro debido a la pérdida dos hijos menores. Allá en Junquera de Arriba se ha desdoblado la escuela, una de niños, en la que enseña Pepín y otra de niñas, desempeñada en propiedad, otra vez la casualidad, por Laura Vozmediano, la antigua compañera de Enriqueta. Estos dos mentores se convertirán en marido y mujer. Tras nueve años de servicios en la escuela de Isagra, Pedro se ve extorsionado por el cacique, que le rebaja el salario, para poder destinar dinero a levantar un colegio de segunda enseñanza. El maestro ha conseguido alfabetizar a toda la población y su práctica regeneradora ha mejorado moral y económicamente a los vecinos, pero marcha del pueblo, no sin los cariños y bendiciones de las gentes.

Obtiene el número uno en nuevas oposiciones a escuelas superiores que lo llevan a la escuela práctica de la Normal de Segusta (trasposición de la Segovia real). Sigue publicando artículos: sobre la enseñanza graduada y sobre otras cuestiones del momento, con explicación de los sistemas de enseñanza simultáneo (todos los alumnos reciben clase del maestro) y mutuo (se organizan las numerosas clases por el sistema de alumnos-instructores previamente preparados). Introduce el trabajo manual, visita con los alumnos fábricas y talleres, perfecciona la actividad del paseo escolar, hace suyos los programas cíclico-concéntricos y llama a dar charlas a artistas y poetas. La sensibilidad hacia la infancia desfavorecida se traduce en la creación de instituciones benéficas como la fundada por él y José Rodao, «El niño descalzo», explicada con pormenor.

Es tiempo de las acciones anarquistas y de algunas novedades pedagógicas no demasiado bien vistas por Pedro. Sus hijos han crecido y se harán maestros para

satisfacción del padre, pero el hijo tiene que ser «algo más que maestro», y se hará «maestro de maestros», y para eso el padre oposita una vez más para conseguir escuela en Madrid. Lo hace también con éxito. Pronto queda viudo, pero sigue mirando «hacia el porvenir» (p. 443). El hijo, después de titular como maestro, terminó una carrera universitaria y «ganó una cátedra por oposición, para seguir la obra que había aprendido de su padre» (p. 444). Pedro siguió en la brecha, asistió a las luchas societarias, a las divisiones de los maestros en dos bandos, pero entró en una época que ya no sentía como suya. Se desencadena la Primera Gran Guerra y, finalmente, se jubila. Cuando, con la pérdida total de la vista, caminaba de la mano se su hija, era conocido por todos en el lugar de su retiro como *¡Maestro!*

# LAS MAESTRAS DE LA PRIMERA RESTAURACIÓN

La novelística encuentra ya en escritores conocidos obras en las que se plasma con plenitud el desempeño profesional de la maestra de escuela. Es el caso de *Doña Mesalina* (1910) de José López Pinillos, que capta con crudeza el problema social de la maestra rural de la Restauración. En esta novela, bajo pautas de un naturalismo tardío, se recrea la asfixia de aquel personaje femenino en ambiente caciquil. El lector obtiene una pintura mucho más expresiva de la difícil condición de la maestra que la de cualquier otra novela. Sin embargo, serán las «maestras de maestras» (profesoras de escuelas normales, sobre todo) las que sigan dando impulso al género de la novela profesional del Magisterio en obras que compaginan el oprobio y el ideal pedagógico.

Como ha señalado Consuelo Flecha, aun en medio de toda clase de constricciones, el Magisterio va a otorgar a la mujer la posibilidad de ganar espacio profesional con la incorporación de su voz en diferentes foros[42], en el entendimiento de que en el siglo XIX se legitima para las niñas una escuela de utilidad doméstica, con el aval de los sectores educativos progresistas[43]. El foro natural en el que puede encontrar su hueco la mujer maestra es la prensa profesional, la obrita didáctica, en algún caso literaria; y los congresos y reuniones pedagógicas. Para la época, puede considerarse que estas maestras adoptan una actitud transgresora que sobrepasa los límites de la domesticidad, en la medida que «realizan un salto cualitativo desde el espacio restringido de la escuela hasta la palestra pública. Dicho salto se puede inscribir en el marco de un incipiente proceso de aprendizaje y concienciación feminista protagonizado por diversos colectivos de mujeres del siglo XIX»[44].

Vamos a encontrar a un ramillete de «maestras de maestras» que despliegan todas sus capacidades para concienciar a la mujer y a la sociedad en general sobre el

42 Flecha, 2010, pp. 273-295.

43 Ballarín, 2007, pp. 143-168.

44 Cortada, 2002, p. 235.

espacio que debe ocupar el sexo femenino. En los primeros momentos estas autoras inciden en aspectos relativos a las asignaturas específicas del currículo de las niñas a través de colaboraciones sobre «las labores» o «la máquina de coser» (Pilar Pascual y Luciana Casilda Monreal), sobre la base de la mujer concebida como «ángel del hogar», según la teorización que había hecho en su manual de urbanidad en 1857 Pilar de Sinués[45]. A partir del ideal de exigencia moral van modelándose los distintos discursos, sea para incidir en el componente patriótico y regeneracionista (Magdalena de Santiago y Concepción Saiz de Otero); o en la dimensión social mediante discursos de apoyo a los sectores más desfavorecidos (Patrocinio de Biedma). Se abren paso, además, discursos que sintonizan con el ideal krausista, como los de María Carbonell.

Este conjunto de propuestas de las maestras-símbolo apunta al ideal, aunque también pueda encontrar algún espacio para plantear las reivindicaciones conocidas de las maestras rurales en los aspectos materiales, como hace Pilar Pascual para celebrar la nivelación de sueldos de maestros y maestras, un objetivo por el que ella misma había trabajado. El grueso de los trabajos escritos de estas maestras selectas se orienta al artículo en la prensa, a los manuales escolares o a los ensayos sobre la educación de la mujer[46], si bien alguna de ellas da a las prensas novelas pedagógicas de tesis en las que lo importante es la transmisión de la voz magisterial destinada a ser escuchada por el personaje discente, y en su caso por el receptor femenino.

Puede señalarse como novela pedagógica la que firma Patrocinio de Biedma con el título *El testamento de un filósofo* (1879), parecido al título de la novela escrita por Gumersindo de Azcárate, *Minuta de un testamento* (1876) en el contexto de la creación de la Institución Libre de Enseñanza. El planteamiento inicial de la novela de Patrocinio de Biedma coincide con esta novela pedagógica de Azcárate. El marqués de C. C. es un hombre experimentado que escribe en la vejez los últimos sucesos de su vida como lección pedagógica a su sobrino, León, sobre el que ha ejercido una labor de tutelaje. El tema apunta a la educación en el ámbito de la familia, lo mismo que la obra de Azcárate y aun la de Galdós, *La familia de León Roch* (1878), novela también pedagógica de tesis con la que guardan relación esas otras dos obras. Sin embargo, las novelas pedagógicas que indagan sobre la condición profesional y social de la maestra van a salir de la pluma de autoras como Concepción Saiz de Otero (1851-1934), Magdalena de Santiago-Fuentes (1873-1922) o Melchora Herrero (1875-1933).

45 Molina, 2009, pp. 181-197.

46 Ballarín, Caballero, Flecha y Vico, 2000, pp. 341-375.

Gran lectora y de sólida formación, Concepción Saiz Otero destacó por postular la causa de la mujer. Defendió la igualdad educativa entre mujeres y hombres en distintos foros y publicaciones. Su obra, escrita entre 1893 y 1930, denuncia el retraso cultural de la mujer y de la educación en general. Con fuerte carga realista, glosa toda esta trayectoria vital y profesional en *Un episodio nacional que no escribió Galdós. La revolución del 68 y la cultura femenina (apuntes del natural)* (1929) (Colmenar, 2008, pp. 107-121). Se sirve en esta obra de algunos recursos de la retórica de la novela para tomar el pulso al magisterio femenino del periodo histórico de la Restauración. Se trata de un relato autobiográfico por el que discurre paralela la biografía profesional de la autora y la evolución de las instituciones culturales de la mujer. Hay un recordatorio autosatisfecho de una carrera profesional meritoria, hecha con esfuerzo y tesón, en la que no falta la anécdota, el humor y la pincelada coloquial a través del diálogo ágil entre compañeras de estudios, como recursos bien manejados por una escritora que fue durante su trayectoria profesional profesora de literatura.

En tres novelas de Magdalena de Santiago-Fuentes, dos de ellas en colaboración con su hermana Carmen, se recoge el anhelo de la defensa de los derechos de la mujer sobre un trasfondo pedagógico en el que tiene presencia la figura de la maestra. Se trata, sobre todo, de *Emprendamos nueva vida* (1905) y *Vida de colegio* (1916); en menor medida, *Aves de paso* (1909). Esta última novela presenta alguna escena de ambiente estudiantil en un instituto provinciano con personajes femeninos como «aves de paso», como trasunto de la propia vida de las hermanas autoras. *Emprendamos nueva vida* (1905) y *Vida de colegio* (1916) son novelas destinadas a lectoras de corta edad a las que se les invita a tomar buena nota de la tesis desprendida de la peripecia, que tiene que ver con la salvaguarda de la dignidad de la mujer que, en medio de una hostilidad ambiente, ha de dotarse de las armas necesarias para labrarse un futuro. La única manera de lograr ese objetivo pasa por ganar instrucción y educación. Estas novelas están construidas con el material de la propia vida de la autora y de su hermana Carmen, quienes, debido a la temprana orfandad, hubieron de ser acogidas por familiares en distintas ciudades españolas. El sentimiento de «cenicientas», que pudo ser real, permea en las dos novelitas.

Consuelo Flecha entiende que a la pedagoga-escritora Melchora Herrero hay que situarla en el movimiento que propugna la apertura de la mujer al mundo de la cultura, pero que, a la vez, mostraba prevención por las consecuencias que podían derivarse de los avances mal embridados. Perteneció a diversas sociedades benéficas y contó además con el aval de sus libros, valorados por la crítica: *Para las mujeres. Reflexiones y consejos* (1907), *Para los niños*, *cuentos de aldea* (1907), *El arte de las labores útiles y artísticas* (1909), escrito en colaboración con su hermana Florencia;

*Curso abreviado de higiene doméstica, economía, puericultura y educación para las escuelas y el hogar* (1911), *Cantares para jotas* (1921), *En mi patria chica* (1922), *El triunfo de Amalia* (1924), *Cocina selecta y clásica* (1927) o la temprana novela que deja traslucir a las claras su biografía profesional, remontándose a la etapa de alumna en la escuela rural de su pueblo, *El jardín de las mujeres* (novela pedagógica) (1906). Plantea esta narración como novela pedagógica con la presencia de la pareja maestra-discípula a través de dos personajes que parecen remitir a la autora y a su hermana Florencia. En definitiva, la obra tiene como cañamazo la propia biografía personal de quien hubo de salir a edad muy joven de su pueblo turolense para procurarse una sólida formación que iba a convertirla en una de las maestras de maestras más reconocidas en su tiempo.

## *DOÑA MESALINA* (1910) DE JOSÉ LÓPEZ PINILLOS (PARMENO)[47]

Muy representativa es la maestra rural, protagonista de *Doña Mesalina* (1910), de López Pinillos, aunque sea vista de forma poco halagüeña por el narrador. De ella se dice que es sorprendida constantemente en situaciones vulgares, y que desliza de modo habitual en sus explicaciones alguna perla agramatical: «Abstraída, entregada por completo a su tarea, *de la flor de su boca brotaban sentencias de una horrible vulgaridad*» (p. 84). El autor presenta, pues, a su heroína alejada del perfil invocado para la profesión: «Una maestra estaba obligada a ser humilde, sencilla de gustos, grave dentro de la afabilidad, modesta en sus hábitos y comedida en sus palabras. Y Josefina, alegre, señorial, risueña, enamorada del lujo y glotoncilla, no parecía muy dispuesta a servir de ejemplo de discreción» (pp. 27-28). Por otro lado, el apoyo de la familia (el padre y la madre) contribuye a reforzar la reputación de una maestra rural de la época, y el autor, irónicamente, dice de los miembros de la familia de Josefina que «llevaban tres meses en el pueblo, y en tres meses habrían gastado la maestra y los suyos en comilonas y en festines dos o tres mil pesetas. ¿De dónde salía ese dinero?» (p. 27). Y para colmo el padre de la muchacha, de hechura genuinamente galdosiana, representa la pérdida absoluta del honor y autoridad.

La maestra se acoge a las metodologías teóricas poco eficaces para la enseñanza de las primeras letras («No, no, Antonia, Orfandad, sin hache. Huérfano la lleva tan sólo por preceder al diptongo *ue*, según una regla ortográfica adoptada antiguamente para indicar que la *u*, que entonces representaba al sonido de *u* (vocal) y de *v* (consonante) debía pronunciar con vocal en tales palabras», p. 84). Desde el punto

47 José López Pinillos (1875-1922) fue un periodista, dramaturgo y novelista naturalista tardío precursor del tremendismo.

de vista pedagógico, supone el contrapunto de otras maestras que encarnan los nuevos modos intuitivos traídos de la mano de La Institución Libre de Enseñanza. Las niñas párvulas de la escuela de «Doña Mesalina» intentan aprender a leer por métodos repetitivos de «monótona canturia»:

> Desde el callejón percibían ya el mosconeo de la escuela. Las chicas trabajaban. Lucía y doña Gertrudis, con las pequeñas, en dos grupos indisciplinados e inquietos repetían una monótona canturia para enseñarlas. -¡A ver, niñas, más orden! –mandaba con acritud doña Gertrudis- La que se escape no sale al patio a jugar. Otra vez. A la una, a las dos, a las tres... B, a, ba. Y las parvulillas cantaban: B, a, ba; b, e; be… -¡Alto, alto, borricas! C, e, ce, c, i, ci... ¡Brutas, arados! Que tenéis migajones en la cabeza. (p. 83).

Rutina que se rompe algunas veces cuando los acosadores de la maestra entran en la escuela. Entre todos los patanes, es el alcalde quien rinde con más facilidad a la profesora. Entre las patrañas con que entretiene Josefina a uno de sus amantes ocasionales, en los ratos de holganza, se recompone el episodio relativo a los ejercicios de oposiciones por medio de los cuales gana su plaza. Momento evocado intencionadamente que da pie a la fabulación de la maestra, pero del que se obtiene una aproximación acerca de una de las cuestiones que más diatribas suscita en la prensa profesional: el sistemático fraude de los ejercicios.

La muchacha, que se siente a gusto jugueteando con el patán, entremezcla, entre burlas y veras, algunos datos sobre los momentos previos a la obtención de la plaza. Por encima de las fabulaciones, el dato real es que la muchacha ha vivido a costa de su protector, Don Silvano Castropol, descrito en el capítulo 7 de la parte primera como un sibarita «polígamo y sultán» (p. 113), que se mueve a sus anchas por Madrid, ciudad que es para él «un inmenso harén» (p. 114). Durante los tres años de relación con él, Josefina ha obtenido pingües beneficios, tanto económicos como en forma de puesto de trabajo, tanto es así, y esta es la versión válida, su plaza la ha comprado con parte del dinero recibido por su protector.

Son el alcalde y el cura los personajes siempre determinantes en el funcionamiento de una escuela rural. Forman parte como miembros natos de los órganos

de gestión del día a día de la escuela de los pueblos a través de la llamada *junta local*, presidida de oficio por el alcalde, y de la que por ley siempre está excluido el docente. Al final, en calidad de presidente de la junta local, esa máxima autoridad municipal tramita el expediente de traslado de una «Doña Mesalina» expulsada de la población, incapaz ya de soportar la presión del ambiente.

### *LA REVOLUCIÓN DEL 68 Y LA CULTURA FEMENINA. UN EPISODIO NACIONAL QUE NO ESCRIBIÓ PÉREZ GALDÓS (APUNTES AL NATURAL)* (1929) DE CONCEPCIÓN SAIZ OTERO[48]

El pretexto desencadenante de esta novela-ensayo es salir al paso de una inexactitud histórica que desliza Galdós en su último episodio nacional, *Cánovas*, a propósito del personaje femenino Casiana, analfabeta y de dudosa reputación, de la que el novelista afirma que fue nombrada inspectora de educación, con un buen sueldo, en el primer gobierno conservador de la Restauración (se supone que a cambio de algunos favores). A partir de aquí, el relato adopta el esquema de episodio histórico, cuya fuente la constituyen los «apuntes» que Concepción Saiz dejó escritos en «su cuaderno» y que el narrador en tercera persona habrá de verter novelescamente con absoluta fidelidad a ese manuscrito encontrado: esos apuntes contienen los hitos de la vida profesional de *Pura*, convertida en personaje principal. Naturalmente, es el conocido truco del escritor para distanciarse del personaje.

A pesar de que a la autora le disgusta el tratamiento que Galdós da en sus novelas a los personajes maestros y maestras de escuela, a él va dedicado el libro y en él muestra reconocimiento al gran narrador realista de la época, del que dice que suele estar muy bien documentado cuando escribe novela histórica. Lo cierto es que el guiño inicial vuelve a ser retomado por el narrador del episodio pedagógico de Saiz a través de referencias intertextuales a otras situaciones y personajes de la obra galdosiana. Con todo, lo importante es hacer el escrutinio del progreso de la

48 Concepción Saiz de Otero (1851-1934). Nacida en Santiago de Compostela, viajó en la primera edad por diferentes lugares antes de afincarse en Madrid. Obtiene el título de maestra superior en 1878. El año siguiente cursa Pedagogía según el sistema Froebel con Pedro Alcántara García, además de sacar adelante los cursos en la Escuela de Institutrices de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer. En 1884 es nombrada profesora de la Escuela Normal Central de Maestras para ejercer hasta la jubilación en el año 1921. Fue además profesora de la Escuela Superior del Magisterio y tuvo protagonismo en los dos congresos pedagógicos más importantes del siglo XIX (1882 y 1892). Obtuvo una beca de la Junta para la Ampliación de Estudios que la llevó a estudiar el contenido pedagógico de la Exposición Anglo-Francesa de Londres en 1908.

educación de la mujer a través de las instituciones culturales creadas en España a tal efecto. En el capítulo 10 del relato se lee: «De 1882 a 1908, esto es, en un cuarto de siglo, la cultura de la maestra española, y con ella la cultura femenina en general, había salvado la enorme distancia que media entre la ignorancia absoluta y el saber consciente» (p. 128). En Madrid se crearon varios grupos escolares dirigidos por maestras ilustradas salidas de la Central; en Barcelona se creaba la Escuela del Bosque a cuyo frente se nombró a Rosa Sensat; se impulsaron las colonias escolares y «todas las provincias de España dotaban sus Normales con profesorado procedente de la Normal Central» (p. 129).

Aunque esta «maestra de maestras» quiera distanciarse del personaje, no puede ocultar el componente de memorándum autobiográfico que presenta su libro. Al igual que la novelística de Galdós sirve al historiador para llenar algunas lagunas, *La revolución del 68 y la cultura femenina* es también fuente fundamental para entender la vida por dentro de instituciones como la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, con su secuela, la Escuela de Institutrices; la Escuela Normal Central de Maestras, creada en 1858 sobre la base de la anterior Escuela Primaria Lancasteriana; o la Escuela Superior del Magisterio. En todas ellas dejó su huella el personaje principal, alter ego de la autora.

De las vicisitudes de todas estas instituciones da cuenta el narrador a través de un personaje femenino que mantiene el mismo nombre de la escritora. Se hace el retrato con buena mano de cada unos de los profesores y profesoras que forjaron el recio compromiso vocacional de *Pura*. Se documenta desde la prueba de ingreso como estudiante de la Escuela Normal Central que hubo de sufrir en septiembre de 1876, y en la que hace su aparición la inefable directora Ramona Aparicio, hasta el liderazgo educativo femenino de María de Maeztu, como directora de la Residencia de Señoritas; o de Carmen Cuesta, como directora de la Institución Teresiana, ya en los años próximos a la escritura. Entre medio, el repaso pormenorizado de las asignaturas que componen los diferentes planes de estudios, las actuaciones en el aula, los exitosos exámenes que estimulan a *Pura* a seguir creciendo, su participación como jurado en tribunales de oposiciones y su trato y amistad con notables de la cultura como Gumersindo de Azcárate, Emilia Pardo Bazán o Miguel de Unamuno.

La autora transmite la admiración que siente hacia los egregios profesores que componen el claustro de la Escuela de Institutrices, con don Fernando de Castro a la cabeza; anota las trayectorias de sus compañeras de estudios y de ejercicio docente, informa de su participación en el Congreso Nacional Pedagógico de 1882, con la explicación del significado de aquel encuentro memorable conceptuado como

«un gran aventador de ideas» (p. 112); o la pensión que le otorgó en 1908 la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas para estudiar durante dos meses las escuelas de Londres, experiencia de la que daría cuenta en el libro *Dos meses por las escuelas de Londres* (1910).

Entre la detallada información sobre legislación escolar, con datos y fechas, se deslizan afirmaciones irónicas tanto sobre políticas educativas como sobre el desempeño profesional de profesores y compañeras, especialmente las alusiones a la manera poco dialogante de gobernar la Escuela Normal que tenía Carmen Rojo, a la que la autora muestra alguna antipatía. Particular interés tiene el episodio de sus oposiciones a la dirección de la Escuela Central Normal de noviembre de 1881. El espíritu sectario de la Institución Libre de Enseñanza, se dice desde la voz editorial, hace que le sea arrebatada la plaza, en favor de la mencionada Carmen Rojo, que es la «institutriz mejor situada». En 1884, sin embargo, Pura conseguirá ser profesora de Lengua y Literatura en la Normal Central, si bien con algunos sobresaltos motivados por la reorganización de la Escuela que le depara breves intervalos de ceses. Será en 1898 cuando logre el nombramiento de profesora numeraria de Letras; el nombramiento de profesora del curso normal lo obtendrá en el año siguiente. En 1909 se incorporó como profesora a la nueva y exigente institución creada en aquel momento, la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio.

La autora defiende, pues, la benéfica labor desarrollada por las instituciones educativas de la mujer. La Normal Central, aunque haya funcionado en ocasiones de manera rutinaria, «acudió a difundir la enseñanza primaria, extendiéndola por toda España» (p. 140); La Escuela Superior del Magisterio «abrió a la maestra española nuevos horizontes» (p. 140); y la obra fecunda de don Fernando de Castro y los que secundaron el impulso dado por él a la Asociación para la Enseñanza de la Mujer y sus órganos vinculados, como la Escuela de Institutrices, Escuela de Comercio, Escuela Preparatoria o Escuela de Correos y Telégrafos. Ellos «difundieron savia nueva en las arterias de la enseñanza oficial femenina» (p. 95). Para la escritora, la Escuela de Institutrices fue, «aunque nadie, ni tal vez sus mismos creadores, lo sospechasen entonces, la célula germinativa de toda la cultura femenina desarrollada en España en el último cuarto del pasado siglo y en el primero del siglo presente» (p. 77). Respecto a la aportación de la Institución Libre de Enseñanza a la cultura española, Saiz Otero, aunque marque distancias en algunos aspectos, como el relativo a la religión, reconoce que «uno de los innegables servicios que ha prestado a la sociedad española ha sido la de descubrirle el tesoro de su riqueza artística y enseñarle a conocerla y estimarla» (p. 92).

Ciertamente, el libro de Saiz de Otero se lee como una novela en el que la ironía, el pequeño chisme y la agilidad del relato de formación de una «maestra de maestras» apuntan a hacer valer el componente horaciano del «delectare». Relato de formación en el que la experiencia profesional se ha amasado con la frecuentación de libros de distinta procedencia, los viajes pedagógicos, la charla con maestros excelentes y la asunción de responsabilidades en las distintas instituciones. Puede perdonarse a la escritora el tono de ajuste de cuentas que adquiere la narración en algún momento, a cambio del suministro de valiosa información perfectamente contextualizada.

## *EMPRENDAMOS NUEVA VIDA* (1905) Y *VIDA DE COLEGIO* (1916) DE MAGDALENA DE SANTIAGO-FUENTES[49]

La primera novela se escribió entre julio septiembre de 1903, según se lee en el paratexto final, y en ella se narra la difícil acogida de Almudena en la casa de unos tíos tras haber quedado huérfana. Hasta ese momento vivía en Suiza y ahora regresa a una pequeña ciudad provinciana española para compartir su vida con la familia del hermano de su padre. La buena condición moral de la joven y su buena formación académica despiertan los celos de las primas y la tía, quienes se mueven en un ambiente frívolo propio de una aristocracia superficial venida a menos.

Se focaliza enseguida la vida interna de la escuela normal femenina, en la que ella empieza a cursar estudios. Encuentra el apoyo del «bando regenerador», representado por la nueva directora de la Escuela y por el veterano catedrático de Psicología, un personaje afín al credo krausista bien cincelado por la novelista; aunque, finalmente, el verdadero papel regenerador quede asignado a la figura de Javier, el ingeniero. La historia permite la inserción de estampas escolares, entre las que destacan las rivalidades entre la antigua directora, retardataria, y la nueva, empeñada

49 Tras una infancia y juventud azarosas, Magdalena Santiago-Fuentes Soto (1873-1922) se hizo maestra de enseñanza elemental y superior en la Escuela Normal de Maestras de Huesca, lugar al que se había trasladado para vivir en casa de un tío, al quedar huérfana. Posteriormente obtuvo el título de maestra normal en la Escuela Normal Central de Maestras y, a continuación, ganó plaza de maestra de párvulos en Huesca con el número uno de oposición. No tardó en ocupar la plaza de la sección de Letras en la Escuela Normal de Barcelona, también con el número uno, para pasar después, por permuta, a la Escuela Normal de Madrid. Allí se hizo cargo de la asignatura Historia de la Civilización. En 1909 siguió impartiendo las materias de Historia, su especialidad, en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio. Su abundante bibliografía, doctrinal y literaria apunta a la defensa de la igualdad de la mujer y a la renovación pedagógica. A ese mismo estímulo se acoge para traducir obras de psicología.

en «regenerar la escuela» a través de la puesta en práctica de metodologías innovadoras. Mientras, la estudiante protagonista ha encontrado un puesto de ayudante de prácticas de ciencias de la directora y se ha ganado además las simpatías del veterano catedrático, que también lo es del instituto de la provincia.

A partir de ahí, lo que sigue es la extorsión sorda pero creciente sufrida por Almudena de parte del bloque oponente, representado en la tía, las primas y algunas amistades de la familia. La situación aún se enturbia más al aparecer el elemento sentimental en forma del requerimiento amoroso del primo y, sobre todo, de parte del ingeniero que había llegado a la ciudad para impulsar un proyecto regenerador de construcción de un canal, y que estaba comprometido ya en matrimonio con una de las primas de Almudena. El desenlace, folletinesco, se resuelve en la aceptación del matrimonio de Almudena y Javier, el ingeniero.

El tono melodramático de esta novela lo volvemos a encontrar, incrementado si cabe, en *Vida de colegio*, novela firmada ahora, conjuntamente, por Magdalena y su hermana Carmen. De nuevo una reformulación para receptoras jovencitas del cuento de Cenicienta con una madre y una hija a las que los familiares de acogida, y debido también a la orfandad de padre, favorecen en un primer momento en el proyecto de montar un colegio en el que pueda ejercer Francisca, recién titulada en la escuela normal de maestras, con la ayuda de su madre, doña Rosa, que tiene experiencia en economía doméstica y labores.

El nuevo proyecto, en medio de serias dificultades, sigue adelante con la progresiva incorporación de algunas escolares que, sin embargo, no hacen posible la viabilidad económica del establecimiento, por más que se prorrogue la devolución al prestamista del dinero invertido en el menaje escolar. Otro obstáculo que mina el trabajo de las mentoras es la extorsión insufrible de las primas de la «maestrita», convertidas también en alumnas para evitar el pago de la antigua escolarización en un colegio aristocrático francés. Las niñas actúan, pues, como punta de lanza del bando oponente.

Las autoras aprovechan para señalar la precariedad laboral de las maestras y apuntan a lo largo de la narración a la pérdida de dignidad que ha de sufrir la maestra en un contexto social gobernado por la inautenticidad y las falsas apariencias. El desenlace se resuelve con la intervención del padre de una alumna que sufraga las deudas que ha generado la escuela y posibilita que Francisca traspase el colegio a otra maestra. Ahora se instalará con su madre cerca del lugar de residencia de la familia benefactora, no sin que el narrador omnisciente emita el pertinente dictamen: «los de Acebedo se instalaron en el valle de Ercina, a corta distancia de la Bayarre, donde, renunciando a las falsas apariencias, a la absurda vanidad, que

arruinan y trastornan a nuestra clase media, vivieron una vida serena y plácida, prefiriendo ser un *ejemplo para los de abajo, en vez de ser una caricatura de los de arriba*, según la genial frase de Benavente» (p. 151).

## *EL JARDÍN DE LAS MUJERES* (1906) DE MELCHORA HERRERO[50]

La voluntad didáctica se manifiesta en uno de los primeros paratextos que abren este libro en el que la voz autoral confirma que la obra es «algo así como una novela pedagógica, que puede ser leída por niñas, jóvenes y madres, y que sea a todas beneficiosa y recreativa». Añade que persigue una exposición sencilla basada en la «vida vivida», dando importancia a la forma recreativa, pero puesta al servicio de la pedagogía. A continuación, aparece una larga dedicatoria a la reina Victoria Eugenia por coincidir la fecha de la publicación de la novela con el día de celebración de su matrimonio con el rey Alfonso XIII, a la par que abomina del atentado anarquista de Mateo Morral ocurrido ese mismo día. Cierra la dedicatoria con la invocación a una serie de mujeres históricas valerosas, como guiño al programa de feminismo conservador que va a defender esta escritora a lo largo de su vida profesional.

La novela se estructura en tres partes que llevan los títulos, también con carga didáctica, de «Sois niñas», «Seréis mujeres» y «Podéis ser madres». Cada una de esas partes presenta varios capítulos, que a su vez se desgranan en subtítulos resaltados en negrita, alusivos al contenido del episodio relatado: es un recurso más puesto al servicio de la finalidad didáctica de la obra. El primer capítulo sirve de marco en el que inserta después la novela *El jardín de las mujeres* como una obra que ha de servir de utilidad al receptor. Dentro de este marco aparece un resumen de la vida de la maestra rural en tiempo de la Restauración del siglo XIX, que parece remitir a la querida maestra que Melchora Herrero tuvo en su pueblo natal de Villarleuengo (Teruel)[51]. Esa maestra ha estudiado en la Escuela Normal de Valencia y ha obteni-

50 Melchora Herrero Ayora (1875-1933). Nacida en la masada de Nogueruelas, cerca de Villarluengo (Teruel), fue profesora de la Escuela Normal Central de Maestras y de la Escuela del Hogar y Profesional de la Mujer, desde su creación en 1911. Su obra didáctica apela a los asuntos que incumben a la mujer en el orden material e intelectual. Se trata de otra maestra de maestras que dejó oír su voz en el debate que se produce en los primeros años del cambio de siglo sobre la condición femenina (Flecha, 2005, pp. 49-67). Aunque sus propuestas sean tímidas, resultan en su momento valiosas para la mujer de su tiempo.

51 En alguna ocasión Melchora Herrero evocó por escrito la gran capacidad pedagógica de su maestra Francisca Gamir. Por ejemplo, en el artículo «La primera maestra» (*La Asociación*, 3-8-1929, pp. 2-3). El recuerdo que hace aquí de los modos docentes de su maestra concuerda con las metodologías que atribuye a la maestra rural de la novela.

do una buena plaza en una villa de la sierra de Teruel. Vive así cerca de su madre, también maestra propietaria en la localidad de Mora. Se trata de una profesora que ejerce en una escuela rural que mejora a su antecesora, una viejecita enferma que solo enseñaba a coser y la doctrina cristiana. Doña Esperanza, sin embargo, imparte todas las asignaturas preceptivas del currículo y sabe imprimir a sus enseñanzas un sello personal. De hecho, en el tiempo de la narración y transcurridos veinte años, sigue ejerciendo con el respeto y admiración de toda la población: «Cuando un maestro ha nacido para llenar su sagrada misión, tiene cosas tan suyas, tan características, que en ellas se funda la verdadera habilidad y el resultado de sus procedimientos, el arte, en fin, que lo forma el conjunto de indefinibles detalles que su talento educador le proporciona» (p. 7). La maestra se sirve del sistema mixto para enseñar a las 60 niñas que tiene a su cargo sobre la base de la identificación del binomio amor y pedagogía. Hace excursiones con ellas, promueve los cánticos escolares, reza en la ermita y participa con las niñas en el viacrucis de la Cuaresma, además de fomentar los juegos escolares. No olvida a las niñas mayores y a las madres, a las que atiende los sábados fuera del horario escolar; y valora especialmente la lectura comentada, sobre la que el narrador omnisciente hace consideraciones de tipo moral. Uno de esos libros valiosos va a ser *El jardín de las mujeres*, presentado como una novela nueva que será regalada a las escolares cuando esté impresa.

Hasta aquí un capítulo primero que da paso a la conformación de la «pareja pedagógica» propia de la novela de instrucción. Se bosqueja la aldea de Villalejos en la que unos buenos padres que tienen un comercio de juguetes dan lo mejor a sus hijos, dos de los cuales remiten a la autora, Melchora, y a su hermana, Florencia. Se relata una vida familiar idílica de personas sencillas que viven en perfecta armonía con el medio en el que están radicadas. La primera se convierte en maestra natural de la segunda. Esta se muestra receptiva a todo un cuerpo pedagógico que va glosando la «maestra» al hilo de la peripecia relatada: «Enséñame, hermana mía y única madre aquí» (p. 32). El programa se centra en el núcleo del pensamiento de la autora relativo a la educación de la mujer: esta debe abrirse al mundo de la cultura, pero a la vez debe alejarse de los avances mal embridados. La hermana mayor, alter ego de la autora, ha mostrado excelentes cualidades como niña escolar; ha realizado unos brillantes exámenes generales en una ceremonia clásica de la época, recreada por el narrador, en la que no han faltado los discursitos poéticos de las niñas o la distribución de premios.

La segunda parte de la novela presenta a este personaje femenino principal de viaje a lomos de un burro, acompañada por su buen padre. En la ruta por los pueblos del Maestrazgo, el padre tiene que hacer algunas gestiones derivadas de su trabajo en el comercio y ella puede ayudarle. Se trata de un viaje no exento de

dificultades que contribuye a reforzar el carácter recio y a la vez espiritual de la protagonista que adoctrina, y en el que hay tiempo, además, para que la muchacha ejercite la vena literaria a través de la recreación, una vez más, del cuento de Cenicienta. Cumplido el viaje iniciático, llega el momento de marchar a Madrid, al cobijo de unos tíos y unas primas que han de abrirle nuevos horizontes y, tal vez, proporcionarle la oportunidad de proseguir sus estudios.

La muchacha tiene quince años y, una vez instalada en Madrid en la casa de sus parientes, observa algunos detalles que no auguran lo mejor. Llegarán los celos de la tía y finalmente el despego de esta hacia su sobrina, contrarrestado por la intervención del personaje auxiliar del «abuelo» con el que la muchacha da paseos instructivos por el Madrid cultural y a la que facilita su matriculación en la escuela de magisterio. A partir de aquí se narra el progreso académico de la autora: se hará maestra con facilidad y, posteriormente, proseguirá una carrera profesional, narrada en la tercera parte de la novela. Conseguirá ser profesora de la Escuela Modelo Española y terminará después la carrera de Comercio; además aprenderá idiomas y dibujo aplicado. Impartirá Pedagogía y Encaje y Bordados y dará alguna clase particular e, incluso, hará alguna traducción; aun así, una vez despedida de la casa de su tía tras haber fallecido el tío y el «abuelo» (padre de la tía), la vida en Madrid no le va a resultar fácil. El momento es propicio para que la autora encadene aquí las habituales estampas de la lucha por la vida en el traspaso de los siglos XIX a XX.

Pide a su hermana pequeña que deje el pueblo y vaya a vivir con ella, de modo que puedan apoyarse mutuamente. Mientras ella dé sus clases y haga sus trabajos, la hermana menor podrá ocuparse de las faenas de la casa. El trabajo es excesivo y ha debilitado tanto a la profesora, que sus buenos padres han acudido a Madrid para llevarse a las hermanas al pueblecito de Teruel. La casualidad le había deparado antes el rencuentro con Narciso, un joven amigo del «abuelo» al que había conocido tiempo atrás y que, incluso, irá a visitarla en ese periodo de convalecencia. La narrataria se malicia que finalmente la maestra matrimoniará con ese caballero, como así será.

Una vez repuesta su salud, prosigue en Madrid con sus trabajos y lo que sigue es la celebración de la boda con las consiguientes consideraciones sobre la preparación de la mujer para el matrimonio, tomando como referencia el libro *La perfecta casada* de fray Luis de León. Todo parece ir bien en un primer momento, pues la llegada del hijo colma de felicidad a la madre, pero Narciso toma la decisión de viajar a Argentina para mejorar de fortuna. Aunque las cartas llegan con frecuencia al principio, pasado un tiempo escasean y la maestra se preocupa. Además, tiene que pignorar sus joyas en el Monte de Piedad para poder afrontar los gastos corrientes.

Finalmente, ella acepta embarcarse a Cuba para poder reencontrase con el marido, en medio de la prédica del narrador que afirma que el verdadero y sublime goce nace de hacer el bien, y que expresa el desiderátum de la misión de la mujer en los siguientes términos: «La mujer nace para ser hija, para ser esposa y para ser madre» (p. 261).

# EL MAESTRO DE LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX

En los primeros años del siglo XX los grandes escritores siguen «pedagogizando» todo lo que escriben, aunque observan algún anhelo de espiritualización que los lleva a identificar pedagogía y amor (la novela unamuniana *Amor y pedagogía* de 1902 vale como síntoma). En julio de 1903 el propio Unamuno había insertado en *La Lectura* de Madrid el cuento «El maestro de Carrasqueda»[52] como cifra de la pedagogía del amor defendida en sus escritos, cartas y conferencias de esos años. El maestro del pueblecito de ese relato ejemplifica la misión sacerdotal para con su discípulo, de tal manera que supera el estereotipo del maestro rural muerto de hambre y despreciado por todos a través de la sublimación de la misión evangélica que le cabe desempeñar. Don Casiano se entrega en cuerpo y alma a sus alumnos y la semilla germina en uno de sus discípulos, Ramón Quejana quien, como un auténtico hijo espiritual, acude a enterrar al maestro a Carrasqueda de Abajo. De ahí que uno de sus libros más olvidados de Unamuno, *Recuerdos de niñez y mocedad*, sea valorado por este escritor, porque contiene evocaciones de los tiempos escolares y recuerdos emocionados de sus maestros antiguos.

Gabriel Miró también compone un cuentecillo con protagonista maestro rural imbuido de valores. Se trata de «El señor maestro»[53], asimismo adornado de rasgos morales positivos: abnegación, sensibilidad, capacidad de entrega a los escolares, y con ausencia, como en «El maestro de Carrasqueda», de alusiones a la difícil condición social de la profesión docente[54]. En la estela de Pereda, y en época posterior, Manuel Llano compone estampas costumbristas con tratamiento entre poético y patético del tipo del maestro rural en los relatos «Tía Esperanza», «Salín, el ciego» y «Don Anselmo» incluidos en el libro prologado por Unamuno, *Retablo infantil y otras estampas* (1935).

---

52 *Obras Completas*, IX, pp. 182-187.

53 *Obras Completas*, pp. 110-113, escrito hacia 1910.

54 Mata, 1999, pp. 309-318.

Sin embargo, el género de la novela profesional empieza a adquirir consistencia en unas cuantas obras debidas a maestros que se entregan a la labor de la escritura, movidos por el doble afán de señalar las injusticias sufridas en el oficio y, a la vez, de hace un canto a la dignidad de la misión docente. Tomás Lucas García es uno de esos escritores-maestros que en *Escuela es amor* (1911) desarrolla el asunto de la escuela rural de la época, con un personaje principal maestro, alter ego, que recoge el espíritu de las revistas del Magisterio de la Restauración. La novela se va conformando, según terminología de su autor, como «novela pedagógico-social», puesto que describe el funcionamiento de la escuela rural, desglosa idearios pedagógicos y apela a la toma de conciencia por las cuestiones sociales.

El maestro nacional e inspector de primera enseñanza de Oviedo Antonio Juan Onieva fue el autor de la novela *Entre montañas* presentada con el lema «Orestes» al mencionado concurso que en junio de 1920 organizó el periódico profesional *El Magisterio Español*. Rufino Blanco Sánchez valoraba en el prólogo la originalidad del estilo y conectaba la obra con la estética de Palacio Valdés y Valera.

La novela *Levántate y anda* (1925) de Rafael Pérez y Pérez, firmada en el primer destino de Guardia de Tremp en 1919, describe casi notarialmente las dificultades del magisterio rural, fuertemente mediatizado por el caciquismo. Es también una novela regeneracionista de caciques, que puede mirar de reojo a *Doña Mesalina* de López Pinillos, y que tiene su continuación en *El último cacique* (1927). El autor alicantino inserta la cuestión de la escuela dentro del problema del caciquismo, en sintonía además con los artículos periodísticos sobre ese asunto que había dejado estampados en el *Diario de Alicante* entre 1914 y 1916.

Tal como reconoce en las «apostillas» finales el director de *El Ideal del Magisterio*, C. Martínez Page, Anacas del Rin consigue hacer del personaje principal de *Los irredentos* (1926) un símbolo a la manera del José Miguel de *Entre montañas* de Onieva o del Emilio Ratti de *La novela de un maestro* de Amicis. En definitiva, lo que quiere ofrecer al lector con sus notas noveladas es «un conjunto de apuntes históricos donde se describen las vicisitudes y contratiempos sufridos por los Maestros ingresados por concurso, a los que, debido a ese procedimiento de ingreso, les fueron limitados sus derechos para el ascenso y traslado, pero no sus deberes» (p. 119).

Alejandro Gargallo González de Agüero se incorpora, igualmente, con su novela corta *Un palo de ciego* (1927) a una nómina de maestros literatos que componen por esas fechas novelas pedagógicas, casi siempre de mayor extensión, y que complementan a la literatura breve reivindicativa inserta tanto en la sección doctrinal como en la sección varia de las revistas profesionales. Gargallo se alinea en lo que se ha dado en llamar literatura socialista; es decir, la literatura «como vehículo de

educación y de propaganda»[55]. Por su parte, en el librito *Un año de mi vida* (s. a.), Santiago Hernández Ruiz quintaesencia la labor de un maestro rural ejemplar en tiempo de la dictadura de Primo de Rivera. Se trata de uno de los años comprendidos entre 1925 y 1930, que es el periodo en el que ejerció en la escuela de niños de la población de Paniza (Zaragoza) o, más bien, de una síntesis de esos cinco años de ejercicio.

## *ESCUELA ES AMOR* (1911) DE TOMÁS LUCAS GARCÍA

Tras una dedicatoria a los niños harapientos de su escuela, el autor[56] estructura su obra en tres partes, atravesadas por la historia del protagonista, Román de Dios, niño huérfano quien, tras recibir ayuda de diferentes instancias educadoras, va ganado aprendizaje hasta convertirse en un maestro que aplica en su escuela prácticas avanzadas. La novela arranca al modo de la picaresca, en un contexto de hambres y privaciones, eso sí, con ausencia del cinismo propio del género, pero con guiño intertextual evidente al *Lazarillo de Tormes*, cuyo protagonista, como Román de Dios, había nacido también en una aceña del Tormes próxima a la ciudad de Salamanca. El niño muestra afición por la música y la instrucción; y el maestro don Justo, que ve en el escolar muchas posibilidades, intenta ayudarlo: al menos tiene que convertirse en maestro de escuela. A partir de la aparición de don Justo se despliega la cuestión de la escuela rural, pero el discípulo necesita nuevos aprendizajes que requieren el desplazamiento a la capital para procurarse una formación artística. La estancia en Madrid dibuja a un personaje enfangado en «la lucha por la vida» con tránsito por casas de huéspedes llenas de tipos curiosos, hambre, búsqueda de sustento diario y amores frustrados. El viaje de vuelta a casa permite dar un nuevo giro a la historia.

La segunda parte, tras elipsis temporal de seis años, da comienzo con la evocación de los sucesos estudiantiles de la Salamanca universitaria de 1902. Se trata del motín estudiantil de 2 de abril de 1902 motivado por la agresión de un guardia a un estudiante de Derecho. Previa reunión de los estudiantes en la cátedra de fray Luis de León, se nombra una comisión para pedir al gobernador la destitución del

55 De Luis Martín, 1993, p. 58.

56 Tomás Lucas García fue maestro republicano de primera enseñanza en Madrid y Cáceres. En 1936 fue destituido y separado del servicio. Se anuncian como proyectos de obras de este autor, *Escuela ambulante (novela pedagógico-social), Las jambres del tío Jambrina (novela corta de tipos y costumbres extremeñas)* y *En el umbral de la vida, (Lecciones a mis hijas), libro de lectura escolar*.

policía. Recibida la comitiva, resulta sin embargo desechada la petición. Se atiza el fuego en forma de motín que grita ante el edificio del gobernador, exigiendo la expulsión. Se organiza la manifestación en la que los estudiantes arrancan el empedrado del suelo para utilizar las piedras como proyectiles. Un piquete de la guardia civil reprime el motín con carga de fusilería, con el resultado de dos estudiantes muertos. Miguel de Unamuno, rector, ha intentado en vano aplacar a los jóvenes.

Román es ahora estudiante normalista que vive inmerso en la efervescencia de una ciudad que aparece pintada, aunque a grandes rasgos, con el pintoresquismo propio de la ciudad universitaria: los motines, el canto a la juventud, la prostitución... El protagonista, una vez en posesión del título de maestro, se propone ganar las oposiciones de titular de escuela. Se glosan las recomendaciones y dificultades anejas a esta prueba académica, avanzando en la investigación sobre la difícil condición social del maestro. Paralelamente, en los momentos de zozobra social, el narrador pinta la situación del pueblo de Santiaz sumido en el infierno caciquil, con el personaje don Justo sometido a la férula de la junta local, diseccionada por el narrador al modo de los artículos de los periódicos profesionales:

> La escuela estaba abandonada; habíanla instalado en una vieja panera que arrendaba y mal pagaba el Municipio. Don Justo había tenido algunos disgustos con el Ayuntamiento y la Junta local de... no instrucción. Desconocedores sus individuos de los deberes sagrados que tenían, pensaban que su misión era solamente fiscalizadora y no se cuidaban de otra cosa que de presidir los exámenes al fin de cada periodo escolar, tratando en ellos, si era posible, de quitar todo mérito al maestro (p. 195).

Román, una vez titulado, se presenta a oposiciones. Se ha quedado sin plaza, ha sido el primer excluido (con el número siete) en un pugilato terrible en el que peleaban 120 opositores para la disputa de seis plazas, con la asignación de 825 pesetas anuales. Pasa por distintos oficios provisionales, pero esas experiencias contribuyen a arreciar su vocación, a la que está dispuesto a imprimir un sesgo social al amparo de las corrientes políticas de signo socialista utópico, combinadas con idearios pedagógicos modernos. Propugna un comunismo educativo, con escuelas y colegios especiales situados fuera de la ciudad (p. 174) y acuse de recibo de la «nueva pedagogía» de cuño institucionista. El debate que sigue da pie a la explicación de los nuevos procedimientos educativos que habrían de aplicarse en el nuevo modelo de escuela:

> Tus escuelas tendrían hermosas granjas agrícolas, talleres, gabinetes de estudio, bibliotecas, museos, enseñanza de todas las ramas del saber. En ellas acumularías los medios más perfectos de educación donde se la diese. Los jóvenes de ambos sexos se educarían allí sin ascetismo de ninguna clase, sin privación de iniciativas, sino con encauzamiento de ellas, con la libertad y alegría que constituyen la característica de la vida compleja. Atenderías

> la educación física con especial esmero, tus lecciones, tal vez, se diesen bajo los árboles. Y tus alumnos se ejercitarían en toda clase de juegos higiénicos y atléticos. En tu escuela se educarían niños y niñas, sin temores de quebrantar las leyes de la moral porque se encontrasen reunidos en las clases, en los estudios, en los talleres, en los juegos. (p. 178).

La narración avanza con saltos de tiempo. Nueve años después de haber salido de Santiaz, el joven maestro ha regresado al pueblo y es percibido por los vecinos como un hombre hecho a sí mismo. Triunfa finalmente en las oposiciones tras el anterior intento fallido; esta vez con el número uno. Oye los consejos del viejo mentor, que sigue actuando con la autoridad del maestro espiritual y previene al discípulo acerca de las dificultades que rodean la vida profesional en un medio hostil. Toma finalmente posesión de la escuela de Magarzal para permutar con don Justo por Santiaz.

En la tercera parte se narra ya la experiencia de maestro en Santiaz. Ahora el repaso a las deficiencias de la escuela rural se hace exhaustivo: falta de higiene de los alumnos y de los locales-escuela, alto índice de absentismo escolar, enseñanzas rutinarias y memorísticas, pero el joven trata de poner en práctica los nuevos modos en medio de las clamorosas limitaciones. La retórica encomiástica sobre la alta misión que le cabe al maestro se enciende, a esta altura de la novela, todavía más. Aquel será, así, «el jardinero, que pródigo de ciencia, reparte por igual los beneficios del progreso» (p. 249). El joven mentor se entrega a su noble cometido empleando sus mejores artes: «acariciando a los tímidos», «reprendiendo afablemente a los revoltosos», «con paciencia maravillosa» (p. 251). Está poniendo en práctica la pedagogía del amor, clamada por Unamuno por esas fechas desde todas las tribunas posibles.

Para Román la entrega a los niños harapientos era «como santa comunión, que diariamente acrecentaba en él el amor y el deseo de sacrificio que sentía por los desheredados» (p. 252). Establece los trabajos manuales para convertir la enseñanza en racional en lugar de maquinal; organiza paseos y excursiones escolares; retira los viejos cuadros y máximas de las paredes y coloca en las ventanas macetas de flores; forma un museo escolar y un rico arsenal de lecciones de cosas (p. 257). No faltan en este programa de transformación las exposiciones de trabajos manuales, la organización de fiestas y veladas en las que el maestro se sirve del aparato de proyección para hacer la enseñanza agradable e intuitiva, el fomento del periódico escolar o de las cajas de ahorros infantiles.

La escuela se entiende, además, como lugar de socialización y de adquisición del valor del patriotismo, plasmado a través de himnos y canciones dedicadas a la nación o a otros conceptos nobles como el Trabajo, la Verdad o la Humanidad. Todo un programa que tiene como fundamento el amor: «El maestro ha de ser un niño grande que con un corazón sublime todo amor y benevolencia, sepa conducir a sus

discípulos por el camino áspero de la vida» (p. 263). Se rechaza la separación de los sexos y se valora la misión de la escuela de adultos, atendida en horario nocturno por el mismo maestro que ha dedicado toda la jornada a los infantes. Surgen, como consecuencia de este noble empeño, los conflictos con las fuerzas vivas. Aparece la cuestión religiosa, al no aceptar el maestro el adoctrinamiento de los párrocos a los escolares. No accede a la petición del sacerdote para que los niños confiesen y comulguen y se siente incómodo ante la invitación del Ayuntamiento para asistir a una fiesta religiosa.

El héroe se eleva a menudo «en místicas contemplaciones y en amorosos ensueños» (p. 268); se señala el proceso de misticismo de Román de Dios, que apela a una religiosidad que desprecia todo aparato de culto exterior. El maestro de Santiaz se convierte en un apóstol que, en tono inflamado, pronuncia discursos y conferencias señalando el nuevo camino que ha de seguir la humanidad, soldando así escuela y socialismo. Atrae para su causa a Teresa, hija de uno de sus antiguos protectores, de la que está enamorado; y tras algunas dudas, esta se une a Román en el proyecto de fundación de escuelas para niños harapientos bajo el estímulo de una pedagogía colectivista. Y todo ello en una hermosa finca proporcionada por los adinerados padres de la joven.

El pueblo de Santiaz, por medio de las maniobras caciquiles, muestra desafecto al maestro y da pie a la estampa clásica de la formación de expediente y el consiguiente traslado de escuela. Se produce una quiebra en la relación entre Teresita y Román. Los enemigos del maestro animan a la joven a crear escuelas católicas en el pueblo. Son los momentos de la máxima tensión social: la cuestión social se convierte también en cuestión escolar. Román defiende a Ferrer y Guardia[57] con la

57 Tal vez podría ponerse en relación el personaje Román de Dios con el pedagogo catalán Francisco Ferrer Guardia (1859-1909), condenado a muerte, tras un proceso militar, y fusilado en los fosos de Montjuic. Este hecho importante, que provocó la caída de Maura, funciona en la novela como otro posible desencadenante narrativo. Tras una trayectoria profesional itinerante y un activismo político temprano (colaborador con Ruiz Zorrilla en pronunciamientos republicanos), se exilia en Francia, desde donde inicia su labor pedagógica (estudia la «pedagogía racionalista») renunciando en un primer momento a la actividad política. Su relación en ese país con Ernestine Meunier pudiera recordar a la que recrea Tomás Lucas García a través de la pareja Román-Teresa. Esta, como Ernestina, es una rica heredera a la que finalmente convence el protagonista de la puesta en pie de un proyecto pedagógico nuevo, con la herencia del marqués. El mismo proyecto de Escuela Moderna (con una escuela independiente del Estado y de la Iglesia y fuertemente renovadora en sus métodos educativos) que intenta hacer funcionar Ferrer en Barcelona con la herencia de un millón de francos que le deja su compañera. Mateo Morral, profesor de esta Escuela Moderna atentó contra Alfonso XIII el día de la boda real (1906). Como consecuencia de

incomprensión de Teresa quien, a partir de aquel día, se distancia de él. Se queman conventos en Barcelona, se suceden los actos terroristas anarquistas con bombas y destrozos y el maestro Román llega a Madrid para propagar su ideario.

El mitin de la Casa del Pueblo de Madrid propicia la reunión de Teresa y Román y el encauzamiento de su maltrecha relación. Teresa entiende que la escuela laica ensoñada por Román no era la que le habían pintado como destructora del orden social y unen los dos definitivamente sus fuerzas para acometer la empresa de redención, una vez pasados los días de amor y rosas, tras promesa de amor eterno. Ponen en marcha la fundación en los terrenos de Teresa y recogen un primer contingente de centenares de niños, procedentes de la misérrima región de las Hurdes. Pasa el tiempo, vienen los hijos de la pareja, que viven y se educan en las mismas condiciones que los demás niños. La comunidad crece armónicamente en medio del ejercicio higiénico, los paseos, las excursiones y los juegos. El odio social se recrudece y la lucha entre escuelas religiosas y laicas alcanza sus momentos más virulentos.

Se celebra la fiesta del décimo aniversario de la fundación en medio de ese ambiente hostil que aboca a una catástrofe. Algunos fanáticos partidarios de la escuela de Román habían incendiado los colegios religiosos y, al mismo tiempo, los enemigos de las escuelas laicas propiciaron la inundación de los establecimientos docentes experimentales de Teresa y Román: «La catástrofe fue espantosa. A Teresita y a Román se les vio flotar un momento abrazados, después desaparecieron entre el torbellino tumultuoso de las aguas (...) El fanatismo rojo incendió las escuelas religiosas; el fanatismo negro extendió sus tentáculos de muerte destruyendo las escuelas redentoras de Román» (p. 459). El final apocalíptico da paso a la tesis: «Las formas religiosas no son nada. ¡Luchad por las ideas que el combate es santo!... pero el odio no redime».

## *ENTRE MONTAÑAS* (1920) DE ANTONIO JUAN ONIEVA[58]

La novela de Onieva *Entre montañas* fue publicada por la editorial El Magisterio Español en 1920 en un tomo de 420 páginas, de 13 por 19 centímetros,

ello, la Escuela queda clausurada y se procede contra Ferrer, quien resulta exculpado. Acude este a Francia, Bélgica e Inglaterra para propagar sus ideas pedagógicas. Pero los hechos de la Semana Trágica encuentran al pedagogo de vuelta en Barcelona, y el Gobierno Maura ve él el chivo expiatorio para dar el escarmiento. Sobre esta novela, ver Ezpeleta, 2010b, pp. 55-70.

58 Antonio Juan Onieva Santamaría (1886-1977) fue pedagogo, periodista y escritor prolífico en distintos géneros. Ejerció de maestro y de inspector de primera enseñanza a partir de

con ilustraciones de Eugenio Tamayo y un prólogo de Rufino Blanco Sánchez. Se sucedieron de inmediato dos ediciones más de esta novela premiada y alguna otra en los años posteriores. La obra llegó a convertirse en símbolo para los maestros de la época, que se veían retratados con fidelidad en sus distintos episodios. En el prólogo a la cuarta edición decía Onieva que «pocos maestros de aquella época dejaron de leerla, y en mi archivo poseo pruebas vehemente de la impresión que la lectura les produjo» (p. 5). Se trataba de una obra copiada del natural en la que los tipos comparecientes podían intercambiarse con las personas de carne y hueso que rodeaban en la vida real a los maestros de escuela. El lector empatizaba fácilmente con el novelista y recogía, además, el guante lanzado en una narración que invitaba al maestro real a perseverar en la lucha por sembrar en sus discípulos simiente sana y por conjurar, a la vez, la indiferencia general que en ese tiempo envolvía a la figura del mentor.

El protagonista es José Miguel, un joven culto que sale de la Escuela Normal de Maestros muy bien preparado y tiene el objetivo de convertirse en maestro con plaza para proyectar a su trabajo un gran ideal. Ha cursado los cuatro años que prescribe el nuevo y exigente plan de estudios, con el añadido de otros dos de perfeccionamiento. En unas oposiciones reñidas obtiene la plaza de la escuela mixta de Castrido, una aldea inhóspita «entre montañas», que cuenta con cuarenta casas «pobres, negras y diseminadas». Lo que sigue es el viacrucis del maestro zarandeado por todos los lados, empezando por las calumnias de los lugareños, la formulación contra él de un expediente por incompatibilidad, su sustitución por un maestro «babiano», el derrumbe de la escuela provocado por un turbión, hasta llegar a la muerte como consecuencia de la epidemia de gripe del año 1918, que es el momento en que José Miguel acaba sus sufrimientos, abandonado por todos, en un rincón de la sala destartalada de su escuela ante la presencia del crucifijo.

El título de cada uno de los treinta y cuatro capítulos, siempre informativo y expresivo, va guiando al lector a lo largo de una peripecia en la que no se omite ninguno de los datos básicos de la escuela de fines la segunda década de siglo XX: «Así habló el maestro Prudencio», «Monte arriba», «El local-escuela», «El cura párroco», «El primer día de clase», «Dos cartas», «Los que llegan», «Tarde de otoño», «Una lección particular», «Una lección de ternura», «En la escuela», «Profesor y discípula», «¡Y vuelve por otra!», «Algunos compañeros», «A la villa», «Una feria de maestros», «Frente a frente», «La turbonada», «Otra vez ante el cacique», «Horas de

1914. Siguió en un primer momento los principios pedagógicos de la Institución Libre de Enseñanza para abrazar tras la guerra civil los postulados del sistema educativo franquista.

desaliento», «Dos nuevas cartas», «¡Pobre Cunda!», «En el mundo de la fantasía», «Un maestro glorificado», «Lo que dice el inspector», «De regreso», «Los que se van», «La despedida», «De nuevo en la escuela», «Las elecciones», «Cómo se formula una denuncia», «La visita de inspección», «La peste», «Cómo murió José Miguel» y «Epílogo».

La aldea de Castrido, escondida en la montaña asturiana, no está capacitada para honrar a su maestro: al contrario, se diría que las dificultades de su orografía, subrayadas insistentemente por el narrador, contribuyen a hacer de sus habitantes seres huraños e insensibles, incapaces de comprender la función civilizadora propia del educador. El local-escuela, lleno de telarañas, es un edificio destartalado y en ruinas que tiene por mesa para los alumnos «un grueso tablón irregular, malamente sostenido por unos troncos chatos de castaño»; y para el maestro, otra mesa vieja «como el arcón del Cid» (pp. 22-23). El suelo es «de tierra movediza»; el techo, «de los llamados de teja vana», y las paredes «de roca negruzca y sin desbastes» (p. 22). Como material educativo hay que contar unos carteles adosados a la pared, «media docena de libros escolares sin principio ni fin, como la eternidad; unas cuantas planas de escritura comidas de la humedad y de la gallinaza; una botella de tinta con el cuello quebrado» (p. 22). El local sirve, además, para colocar los ataúdes de los vecinos que fallecen.

La rutina gobierna la vida del cura-párroco, que lleva cuarenta años en la misma aldea y, aunque sirve de algún apoyo a José Miguel, carece de energía suficiente regenerar a la población. Con todo, el maestro no se arredra y sortea los obstáculos iniciales. Los capítulos que incluyen escenas de aula lo presentan «en acción», practicando una pedagogía moderna que descansa en el cultivo de las destrezas básicas, la lectura, la escritura (según el sistema Montessori), el resumen, las lecciones de cosas, el diálogo, el respeto a los animales y las plantas, el trabajo colaborativo, los paseos escolares de los jueves, o el impulso de las mutualidades escolares para inculcar en los escolares la idea del ahorro, aun en una situación de tanta precariedad. A pesar del cúmulo de dificultades, los niños ganarán aprendizajes, tal como se indica en los momentos de balance.

La voz del narrador en tercera persona, o la del propio personaje principal a través del recurso del estilo indirecto libre, asoma constantemente para conducir el debate sobre metodologías didácticas, a modo de refuerzo de las cartas que intercambian José Miguel y don Prudencio. Este último es un sabio mentor al que el maestro refiere la indiferencia con la que es tratado por los vecinos, además de los atropellos sufridos de manos de las autoridades locales. Por su parte, los consejos de don Prudencio sirven al joven de lenitivo, al fundamentarse siempre en la expe-

riencia y en el sentido común, y es que el autor quiere que su novela sea verdaderamente «pedagógica».

El novelista se esfuerza en pintar con trazo realista el paisaje y, sobre todo, el paisanaje a través del retrato de los distintos tipos. Ilustrativo es el caso del personaje D. Zenón, alcalde y cacique del pueblo principal del partido judicial, «experto muñidor electoral»; o el alcalde pedáneo de Castrido, Pin de Xuaca; el cura párroco, don Benigno, el taimado sacristán, Fero, que aloja al maestro durante el curso escolar 1917-1918; y el de tantos otros tipos que producen en el lector sensación de verdad. Uno de ellos, don Luciano Barrales, es el médico-farmacéutico de la villa, un hombre culto que departe sobre asuntos científicos con José Miguel cuando este se desplaza a esa villa cabecera de partido para defender sus derechos y los de sus alumnos. Por aquí sigue reforzando el autor el aspecto de diálogo pedagógico, incluido en la obra como componente importante, sin desatender por eso la fabulación de la peripecia, trabajada y enriquecida mediante la técnica de la descripción realista y por medio, también, de la rica indagación del habla local, el humor negro, las frases lapidarias de sabiduría popular, vulgarismos, asturianismos…

Entre medio está la historia de amor frustrada con Rosario, hija de un indiano «negrero» enriquecido, llegado de Cuba. Esta joven había pasado en la isla por un internado laico durante doce años no demasiado fructíferos, a pesar del buen natural y las buenas aptitudes de la muchacha; y es que el autor parece querer contraponer ese tipo de educación deficiente recibida por ella a la que proporciona la escuela nacional, que resulta ponderada. Aquellas señoras profesoras laicas extranjerizaban y no sabían transmitir la esencia de lo nacional y, desde luego, eran incapaces de apreciar la literatura de nuestros grandes clásicos. De ahí que José Miguel, convertido en profesor particular de la joven, intente proporcionarle una educación literaria que combine la lectura y el comentario de obras literarias españolas clásicas y modernas. La alumna se enamora del profesor y este también se enamora de la discípula, pero las circunstancias no favorecen la viabilidad de esa relación.

Tienen mucho interés los capítulos sobre los maestros «babianos», aldeanos que, sin ser titulares de plaza y ni siquiera tener certificado de aptitud para ejercer, eran contratados como maestros por los caciques de los pueblos para la temporada de invierno en aldeas cuyas escuelas quedaban sin atender. Procedían de la región de las Babias, en León y, aunque en algunos casos podían hacer un buen servicio, dejaban ver con facilidad su falta de recursos didácticos y su manifiesta incultura. Resulta inolvidable el capítulo «Una feria de maestros» que, indica el autor en el prólogo a la cuarta edición, «tanto regocijaba a Unamuno». En él se describe con vigor el espectáculo de la contratación de estos maestros en una feria que no difería

demasiado de las más habituales de ganado. Puestos en fila, los «babianos» vendían su saber a los alcaldes, quienes se permitían tantearlos y probarlos al modo de la vieja costumbre de los tratos rurales con animales.

Así los describe el narrador:

> Vestían invariablemente traje de pana; tocábanse con boina; envolvíanse el cuello en una bufanda, una de cuyas puntas caía sobre el hombro; llevaban sobre la espalda, a manera de mochila, un atadijo con cintas blancas; calzaban bota fuerte, guarnecida de clavos, y casi ninguno carecía de reloj sujeto con gruesa cadena. Instrumento habitual era un grueso garrote de nudos o cayada fuerte, labrada por ellos mismos a punta de navaja (p. 165).

Uno de esos maestros babianos va a ser el recurso del que se vale el alcalde de Castrido para sustituir al maestro titular, al que hasta ese momento no se había podido quitar de encima. El golpe recibido entonces por José Miguel es grande y a duras penas puede mitigarlo mediante el consejo de don Prudencio, quien le anticipa que, como ocurrirá realmente, ese falso maestro acabará siendo expulsado del pueblo, no sin antes atacar con su navaja al maestro protagonista.

En definitiva, ninguna novela mejor que esta para trasmitir las dificultades que el maestro encuentra a la hora de ejercer una profesión imbuida de una alta misión, cual es la de luchar contra la ignorancia en medio de la precariedad y miseria de la vida rural. La obra radiografía como ninguna otra el caciquismo pueblerino con sus trampas en los comicios, la oposición de la aldea a los avances pedagógicos y el desprecio de la profesión docente.

## *LEVÁNTATE Y ANDA* (1925) DE RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ[59]

La abundante producción novelística de Rafael Pérez y Pérez (en 131 novelas cifra Dolores Azorín el total editado) convierte a este escritor alicantino en paradigma de un tipo de literatura popular que circula por senderos rosas en fusión constante con esquemas de novela histórica, en las que no falta nunca el montaje

59 Rafael Pérez y Pérez (Cuatretondeta, 1891-Alicante, 1984). Como señala Dolores Azorín: «Las novelas de Pérez y Pérez ofrecían al público, aparte de la consabida intriga amorosa, el aditamento de lo hispánico, *mise en scène* de los mitos, arquetipos y modas que informaban la vida de las burguesías españolas de la anteguerra; mitos y comportamientos que, tras la contienda civil, pasarían a generalizarse como modelos oficiales, lo que contribuyó a aumentar la capacidad de alcance de las obras del escritor alicantino» (1983, p. 41). De sus dos novelas con protagonistas maestros trató la comunicación leída por Francisco Canes Garrido en el *VIII Congreso Internacional Historia de la Cultura Escrita* (Universidad de Alcalá, SIECE, 2005).

de tramoyas exóticas[60]. Su inquietud regeneradora de maestro la traslada a dos obras que se publican con ocasión del lanzamiento del premio por «El Magisterio Español». Pueden ser novelas muy próximas a la experiencia real del escritor como maestro rural en la localidad de Guardia de Tremp (Lérida), desde 1918 a 1921; y en La Muela (Zaragoza) desde 1921 hasta 1923, fecha esta última en la que gana plaza de maestro titular en oposiciones celebradas en Zaragoza. Rafael Pérez y Pérez hace en ellas un ejercicio de trascripción realista de su experiencia docente en el contexto difícil de los años finales de la Restauración, impugnando los usos escolares rurales con una retórica muy cercana a la de la prensa profesional de la época.

La primera de esas novelas, *Levántate y anda* consta de dos partes, cada una de las cuales comprende quince capítulos. El autor dispone para ello de un personaje maestro de nuevo cuño, Joaquín Madoz, que exhibe desde el principio ambición regeneradora. La llegada en diligencia a Valdecabres, pueblo de destino de la sierra valenciana, depara a este joven de veintitrés años la sorpresa desagradable de la indiferencia del villorrio retrasado: nadie lo recibe. Es una población de 800 almas sujeta a la férula del cacique aristócrata que vive en una mansión señorial.

El reto aparece apuntado: la transformación de una escuela vieja en una nueva solo será posible si el maestro es capaz de derrotar al bando caciquil comandado por el alcalde. En el capítulo 4 se describe la toma de posesión de su nuevo destino de manos del don Silvino Ballester, «primera autoridad y primer analfabeto, acompañado de la Junta local, reducto de las tradicionales tiranías caciquiles en la enseñanza de nuestro pobre país» (p. 21). La escuela «era cabalmente un indecente cuchitril, semejante a una corraliza de pastores», «una mazmorra húmeda, oscura y fría, lóbrega y malsana» (p. 22). El material escolar es viejo e inservible, las paredes estaban cubiertas de chillones cuadros de Historia y mapas pelados por los cuatro

60 María Dolores Azorín señala dos modalidades narrativas básicas: modalidad rosa-contemporánea y modalidad histórica (1983, p. 79), con éxito extraordinario durante tres décadas a partir de 1930.

puntos cardinales «de tanto rozar con los punteros» (p. 22), y de «muestras caligráficas de Iturzaeta y cartelones con máximas morales, asilo todo ello de microbios» (p. 23).

Como primera decisión, se tratará de cambiar el viejo mobiliario por uno nuevo para poner en práctica el ideario basado en la sustitución de la enseñanza memorística y rutinaria por otra armónica e integral. El maestro intenta establecer buenas relaciones con las gentes del pueblo, incluyendo a «los muy altos y empingorotados señores de Valldigna» (capítulo 5), familia palaciega que llevaba la batuta en la política del pueblo desde tiempos inmemoriales. A esta familia cautivan enseguida las buenas maneras del maestro, especialmente a una de las hijas de doña Paz, María de las Mercedes que, en conversación sincera y afectuosa, abre su corazón al nuevo maestro; ella se siente una cenicienta secuestrada en la casa-palacio: «Llámeme usted Mercedes, suplicó la joven con una sonrisa capaz de hacer perder la cabeza al más equilibrado» (capítulo 6, p. 33).

Por el pueblo corre la voz de que Joaquín es anticlerical y librepensador, y que no enseña a rezar a sus alumnos. El curso echa a andar, la matrícula aumenta y pide a las autoridades un nuevo edificio moderno capaz para albergar a todos los alumnos. Mientras, da sus lecciones en el campo al aire libre y atrae a los padres a las clases de adultos. Ha obtenido además un triunfo con la instalación de la luz (capítulo 7, «¡Fiat lux!») gracias al apoyo del médico, el capellán del convento y de «aquella camarilla de hombres cultos, independientes, que podían reírse a mansalva de las amenazas del alcalde y de los furores de doña Paz» (p. 44). Madoz cree que puede redimir al pueblo, y «que llegaría un instante en el que podría decir como Cristo dijo al paralítico levántate y anda» (p. 44), pero surge la primera reacción del bando caciquil (alcalde y secretario) hacia el maestro en forma de impuesto de consumos desorbitado, haciéndole pagar la misma cantidad que la que correspondía a la casa más importante de la villa.

En el capítulo 8, «Confidencias», el maestro departe con sus confidentes, médico y capellán, sobre sus sentimientos amorosos que no parecen ser los mismos que los de Mercedes, en vísperas de desplazarse a Forna para asistir a una reunión de maestros en las que se va a debatir sobre asuntos de asociacionismo, mutualidades escolares y pedagogía (capítulo 9). De vuelta a la pensión, recibe la visita del mayorazgo de Valldigna, Juan de Dios, encendido por los celos al creer que el maestro ha galanteado en Forna a Isabel Galiana, la joven a quien este hijo mayor de doña Paz pretende. Estalla «la tormenta» (capítulo 10) en medio del paseo con doña Paz y sus hijas, que da ocasión a que María de las Mercedes muestre a las claras su inclinación hacia Joaquín, «pero su rectitud de ideas, sus sentimientos nobles se rebelaron, y se

impuso a sí mismo una resolución enérgica. Se desasió de ella» (p. 60). Él se acuerda entonces de Caridad Montornés.

Juan de Dios «retorna» (capítulo 11) a pedir ayuda a Joaquín para resolver un dilema que lo atenaza: seguir la inercia familiar o reconocer la posición del maestro y del bando regenerador, por el que se decanta finalmente. Ha sido rechazado por Isabel Galiana, lo que ha actuado en él como estímulo para volver sobre los buenos pasos. Quiere ser amigo de Joaquín. «Esa mujer, grosera y baja», amonesta el maestro, «sería un entorpecimiento más para alcanzar su redención; un lazo que le encadenaría con más intensidad al ambiente mezquino y nocivo que le ahoga» (p. 65). A partir de ahí, el mayorazgo «ya no era el mismo. La regeneración iba a transformarle en glorioso bautismo de dichas» (p. 66). «Empieza la lucha» (capítulo 12) y el maestro asiste a misa mayor y tiene ocasión de departir con la maestra; implanta la mutualidad escolar, da comienzo a las clases dominicales y defiende su profesión a la que conceptúa como un sacerdocio, al identificar la figura del maestro con la de Jesucristo. Celebra «la fiesta del árbol» (capítulo 13), descrita con pormenor por el narrador en tercera persona.

El bando caciquil sigue apretando y, sobre el abuso en el impuesto de consumos, lo que viene después es la formación del expediente al maestro («Venganza en forma de expediente», capítulo 14): «Ciegos de despecho por aquella victoria resonante, se rebelaron los caciques como fieras bravías que ven amenazada por el brazo del domador su salvaje independencia. Vino la formación de un expediente» (p. 80). Sin embargo, el inspector desautoriza al alcalde y avala todas y cada una de las actuaciones del maestro (capítulo 15).

La segunda parte se inicia con el foco puesto en la joven viuda, dama de los pensamientos de Madoz, «Caridad Montornés» (capítulo 1), sobre la que el narrador no ahorra ningún encomio. Es «el cumpleaños de Pilarcita» (capítulo 2) y con ese motivo el maestro es invitado a pasar una velada con la familia de doña Paz. Aquel entra en la casa-palacio, una vez que los invitados del bando del cacique han intentado por todos los medios desacreditar al maestro, ante una anfitriona que, definitivamente, parece aceptarlo y respetarlo. «Don Joaquín Madoz cumple una obligación de cortesía» (capítulo 3): subir al Carrascal a la finca de Caridad, la viuda de Gabiola. Surge entonces la charla sincera entre los dos.

Se acerca el final de curso y «junio rozagante y esplendoroso tiende una alfombra de mieses sobre los campos» (p. 111); el maestro continúa enseñando a sus alumnos, que «en las pizarritas escriben todos los mayores un pensamiento que luego van a descomponer en letras, sílabas y palabras, en concienzudo análisis gramatical» (p. 111). Se suceden las estampas de aprendizajes sobre historia o, fuera

del aula, sobre la naturaleza, pero la novela se desliza decididamente por la zona rosa. El maestro sueña y escribe un diario en el que no deja de aparecer la figura de Caridad (capítulo 4). Paralelamente ella también escribe el suyo («Del Diario de Caridad», capítulo 5). El lector tiene noticia de las charlas mantenidas por ella con Joaquín en visitas posteriores: la figura del maestro se constituye en *leitmotiv* del relato intimista de la joven viuda. Se tratará también de anticipar una salida a la pobre Mercedes, y por eso el narrador dispone que el hermano de Caridad la vea como «la Princesa de los cuentos azules» (capítulo 6); pero los celos la siguen matando y «el solo nombre de Caridad Montornés la descompone» (p. 137); y es que, ya en julio, el maestro está subiendo a diario al Carrascal (capítulo 7).

El terreno del idilio está desbrozado. Contra viento y marea, Joaquín realiza sus exámenes generales ante el vacío de la mayoría de los integrantes de la junta local (capítulo 8). El narrador completa la información sobre el curso escolar aportando detalles sobre el reparto de premios y sobre «una excursión escolar» al histórico castillo de Malferit (capítulo 9), con visita a los hermanos Montornés, que comunican a Joaquín que ha llegado un delegado del gobernador para procesar al ayuntamiento entero. Siguen los sueños amorosos de Joaquín, y también los de Caridad, vertidos en su diario (capítulo 10). Estos escritos dan cuenta de un mejor tono anímico y físico y, en definitiva, de su enamoramiento del maestro: «A despecho de mis propósitos tenacísimos de no amar, estoy enamorada de Joaquín Madoz» (p. 155). El «sueño de amor» se convierte en realidad. Los dos sienten lo mismo (capítulo 11).

Valldecabres celebra sus fiestas tradicionales de verano (capítulo 12), pero el maestro evita el baile, no sin antes desengañar a Mercedes, todavía enamorada. Don Silvino, el alcalde, trama ya una vergonzosa cencerrada a los futuros cónyuges. Sin embargo, amenaza un «inminente peligro» a los integrantes del bando caciquil (capítulo 13). Un cambio político imprevisto propicia también el cambio en la alcaldía del pueblo. El nuevo diputado favorece la construcción de una nueva escuela, a la vez que sobre la casa de Valldigna se cierne el embargo, al no haber abonado sus moradores la contribución del palacio durante los últimos quince años.

«Anda que andarás» (capítulo 14). María de las Mercedes ha subido desfallecida y agonizante al Carrascal y allí se topa con los hermanos Montornés y con el propio Joaquín. Caridad le da buena acogida, no sin antes haber avisado al médico. En el último capítulo, «Los prejuicios de la hoguera», la muchacha ya repuesta alarga unos días la estancia en la casa que la ha acogido, justo los que le quedan de soltera a Caridad, y los necesarios para salir de allí comprometida en matrimonio con Federico Montornés. La derrota del caciquismo se consuma. El mayorazgo acepta un honrado trabajo, tras quemar simbólicamente los «pergaminos de su raza» y

declarar «que las cenizas de esos gloriosos títulos purifiquen mis culpas y mi vanidad, mi orgullo y mis errores. Quiere, en fin, que sus hijos «sean libres y fuertes, valerosos para trabajar, esclavos de su propio deber» (p. 183).

## *LOS IRREDENTOS* (1926) DE ANACAS DEL RIN[61]

En las 120 páginas de *Los irredentos*, el autor se sirve del personaje principal, Abel, para enhebrar un relato pegado a la realidad que él ha vivido hasta ese momento; su libro es, pues, «remembranza de pasadas angustias y sufrimientos» (p. 6). Tanto José Fernández Esteban, prologuista de la novela y vicepresidente de la Confederación Nacional de Maestros, como el propio escritor, se esfuerzan en dejar sentado que la obrita, más que literatura, es ante todo verdad y documento.

El primer capítulo («Introducción») da cuenta de los antecedentes del personaje: su nacimiento en un pueblecito del partido de Cañete (Cuenca), donde su padre, José, fue a caer en el año 1876 para ejercer como maestro de escuela mixta. Matrimonió al año siguiente con una de las hijas del veterinario de un pueblo vecino y, en octubre de 1878, vino al mundo Abel. El capítulo dibuja de forma rápida cómo era la escuela de aquella época, la del hambre de los maestros, a través de la figura del secretario que extorsiona al docente y trata de echarlo del pueblo, a pesar de la competencia y el comportamiento ejemplar de don José: a sus clases de niños, añade las nocturnas para adultos y las dominicales para jóvenes. Con todo, el maestro se las arregló para permanecer en ese lugar diecinueve años.

61 Bajo el seudónimo de Anacas del Rin se esconde el nombre de Ángel A. Castilforte, maestro nacional de Yélamos de Abajo (Guadalajara) y activo propagador desde la prensa de las injusticias sufridas por los maestros. Anacas del Rin es «todo un filósofo, un vagabundo empedernido de todos los caminos, sendas, huertos, jardines, selvas y aun estufas del espíritu humano» (Prólogo, p. 12).

En el segundo capítulo comparece «nuestro protagonista»: un esforzado que ha vivido en casa las dificultades de una profesión que él quiere ahora evitar. Por eso intenta estudiar la carrera veterinaria, pero la única manera de cursarla ha de ser a través de la incorporación a filas, sobre la base de haber aprendido previamente a «herrar y forjar el herraje». De otra manera, los padres no pueden costearle los estudios. La mala suerte hace que contraiga una enfermedad pulmonar que lo excluye del servicio militar. Busca otros trabajos, como el de secretario interino de ayuntamiento, con resultado de destitución en 1899 a manos del caciquismo. Y es que está predestinado, señala el narrador, a convertirse en maestro.

El capitulo tercero («Los estudios») informa de los estudios de Magisterio, primero por libre, tras aprobar en septiembre de 1900 el examen de ingreso. Supera el primer curso entre junio y septiembre de 1901 para proseguir los estudios en la capital asistiendo a clase como oyente y trabajando simultáneamente como mancebo de farmacia. Regresa al domicilio familiar para ayudar a su padre, que ya pasa de los sesenta años, a llevar la escuela. Incluso puede aportar a la economía doméstica algún dinero gracias a la peseta diaria que percibe al emplearse en el mismo pueblo como comerciante ambulante de tejidos. No tiene ocasión de presentarse a los exámenes de Magisterio en la convocatoria de junio y opta por matricularse oficialmente en septiembre de 1902. El Magisterio ha conseguido en aquel tiempo la centralización del los pagos y el futuro parece más esperanzador que el tiempo vivido por el progenitor. Consigue aprobar todas las asignaturas del segundo curso. En septiembre de 1903 se matricula en las materias de tercero, pero las nuevas disposiciones legales le permiten ya ejercer como maestro interino tras la superación de un examen de reválida.

De manera que Abel afronta la experiencia de «su primera escuela» de carácter mixto (capítulo cuatro) «cobrando la fabulosa cantidad de una peseta veintiocho céntimos» (p. 30). Durante el curso de ejercicio el maestro, además de cumplir con su misión docente con sus alumnos, hace extensiva a las personas adultas una labor de optimización de la agricultura por medio de conferencias y el establecimiento de un campo de experimentación: «tal es el atractivo que estas enseñanzas y otras referentes al orden social, económico y humanitario despiertan en el vecindario, que muchas veces no se cabe en el recinto de la escuela y hay necesidad de que la conferencia se dé al aire libre» (p. 31). Aunque el pueblo quiere que Abel continúe al frente de su escuela, queda cesante al ser nombrado para ese destino un maestro propietario.

Abel experimenta a partir de entonces las dificultades de los viajes en caballerías por caminos impracticables (capítulo quinto, «Viaje accidentado»). Le ha sido asignado en febrero de 1905 el pueblo de Checa, en el partido de Molina (Guadalaja-

ra). Tras superar no pocos escollos, llega a su destino para ejercer en una escuela con «material detestable y antediluviano» (p. 40). Implanta por primera vez el cuadro de asignaturas que determina el nuevo decreto de 1901, incluyendo los ejercicios corporales y el canto. Los jueves por la tarde se destinan a los paseos escolares: en ellos se enseñan «lecciones prácticas de nociones físico-naturales y de agricultura» (p. 40). Demasiada novedad para los habitantes de ese lugar, y se produce la reacción en su contra: «los chicos no hacen más que cantar en la Escuela; que les enseñan a saltar, como si ellos no supieran ya hacerlo» (p. 40). Con todo, Abel encuentra algunos apoyos que le permiten salir airoso, tal como se ve en los exámenes generales de final de curso, con reparto de premios, distribución de pastas y dulces en medio de «vivas a don Abel».

El maestro quiere tener una escuela en propiedad (capítulo sexto, «La ansiada propiedad»). Toma posesión en otra escuela de la misma provincia y pasa pronto a una escuela de Álava como maestro en propiedad por el procedimiento de concurso en 1906. Puede ya optar a plazas de 500 pesetas anuales. En junio de 1907 se posesiona de una nueva plaza en la provincia de Guadalajara y allí permanece hasta 1909, para pasar después a desempeñar una «auxiliaría» con 625 pesetas en la provincia de Badajoz, hasta enero de 1910, y volver después a la anterior de Guadalajara. Se ha casado en ese tiempo con otra maestra, ingresada también por el mismo procedimiento de concurso. Se tratará ahora de lograr la reunificación del matrimonio en la misma localidad, pero, una vez logrado este objetivo, surge el abuso del alcalde, que falsifica el censo para que quede una sola escuela con el objetivo de forzar la marcha de los maestros. Empieza la lucha con «el alcalde monterilla»: el expediente de incompatibilidad que se le incoa se resuelve a favor de Abel. El día 6 de marzo de 1912 logra unirse con su esposa en una localidad de su provincia.

El horizonte parece ahora despejado pero el plan se frustra (capítulo séptimo, «Plan frustrado»). El pueblo serrano del destino está habitado por seres «apáticos, egoístas, poco trabajadores, envidiosos, enemigos más o menos encubiertos de los funcionarios profesionales, imprevisores, amigos de juergas y diversiones, admiradores del dios Baco, dóciles con el fuerte, bruscos y temerarios con el débil» (p. 54). El maestro activa todas sus capacidades para regenerar al pueblo mediante conferencias sobre mutualidades escolares y sobre otros asuntos sociales, pero la maquinaria caciquil, mediatizada por sucios intereses políticos, se pone en su contra. Le es escamoteado el dinero en concepto del alquiler de la casa, se le imputan faltas inexistentes hasta formarle el consabido expediente. Finalmente, y a pesar de la poco ejemplar actuación del inspector, el maestro sale airoso, y al ayuntamiento, que recibe una multa, se le conmina a cerrar la escuela por ser inadecuada, por lo que deberá establecerse una nueva en las debidas condiciones higiénicas.

En el siguiente capítulo («Notas breves») se transcriben testimonios cruzados de varios maestros sobre la «mala vida» y se explican las dificultades que entraña opositar en Madrid para recuperar los derechos, de los que carecen los «maestros limitados», como es el caso del maestro protagonista de la historia, pues además de buscar la conveniente recomendación se precisa disponer de recursos económicos para pagar los gastos que acarrea todo el proceso. El capítulo nueve contiene la explicación de la «actuación societaria» que despliega Abel y, a partir de aquí, la novela intensifica más, si cabe, el tono de reflexión y de documento. Hay ocasión en el siguiente capítulo para que los colegas relaten «casos» de atropellos («Confidencias amistosas»), sin que falten las agresiones, los intentos de asesinatos y de suicidios o la petición de la caridad pública.

En el último capítulo («Observaciones que de todo ello se derivan») la novela desgrana la tesis con el subrayado de los puntos calientes que lastran la escuela rural del momento: los bajos sueldos, la acción de los caciques, la falta de un plan justo de colocación de los maestros, el calvario de las interinidades, la corrupción del sistema de oposiciones, las condiciones infrahumanas de los locales-escuela, la deficiente organización de la inspección y la falta de un órgano societario verdaderamente operativo.

El autor, a través de esta novela documental, lanza su grito para conseguir mejorar la situación material y moral de los maestros. Más de diez mil educadores de la niñez, señala, perciben «sueldos inferiores al jornal de un peón vulgar cualquiera» (p. 109).

### *UN PALO DE CIEGO* (1927) DE ALEJANDRO GARGALLO[62]

La novela que nos ocupa ha sido reeditada recientemente a partir de un ejemplar de la revista custodiado en la Hemeroteca Municipal de Madrid[63]. Desde Calamocha (Teruel) y en tiempos de dictadura, el autor coloca su propuesta narrativa en una revista zaragozana dirigida y animada por el escritor alcañizano Arturo Gil Losilla, que vería publicados 71 números entre 1925 y 1928, *La Novela de Viaje Aragonesa*. Esta colección quería emular a otras muy exitosas que desde la aparición de *El Cuento Semanal* de 1907 venían publicándose en Madrid a precios muy

62 Alejandro Gargallo González de Agüero (1876-1947) fue un maestro republicano que se fajó en el periodismo ideológico socialista y que ejerció en las escuelas de Candás, Pola de Laviana, Calatayud, Calamocha y Badalona. Separado del servició, sufrió cárcel en la Modelo de Barcelona desde 1939 a 1942. La novela está editada por Ezpeleta, 2023.

63 En Gargallo, edición de Ezpeleta, 2023, pp. 250-266.

populares[64]. En cada uno de los números de esa revista solía aparecer una novela corta, de unas treinta páginas, que tenía como ingredientes el viaje y una mirada autosatisfecha de lo aragonés.

En el prólogo a *Un palo de ciego*, el director de la colección considera a Alejandro Gargallo como un joven maestro de escuela (aunque en realidad haya cumplido ya cincuenta y un años), desconocido en los ambientes literarios y entregado en la población de Calamocha a dar cumplimiento a la alta misión de su profesión. La mitificación de lo aragonés no suele faltar en cada uno los títulos de esta colección zaragozana. El otro elemento unificador de la colección lo constituye el viaje. Rubio Jiménez (1991), en el estudio de esta revista, considera que el concepto de viaje ha de entenderse en su doble dimensión: como literatura de viajes (argumento de desplazamiento y descubrimiento de nuevos escenarios) y como literatura apropiada para leerse durante los viajes, puesto que es habitual que estas novelitas se vendan en hoteles y estaciones de tren.

*Un palo de ciego* es una novela corta que aparece el 29 de mayo de 1927, en el número 49 de la colección, junto las páginas de homenaje habitual a poblaciones aragonesas. La obrita presenta modesta impresión, aunque siempre en caracteres claros, en 14 páginas de un tamaño de 21 por 15,5 centímetros, precedida del breve prólogo de presentación del director con las letras iniciales G. L, y con el subtítulo «Juventud triunfante». Un prólogo de circunstancias en el que se pondera el estilo y el contenido de la novela escrita por «el culto maestro de Calamocha», que se encuentra alejado de un ambiente literario propicio.

El relato desarrolla un argumento que estaba en embrión en un cuento anterior enviado por este maestro desde el destino de Pola de Laviana al periódico profesional de Guadalajara, *La Orientación*: «La mejor lección»[65]. La novela se dispone en estructura tripartita, con un primer capítulo de presentación del personaje principal, el maestro Manuel Villarroya Torrijano, que se dirige en diligencia a su destino profesional, el pueblo asturiano de Breñales. Esta primera parte, de cinco páginas, justifica la conexión con los dos ingredientes de la narrativa incluida en la colección de Gil Losilla, el viaje y el aragonesismo. Aunque la diligencia ha cubierto la mayor parte del trayecto, hay ocasión para el intercambio y la expansión entre los viajeros que comparten ruta. Aparecen los usos lingüísticos rústicos, los chascarrillos y el salpimentado de anécdotas que tienen que ver con la categorización de los tópicos aragoneses al uso. Pero ahí está el personaje maestro para desmontar estereotipos:

64 Montón Puerto, 1984, p. 213.

65 4-2-1916, pp. 2-3.

«Se tiene un concepto falso de nosotros… No es terco el aragonés culto. Enérgico sí; tozudo no» (p. 253). La primera parte concluye con la llegada al destino y la toma de contacto con la fonda donde el nuevo maestro charla con el paisano compañero de viaje y con un nuevo huésped, de Daroca (Zaragoza), que es un comediante en gira por los pueblos de Asturias. No se habla de otra cosa que del crimen que ha ocurrido ese mismo día en el pueblo de Breñales.

La segunda parte se desarrolla en las cuatro páginas siguientes, tras una breve elipsis temporal. Descripción del ambiente de un noviembre brumoso y focalización del día en que el criminal va a ser ejecutado por el procedimiento del garrote vil; reflexión genérica que da paso a la consideración acerca del debate sobre la abolición de la pena de muerte; paseo nocturno para exorcizar miedos y visita a la casa del alumno Miguelín, hijo del ajusticiado, donde algunos lugareños acompañan en el dolor a la familia. En ese mismo lugar el profesor siente atracción por una joven del pueblo que conforta al muchacho.

La tercera parte, en las siguientes cuatro páginas, conduce hacia el desenlace. En ella se glosa uno de los motivos recurrentes de los relatos y novelas profesionales, como es la formación al maestro de expediente injusto, al no poder sustraerse este a la negativa mediación del caciquismo del ambiente: el pueblo no admite que el profesor trate de integrar en la normalidad escolar a un hijo de delincuente, por lo que el maestro de primeras letras concita sobre sí todos los odios. La novela termina con el compromiso amoroso del maestro y la joven que conoció en casa de su alumno. De común acuerdo, ambos deciden emigrar llevándose con ellos a Miguelín.

Por debajo de la trama subyace la reflexión pedagógica de un narrador en tercera persona que se hace portavoz de la tesis del personaje y, como ocurre en todas estas novelas, aparece la retórica habitual de la prensa profesional, de la que el autor participa en esos momentos a través de sus numerosas colaboraciones en forma de cuentos o artículos de opinión, en la prensa profesional y, en particular, en los periódicos de filiación socialista.

## *UN AÑO DE MI VIDA* (S. A.) DE SANTIAGO HERNÁNDEZ[66]

Este libro no lleva fecha de edición, pero en su portada se indica que en el momento de la redacción su autor ocupa ya plaza de maestro de las Escuelas Nacionales de Madrid. Pudo haberse elaborado poco tiempo después de terminar su etapa de maestro en Paniza (Zaragoza). El autor afirmaba en el prólogo que su libro es «completamente diferente de lo que hasta la fecha se ha venido haciendo» (p. 9) y tenía razón. Ildefonso Manuel Gil, en la introducción hecha a la reproducción facsímil que con fecha de 1998 llevó a cabo la Institución Fernando el Católico, señalaba que el libro era «algo así como un poema idílico, cuyos protagonistas fueron un joven maestro de escuela primaria y los niños de un hermoso pueblo aragonés, que participaron en sus clases durante un quinquenio» (p. VII). El escritor añadía en el prólogo que su pretensión había sido hacer un libro que saliera de la escuela misma y, en efecto, esa es la clave que ayuda a insertar el texto dentro del repertorio que venimos examinando.

La obra es un homenaje a la enseñanza rural a la vez que una defensa autosatisfecha del propio desempeño en la primera experiencia como maestro en Paniza. Es verdad que es susceptible de ser leída como lectura escolar, en virtud de la estructura de 62 capitulillos que apresan las pequeñas cosas del día a día de la escuela rural; algo así como unas «pequeñas memorias escolares» al modo de las de Azorín o Rafael Sánchez Mazas, en virtud del recurso narrativo de focalizar el relato a través de la voz de uno de los muchachos escolares del nivel superior. El autor entrega al lector, de forma novelada, su ideario educativo confrontado con la realidad del vivir cotidiano en un contexto delimitado.

La escuela en ese momento se sitúa en una «ruta nueva» que quiere superar los modos de la vieja escuela. Frente a las escuelas viejas que aún abundan en España, el niño narrador afirma de entrada que «la nuestra es grande y buena; bella y luminosa» y no tiene carteles, ni cuadros ni «otros colgajos» (p. 11). El maestro, además, se ha preocupado por pedir mesas «bipersonales» que sustituyan a los viejos «bancos de corredor». Encima de la de niños se sitúa la escuela de las niñas, dirigida por una maestra tan competente como el propio don Julio (trasunto de Santiago

66 En la ficha biográfica sobre Santiago Hernández Ruiz (1901-1988) incluida en la *Gran Enciclopedia Aragonesa* (Tiana y Juan, eds., 2003, pp. 13-18), Eloy Fernández Clemente anota la carrera fulminante de quien dice que es «el más importante pedagogo aragonés tras la muerte de Joaquín Costa». La primera experiencia como maestro rural en Paniza (Zaragoza) de este maestro socialista queda, desde luego, bien registrada en las totalizadoras memorias publicadas por el maestro con el título *Una vida española del siglo XX. Memorias (1901-1988)* así como en el libro *Un año de mi vida*.

Hernández). Los alumnos tienen ocasión enseguida de dar el primer paseo escolar instructivo en el que también caben los juegos y las carreras de atletismo.

El lector se va embebiendo del idilio de la rutina escolar, perfectamente engranada en una población agrícola, cuyas faenas del campo estructuran el vivir diario. Hay un esfuerzo por realizar ese trabajo de ensamblaje que implica la anotación afectuosa de las distintas faenas en capítulos que llevan por título: «La recogida de olivas», «La vendimia», «Las bellotas», «La siembra», «La sementera», «La poda», «Carboneros», «La miel», «La recolección» y algún otro similar. En el capítulo 51, «Los campesinos» expresa ese anhelo de manera lapidaria: «Los campesinos no merecen desprecios. Quieren, necesitan y se les debe instrucción y amor» (p. 172). Y no faltan las semblanzas de tipos rurales vistos siempre con simpatía, como la anciana centenaria o el labrador ejemplar; o «Avendaño», considerado «el mejor chico de la escuela». Aunque le duela, el maestro acepta como algo inevitable que alguna de estas faenas motive la falta de asistencia a la escuela de un número determinado de alumnos.

Los niños son observados por el maestro, siempre atento a corregir los comportamientos inapropiados, como el robo en las huertas ajenas, los abusos de poder con los compañeros, el maltrato a los animales. En ocasiones, se argumenta, hay que aplicar el correspondiente castigo. Se desprende siempre un mensaje moralizador filtrado por el narrador, pero imputable en último término a la figura del maestro. En el capítulo 28, «El Carnaval», se dice, por ejemplo, «Bien está. Conviene que vayamos demostrando que somos civilizados, y de ninguna manera haremos mejor que suprimiendo costumbres inciviles y bochornosas» (p. 99). Aunque no se aluda especialmente a las prácticas religiosas, sí que se valora la subida a la ermita el día de la fiesta o se juzga pertinente dedicar el periodo de Semana Santa a hacer dibujos religiosos «buscados en números viejos de *La Esfera* y *Blanco y Negro*» (p. 134).

El ideario educativo se va infiltrando enmascarado en las acciones cotidianas de los niños, que están organizados en tres secciones, con un rendimiento muy aceptable en todos los casos. Se valora el deporte de pelota, el tiro de bola, las carreras pedestres y se potencian los juegos tradicionales, de cuyo registro y descripción se encarga un equipo de alumnos en el contexto de la pedagogía «por proyectos» que ha implantado el maestro. Un proyecto que sacan adelante es una investigación sobre la acción de los españoles en América a propósito de la celebración el 12 de octubre del Día de la Raza; u otros como el estudio de las diferentes regiones españolas o el flamante periódico escolar *El Diario de la Tarde*. Y siempre, el trabajo ordenado en los diferentes cuadernos escolares, porque «en ellos está lo mejor de nuestra labor. En ellos se ve el caminar de la Escuela» (p. 133).

Hay un esfuerzo por resaltar los aspectos alegres y humanos de una vida siempre precaria y difícil. El narrador celebra los momentos de asueto: «¡La calle! ¡Ya estamos en ella! ¡Viva la vida!» (p. 121), y por eso ensalza la fiesta de Nochebuena y Navidad en torno a la familia que canta villancicos y hasta puede comer dulces; o se enumeran con fruición los juguetes que el ayuntamiento regala a cada uno de los escolares el Día de Reyes y que son distribuidos en la propia escuela por el «Consejo Local»: «caballos, carritos, autos, colecciones de carpintero, cajas de pinturas, birlos, rompecabezas, libros, muñecas…y dos pelotas de fútbol» (p. 84). Se comenta con sorpresa la presencia de un tractor alquilado por un vecino para hacer tareas de desbrozo; o se da rienda suelta a la expansión de felicidad del muchacho narrador al sentir la belleza de la naturaleza, que se emociona con los almendros en flor y con los animales; y que valora la amistad y el espíritu de grupo que ha conseguido ahormar el querido maestro: «Es lo mejor de la escuela: la unión. Gomas, lápices, papel, libros; todo nos lo dejamos de unos a otros» (p. 85)». O, incluso, asoma entre líneas el espíritu patriótico del niño que sabe que en el tiempo de la evocación hay paz, dejada a tras la reciente guerra de Marruecos. O, a propósito del Día de la Raza, el narrador lamenta que «el mundo no ha agradecido la labor de España [en América] y más bien se ha dedicado a denigrarla» (p. 29).

El final de curso se cierra con las exposiciones y los exámenes: «En las exposiciones todos triunfamos… a medias» (p. 205). El narrador-personaje lamenta que el trabajo colectivo expuesto por el grupo de la clase superior pasó ante los ojos de los vecinos sin pena ni gloria: «Los trabajos colectivos de la gran docena, que era lo de más enjundia y lo más original que había, pasaron sin pena ni gloria; como estamos acostumbrados a esta incomprensión, a este desfilar de la gente con la boca abierta ante los monos y los colorines, no nos impresionan ni poco ni mucho. Los mayores ni nos dignamos acercarnos a la exposición. ¿Para qué?» (p. 205).

Santiago Hernández se había significado por esas fechas, como otros maestros, por la lucha societaria en favor de los derechos de sus compañeros y había escrito artículos con fuerte carga reivindicativa. Naturalmente, en un librito como este, elaborado formalmente desde la perspectiva de un muchacho, no parecía oportuno abundar en ese aspecto. Para él, por encima de cualquier otra consideración, lo primero fue la defensa digna de una profesión vocacional que solo podía estar movida por el ideal de servicio a la sociedad y el altruismo.

# MAESTRAS DE LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX

No maestra de escuela, sino maestra normalista es la protagonista de una novela escrita por un autor neocostumbrista de alcance popular. Se trata de *El amor pone cátedra* (1924) de Fernando Mora[67], un ejemplo de cómo el personaje recreado genialmente por el novelista argentino Manuel Gálvez en *La maestra normal* (1914) tiene una continuación española. La obra de Mora se plantea como una novela de tesis en la que se ejemplifica el enunciado de un título que, por otro lado, interpela a otras novelas de contenido pedagógico, especialmente *El amor catedrático* (1910) de Gregorio Martínez Sierra, al amparo del juego de palabras que suministra la temática académica de la misma. El amor siempre «pone cátedra» porque es un valor supremo que da dignidad a la persona y vence a cualquier obstáculo que se interponga.

El género profesional en femenino va a empezar a coger vuelo. Después del éxito alcanzado con *Entre montañas*, Antonio J. Onieva quiso hacer en *La eterna inquietud* (1926) la novela de una maestra, aunque se saliera algo del molde esperado. Onieva, que incluye en la tercera parte de esa obra el desempeño de una maestra en la escuela rural, no quiere pintar la «mala vida», pues hace abstracción de toda una tópica que sazona la mayoría de las novelas que vamos examinando. Le interesó que su relato continuase por el cauce folletinesco con el sólido anclaje en la descripción costumbrista del paisaje y paisanaje.

*María de la Luz la maestrica* (1925) de Guillermo García Vilaplana lleva el subtítulo de «boceto de novela pedagógica» y así hay que leerla, como esbozo de novela de costumbres y escenas escolares que busca popularizar, y aun «glorificar», la figura de las maestras de instrucción pública. La voz del autor asoma en el epílogo para señalar que el boceto de novela pedagógica «está escrito exclusivamente para la propaganda de la Escuela Nacional» y para afirmar que «afortunadamente, parece que

67 Eugenio de Nora en *La novela española contemporánea* apenas da el título a pie de página en su obra sobre la historia de la novela española.

la Escuela Nacional entra en periodo de resurgimiento práctico, gracias al interés que demuestran los que hoy rigen nuestros destinos, seguramente convencidos de esta necesidad imprescindible y social para hacer una patria gloriosa» (p. 96). La coyuntura política en el momento de la escritura es especial: la dictadura de Primo de Rivera, un tiempo teóricamente favorable para la regeneración de la patria en los distintos órdenes, empezando por el de la educación.

*Clara Angélica* (1926) de José Eusebio Lillo Rodelgo resultó premiada en el concurso «Lucía Ascarza» en aquella convocatoria de novelas pedagógicas que daban a conocer vidas heroicas de las maestras de escuela. El autor, que había sido antes maestro rural, era en el momento de la escritura el inspector jefe de primera enseñanza de la provincia de Toledo y presentó su obra, bajo el lema «Santa Isabel de Hungría», como guiño al valor de la caridad cristiana que comparte la protagonista maestra con esa santa, dotando además a su personaje de la fuerza del símbolo de la maestra ideal, pues el propio nombre femenino transparenta la intencionalidad de hacer de ella una heroína luminosa, tal como se corrobora desde el primer capítulo titulado «Clara Angélica, la luz»: Clara Angélica será luz y espíritu a la vez.

Rafael Pérez y Pérez despliega en *El último cacique* (1927) una compleja trama en la que los sentimientos y el coraje, refrenados al principio, afloran más tarde para derrotar al cacique y para rescatar a los pobladores del yugo de su opresor. Sobre la urdimbre de novela rosa, esta obra desarrolla el asunto de la educación de la mujer a través de la puesta en limpio del ideario del que es portadora una maestra competente y digna. En fin, *Toda corazón* de Lucía Calle contiene de nuevo el argumento de una maestra joven y con gran vocación que, en su destino rural, sufre la extorsión del cacique. En este caso es el secretario quien, valiéndose se del engaño, hace que algunos miembros de la junta local y algunas madres de las alumnas de la escuela de niñas del pueblo serrano de Valserrada denuncien a la maestra María Luisa.

## *EL AMOR PONE CÁTEDRA* (1924) DE FERNANDO MORA[68]

El personaje principal, Ana María (Anari), «maestra normal», es un ejemplo de emancipación y de lucha por consolidar una situación profesional honrada; pero, sobre todo, es un ejemplo de integridad moral de quien llega a la conclusión de que, dado que sus padres solo maniobran para explotarla (otra novelita corta de Mora glosa la misma tesis: *Los hijos no son una propiedad*), renuncia definitivamente a su familia, uniéndose a su novio, periodista y escritor de ideas avanzadas. Se trata, por tanto, de una historia de esfuerzo, sacrificio y emancipación en un contexto circunstanciado: los años 1920 y 1921 en Madrid y, sobre todo, en Córdoba. El tiempo no va más allá del curso escolar, periodo en el que tienen cabida hechos relacionados con el itinerario académico, pero que inevitablemente se sueldan a acontecimientos históricos, como las «guerras de cortijos», «actos iconoclastas», guerra de Marruecos o asesinato del presidente del Consejo, que contextualizan la historia relatada. En definitiva, la época «de los problemas» en la que se está desguazando el sistema político de la Restauración. El novelista funde así el elemento político-social con la cuestión de la escuela, que en esos años rebrota de forma virulenta.

Con tales ingredientes el autor logra presentar un aguafuerte eficaz, aunque sea a la manera de un remendón, que capta un momento histórico convulso. Permite además que el anclaje costumbrista sobre el que descansa la novela pueda orientarse hacia la denuncia social, con un esquema netamente folletinesco. Como en el caso de la novela de José López Pinillos, Fernando Mora convierte el personaje de maestra (en este caso «maestra normal») en el pivote en torno al cual gira la trama. Y como aquel, introduce al personaje en la zona geográfica andaluza que propicia el subrayado expresivo de la lengua coloquial, sin hacer omisión del crudo vulgarismo o del gracejo lingüístico.

Y, como en *Doña Mesalina*, el tema del caciquismo recorre de arriba abajo la novela: asoma el punto de vista del autor que presenta una España dividida ideológicamente y que toma partido por el bando de los «intelectuales», al que también

68 Situado dentro de la corriente del «retorno a la novela costumbrista», capitaneada por el popular Pérez Lugín (Nora, 1958 I, pp. 348-349), Fernando Mora (1878-1936) recupera en esta novela solo parcialmente el escenario habitual del Madrid castizo de verbenas y chulaponas propio de la mayoría de sus novelas cortas que llevan títulos como *A orillas del Manzanares, Por la Ronda de Valencia, La guapa de Cabestreros, La plaza de la Cebada, En la parada de Antón Martín, La maja del Buen Retiro*. Títulos estos y algunos otros elocuentes del tenor neocostumbrista del quehacer literario de este escritor republicano y masón, que murió fusilado en Zaragoza al inicio de la Guerra Civil.

se adhiere la profesora. El caciquismo es provinciano y la maestra Anari simboliza la antítesis de la actitud de la protagonista de *Doña Mesalina*, aunque ambas heroínas se vean impelidas a la salida de su espacio vital y profesional. El villorrio de Benálcazar es sustituido por la ciudad de Córdoba, vista como un poblachón que asfixia a la profesora y a otros personajes profesores «progresivos».

Desde el primer capítulo se pone de manifiesto la condición de heroína de la joven profesora de Historia, presentada en plena lección dentro del aula, explicando apasionadamente a sus alumnos no mucho más jóvenes que ella la anécdota histórica de Juana la Loca y Felipe el Hermoso. En ese primer capítulo aparecen los otros miembros de la familia: la hermana, frívola e irresponsable, y los padres, que leen a escondidas la carta de amor que el novio periodista de Madrid envía a la joven.

El componente costumbrista se hace valer también al zurcir una serie de estampas escolares que, más que profundizar en contenidos pedagógicos, se complace en el boceto de tipos y costumbres académicas, circunscritos a un tiempo histórico delimitado en el que la división social de España tiene una de sus derivaciones en la cuestión escolar[69]. El marco del establecimiento escolar y sus prolongaciones (cafés, casas de profesores) es aprovechado para la construcción de tipos académicos definidos mediante la sátira y el humor. Ahí está *Doña Noé*, la directora de la Escuela que vive rodeada de animales muy extraños, o las profesoras solteronas que al final se casan con maridos poco apropiados. Los nombres y los motes responden a la intención descriptiva de las tendencias ideológicas o de los caracteres de las profesoras: «Inmejorable», «Verso Cojo», «Doña Noé», «Progreso», «Cecilia», «Ferrer».

El espacio docente de la Escuela Normal de Córdoba tiene su prolongación en las tertulias a las que afluyen, junto a Anari, otros profesores. Unas veces es la casa de una de las profesoras (cap. 3); otras el campo abierto en un día de excursión (cap. 5); y, sobre todo, la tertulia del Café Suizo (cap. 6), donde se reúne el «quinteto de intelectuales» que despotrica contra los curas o contra la propia clase magisterial. El maestro de escuela hace autocrítica de su clase al reconocer como primer vicio de los maestros el de la pedantería:

69 La tensión ideológica del periodo 1919-1923 (González, 1988, pp. 361-367), a partir del primer gobierno Maura de abril de 1919, y con el de Dato de 1921 con el que se recrudece el problema de la enseñanza de la Religión en los institutos y en las escuelas normales, se extiende a la masa social a través de mítines incendiarios de los políticos. Se discute encendidamente en el Parlamento el proyecto de autonomía universitaria de Silió, con participación de Besteiro o de Melquíades Álvarez, entre otros. Tiene cierta trascendencia social, en ese caldo de cultivo, el expediente a una profesora de la Escuela Normal de Lérida por «práctica docente amoral», en marzo de 1922.

> —Las Normales, como los seminarios, son –lo digo en conciencia- el sumidero de los incapaces, pues ¿y los métodos? Un gran pensador argentino lo ha dicho: «Son la orgía del mal gusto, la apoteosis de lo pedante, el lugar común convertido en sistema». Sólo hay una cosa más cursi que un maestro. —Otro maestro, ¿no? —No ¡Una maestra...! (pp. 108-109).

La cuestión escolar se funde con la agitación política, pulsada por el escritor al incorporarla a las preocupaciones de los protagonistas. Se adivina un gran estallido social al calor del anticlericalismo y «las guerras de cortijos»: «iconoclastas» y revolucionarios destruyen lo que encuentran a su paso. El punto de máxima tensión social coincide en la novela con el momento de crisis familiar en el que la protagonista decide opositar en Madrid para alejarse de Córdoba y reunirse con Mauro.

Las páginas de los periódicos españoles dan cuenta de las noticias graves de Andalucía: muertos y heridos, guardia civil asesinado, huelgas. En el tramo final de la novela se transcribe la lucha profesional de la maestra por ganar unas oposiciones que son boicoteadas desde la ciudad de Córdoba. Los padres de la muchacha buscan la complicidad de la directora de la Escuela Normal para retenerla; y, en efecto, se mueven convenientemente los hilos para que se desplace injustamente a la opositora. Son momentos en los que las fuerzas oponentes (los padres, el caciquismo de la Normal, la fuerza de las convenciones sociales) están a punto de tirar por tierra los afanes de Anari. Ella se faja duramente en los ejercicios por una plaza de 9000 pesetas al año (p. 320)[70]. Aunque ha perdido la plaza de Madrid, ha obtenido por traslado la de Segovia, con lo que el desenlace folletinesco está servido: ella ya no «tiene padres» y casa con Mauro, confirmando la tesis hecha explícita por el autor de que «los hijos no son una explotación».

El punto de vista del narrador, que sintoniza con el de Anari, se posa sobre la anecdótica escolar, sirviéndola de forma satírica, con la intención de situar la institución académica como una parte representativa del engranaje social, que participa del mal general. Algunos profesores (junto a otros personajes representativos del sector «intelectual» o «progresivo», como el periodista Mauro) son los arietes destacados para combatir los modos corruptos de la sociedad en aquel contexto histórico preciso.

El tema amoroso funciona como elemento dinamizador de la historia; y está servido a través de la dicotomía de las actitudes contrapuestas de la heroína y de

70 El sueldo que perciben los maestros y maestras normales, como se ve, no tiene nada que ver con la exigüidad del estipendio que corresponde a los maestros y maestras de escuela. Los profesores de instituto asimismo perciben una cantidad mucho más digna y gozan de mayor consideración social.

su propia hermana. Dos vías por las que la mujer puede transitar en un contexto histórico difícil. Una digna y otra reprobable; todo ello, siguiendo el carril de la novela de folletín del que no se sale nunca el argumento (hay cartas de amor, citas nocturnas de los amantes, hijos naturales, viajes de los adúlteros). De las dos sendas, la hermana de la profesora había elegido la más fácil; Anari, por el contrario, se faja en una lucha interior difícil que la lleva a romper con todo su entorno indigno. El enfrentamiento del periodista al bloque oponente funciona como elemento de dramatización hasta que se resuelve con el triunfo del amor sobre la corrupción provinciana. Es a su vez el triunfo simbólico del bando regenerador, representado en la nueva pareja resultante, que sirve de ejemplificación a escala de lo que sucede en todo el país.

De modo que el autor, estimulado por los hechos políticos de actualidad de unos años convulsos, compone un pastiche literario caracterizado por la simbiosis de marcas de subgéneros narrativos. La anécdota académica, extraída tal vez de la realidad (la segunda esposa del autor era maestra normalista), orienta la intencionalidad hacia la zona de la novela de tesis pedagógica regeneracionista, con una dimensión social, pero la querencia primera del autor se inclina al bosquejo del espacio narrativo costumbrista, en el que se mueve cómodo a la hora de hilvanar escenas que descansan en abocetamiento de tipos, descripciones o tics lingüísticos alusivos a tópicos históricos y culturales.

## *LA ETERNA INQUIETUD* (1926) DE ANTONIO J. ONIEVA

Aprovechando su experiencia viajera por Europa gracias a las becas de la Junta para la Ampliación de Estudios, Onieva da rienda suelta a la fantasía para describir el paisaje europeo de Suiza, los Países Bajos y Francia con la paleta del pintor realista: Ginebra, Montreux, Interlaken, el lago Leman, Haarlem, Scheveningen, París… La historia es la de unos amores difíciles y contrariados entre Javier e Isabel, dos jóvenes aristócratas acostumbrados a viajar por Europa para recibir la educación mundana que se espera de su condición social. Ella, en uno de los viajes que hace desde Ginebra a Montreux, en compañía de un tío y una prima, conoce a un joven con el que entabla una relación de amistad que termina en enamoramiento. Javier, aunque generoso, es inconstante en su relación con las mujeres. Sus muchas aventuras malogran en pocos días la relación con la muchacha. Este es el planteamiento de la novela, desarrollado en su primera parte desde la omnisciencia en tercera persona.

Lo primero será ir a vivir a un colegio-residencia de señoritas de París para ampliar estudios. Por lo que respecta a la pedagogía, el narrador rescata los usos y

costumbres de ese internado con alguna indagación en la psicología de unas cuantas colegialas que están en la dichosa edad de los veinte años. Todo esto aparece reflejado en la segunda parte de la novela, puesta en la pluma de Isabel, a través de un diario en el que quedan retratados unos cuantos tipos estudiantiles y profesorales. En este espacio narrativo hay ocasión para aludir a las diferentes clases de arte, literatura, matemáticas, a la directora, «dama vieja, seca, erguida e imponente» o al profesor de literatura, enamorado de Isabel. Esta es la parte más interesante de la obra, pues en ella aflora la personalidad de una diarista española «de fuego y e independencia», que también sabe gozar del recogimiento y que afina su sensibilidad artística en la biblioteca, en las clases que recibe y en las visitas a los museos, pero que contrasta con las colegialas extranjeras, quienes ven a Isabel según el viejo cliché romántico: «Mi españolismo era para todas ellas estas dos palabras: fuego e independencia. Fuego, para concebir; independencia, para obrar» (p. 150). Sus compañeras son «señoritas de provincia y de buena posición que hacen gala, cuando visten, de una chabacanería estupefaciente. Desgarbadas, insulsas, desairadas» (p. 131).

El desahogo económico del que gozaba la familia de Isabel desaparece y será necesario someterse a un plan riguroso para poder ganarse la vida en el futuro. Solo ha transcurrido un curso escolar, pero toca regresar a España para ejercer como maestra rural. De nuevo, en la tercera parte de la obra, toma las riendas un narrador omnisciente para focalizar el tiempo de ejercicio de maestra en el pueblecito asturiano, del que el autor no va a ahorrar la descripción, por contraste con lo narrado anteriormente, de otro paisaje no menos bello que el suizo, de otro ambiente y de otros tipos lugareños, que tan bien conocía Onieva. Conseguida la titulación, Isabel es destinada al pueblo asturiano de Perdorio del que, casualidad, es natural aquel joven del que se hubo enamorado. En él, dueño de una extensa hacienda, renace de nuevo la pasión al reencontrase con la muchacha. Viene un tiempo de noviazgo idílico, que termina en matrimonio. Sin embargo, el viaje de novios es ocasión para que aflore el carácter veleidoso del joven quien, dejándose llevar por su instinto, vuelve a incurrir en una aventura como las de antaño, sembrando para siempre una gran inquietud en la muchacha, al tiempo que se pone de relieve el desasosiego interior de Javier. En el colofón de esta novela de 330 páginas, se dice que se empezó a escribir en Zweisimmen (Suiza) el 17 de julio de 1922 y que se terminó en Villahormes (España), el día 11 de julio de 1925.

## *MARÍA DE LA LUZ LA MAESTRICA* (1925) DE GUILLERMO GARCÍA VILAPLANA

Esta novelita había obtenido el primer premio en un concurso organizado por Asociación Provincial de Maestros Nacionales de Castellón de la Plana. En ella se narran los sufrimientos de una joven maestra valenciana que, una vez ganadas las oposiciones, es destinada a ejercer en la escuela rural de *Amora*, localidad ficticia relativamente importante del sur de la provincia de Murcia. La maestra se ha formado según el nuevo plan del magisterio, aunque este sea conceptuado por el narrador como «maremágnum antipedagógico», y está imbuida del ideal que ha interiorizado en la Escuela Normal. De su boca salen los nombres de los pedagogos de referencia y las nuevas metodologías didácticas. Una vez en el destino, tanto su comportamiento como su desempeño son ejemplares, pero siente pronto los primeros sinsabores debido a su inexperiencia.

Una maestra vieja, doña Petra, la previene: «No basta ser buena *personica*, es preciso, es necesario, parecerlo y probarlo» (p. 40), «prepárate a luchar con todos» (p. 44). Es verdad que ahora estamos en un «tiempo nuevo» distinto del vivido por aquella, «con sueldos irrisorios, vergonzosos, que rara vez pagaban con puntualidad y muchas veces ni aun con retraso, por lo que la gente del pueblo, al hablar de los encargados de su enseñanza, aludían al hambre, y los ridiculizaban, burlándose se su desgracia» (p. 38). Y, sin embargo, María de la Luz tiene que improvisar una escuela al aire libre porque «el local que le habían designado no servía para dar clase por escasez de luz y ventilación» (p. 47) y tiene que sufrir enseguida el acoso de la junta local. Los integrantes de la misma (alcalde, cura y secretario) la saludan con aparente ceremonia con frases hueras «pertenecientes a la más atrevida *camelografía* convencional, fanfarrona y atrevida» (p. 61), pero la chantajean para que permute su plaza por la de otra maestra a la que la autoridad educativa quiere colocar: de no ser así habrá de atenerse las consecuencias derivadas de las denuncias de los padres de las alumnas. De manera que las prácticas caciquiles han podido refinarse, pero en absoluto han desaparecido en el tiempo nuevo narrado.

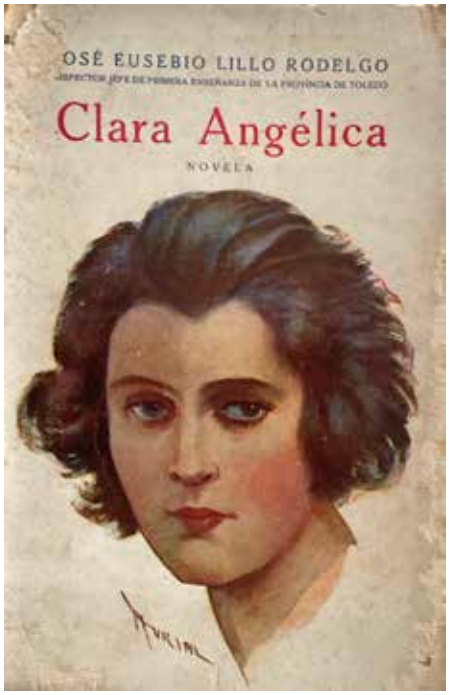
El sufrimiento y la desesperanza empiezan a apoderarse de la joven. Entonces se acuerda del doctor Emilio Izaguirre, un médico investigador dedicado al estudio de las enfermedades infantiles. Los paseos a su lado por la playa de Torrenostra durante los días del reciente verano fueron enriquecedores y de sintonía espiritual entre los dos, pero la declaración amorosa irreprimible por parte del doctor desorientó a la joven y la llevó a declinar la proposición de hacerse novios. Ahora ella no solo se acordaba de él, sino que empezaba a sentir algo más.

El doctor tiene prestigio y es requerido para participar en política en plataformas influyentes, hasta llegar a ser diputado del Congreso. Con un pensamiento regenerador de nuevo cuño, se entrega en su tarea política al mejoramiento de la patria. El narrador, que había puesto en el pensamiento de la joven maestra el ideal del patriotismo social, hace lo propio con el ideario del doctor: «era el Mesías del resurgimiento social, como solían llamarle sus amigos» (p. 74). Concuerda con la maestra en que «había que luchar contra la rutina, había que hacer sana opinión, y la semilla de esta opinión solo podía sembrarse en la Escuela Nacional preparando a los niños con todos los cuidados, haciéndolos ciudadanos conscientes…» (p. 75).

Cuando la maestra está en su peor momento encuentra la mejor de las recompensas posibles: el nombramiento como directora de la escuela-sanatorio, situada en la playa de Torrenostra, que el doctor Izaguirre ha impulsado desde su puesto de responsabilidad político-médica. Lo que sigue es el trabajo en común de María de la Luz y el doctor para sacar adelante a los niños y niñas que tienen a su cargo en ese nuevo centro docente:

> En él se refugian cincuenta niños y otras cincuenta niñas que reciben, lo que como niños tienen verdadero derecho a recibir; alimentos sanos y abundantes, cuidados, instrucción, educación. Emilio Izaguerri y María de la Luz trabajan con afán por aquella infancia y los niños corresponden a este amor queriéndolos como a verdaderos padres…» (p. 93).

El texto termina con el señalamiento del lugar y la fecha de la redacción: «Playa de Torrenostra. Agosto 1924». En definitiva, la peripecia de las 96 páginas que constituyen el texto ha sido la esperable, eso sí, con la incorporación de un final feliz y un remate propagandístico de elogio a la nueva autoridad política de la nación.




## *CLARA ANGÉLICA* (1926) DE JOSÉ EUSEBIO LILLO RODELGO[71]

Esta novela, ganadora del Premio Lucía Ascarza, sería publicada en libro y por entregas en los distintos números de la revista *El Magisterio Español*, como lo serían las otras premiadas y recomendadas que concurrieron a los concursos de esa época. Trata del desaliento y la soledad de las maestras rurales que, a pesar de los pesares, quieren sobreponerse a las fuerzas oponentes que actúan en su contra, pues Clara Angélica sufre un constante escarnio de manos del caciquismo rural. En su primer destino el cacique desalmado es un «secretario» sin nombre visto como la «sombra», pero ella sabrá despertar en los escolares el sentimiento de amor y admiración, extensible a los vecinos de la aldea del valle asturiano donde «el hombre es el amo» (p. 9). La maestra experimentará la gran tristeza y desolación que le produce el acoso del cacique y tomará la decisión de mudar de destino a una población manchega, pero su semilla habrá germinado y al final Rocamansa podrá salir de su «penumbra» al liberarse de su maltratador.

Ella, natural de una ciudad castellana, es culta y sensible y quiere a su novio que va para médico. Sus padres, de situación económica desahogada, pudieron darle una buena educación, y aunque no se esperaba que ella se hiciera maestra, así lo determinó su fuerte vocación. La muerte del padre, primero, y la de la madre, más tarde, supondrá algún quebranto económico y, además, dejará a la joven maestra sola en primera línea de combate, pero con el suficiente fondo moral para cumplir con la misión que ella misma se impuso al abrazar su profesión.

71 La prensa profesional había dado acogida antes a reflexiones, estampas y artículos de este maestro-inspector (1888-1981) sobre la vida de la escuela rural que serían agrupados en forma de libro con los títulos *Sugestiones* y *Caminos de emoción*, alusivos al aspecto emocional que comporta el ejercicio de la enseñanza. Empezó ejerciendo de maestro interino en pueblos de Toledo y ganó una pensión de la Junta para la Ampliación de Estudios que lo llevó a diversos países europeos para estudiar sus sistemas educativos. Formó parte de la Comisión Depuradora de Primera Enseñanza de la provincia de Toledo.

Aunque se narre desde la omnisciencia en tercera persona, se focaliza a través de distintos procedimientos el mundo interior de esta heroína: la buena relación con sus excelentes padres, los estudios en la escuela normal provinciana, las oposiciones, la relación con su hermana Julia… Nunca va a faltar la descripción realista de los tipos aldeanos que rodean al personaje principal: el cura, el alcalde pedáneo, los alumnos y alumnas, con especial atención a los desfavorecidos, representados en el niño ciego, José Luis, con quien ella anuda un sano lazo afectuoso. La escuela que se encuentra al llegar a la aldea es, como siempre, un espacio inmundo: «sus paredes oscuras y sus mesas rotas y sus láminas horribles» (p. 54), pero ella se encargará de transformarlo. Su vivienda es «un cuartito pequeño y lleno de luz». Recibe cartas de las amigas de la ciudad. El narrador transcribe en alguna ocasión fragmentos del diario que va redactando y en los que anota «sus ansias y sus juicios»: «Estoy serena… No estoy sola, no. Noche azul y mansa, toda azul, ¡Qué bien hueles! Noche, amada mía…» (p. 81).

Invoca a santa Teresa, pero Clara Angélica es, en cuanto a ideario pedagógico, «pestalozziana» y así lo demuestran sus actuaciones, encaminadas a fundir amor y pedagogía: su anhelo es «enseñar a amar». La novela tiene su toque melodramático, al incorporar la traición de Enrique quien, avergonzado de la profesión de su novia, se casa por sorpresa con Julia, la hermana mayor de Clara Angélica. El narrador explora en ese momento el sentimiento de tristeza y soledad de la heroína que, sin embargo, nunca sucumbe. Su prestigio profesional crece entre sus compañeros maestros del valle, pero en las charlas de la noche de los vecinos (en el *filandón*) se va tejiendo la maledicencia y la calumnia contra la profesora: «En la *hila* todo es ahora murmuración» (p. 107).

No falta la escena de los exámenes finales con la actuación de la junta local: el alcalde, el cura, el secretario, el médico, concejales, pedáneos y «tropel de gentes anónimas, hombricos bullangueros de las otras aldeas que presienten el alegre rascantillo y el mazapán tentador que ha de glosar la fiesta» (p. 109). El narrador se extiende en pintar, como en ninguna otra novela, una ceremonia trasnochada vista por la prensa profesional como farsa:

> Se sientan los «señores» en la alta plataforma. Un niño sufre la tortura de dar la bienvenida. Declama por eso unos párrafos interminables, conceptuosos, graníticos. Y comienzan después las preguntas deshilvanadas, absurdas, inverosímiles. Dicen juntos los niños una canción alusiva. Se reparten premios. El paciente sacerdote pronuncia un discurso. Y el maestro también. Y a veces el alcalde. Se despiden. Surge un clamoreo de «vivas». Y se llena todo con aquel eco múltiple y agudo (p. 110).

Con la novedad, por el tiempo de los hechos narrados, de las exposiciones escolares: trabajos de los niños de croquis, sólidos geométricos, dibujos del natural. La

maestra había dado un aire grato de modernidad a su escuela, había formado una biblioteca y un museo escolar y había enseñado puericultura e higiene. De su boca sale un cuento-lección, cuyas palabras clave escriben los niños para componer un resumen después: «La ciencia no es árida en sus labios, no es rígida, no es una cosa muerta, inarticulada, fría. En ella la ciencia es sentimiento, creencia, suavidad» (p. 113). José Luis, el niño ciego al que ayuda, se enfrentará al final al cacique, el cual (no puede prescindirse del elemento folletinesco) resulta ser el padre del muchacho.

Clara Angélica se marcha, pero «echó semilla» y en la segunda parte de la novela seguirá iluminando con su luz angelical al pueblo manchego innominado de su ejercicio profesional, y proyectará benéfica influencia a toda la colectividad. Recibirá la bienvenida, y se pondrá manos a la obra con una primera aceptación y complacencia de los vecinos: «El prestigio de Clara Angélica se ha desbordado por las otras escuelas y los otros maestros. Y la mirada lenta del pueblo, este ancho pueblo místico, tan dado a las cosas de maravilla, ha llegado a la escuela y ha empezado a sentirla» (p. 157).

No se sustrae a las pautas que gobiernan el calendario escolar, con las oraciones y procesiones de la Semana Santa o con las flores a la Virgen del mes de mayo. En ese pueblo le llega el amor. Se la disputan el médico local y el hijo del presidente de la Mancomunidad de Labradores, Cástor. Este último ganará su corazón. Con él, bajo el lema de «Trabajo y Cultura», alentará en el lugar un ideario regenerador, no bien comprendido por algunos lugareños, que llegarán a afear la conducta de la maestra, y la motejarán de «republicana» y «revolucionaria» tras escuchar las conferencias pronunciadas por ella.

El capítulo 11 y último, «Clara Angélica se casa», sella el final de idilio. Escribe en los periódicos profesionales y publica un libro con el título *El arquitecto de sí mismo*. Vuelto todo a su cauce, llega la boda y el viaje de novios a Toledo: se hace necesario un excurso con el repaso artístico de esa ciudad. Después, la maestra es requerida por la autoridad educativa de Madrid para dirigir un instituto agrícola que enseñe a los jóvenes rurales conocimientos de agricultura, higiene y estética. Cástor también tendrá su cometido en esa institución levantada de nueva planta, y se encargará de las clases prácticas de cultivo de cereales.

En definitiva, el mismo anhelo espiritual que Lillo había insuflado a otros escritos incluidos en la prensa profesional lo encontramos como hilo conductor en *Clara Angélica*, una novela que quiere ser poemática al estar bañada por un suave toque modernista. Las circunstancias no son favorables, dado que es manifiesto el divorcio entre la vida rural y las maestros y maestras formados en las escuelas normales, pero el escritor quiere proponer a los lectores un modelo que, en medio de todos esos obstáculos, aliente el trabajo del magisterio rural. De nuevo el binomio

amor y pedagogía saldrá triunfador en esta novela que fue leída por los maestros de aquel tiempo (el de la guerra de Marruecos y sus consecuencias) como canto a la noble misión del Magisterio.

### *EL ÚLTIMO CACIQUE* (1927) DE RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

Recomendada por el jurado del Premio Lucía Ascarza convocado por la revista *El Magisterio Español* en 1925, esta novela de Pérez y Pérez consta de 30 capítulos y está puesta en la voz de un narrador omnisciente que enfoca, en la mayor parte del relato, el pensamiento y la reflexión del personaje principal, la maestra Julia Alonso de Espinal (los abundantes fragmentos del diario puestos en primera persona por la profesora y las cartas intercaladas inciden en este aspecto). Es una culta y atractiva joven, cuyo padre acaba de morir en la guerra de Marruecos. El progenitor era un hombre de carrera que, además, tenía el mayorazgo de los Alonso de Espinal en tierras de Salamanca. La joven, al verse huérfana y con siete hermanos, decide hacer uso de su título de maestra para regentar una escuela rural en Benibarter, un pueblecito de la sierra alicantina. La herencia recibida por el primogénito es destinada a proporcionar estudios al resto de los hermanos, repartidos cinco de ellos en distintos lugares. Con la maestra se quedan otros dos hermanos y se hace necesario un ingreso económico continuado que vendrá de su sueldo. La firme decisión adoptada por Julia motiva la ruptura con su prometido, quien se opone a que ella se encierre en un pueblo.

El narrador sostiene el relato sobre una trama folletinesca en la que el cacique, que tiene sojuzgada a la población, obstaculiza además la relación amorosa entre un muchacho del pueblo y la hija del terrateniente que acaba de fallecer. El cacique es Salvador Gironés, procurador del fallecido, y ha urdido, a golpe de pistola, una falsificación testamentaria por medio de la cual habría de ser su propio hijo el que se desposara con esa joven para así poder obtener la casi totalidad de la herencia. Ese hijo, sin embargo, es un joven «íntegro» formado como médico en Alemania y, de regreso en Benibarter, se enamora de la maestra. Si esta relación se consolidara, daría al traste con las pretensiones del cacique.

De manera que el autor desarrolla una trama de alto voltaje en la que los sentimientos, acallados en un primer momento, afloran para vencer al cacique y para redimir a la población, que logra sacudirse finalmente la opresión. El escritor se vale de la fuerza del amor y de la persuasión, encarnada en el experimentado sacerdote del lugar y en la modélica maestra, para que se produzca el milagro regenerador de quien había sido el tirano de los vecinos del pueblo levantino. Eso sí, el cacique se lleva su castigo al quedar inválido, tras disparársele involuntariamente su pistola en uno de sus muchos momentos de ofuscación. Al borde de la muerte, ha pedido confesión y ha redimido sus pecados, entre otros el intento de agresión a la maestra.

Permea por todo el relato la oposición entre la vieja escuela rutinaria y la escuela del futuro, que finalmente se impone en la población. El denso y ajetreado curso escolar de ejercicio de Julia, contextualizado en los amenes del periodo de la Restauración, ha obrado el milagro. De ese modo, dentro de lo estrictamente pedagógico, se valoran las nuevas metodologías de enseñanza de la lectura y la escritura, con la práctica de una acción docente motivadora y lúdica: «la maestra les enseñaba a leer a los pequeñuelos, como quien juega, con unas letras muy grandes de madera, pintadas de colores, que luego escribía con unos palitos sobre la arena de un pequeño corral» (p. 33). Métodos estos desconocidos en un pueblo en el que «toda la vida se aprendieron las primeras letras en unos mugrientos carteles, amenazados de continuo los chiquillos por el puntero enarbolado por maestros biliosos» (p. 33). La corrección idiomática es señalada además como meta de la escuela nueva de la época; las alumnas «mayorcitas» son estimuladas a leer y escribir correctamente, «sin entonar reglas de ninguna clase, haciendo y practicando preciosos ejercicios, donde ellas mismas ponían toda su actividad y toda su observación, escribiendo su propio diario «las más adelantadas» (p. 33).

La escuela que Julia se encuentra al principio tiene paredes hoscas, «de techo derruido, suelo polvoriento y los pupitres rotos» (p. 7). Los niños del lugar estaban acostumbrados a «las horas vividas en el suplicio de un camaranchón cerrado a toda luz de sol y de alegría» (p. 8). La lucha de la profesora conseguirá la reposición de los cristales de la ventana y la sustitución de los viejos materiales por los nuevos, incluidos los pupitres bipersonales, hasta logar llevar a efecto su proyecto de escuela de madres. Dará sentido a la actividad del paseo escolar; representará con las alumnas, en colaboración con los alumnos del viejo maestro desmotivado y cansado, obras dramáticas de Jacinto de Benavente o de los hermanos Quintero. Acudirá a Madrid a los cursillos de perfeccionamiento y además disertará sobre pedagogía en la Residencia de Estudiantes.

Cuando llegue la visita de inspección, como consecuencia de las falsas imputaciones hechas contra ella desde la junta local, el veterano inspector romperá en

pedazos el principio de expediente y tendrá ocasión de admirar la selecta biblioteca de esta maestra excepcional que colabora en la prensa profesional y lee a los clásicos y a los autores fundamentales de pedagogía: Cervantes, Teresa de Jesús, Tirso Calderón, pero también, Vives, Rabelais, Montaigne, Rousseau, Spencer, Montesino, Pestalozzi y Manjón (p. 159). Julia aceptará de buen grado la colaboración de otras personas para mejorar su escuela: así sucede con el personaje pintor artístico, hermano de la muchacha que iba a casarse con el hijo del cacique, regresado al pueblo.

Y es que el bando regenerador se ha reforzado y ha puesto todo su empeño en la redención del lugar. El cacique, una vez que se ha producido el milagro, será el primero en favorecer la nueva escuela soñada desde el momento en que la maestra acepta el matrimonio con el joven médico. Julia no regentará ya esa escuela, pero lo hará una de sus hermanas, a las que ella ha sostenido económicamente hasta ese momento. El marido dirigirá un sanatorio establecido en Benibarter y contará con la colaboración de su esposa. El capítulo final, tras elipsis de unos pocos años, da cuenta del nacimiento de dos hijos del matrimonio y, en el contexto del cambio histórico de la dictadura de Primo de Rivera, proclama una tesis de defensa de una escuela patriótica entre himnos y cantos: «Y por la vasta esfera/ los ecos de la fama/ perpetuarán su nombre:/ ¡España! ¡España! ¡España!» (p. 179).

## *TODA CORAZÓN* (1931-1933) DE LUCÍA CALLE MATESANZ[72]

María Luisa está presentada por un narrador identificado con la autora como bella y virtuosa; pero, «encastillada en su indiferencia», no atiende la proposición de matrimonio que le hace el hijo del secretario (tiene sus razones) y ese hecho indispone de tal manera al cacique que redacta falsas acusaciones contra ella para «hacerla saltar del pueblo» dado que, según repite a sus allegados, «el pueblo soy yo». Las imputaciones, inconsistentes, son desmontadas con facilidad en la reunión que mantiene el veterano inspector con la maestra y sus acusadores. No solo eso, sino que se vuelven contra el propio ayuntamiento, cuyos representantes han dejado traslucir sin darse cuenta las irregularidades de la gestión municipal. Queda así restablecida la imagen de la profesora, que ha contado con la ayuda del párroco

72 Durante los años 1931 a 1933, Lucía Calle Matesanz (1886-1969), como consecuencia de su larga experiencia de maestra en distintos pueblos de la sierra de Segovia, publicó por entregas en el folletón del periódico *El Ideal de Magisterio* esta novela. Fue conferenciante, colaboradora en periódicos profesionales y autora de una literatura rosa en distintos géneros, incluido el poético. En *Toda corazón* consigue engastar los elementos y tópicos recurrentes del género en el molde de novela rosa.

y de las propias madres, antes engañadas. La corporación solo ha podido librarse de la denuncia gracias al espíritu bondadoso y caritativo de la mentora que, «toda corazón», pide al inspector que no se lleve adelante el expediente contra el ayuntamiento.

La maestra está bien atendida por la patrona de la fonda en la que se aloja; en sus clases de mañana y tarde demuestra con sus pequeñas alumnas competencia e instinto maternal y sabe corregir con cariño los defectos de las muchachas. Visita a las niñas enfermas, da clases de refuerzo fuera de horario a las niñas que lo necesitan, sale de excursión al campo con las discípulas, ayuda al párroco en las necesidades de la iglesia y trata de integrarse en la dinámica social de la vida rural, en la que no faltan episodios de miseria o de delincuencia.

El acoso del hijo del cacique se hace cada vez más molesto, hasta llegar a verse envuelta en una encerrona de la que consigue escapar gracias a la intervención de su casera. El experimentado inspector ya había recomendado a María Luisa que solicitara plaza en otro pueblo, pero ella se mantiene firme y digna al frente de su escuela, convencida como está de que la vida del educador se desenvuelve siempre en una atmósfera de abnegaciones y sacrificios.

Como sucede en otras novelas afines, cobran importancia, dentro de la estructura narrativa, los intercambios epistolares que posibilitan al narrador la presentación de la vida familiar que ha dejado atrás la protagonista o, como en este caso, la exploración de las trayectorias vitales y profesionales de amigas del tiempo de estudiantes en la Escuela Normal. Las dos cartas recibidas contienen testimonios menos halagüeños aún que las vivencias suyas. Precariedad laboral mayor, en una de ellas como consecuencia de los «derechos limitados» que tienen los maestros y maestras interinos, y desgracias familiares en la otra.

La escuela de niños, una vez que murió el viejo maestro, quedaba atendida provisionalmente por un profesor interino. La suerte va a resultar favorable a la mentora a partir de un determinado momento, pues a la marcha a Argentina del hijo del secretario, dispuesto a hacer fortuna, se une la llegada de un joven maestro, sensible y culto, con plaza definitiva. Es Julio Montalvo, natural de Valladolid. El idilio está servido, y así lo sabe anticipar la patrona de la casa. El final feliz se sella con el matrimonio de los dos jóvenes, que son felicitados por los vecinos y que, a partir de entonces, se libran del cacique, puesto que también este ha emigrado a Argentina. El resultado final es el de un pueblo «regenerado» que tiene perspectivas mejores gracias la esperable benéfica influencia de la pareja de maestros con los que van a contar los vecinos. Las últimas palabras del epílogo que sigue a los 18 capítulos de la novela así lo confirman: «Valserrada, sí aquel pueblecillo serrano, tan

huraño al principio, se prosterna aquel día ante aquella sabia maestra que tan bien supo señalarle el camino de regeneración. La bestezuela, domada por la dulzura y el amor, se inclina reverente ante aquella mujer toda bondad, toda ternura… ¡¡Toda corazón!![73]

73 *El Ideal del Magisterio*, 24-7-1933, p. 4.

# EL MAESTRO REPUBLICANO

Las pedagogías de la Primera República habían quedado apuntadas en un relato del novelista gallego Eduardo Blanco Amor, *Aquella gente* (1976, traducción del gallego *Xente ao lonxe*, 1972), en el que se evocaba una experiencia de alfabetización de una escuela laica que promocionaba la biblioteca abierta al pueblo. Para la captación real de la cuestión de la ecuela en tiempo de la Segunda República, guerra civil y exilio hemos de recurrir, sobre todo, a las autobiografías de algunos maestros que dejaron escritas sus memorias con intención testimonial o de denuncia. A veces, incluso, con atisbos literarios. Antonio Viñao se ha ocupado de hacer una ordenación de las mismas con su correspondiente comentario[74]. Muy valiosas por su carácter informativo totalizador son las del maestro socialista Santiago Hernández Ruiz.

Presentan más atisbos novelescos los testimonios de maestros anarquistas, que son capaces de insuflar a sus proyectos ideas de carácter innovador y experimental. Sobre estos últimos recaen, además, los castigos más severos en el tiempo de guerra. Así, Higinio Noja Ruiz inserta en el libro *La Armonía o la escuela en el campo* (1996) una parte significada de sus memorias, con algún sesgo literario, en las que la escuela se funde con el anarquismo, pues en tiempo anterior a la dictadura de Primo de Rivera este maestro compatibilizó su colaboración en la prensa anarquista con la dirección de escuelas racionalistas en Valencia, Peñarroya y Alginet (Valencia). Su experiencia en este último destino dio origen a su libro, basado en las memorias anteriores. Por su actividad política, fue apartado de la enseñanza, con posterior prisión desde 1939 a 1943.

Relato autobiográfico es también el firmado por Fernando de Mier y Terán bajo el título *Un maestro singular. Vida, pensamiento y obra de José de Tapia*, a partir de veinte cintas de conversaciones entre el autor y el maestro anarquista Tapia. Maestro de la escuela de Montoliu (Lérida) entre 1920 y 1934, este último perte-

74 Viñao, 2007, pp. 177-202. Este mismo autor complementa el estudio de los diarios y autobiografías de maestros en 1999b, pp. 223-253; y 2009, pp. 183-200.

neció a la organización BATEC en la que se integraron varios maestros de aquella provincia que, asesorados por el inspector Almendros, daban a conocer en España las técnicas de Freinet. Pasó en tiempo de la república a dirigir el grupo escolar de Barcelona Carles Aribau y en la guerra le fue encomendada la misión de dirigir el Parque de Artillería de San Andrés, además de ocuparse de la secretaría general de la Federación Anarquista Ibérica (FAI). La huida a Francia lo sitúa en los campos de concentración, pero puede colaborar con la resistencia francesa en el tiempo de la Segunda Guerra Mundial, hasta que se traslada a México en 1946 para permanecer allí hasta 1989, dedicado a la enseñanza y a la divulgación de las metodologías de Freinet[75].

El inspector Herminio Almendros también documenta su exilio republicano en *Diario de un maestro exiliado* (1939-1940), primero a Francia y posteriormente en La Habana. Armando Fernández Mazas relata su ocultamiento durante la Guerra Civil y su posterior huida a Portugal, donde permanece desde 1941 hasta 1947, para pasar después con nombre falso a Valencia. Pudo, finalmente, reingresar en el cuerpo de maestros en 1963. Algún parecido tiene el caso de Luis Soto quien, en *Castelao, a UPG e outras memorias* (1983), evoca su condena en consejo de guerra, el paso a Portugal en abril de 1937, el traslado posterior a Francia para llegar a continuación a la Valencia republicana y dirigir en esa ciudad periódicos del Magisterio. Acompañó a Castelao a Estados Unidos y se asentó como exiliado en México, para regresar finalmente a Galicia, previa estancia en Portugal.

Vicente Calpe Clemente en *Una escuela rural* (1936) narra su participación durante la guerra en el frente de Teruel, su apresamiento en el puerto de Alicante cuando intentaba embarcarse para huir, su paso por un campo de concentración y la fuga del mismo. Su expediente de depuración se resolvió con la separación definitiva del servicio. Se asentó después en Valencia donde se empleó en trabajos de publicidad y radio. Por su parte, el maestro anarquista Miquel Fornaguera relata en *Fugida* (1960, 2000) su huida a Francia por Port Bou, en enero de 1939, acompañado de los niños y niñas que integraban la colonia escolar de Alba de Ter. Se trata de un relato novelado[76] que narra después la estancia en Francia al frente de esa colonia, para terminar con la llegada del autor y de su familia a Colombia.

En lo que se refiere a la narrativa de autores consagrados, tal vez sea en el relato «La lengua de las mariposas» (1995) de Manuel Rivas, incluido en el volumen *¿Qué me quieres, amor?*, donde se haya epitomizado mejor el mito del maestro republi-

75 Viñao, 2007, p. 185.

76 Viñao, 2007, p. 184.

cano, hasta el punto de haber dado lugar a una adaptación cinematográfica exitosa. Ahí tenemos al niño que evoca en primera persona la provechosa relación con su maestro, después de haber rechazado en un primer momento la escuela y haber buscado el refugio materno. Sin embargo, a su regreso al aula, es recibido amorosamente por don Gregorio, quien fomenta las excursiones y entona canciones con el muchacho narrador en pie de igualdad, «como dos viejos compañeros». Es un buen maestro que no pega y que no grita. Todo lo que toca se convierte en un cuento fascinante, sus lecciones son «de cosas» y fomenta los trabajos de investigación en el campo. La familia del muchacho siente aprecio por el maestro, por eso el padre, sastre de profesión, le regala el traje que va a llevar siempre puesto, también ese día de julio de 1936 en el que, en La Coruña y al grito de ¡Arriba España!, unos soldados asaltan el ayuntamiento y se llevan presos al alcalde, a los sindicalistas y al mismo don Gregorio. Los maestros son las luces de la Republica, opina el progenitor y, sin embargo, para salvar las vidas, cambia súbitamente el sentido de sus expresiones ante los vecinos que contemplan atónitos el asalto. También quiere que su hijo lo imite:

> Cuando los camiones arrancaron, cargados de presos, yo fui uno de los niños que corrieron detrás, tirando piedras. Buscaba con desesperación el rostro del maestro para llamarle traidor y criminal. Pero el convoy era ya una nube de polvo a lo lejos y yo, en el medio de la Alameda, con los puños cerrados, sólo fui capaz de murmurar con rabia: ¡Sapo! ¡Tilonorrinco! ¡Iris! (pp. 25-26).

Es decir, los nombres con los que designaba el maestro a pájaros y mariposas en las excursiones al campo.

Sin embargo, como novela profesional plena contamos con la relación autobiográfica novelada *Un republicano* (1978) de Honorio García Álvarez, que se acoge declaradamente al género histórico. En ella, el autor hace grandes esfuerzos por contextualizar su experiencia profesional de maestro en el convulso devenir de un buen tramo del siglo XX, con especial atención al periodo republicano. De forma que hay que valorar el suministro de datos estadísticos y de noticias que permiten objetivar lo relatado, sin tener en cuenta el desaliño artístico con el que está elaborada.

## *UN REPUBLICANO* (1978) DE HONORIO GARCÍA ÁLVAREZ

El repaso de esta novela devuelve al lector la trayectoria vital y profesional de su autor. La acción se inicia en 1921, cuando el protagonista tiene once años de edad y en España se vislumbra la crisis del sistema político de la Restauración. Ernesto es hijo de un secretario de ayuntamiento y una maestra nacional ejercientes en un

pueblo leonés. El narrador explica el funcionamiento de la escuela unitaria mixta a la que acuden sesenta niños y niñas. Está regentada por la madre de Ernesto y él mismo adquiere allí las primeras letras: «Cuando el barullo o el griterío pasan de cierto límite, la vara de la maestra cae con fuerza sobre las espaldas de los grupos más revoltosos» (p. 9). Se enumeran los diferentes juegos y diversiones infantiles en ausencia de «juguetes del comercio y de columpios y toboganes»: el marro, el chorro morro, el calvo, el balón y la pelota, policías y ladrones y otras competiciones que sustituyen a la inexistente materia de Gimnasia, como trepar al chopo, subir los postes de luz, hacer pulsos… (pp. 15-16).

El capítulo cuarto narra el ingreso de Ernesto en la Escuela Normal de Maestros. Es el año 1924 y tiene catorce años, pero no puede acometer una carrera larga, privilegio que solo corresponde al hijo mayor de la familia (los ingresos mensuales de sus padres no pasan de las 400 pesetas). El muchacho, que ha cambiado a pantalón largo, se matricula por el sistema libre en el primer año de los cuatro de que constan los estudios de Magisterio. A fin de cuentas, esa carrera permite algunas salidas a la vida profesional: «con el título de maestro puedes hacer oposiciones para secretario o para los ministerios, o bien seguir estudiando y hacerte director de graduada, o inspector de primera Enseñanza» (p. 22). Matriculado por libre, se trata de preparar ese primer curso en una academia durante los meses previos al examen. A lo largo de los otros tres cursos restantes asiste presencialmente a la escuela normal de la ciudad. Es buen momento para describir con abundancia de información el modo de vida de los estudiantes (capítulo 8, «En la posada de estudiantes»). El joven ha de ayudar en casa en las faenas agrícolas durante los periodos vacacionales en un tiempo en el que el sueldo de la madre, después de veinticinco años de servicio como maestra, es de 2500 pesetas anuales.

Tras obtener el título en 1930, Ernesto inicia su vida profesional como maestro interino en Osilio, pequeño pueblo del Bierzo, con un sueldo de 2000 pesetas anuales. Lee revistas pedagógicas y prepara oposiciones; tiene ocasión de comprobar la dureza de la vida del magisterio rural que, para desplazarse, precisa de caballo. Con todo, no ha tenido mala suerte: los vecinos le suministran comida de calidad aceptable (p. 32) y no tiene dificultades para alternar con los lugareños y hasta logra hacer amistad con la maestra gallega, Irene (p. 34). Sin embargo, algunos paisanos dicen que el maestro es republicano. Sigue el retrato costumbrista de la vida del lugar y hace su aparición la inevitable figura del cacique. Sí, es un republicano moderado, discute de política y celebra en el café con los amigos la proclamación de la República el 14 de abril de 1931 (p. 43). El narrador desglosa el programa del nuevo sistema político implantado (capítulo 14, «El programa de la República») y transcribe las charlas de tertulia que mantiene el maestro con personas afines: «es-

toy más de acuerdo con Ernesto, y considero más eficaz una evolución prudente y progresiva, si queremos conservar la República. Por los métodos violentos, como el quemar iglesias y conventos, no conseguiréis lo que os proponéis» (p. 45).

Se narra en el capítulo 21 el experimento republicano de los cursillos de selección al que él mismo se apunta. A primeros de abril de 1933 había renunciado a su escuela de la provincia de Santander para hacerse cargo de otra en la de León, pero deja esta a cargo de una maestra sustituta, «para dedicarse en la capital a la preparación intensiva de los cursillos de selección anunciados» (p. 52). A la vez que se empapa de novedosas lecturas de psicología y pedagogía, vive con intensidad horas de diversión y felicidad en compañía de sus colegas en el Madrid de cafés cantantes y salones. Consigue uno de los primeros números entre los aprobados por el tribunal calificador de los cursillos.

Se glosa en el capítulo 17 «la reacción derechista» que resulta de las elecciones de noviembre de 1933. Un año más tarde, el 13 de noviembre de 1934, Ernesto toma posesión de su primera escuela en propiedad en una antigua población leonesa con instituto. Percibe 235 pesetas mensuales, además de 50 por la casa y otras 50, que obtiene en concepto de clase particular. Se afilia al partido Izquierda Republicana de Azaña y al sindicato socialista FETE, participa como orador en mítines y escribe en los periódicos. Además, se integra con algún protagonismo en la asociación de maestros.

La narración sigue el curso de los acontecimientos políticos: el gobierno de Frente Popular, la insurrección militar que trae como consecuencia la guerra civil. El maestro, «ajeno a tan gravísimos sucesos, sigue en su escuela, organizando una colonia escolar, que pasaría sus vacaciones en una playa asturiana» (p. 63). El autor dedica varios capítulos al relato de la evolución de la guerra. La perspectiva no resulta favorable para Ernesto, al que van a buscar para matarlo; se esconde en casa de un amigo y logra pasar de la zona nacional a la zona republicana para, finalmente, refugiarse en Francia y acabar en un campo de concentración. A pesar de todo, «Ernesto, entre los refugiados de los campos de concentración franceses, prefiere soportar el hambre, la miseria y la dura disciplina del campo, a tener que vivir de rodillas en su patria bajo un régimen dictatorial, en el caso dudoso de que se le permitiese vivir» (capítulo 45, p. 129). Se organiza una barraca destinada a escuela, biblioteca y estudios de arte en la que se imparten clases elementales a analfabetos y clases de francés para refugiados con más nivel. Él se encargará de una de las clases de cultura general.

En el año 1943 se repatria y regresa al hogar paterno, para lo que no le queda más remedio que acogerse al lema «oír, ver y callar» (capítulo 46). En 1937 había sido dado de baja en el escalafón de maestros por su pertenencia al partido y sin-

dicato izquierdistas y la sanción seguía vigente en el momento del regreso. La vida sigue, se casa y consigue emplearse en el curso 1946-1947 como maestro en colegios y academias (p. 234). El Tribunal Supremo, ya en los años setenta, estimará el recurso de reingreso en el cuerpo de maestros nacionales, por lo que retomará su antigua condición, con reconocimiento de los años de servicio prestados (p. 240), hasta que le llegue el momento de la jubilación.

# LA MAESTRA REPUBLICANA

Benito Pérez Galdós había aludido irónicamente en uno de sus episodios nacionales finales a los ideales educativos de las maestras de la Primera República[77]. Para la educación del tiempo de la Segunda República, como curre con el maestro, el diario, la autobiografía y las memorias vuelven a aportar testimonios de las vicisitudes de maestras republicanas damnificadas por las consecuencias derivadas de la guerra civil. Ahí se sitúan los diarios de Magdalena Pons Rotger, que publicó en Colombia *Tres años de antaño* (1984). Una vez aprobados los cursillos de la República, ejerció como maestra en Liria (Valencia), se afilió al sindicato socialista FETE, fue suspendida de empleo y sueldo y encarcelada el día 17 de julio de 1939, momento en el que inició su diario hasta su salida de prisión en octubre de 1942. Este diario, olvidado, fue recuperado posteriormente para su publicación, con el añadido final de unas notas sobre la trayectoria vital de los años inmediatos a la excarcelación; su exilio en Colombia en 1952 o 1953 a causa de la extorsión policial que sigue sufriendo, y su regreso a España en 1979, para reincorporarse al cuerpo de maestros, poder jubilarse y regresar de nuevo a Colombia[78]. Otros relatos autobiográficos de mujeres maestras republicanas son los de Guillermina Medrano y José I. Cruz, de 1998, *Experiencia de una maestra republicana*; el de Leonor Rupérez Cristóbal, *Relato de mi vida* (1996); el de Polixene Trabadua, *Crónicas de amama*

77 Concretamente, en el episodio nacional *La Primera República* (1911) novelaba sobre los anhelos de las maestras de ese momento histórico, con una visión humorística y ambigua sobre la capacidad real de transformación social, pues presentaba un cortejo de maestras con destino a Cartagena para poner en funcionamiento una escuela innovadora, pero caracterizadas con los rasgos peyorativos del estereotipo literario costumbrista de la maestra de escuela. Doña Gramática era «una matrona un tanto maciza, con aire de institutriz o profesora de casa grande» (p. 123) o «una vieja pedante» que hace el amor a Tito. Y al narrador le resultaba «insoportable la carcamurria pedantesca y el traqueteo gramatical de aquella buena señora» (p. 140). Doña Caligrafía, por otro lado, era «una señora delgaducha algo ajada y canosa, natural de Cartagena» (p. 143).

78 Viñao, 2007, p. 175.

(1997); el de Pilar Barnés, *El gozo de mis raíces y su entorno* (2000). O el muy significativo de María Sánchez Arbós, *Mi diario* (1961).

A la hora de considerar las novelas profesionales, sobresalen dos novelas de calidad de autoras maestras que figuran por derecho propio en los manuales de historia de la literatura de la posguerra. Tanto *Diario de una maestra* (1961), de Dolores Medio, como *Historia de una maestra* (1990), de Josefina Aldecoa, pueden considerarse novelas que no omiten ninguna de las marcas del modelo que examinamos, a la vez que alcanzan un nivel estético superior a la mayoría de las obras del género profesional del Magisterio. Las consecuencias del trauma de la guerra (exilio y desorientación posterior al mismo) se plantean además por parte de esta última escritora en otras dos novelas con las que compone una trilogía.

Por lo que se refiere a la primera, *Diario de una maestra* de Dolores Medio, se trata de una novela testimonio inserta en la corriente del realismo social iniciada en los años cincuenta. Está firmada a final de octubre de 1959 y en ella la narradora, alter ego de la autora, transcribe en forma de diario discontinuo sus vivencias como maestra de nuevo cuño en un contexto político de dificultad: república, guerra y posguerra. *Historia de una maestra* (1990) de Josefina Aldecoa, por su parte, es otra ficción autobiográfica que indaga igualmente en el sueño utópico de los maestros republicanos. En este caso el sueño de la maestra narradora remite a la experiencia real de su autora, aunque retrotraiga en algunos años la acción relatada, para lo que se hace necesario complementar la documentación con la experiencia profesional de la madre de la escritora. Aunque de lectura independiente, *Mujeres de negro* (1994) puede considerarse continuación de *Historia de una maestra* y en ella se narra el exilio de la protagonista de la anterior entrega. En fin, de la lectura de la tercera entrega de esta serie pedagógica (*La fuerza del destino*, 1997) se desprende ante todo «una reflexión sobre la vejez y la soledad y la conciencia del inútil esfuerzo de vivir» (cubierta posterior de la novela), por lo que el relato se desvía del carril por el que circulan las novelas canónicas, aunque no desaparezca como *leitmotiv* el recuerdo del tiempo profesional del pasado.

La maestra en tiempo de guerra, también el maestro, suele estar incorporada en algunos textos autobiográficos que documentan el tiempo y el mito republicanos. En alguna novela corta de las colecciones falangistas puede aparecer el personaje de la maestra inmersa en plena contienda gritando ¡Arriba España!, como sucede en *Mariquilla, barre y barre* (11-11-1939) de Cristóbal de Castro; o en *Héroes de otoño* (9-12-1939) de José Andrés Vázquez, novelas estas de la serie *La novela del sábado*[79].

79 Naval, 2000, pp. 161 y 164.

## *DIARIO DE UNA MAESTRA* (1961) DE DOLORES MEDIO[80]

La autora, acostumbrada a escribir su diario, no tiene dificultad en literaturizar la historia del sufrimiento de una maestra a la manera de las novelas profesionales de los años veinte. Es verdad que para salvar la censura hubo de suprimir algunas escenas, entre otras alguna erótica de desnudo. La novela, que no prescinde del todo de la narración en tercera persona, observa un desarrollo cronológico lineal y permite la inserción del coloquio franco con técnica conductista y alguna concesión al recurso del flujo de conciencia en momentos de ensoñación de la narradora. De entrada, los personajes adoptan nombres ficticios, a modo de homenaje a la novela de Galdós, *El amigo Manso* (1882), en la que aparecen igualmente con el nombre de Máximo e Irene los personajes principales, conformando una pareja pedagógica (profesor-alumna). El espacio queda repartido en tres escenarios: Madrid como ciudad de futuro, la aldea como símbolo de la dureza de la profesión y Oviedo como lugar asfixiante del que hay que salir.

El libro comienza *in medias res* con una transcripción que lleva la fecha de 22 de mayo de 1935, en plena República, pasados los episodios de la revolución de Asturias, a propósito del recuerdo de la conferencia sobre métodos de enseñanza impartida por Máximo Sáenz. No hay horarios, ni programación, ni notas, ni disciplina dirigida en el método que explica en ese momento (p. 72); el conferenciante hace

80 Esta novelista (1911-1996), ganadora del Premio Nadal en 1952 por su obra *Nosotros, los Rivero*, es representativa de la generación realista de posguerra. Había cursado Magisterio en la Escuela Normal de Oviedo de acuerdo al plan de 1914, con nueve o diez asignaturas por año (p. 12), y todo el aceptable conocimiento de métodos de enseñanza recibido en las aulas va a ser plasmado en su evocación literaria. Ganada por oposición la plaza de maestra, se muestra decidida a implantar su ideario pedagógico, estimulada además por su enamorado, un licenciado en Pedagogía de formación orteguiana muy influido por la Institución Libre de Enseñanza. Será el personaje Máximo Sáenz, el gran Pigmalión al que se somete la figura de la maestra Irene Gal.

alarde de conocimientos sobre nuevas pedagogías (*new schools* inglesas, *Dalton*, teorías idealistas…), que resultan ponderadas frente a las abominadas teorías neoescolásticas producidas en España. Terminada la conferencia, se produce el encuentro vehemente de Máximo e Irene, que ha escuchado embelesada. Para ella, ya con su oposición de maestra, Máximo es un ser extraordinario al que va a entregarse de cuerpo y alma (p. 87).

Los testimonios del 17 de septiembre de 1935 presentan a la joven maestra encima de la plataforma del aula de la población de La Estrada con un grupo de 56 alumnos y alumnas de todas las edades. Máximo está en Madrid, pero alienta con él un proyecto común. Se tratará de sustituir los símbolos de la escuela vieja que durante los últimos cincuenta años había hecho valer su antecesora, «señora Obaya». Antirrepublicana como era, profetizó que «vuestra sucia República va a durar lo que la meada de un gato tarda en secarse» (p. 97). Irene, de acuerdo con sus planteamientos, rasga la ventana, pinta de verde claro las paredes de la clase para que los niños puedan dibujar en ellas y organiza un primer paseo escolar. Pronto sufrirá el trato hosco y las burlas de los patanes de la población. Necesita idear un sistema para calentar el aula (p. 104) durante los meses de invierno y alienta la idea de poner un huerto, pero reconoce que no se siente preparada para realizar todos sus proyectos. A las dificultades de organización de la escuela se suman «las otras, las que le opone el pueblo, resistiéndose a colaborar con ella, censurando su labor, su manera de proceder que nadie comprende» (p. 107).

Con todo, va recogiendo algún fruto al ganarse al bruto Timoteo, quien colaborará con ella en las tareas de mantenimiento y arreglo de la escuela (transcripción de 13 de octubre de 1935). Más tarde llega material de las Misiones Pedagógicas cuya labor queda anotada en el testimonio de 22 de noviembre de 1935: libros, cuentos, novelas, adaptaciones escolares de escritores clásicos como Lope, Calderón, Tirso o Cervantes se entremezclan con autores más recientes como Machado, Juan Ramón Jiménez, Lorca, Casona o Alberti[81] (pp. 117-118).

Comparecen algunos personajes como la *Loba*, miliciana que acabará delatando al bruto Timoteo y al cura cuando llegue la guerra. Se insiste en el debate sobre los sistemas de educación, a la vez que se reproduce el intercambio de ideas entre los dos enamorados que han conseguido juntarse en las vacaciones de Navidad. Afloran algunas contradicciones de la nueva pedagogía. Ella reprocha a Máximo

81 Covadonga López Alonso señala, en nota a la edición de la novela, que Dolores Medio «se dedicó con entusiasmo a su labor docente, realmente innovadora, y cuidó, especialmente, la lectura. Sus alumnos recitaban poemas de Machado, Alberti y escenificaban a García Lorca» (p. 118).

el hecho de que ahora no abomine de la enseñanza privada cuando antes defendía únicamente la enseñanza unificada y la escuela laica. Irene Gal tiene diecinueve años y Máximo, casi cuarenta; los ideales de este «se han achicado un poco, para acomodarse al molde de la realidad» (p. 138).

Tienen lugar las elecciones de febrero de 1936 y las cosas se ponen mal (fragmento de 19 de febrero de 1936). A la maestra la critican en el pueblo por jugar y por leer *Platero y yo* (p. 147). Se alude a los métodos de la letra con sangre entra de aquella vieja maestra (p. 149), opuestos a la educación literaria propugnada por esta nueva, que hace títeres (p. 150) o lee los cuentos de Bunin. Sigue siendo Timoteo un puntal en la escuela, pero el pueblo no está de acuerdo con los métodos de Irene: «Los dos bandos la han incluido en la lista negra, y acumulan cargos: los niños juegan en la escuela en lugar de estudiar. Los más pequeños la tratan de tú y se duermen en sus brazos, sin el menor respeto… Los chicos y la maestra se bañan en el río o en cualquier playa próxima, con menos ropa de la conveniente» (p. 165).

El diario transcribe el parte de la guerra. Oviedo está sitiada. Irene quiere encontrar a Máximo: «en los refugios nacen niños y mueren hombres. Se come, se duerme, se baila, se juega. Se comenta acaloradamente la marcha de la guerra» (p. 172). Por la nota correspondiente al 20 de diciembre de 1936, el lector sabe que Irene acude a visitar a Máximo, encarcelado en Castropol. 1937 es año de guerra total, registrada mediante breves crónicas en las distintas entregas del diario. Irene sigue en la retaguarda refugiada en un hotel mientras se bombardea la ciudad de Oviedo (transcripción de 13 de enero de 1937). El ejército republicano intenta después la reconquista de la ciudad, mientras la maestra se emplea a fondo como enfermera en el hospital.

A partir de las anotaciones de octubre de 1937, leemos que retoma en La Estrada su oficio de maestra, aunque no haya terminado la contienda. Ahora, en su segunda etapa, verá a su alrededor dolor y miseria (p. 215). Máximo está en la cárcel de la isla de San Simón (Redondela), pero finalmente es indultado. La narradora da cuenta de la puesta en funcionamiento de las comisiones de depuración de maestros, con consecuencia fatal para ella, pues resulta expulsada de la profesión «por no ser de los nuestros» (p. 223). Vienen los problemas de la mera supervivencia.

Ha terminado la guerra y el fragmento transcrito el 12 de enero de 1943 se inicia con un «decíamos ayer», pasados cinco años y una vez conseguida la rehabilitación. La narración sigue considerando como *leitmotiv* la pedagogía identificada con el amor. Ella no deja de acariciar a sus alumnos (p. 275), se muestra cariñosa con el abuelo de Timoteo, se reencuentra con la *Loba* a la que quiere reeducar. Llega el año 1945 y le toca dar sus clases de adultos a los que en otro momento habían sido alumnos de enseñanza primaria. Se suceden los difíciles años de posguerra y en

el testimonio de 29 de abril de 1950 se anuncia la llegada de Máximo Sáenz que, tras quince años de separación, sale en ese momento de la cárcel. Sin embargo, el reencuentro es frío, la cárcel lo ha cambiado; ahora tiene una nueva novia rica y de derechas con la que va a casarse.

Como se ve, estamos ante una novela escrita por una maestra que, sin embargo, va a ocupar un lugar como narradora en la historia de la literatura social de posguerra. El relato está muy pegado a unos hechos vividos, transcritos de modo conductista según la estética del momento con el resultado final de ficción autobiográfica en la que, siguiendo a Covadonga López Alonso, se entremezclan tres temas que brotan de un periodo de quince años esenciales de la vida de la propia autora: la historia de amor, la dura experiencia de la maestra rural y las penosas consecuencias de la guerra civil para los vencidos.

## *HISTORIA DE UNA MAESTRA* (1990) DE JOSEFINA ALDECOA[82]

Desde el principio se manifiesta el sesgo político e ideológico que recorre esta obra. De entrada, resulta simbólica la coincidencia de la fecha de la boda del general Franco, 1923, con la titulación como maestra de Gabriela a la edad de diecinueve años. En realidad, una veintena de años antes de la titulación real de Josefina Aldecoa. Todo el relato, que consta de tres partes, se hilvana en torno a la utopía de culturización y redención ligada al compromiso político republicano. En la primera parte «El comienzo del sueño» se evoca la experiencia de Gabriela como maestra interina que hace sustituciones breves, la tercera de las cuales tiene más calado. El desengaño se produce en los primeros momentos de la llegada al pueblo: «Señora maestra, le advierto que la van a recibir a palos…» (p. 21). Ella constata el alto

82 Josefina Rodríguez Álvarez (1926-2011) fue escritora de la generación del medio siglo y pedagoga, directora del Colegio Estilo. Se educó en un ambiente familiar de maestros afines a la Institución Libre de Enseñanza.

absentismo de los escolares, ocupados en la faena de la vendimia (p. 20) y las dificultades de transporte: se accede en caballos o mulas a los pueblos perdidos.

La tercera experiencia como maestra interina da lugar a la descripción del aula. Treinta alumnos entre seis y catorce años en una escuela unitaria mixta: «Me miraban inexpresivos, callados. En primera fila estaban los pequeños, sentados en el suelo. Detrás, en bancos con pupitres, los medianos. Y al fondo, de pie, los mayores» (p. 23). Gabriela cuenta enseguida con «Genaro, el del Molino» como alumno ayudante. No faltan las dificultades que pone el alcalde para el correcto desenvolvimiento de las enseñanzas: «Aquí no ha venido usted a pintar la escuela. Aquí ha venido usted a tener a los chicos bien enseñados. Así que déjese de pinturas…» (p. 24). La narradora evoca los discursos inflados recibidos en la Escuela Normal, incompatibles con la realidad de la escuela rural. No es menor el problema del alojamiento: «Yo soy el alcalde y aquí estamos todos que los he llamado a concejo a ver quién la quiere meter en su casa» (p. 26).

Saludado en coro por los alumnos, hace su aparición el cura del lugar, quien objeta la pretensión que tiene Gabriela de hacer teatro y dramatización con los niños: «Muchas modernidades trae usted para este pueblo» (p. 28). La narradora, que redacta por las noches su diario escolar, explica con algún detalle el sistema de trabajo de las escuelas unitarias:

> He dividido a los niños en tres grupos. Los que no saben ni las letras. Los que están torpes de lectura y escritura, pero ya van sabiendo dominar esos mecanismos y por último los que leen y escriben con cierta soltura. Mientras unos trabajan en cálculo y los otros hacen ejercicios de lenguaje, los más atrasados trabajan directamente conmigo. Estoy empleando el método de la lectura por la escritura y me da buenos resultados (p. 32).

Tiene que hacer además el papel de consultora médica en una población a la que difícilmente llega un médico. Enseguida se topa con una madre angustiada a la que se le mueren indefectiblemente cada uno de los hijos que tiene: «Hambre, dije, Yo creo que puede tener hambre» (p. 36). Hay que seguir adelante. Con tasas de analfabetismo del treinta y dos por ciento toca organizar la clase de adultos, una de las obsesiones de Gabriela, para impartir nociones de higiene doméstica y nociones de utilidad, o enseñar a hacer punto.

Definitivamente, Gabriela empieza a sentir «esa profunda e incomparable plenitud que produce la entrega al propio oficio» (p. 39). Es una maestra innovadora que se entrega a los niños a su cargo: «leíamos, cantábamos, jugábamos, pintábamos, nos asomábamos a mundos lejanos en el tiempo y el espacio; nos sumergíamos en mundos diminutos y cercanos que encerraban milagros naturales» (p. 39). Adecenta la clase, hace trabajos manuales, imparte lecciones de naturaleza, pone en

funcionamiento la biblioteca formada por libros y periódicos (p. 49): «Me conmovía profundamente cuando uno de mis niños decía: ¿Puedo usar la Biblioteca? Y le veía revisar ávidamente el montoncito de papel impreso que era un tesoro y sobre todo un símbolo de otros tesoros lejanos y difíciles de alcanzar» (p. 49).

La experiencia como interina toca a su fin en el momento en que enferma y debe regresar a su casa. Prepara oposiciones y, finalmente, las gana. El destino, elegido por propia voluntad, es Guinea Ecuatorial. Es el año 1928 y va a experimentar en ese lugar exótico, a la vez, la belleza y la dureza. Se empapa de la riqueza natural de las costumbres de sus habitantes, pero los padecimientos no le serán ahorrados, sufrirá fiebres, además de acoso sexual. Deberá vencer algunas resistencias, pero aprenderá mucho en este nuevo destino. El párroco se convierte en cómplice y ella admirará la labor educadora de las monjas, aunque, señale, «me cuesta trabajo identificarme con la innegable labor de las monjas» (p. 69). Se siente sola, entabla amistad con un joven nativo, pero oye alrededor voces que impugnan esa relación: «usted no puede alternar como lo hace con un negro» (p. 76).

La segunda parte de la obra lleva el título «El sueño». Ella se casa sin mucho amor con otro maestro, casi por inercia: «nuestro noviazgo fue el más puro y transparente, el más premeditado de los noviazgos. Por eso digo que pasión, pasión, si queremos entender el amor como pasión, de eso no hubo» (p. 95). Es Ezequiel, titular de la escuela de un pueblo vecino. Una vez casados, tienen derecho a una vivienda común: la planta baja de una casa, mitad pajar, mitad cobertizo para aperos de labranza, servirá de hogar del matrimonio. Planifican juntos la clase de adultos, reciben regalos de las familias: dos gallinas para ella y un cordero para él (p. 96).

Llega la visita del inspector y pide a los maestros que no hagan política (p. 104). Esperan el nacimiento del primer hijo. Será una niña y nacerá, otra vez el símbolo, el día de la proclamación de la República, el 14 de abril de 1931. Es buen momento para dar cuenta de las reformas educativas propugnadas por el gobierno: subida de sueldos y escuela laica. En la escuela se lee el *Quijote* y se comentan sus párrafos. Llegan noticias de la creación del proyecto de las Misiones Pedagógicas, explicadas por la narradora: los misioneros «estuvieron dos días con nosotros y vivimos con ellos horas inolvidables» (p. 136). Se proyectaron películas, se oyeron coplas populares de las distintas regiones, se escenificaron romances tradicionales y se recitó la poesía de Juan Ramón Jiménez y de Antonio Machado. La narradora hace balance: «el día que nuestra hija cumplió dos años, la República había conseguido despertar en muchas inteligencias el deseo de aprender, y en los maestros, el deseo de enseñar con más pasión que nunca» (p. 144).

Se impone un cambio de destino buscando la definitiva reunificación. El pueblo los despide con sacos de patatas, gallinas, frutas y flores. Se les asigna una

población minera en cuyas «escuelas nacionales» habrán de desempeñar su oficio. Gabriela tiene cuarenta niñas en su clase y Ezequiel, treinta y dos niños en la suya, con edades comprendidas entre los seis y catorce años. Al lugar no ha llegado la coeducación (p. 162).

La tercera parte de la novela bajo el título «El final del sueño» recoge el clima de enrarecimiento político del momento. Llega el triunfo de las derechas en las elecciones de noviembre de 1933, los debates sobre el divorcio y el voto de la mujer. Los maestros se politizan como nunca y se convierten en «mitineros» que claman por el «Frente único del Magisterio». Ezequiel se radicaliza y pierde su poso pedagógico: «¿Cuándo empezó todo? ¿En qué momento advertí que Ezequiel abandonaba su independencia, su entrega a la educación para entregarse a una lucha más extensa?» (p. 199). La narradora reflexiona sobre su marido: «La incapacidad de la República para llevar adelante las grandes promesas de su primer año le habían hundido en el desencanto y la decepción» (p. 199). Les llega un oficio de la inspección por el que se pide la suspensión inmediata del experimento de coeducación, que había sido autorizado con anterioridad (p. 205). Llega la revolución de Asturias y finalmente la guerra civil, de cuyos primeros momentos deja testimonio la narradora. Ezequiel será detenido y asesinado: «Una vieja susurró a mi lado: los fusilados de esta noche. El autobús saltaba en los baches. El cuerpo de Ezequiel, la tumba de Ezequiel, la ausencia de Ezequiel» (p. 231).

En resumen, esta novela absorbe el sueño republicano de una pedagogía nueva que resulta finalmente frustrado. La autora, maestra, incorpora las marcas del género de la novelística profesional que tienen que ver con el caciquismo y, en definitiva, la exploración realista de la condición social de la docente, como una continuación de la evocación que había hecho antes en su novela Dolores Medio.

### *MUJERES DE NEGRO* (1994)

Estructurada en tres partes, «Los vencidos», «El destierro» y «El regreso», esta novela presenta en la primera de ellas la vida de Gabriela con su madre y su hija Juana en una ciudad castellana asfixiante durante el periodo de la guerra civil. Ezequiel ha sido fusilado por sus ideas republicanas y el padre de Gabriela ha muerto poco antes de empezar la guerra. La vida continúa, a pesar de la imposibilidad que tiene ella de recuperar su trabajo en la escuela pública. Ha de defenderse como puede dando clases particulares en el domicilio, según testimonia su hija Juana, convertida ahora en narradora: «Solo tenía una mesa y seis sillas, pero poco a poco aquello comenzó a adquirir una atmósfera de escuela. Clavó en la pared un mapa y un encerado pequeño. Dos cajones forrados de papel servían de estanterías. Allí

colocó los libros que más usaba: la *Aritmética razonada*, *Platero y yo*, *Poesía infantil recitable*, *Países y mundos*, los restos del naufragio» (p. 12).

Juana, incorporada como alumna a las clases particulares, pondera las capacidades de su madre: «Cuando la clase empezaba y los niños la rodeábamos, mi madre empezaba a hablar y el torrente de sus palabras se extendía ante nosotros como un gran tapiz» (p. 12). La narradora testimonia la subsistencia difícil: Gabriela pierde una de sus clases, la que impartía a un niño enfermo, por la simple razón de que los padres del chico han sabido que la maestra tiene ideas republicanas. Los niños del grupito empiezan a buscar acomodo en distintos colegios y Gabriela considera la opción de enviar también a su hija a alguna escuela para que no esté todo el día en casa (p. 30). Encontrado el nuevo colegio, Juana, muy bien preparada, «pasa con las de ingreso». La madre, que no deja de evocar con nostalgia los tiempos pasados, fomenta en la hija una buena educación literaria: junto a los viejos cuentos de Calleja, «también leía otros libros que mi madre me compraba. Cuentos de Antoniorrobles, de Celia, de Andersen y de Grimm» (p. 39).

Terminada la guerra y vendida la casa, Gabriela planea la salida de España (segunda parte), que lleva a cabo después de casarse con el viudo Octavio. Él es un millonario mexicano que lleva a Gabriela y Juana a su hacienda de Puebla. La maestra monta su propia escuela en una gran sala que da a la parte posterior de la casa, y que provee con pupitres, tizas, libros, cuadernos, encerado, globo terráqueo y mapas (pp. 68-69). Ha renovado sus ilusiones hasta el punto de que la escuela tiene éxito desde el primer momento: «Yo volví a descubrir en mi madre la sonrisa y el tono de voz que reservaba para sus clases» (p. 73).

Buscan un colegio en Puebla para que Juana y Merceditas, la hija de Octavio, preparen la secundaria. Es un colegio pequeño fundado por un matrimonio de refugiados que había logrado reunir en sus aulas a alumnos procedentes de familias liberales: «hijos de médicos, de abogados, la gente que simpatizaba con los vencidos de España y los perseguidos de Europa» (p. 73). Es tiempo de guerra en Europa,

seguida con inquietud por la nueva familia a través de la radio. La situación familiar se ha encauzado convenientemente: «La relación entre nosotros cuatro fue un acierto desde el primer momento. Merceditas mostraba hacia mi madre la misma confiada actitud que a mí me inspiraba Octavio. Eran Gabriela y Octavio para nosotras. Octavio no era mi padre y mi madre no era la mamá de Merceditas» (p. 87).

Los estudios de secundaria de las chicas van por el buen camino, contando además con el refuerzo académico proporcionado por Gabriela: «Mi madre me daba a leer poesía española y una profunda nostalgia me asaltaba. Atravesaba una etapa muy inestable» (p. 95). Como muchas chicas mexicanas, lee las novelas de Rafael Pérez y Pérez para disgusto de la madre, que no era partidaria de ese tipo de novelas, y por eso anima a su hija a leer *El gran Meaulnes* de Fournier, *David Copperfield* de Dickens o *Primer amor* de Turgueniev (p. 96). La escuela doméstica levantada de la nada, con cuarenta alumnos, va a ser cuestionada por las autoridades. La coeducación estaba prohibida en todo el territorio y Gabriela la practicaba. Aquello tenía que terminar, se separaría a los niños de las niñas «por la moral y las buenas costumbres» (p. 99) y se abriría además una investigación. Se salva en parte la situación, con la condición legal de que en adelante se separen niños y niñas.

El tiempo de exilio intensifica la relación filial entre madre e hija, pero a la vez la joven inicia un camino de emancipación, deseosa de sacudirse la dependencia que ha tenido de las «mujeres de negro»: «Mi madre seguía siendo la persona más importante para mí, pero yo necesitaba respirar por mi cuenta, vivir, experimentar» (p. 100). Quiere alejarse del puritanismo laico en el que ha crecido; es vitalista y mira al futuro. La guerra mundial ha terminado y Gabriela desea que su hija siga estudiando en uno de los colegios que fundaron los exiliados españoles en Ciudad de México. Consigue una plaza para el curso siguiente y encuentra en el nuevo centro a profesores excelentes: «profesores españoles, amigos españoles, casas españolas que se abrieron para mí con generosidad» (p. 115). España empieza a tomar cuerpo en las ensoñaciones de Juana. Tiene dieciséis años y alienta la idea de regreso a la patria. Ella sigue reflexionando sobre su trayectoria y las circunstancias familiares que la han situado en ese momento vital.

La tercera parte de la novela evoca «el regreso». Después de algunos años en México, Juana toma la decisión de regresar a Madrid para iniciar estudios universitarios en la facultad de Letras. Vive de pensión, explora la topografía urbana, observa la pobreza de los barrios marginales, confraterniza con chicos y chicas de su edad. Unos discuten sobre la rivalidad de los toreros Luis Miguel y Antonio Ordóñez, pero otros recitan la poesía de Antonio Machado. Encuentra una universidad que, en tiempo de posguerra, ensaya sus primeros conatos de rebeldía: «hubo por entonces un amago de revuelta en la Facultad de Derecho» (p. 147). Entra en contacto

con jóvenes de izquierdas muy politizados que quieren hacer oposición al régimen, alguno de los cuales será detenido o encarcelado temporalmente; se enamora de Sergio y vive con él días de amor y rosas, aunque sufre más tarde la decepción amorosa. Avanza en sus estudios universitarios en medio de la inquietud. Regresa en un periodo vacacional a México para asistir a la boda de la hija de Octavio. Vuelve a Madrid y termina sus estudios. Aunque tiene una perspectiva incierta, decide viajar a Francia, sabedora de que cuenta con el respaldo económico que le proporciona la herencia de Octavio, no sin haber hecho antes el oportuno balance de las experiencias y los aprendizajes ganados.

### *LA FUERZA DEL DESTINO* (1997)

Josefina Aldecoa cierra poco más tarde con *La fuerza del destino* (1997) una trilogía atravesada por la pedagogía, aunque en esta tercera entrega, el personaje de Gabriela, que retoma las riendas del relato en primera persona, acuse desesperanza. Había prometido regresar a España cuando Franco hubiera muerto y así lo ha hecho. Instalada en Madrid y jubilada, solo le queda pasar el último, pero aún valioso, tramo de su existencia en el que sigue operando el recuerdo y la reflexión sobre toda una vida dedicada a la enseñanza. La novela queda conformada como largo monólogo reflexivo a través del cual Gabriela trata de afrontar una nueva etapa de su vida, cerca de su hija y de su nieto, Miguel, que es fruto del primer matrimonio de Juana. El aspecto afectivo y familiar han pesado, pues, en la decisión de su vuelta a España. Juana, que vive con ese primer hijo, está unida en un segundo matrimonio a otro hombre y ha formado hogar propio. La madre, aunque vive sola en las afueras de la ciudad, mantiene el vínculo con esos seres queridos sin que se pueda desasir de la inseguridad propia del exiliado.

Las reflexiones sobre la muerte de Franco y el desarrollo inicial de la democracia en España permean toda la rememoración, por lo que no faltan, como anclaje narrativo, hitos como el referéndum de la Constitución, las primeras elecciones, el golpe de Estado del 23-F, entre otros momentos. La experiencia vivida en tiempo de república, guerra y exilio otorgan al personaje narrador una autoridad especial,

puesto que puede elaborar un pensamiento depurado obtenido del contraste entre la España del ayer y la del hoy. Constata, efectivamente, que el país que ella dejó es ahora otro muy diferente, de modo que se le ofrecen nuevos estímulos para afrontar el último tramo de su recorrido vital.

Sin embargo, señala la narradora, «es difícil enterrar para siempre episodios completos de nuestra vida» (p. 150), y menos aún cuando esos episodios han sido traumáticos. De ahí que, a lo largo de toda la larga rememoración, brote con fuerza como segunda línea narrativa la evocación de su pasado, ligado sobre todo al sueño de la pedagogía republicana que ella alentó junto a su marido Ezequiel. Es recurrente la consideración, con nuevas aportaciones y matices diferentes, de la relación de esos dos maestros que se unieron en matrimonio; más que por amor, porque coincidieron en un común ideal educativo. El interés que despierta en Miguel la trayectoria vital del abuelo obliga a la narradora a hilvanar su biografía, en la que no faltan notas sobre la bondad, el apasionamiento, la vehemencia ideológica y el fusilamiento el día 18 de julio de 1936.

Es sistemático también el recuerdo de sus destinos en escuelas de diferente condición: los primeras escuelas en las que ejerció como maestra interina, el destino de Guinea que ya había dejado una huella profunda en ella antes del tiempo de la república y guerra; o el tiempo de la revolución de Asturias, destinada en el pueblecito de los valles mineros: «Había hecho en Guinea el mismo trabajo que iba a seguir haciendo en otros pueblos: educar, luchar para que los niños supieran más y en consecuencia se defendieran mejor de las injusticias a que estaban sometidos» (p. 26). Con menor vehemencia recuerda, aunque se trate de una etapa más reciente, la puesta en funcionamiento de la escuela mexicana.

# EL MAESTRO EN LA ESCUELA DE LA POSGUERRA

La narrativa española de posguerra y de las décadas posteriores acoge abundante material testimonial sobre la figura del maestro de escuela, al prestarse el personaje en ese nuevo contexto a tratamientos realistas, pues conceptos como escuela y educación difícilmente pueden sustraerse como temas de fondo a las distintas promociones de novelistas de ese periodo[83]. El docente masculino, en la novelística, suele ser personaje secundario incluido habitualmente en argumentos que van más allá de la temática escolar, aunque puedan encontrarse ya algunas novelas con personaje principal maestro de primeras letras. Al igual que en anteriores épocas, va a presentar mayor rendimiento en el relato corto.

El núcleo narrativo que evoca la escuela de los años cuarenta alude, por un lado, a las academias y colegios privados, donde imperan el memorismo, los alfabetos implacables y el prurito ortográfico y, por otro lado, la escuela rural, aquejada de insuficiencias tanto materiales como didácticas, con cartillas desgastadas, enciclopedias, cantos patrióticos, copias mecánicas de textos y, excepcionalmente, una educación literaria que fluctúa entre los cuentos populares narrados por maestros y maestras con algunas dosis de sensibilidad y las declamaciones de poesías lacrimógenas en actos académicos impostados.

Los colegios privados y las academias preparatorias para el bachillerato en época de posguerra aparecen dibujados con tintes sombríos en *La sombra del ciprés es alargada* (1948) de Delibes, con una lóbrega academia dirigida por un maestro de mezquinos horizontes, donde se practican dictados y análisis gramaticales: «Sus primicias pedagógicas me las brindó la misma noche de mi llegada. -¿Sabes leer, Pedro? –comenzó. –Sí, señor. -¿Sabes escribir? –Sí, señor. -¿Sabes sumar? –Sí, señor.

83 Sobre los usos y costumbres de la escuela reflejados en la literatura ha insistido últimamente la crítica: Ezpeleta (2006), Lomas (2007 y 2008), Martínez Otero (2010). Más en particular, sobre la educación lectora y literaria en la narrativa, Ezpeleta (2011, 2013a y 2013b).

-¿Sabes restar? –Sí, señor -¿Sabes multiplicar? –Sí…, señor. -¿Sabes dividir? –Sí, señor. -¿Conoces la potenciación? –No, señor» (p. 17).

Las didácticas de los maestros de los años cincuenta siguen maneras parecidas a las de la década anterior. Copias de muestras de texto en número desorbitado, repaso de la lección a través de preguntas orales, aunque con algunos atisbos ahora de enseñanzas lúdicas, como la práctica de los juegos de momos, o la constatación de la presencia de algún maestro «nuevo» que emite guiños didácticos al sueño pedagógico republicano, a la vez que se aparecen en las narraciones algunos maestros comprometidos que alfabetizan a la población adulta.

Los primeros años sesenta suponen cierta continuidad con la situación anterior, tal como refleja la novela de Andrés Berlanga, *La gaznápira* (1984), de la que desprende una mirada panorámica de la escuela rural masculina de aquella década, con apreciaciones, asimismo, sobre la escuela anterior a través de cortes fragmentarios que evocan los finales de los cuarenta y de los cincuenta. El contexto propicia una educación que carga las tintas en la religión y las lecciones de memoria. No falta uno de los motivos recurrentes en este tipo de literatura, como es el expediente al maestro, o la inauguración de biblioteca como logro del régimen[84]. El maestro don Salustiano utiliza el plumillero, el tintero de loza y practica una pedagogía «de corro».

El cuento, a la manera de la tradición que viene del siglo XIX, devuelve al lector numerosos ejemplos de tratamiento del maestro como personaje central. Así, Sebastián Juan Arbó en *Martín de Caretas en el pueblo* (1958) lo presenta practicando una pedagogía aflictiva:

> Martín andaba muy ajeno a lo que ocurría, ocupado con todo su ánimo en trazar unas letras; siempre le quedaban mal. *Camándulas*, que había salido a la revista, vio el cuaderno en el suelo. Con el afán del vapuleo, no se dio cuenta de que Martín tenía el suyo delante, y le descargó el varazo. Martín se volvió asustado, sin saber qué sucedía. Precisamente aquella mañana había trabajado con aplicación, con la lengua fuera, esforzándose en dibujar letras lo mejor que podía. No le valía. *Camándulas* estaba allí, de pie, mudo, señalándole con la vara el cartapacio en el suelo (p. 20).

84 María Nieves Gómez García señala cómo los niños y las niñas de los años sesenta viven en un país que está cambiando (la televisión y la emigración actúan como agentes de transformación). «Sin duda el modelo de enseñanza estaba cambiando, aunque todavía ese cambio no afectase esencialmente al objetivo final de la educación propuesta. La escuela de los años sesenta estaba prendida todavía de los principios del Movimiento Nacional, aunque maestros y escolares empiecen a sentirse incómodos con el uso de sus rituales en otro tiempo indiscutibles» (2006, pp. 337-338).

En esos mismos años cincuenta Ángel Mª Lera, en *Los olvidados* (1957), presenta una experiencia testimonial en la que cobra protagonismo la figura del maestro anarquista, como continuación de las estampas que habían ofrecido antes autores de principios de siglo XX[85]. Extiende por los pobladores adultos de las chabolas de una zona marginal una educación en la que se mezcla la teoría y la vida; enseña gramática y valora las lecturas de Galdós, Hoyos, Trigo, Zamacois:

> Antonio conocía bien todo esto. Ahora tenía que entrar en su chabola para preparar el quinqué, los lápices y los cuadernos. Pronto vendrían Emilio y sus otros tres discípulos y tendría que enseñarles gramática y un poco de geografía. Para él era sumamente fácil explicar temas de estas asignaturas. Sus apuros, sin embargo, empezaban cuando sus alumnos preguntaban algo de la vida (pp. 190-191).

Los maestros de posguerra que pueden espigarse en los relatos de Ana María Matute (*Algunos muchachos*, 1964) son percibidos con alguna dosis de benevolencia por la voz del narrador, con cualidades humanas positivas, empeñados en alfabetizar a domicilio a los niños reticentes a la frecuentación de la escuela. Por el contrario, Lauro Olmo en el cuento «Tinajilla», de *Golfos de bien* (1968), describe al maestro de escuela, don Ramón, como una mala persona, autoritaria, hosca y terrible: «Era el dos más dos, el cabo de Finisterre y el pluscuamperfecto de subjuntivo del verbo ser» (p. 142).

Los cuentos de Luis Mateo Díez contienen testimonios ricos y sentidos de la experiencia rural de la escuela de los años cuarenta y cincuenta donde se confrontan modelos viejos frente a algunos atisbos de los nuevos, con la figura del maestro ajustada al estereotipo (vestimenta llamativa, castigos físicos, material escolar deficiente y situación social del maestro muy precaria). Con todo, encontramos un juicio más favorable en alguno de sus relatos, como en «Las voces» (pp. 80-83), de *Días del desván* (1997). A pesar de presentar a don Servo como un maestro que atemoriza a los niños con vara en medio de la escasez de material de la escuela rural, hay lugar para una cierta educación literaria con cuentos a la lumbre:

> La voz del maestro tenía en la lectura un tono más sosegado, como si se demorara en las frases para facilitar su comprensión y alargar aquellas historias que unían en el invierno, entre el clamor monótono de la lluvia y el rumor de la estufa, las desventuras del caballero andante, los ardides del pícaro o las habilidades de un náufrago remoto. Esa voz no era muy distinta de las voces nocturnas que entretenían las reuniones en las cocinas del

85 De manera episódica aparecen personajes maestros en novelas de los primeros años del siglo XX con un perfil de anarquista o comunista, estimulados a la entrega altruista por el bien de la humanidad, cercanos a los más desfavorecidos. Así, Baroja en *Aurora roja* (1904) o Blasco Ibáñez en *La bodega* (1905).

> Valle, cuando todas las labores estaban hechas y los vecinos concurrían con la paciencia de un ocio que podía demorarse hasta el aviso del sueño (p. 82).

En fin, en el relato «La tiza» (pp. 101-103), el maestro sustituto don Arno sucede a la vara de don Servo y convierte la tiza en instrumento lúdico para enseñar ahora a través de colores y dibujos[86].

Una novela que podría asimilarse a las del género profesional es la escrita por Luis Carbonell Juárez. Entre la escasa información encontrada sobre este escritor, conviene destacar su propio testimonio sobre la génesis de *La novela de un maestro* (1960): se trataría de una obra concebida durante un tiempo largo como homenaje a su maestro de la escuela del pueblo valenciano de nacimiento. Tal vez eso explique que en algunos detalles la novela quede contextualizada en época de posguerra y en algún otro se retrotraiga a momentos anteriores.

Se desvía algo más del género profesional que examinamos la novela corta *Dabar* publicada en 1956 por Luis Lucas (1918-1984) y José Gallardo (1924-1971). Habría sido uno de los muchos relatos olvidados, si no fuera porque fue llevada al cine con éxito en 1958 a través de una coproducción italo-española bajo la dirección conjunta de Eduardo Manzano y el director y actor italiano, Aldo Fabrizi, con el título *El maestro*. El actor principal, el propio Fabrizi, obtuvo con esta película el premio Mediterráneo en la Bienal de Venecia de 1957; y el guion cinematográfico mereció, asimismo, el premio Nacional del Sindicato, la medalla del Círculo de Escritores Cinematográficos, el premio Fotogramas de Plata y fue considerado de interés nacional por el mensaje poético y espiritual que transmitía el filme.

Novela plena y de calidad es *Primer destino* (1989), de Salvador García Jiménez, quien vuelca en ella su primera experiencia como maestro rural en Aledra, un pueblo de la sierra de Murcia. Novela de iniciación a la vida profesional, pues, que transcribe en estilo coloquial y a la vez poemático las impresiones autobiográficas del joven maestro de diecinueve años con un balance final de frustración profesional y sentimental.

José Antonio del Cañizo, en un clásico de la literatura juvenil como *El maestro y el robot* (1983), da cuenta humorísticamente la labor del maestro rural en momentos de cambio en los primeros años setenta (Ley Villar Palasí): la transición al

86 Los dos volúmenes de cuentos sobre maestros y maestras coordinados por Isabel Cantón (2009 y 2010) contienen 45 relatos, alguno de ellos contextualizado en la escuela de posguerra, por lo que la visión del mundo escolar puede enriquecerse a través de su lectura. Algunos están firmados por cuentistas de prestigio como Ramón Carnicer, José María Merino, Juan Pedro Aparicio, Julio Llamazares o Lourdes Ortiz.

modelo educativo tecnocrático. El autor contrasta el primitivismo de las escuelas unitarias con los nuevos modos que dan carta de naturaleza a las «tablas», los «gráficos», la «teoría de conjuntos» y los «nuevos análisis sintácticos» (p. 59).

## *LA NOVELA DE UN MAESTRO* (1960) DE LUIS CARBONELL[87]

Sorprendió en el ambiente literario de Barcelona la concesión del «Primer Gran Premio de Novela Juvenil Cadete» de la editorial Mateu a un desconocido Luis Carbonell Juárez. El jurado, constituido entre otros miembros por Ana María Matute e Ignacio Agustí, valoró «la sencillez, sensibilidad y ternura» con la que se describían en la novela ganadora «las vicisitudes de un maestro que llega a una aldea rústica aislada y pasa del vilipendio al gran afecto. Merced al cambio en los sentimientos de las gentes del pueblo, logra superar una crisis personal peligrosa, terminada la cual permanece en el pueblo»[88].

La crisis personal superada por el personaje principal tiene que ver con la suplantación de identidad aceptada por él ingenuamente. Enrique Martínez, muchacho de familia pobre, al recoger las calificaciones de su último curso de estudiante de Magisterio, ve cómo sus compañeros, señoritos algo frívolos, logran la titulación, mientras él, que tiene una gran vocación, suspende una de las asignaturas. Uno de los amigos aprobados le propone, medio en broma medio en serio, someterse a un intercambio de documentación a efectos de que Enrique pueda ser destinado como maestro a un pueblecito durante el inminente curso escolar. Al final, lo que parecía una broma se hace realidad: tal es la ofuscación de Enrique, motivada por el inmenso deseo que tiene de ejercer como maestro rural.

87 Luis Carbonell Juárez, que era un modesto ferroviario y trabajaba además en la sección de etereotipia de *La Vanguardia*, había sido merecedor con *La novela de un maestro* (1960) de las 70 000 pesetas de dotación de un premio al que se habían presentado ochenta originales entre los que se encontraban escritores consolidados como Carmen Kurtz.

88 *Hoja del Lunes de Barcelona*, 5-12-1960, p. 33.

A partir de ahí, en el pueblecito Calasiete de la provincia de Segovia al que llega para ejercer, lo han de conocer por el nombre de Juan Romero, que es el del compañero que ha facilitado el engaño. El lector se sumerge enseguida en las escenas repetidas que caracterizan al género examinado: menosprecio y humillación tanto a la profesión como a la propia persona del docente. El pueblo está gobernado por uno de los muchos caciques que ya conocemos. Las burlas, la ignorancia y la falta de higiene dan el tono al ambiente del lugar, en el que el oficio docente se asocia a la falta de virilidad.

Tanto la escuela como la vivienda asignada están en un estado lamentable y los alumnos son en un principio escasos. El maestro se emplea a fondo como albañil para dejar en condiciones aceptables el edificio. Muestra desde el primer momento su gran entrega a la causa de la educación y regeneración de la población. Aunque el bloque oponente exhibe su fuerza, el maestro cuenta con el apoyo de un viejo tartanero que hace viajes a la capital; además de la complicidad del sacerdote y de la vieja maestra jubilada. Enrique practica en el aula la pedagogía del amor, fomenta la lectura, busca la cooperación de los chicos, no es partidario de los castigos y gusta hacer excursiones, en alguna ocasión en compañía también de las niñas y la joven maestra.

Poco a poco logra aumentar el número de matrícula, sobre todo, al incorporar los deportes (el fútbol, en especial) y la gimnasia como atractivo educativo. No le importa, además, poner su dinero al servicio de la mejora material de la escuela. Cuando solo contaba con cinco alumnos consiguió un triunfo que resonó en la población, pues el quinteto escolar ganó un concurso radiofónico a partir de los ensayos musicales hechos con las cinco armónicas traídas de Segovia por el tartanero cómplice. La labor benéfica del mentor se extiende poco a poco a los muchachos absentistas que vivaquean por el pueblo. No solo consigue atraerlos, sino que además proporciona educación a los adultos. Aún se añade como factor coadyuvante para la mejora educativa del lugar la llegada del indiano emigrado a América, decidido a sumarse al bando regenerador. Él sufragará el aumento de libros de la biblioteca escolar, las tablas de ajedrez con sus correspondientes relojes, las nuevas armónicas para los alumnos que se van incorporando, o las mesas de ping-pong.

Así pues, el maestro, que ha tenido que superar serios obstáculos (hasta se ha visto en la necesidad de enfrentarse físicamente a alguno de los adultos violentos), va logrando ganar adhesiones, hasta llegar a la plena aceptación de las gentes. Ese es el momento en que se atreve a sincerarse con sus alumnos y confiarles el secreto de que no tiene título oficial y que, por lo tanto, corre serio peligro de ser apartado del ejercicio docente. Dispone de una oportunidad en la convocatoria próxima del examen de aquella asignatura que le falta por aprobar. La semana de permiso para

presentarse al examen tiene en vilo a los 45 alumnos que ha logrado atraer a su clase, y el viejo sacerdote se va a hacer cruces de las inopinadas y frecuentes visitas que hacen los muchachos a la iglesia durante esa extraña semana.

Al final, se crea una gran expectación ante la suerte de ese examen que, al parecer, puede contribuir a que Enrique pueda seguir regentando la escuela. Llegan buenas noticias a través del teléfono y, efectivamente, el maestro aprueba la asignatura. La gran entrega a la profesión ha conseguido revertir el sentimiento inicial de rechazo, de tal manera, que el viejo inspector que había iniciado un expediente contra Enrique, al ver el magnífico recibimiento que los vecinos dan a su maestro, rompe los papeles y deja pasar un caso, que tenía no poca gravedad. El novelista opone por contraste las últimas páginas de recibimiento entusiasta del pueblo a las iniciales en las que el maestro había sido recibido en medio de burlas; y, claro, el desenlace lleva aparejada la sugerencia de unión futura en matrimonio de Enrique y la joven maestra, hecho que redundará en la regeneración de los habitantes de la población.

## *DABAR* (1956) Y *EL MAESTRO* (1958) DE LUIS LUCAS Y JOSÉ GALLARDO[89]

La editorial Colección Popular Literaria publicó la novela *Dabar* poco después con el título *El maestro* (1958), en un libro de 78 páginas con la dedicatoria «a Aldo Fabrizi, ese gran actor», una vez pasado el tiempo de su proyección cinematográfica. La materia de este texto se distribuye en tres partes bajo los epígrafes «La gran esperanza», «El banco vacío», las dos primeras, y sin título, la tercera. Se trata de una novela en la que, desde el principio, se pone el foco sobre el personaje principal, Juan Canencia, un maestro de escuela nacional natural de La Coruña que, tras aprobar oposiciones y casarse, es destinado a ejercer en la escuela de Camariñas. Al nacer su hijo, fallece su esposa y, viudo, se entrega de lleno a la educación de su hijo, Antonio, como padre y también como maestro suyo. El niño está a gusto en el pueblo y hereda de su padre la afición por la pintura.

Juan desea trasladarse a Madrid para dar un mejor futuro profesional a su hijo, con el propósito, además, de fundar allí una escuela de pintura. Obtiene el traslado deseado para disgusto del muchacho, que se ha aclimatado bien al ambiente rural marinero de Camariñas y, también de los vecinos del pueblo, que se habían encariñado con el profesor debido a su competencia profesional. En Madrid, el maestro ha de desempeñar su puesto en el grupo escolar Zumalacárregui, en el barrio de

89 Luis Lucas Ojeda (1918-1984) y José Gallardo (1924-1971). Escritores y guionistas de cine.

Cuatro Caminos, un centro escolar grande en el que puede compartir sus inquietudes pedagógicas con otros compañeros; o con la señorita Luisa, que elabora una tesis de doctorado sobre pedagogía escolar. Don Juan va a poner en práctica, a la manera de un partido de fútbol, un campeonato en el aula en la que los equipos formados «juegan con las preguntas» sobre las distintas materias académicas, sirviéndose de algunos términos futbolísticos: la lección es el balón, el penalti es una equivocación en la pregunta…

Juan explica a sus compañeros sus métodos, y aun más, transmite a la doctoranda su ideario educativo basado en la pedagogía natural que ha experimentado con éxito en su anterior destino rural. Le dice que al lado de esos niños que ayudan en sus casas y que salen a las faenas pesqueras es «donde se aprende pedagogía» (p. 27). El maestro tiene ideas claras: «para enseñar no es necesario aprender de memoria esos enormes libros llenos de textos o de leyes pedagógicas, todos escritos por un señor que nunca salió de su despacho y nunca tuvo que luchar con los niños» (p. 26).

Don Juan, que ha pedido que su hijo asista a la clase que él tiene encomendada, ha entrado en su nueva escuela con buen pie. Los alumnos van uniformados con babi y guardan su material escolar en grandes carteras. Pronto se gana el respeto de alumnos y compañeros, y Antonio, finalmente, empieza a olvidar Camarillas. En el momento alegre de celebración del nacimiento de un hijo del portero del colegio, Antonio, que en ese momento tiene ocho años de edad, sale corriendo de su casa para entregar a su padre el sobre que contiene la aceptación del proyecto de la escuela de pintura, y en la calle encuentra la muerte fulminante al ser atropellado por un vehículo de grandes dimensiones.

El maestro, devastado, entra en una profunda crisis y el banco ocupado por su hijo queda vacío. El director, Luisa y sus compañeros se esfuerzan en animar a don Juan, pero este decide abandonar la escuela. A partir de ese momento se hace valer en el relato el elemento religioso, por medio de la aparición de un niño angelical, rubio y de ojos azules. Es Gabriel y su acción resulta benéfica para el maestro, que poco a poco va a reemplazar en su inconsciente al hijo muerto, hasta el punto de

ocupar el banco vacío. Este hecho sirve como bálsamo para que finalmente el maestro reconsidere su decisión de abandonar el colegio.

Toda la parte segunda y tercera de la novela se mueve en terreno espiritual, tan caro a un cierto tipo de literatura de la época, y las voces de la narración no dejan de apelar al concepto del alumno como hijo del espíritu. Naturalmente, de la presencia de Gabriel no podía dar cuenta ninguno de los maestros y alumnos de la escuela: era una voz interior que empujaba a Juan a la superación de su trauma. El maestro siguió dando sus clases en aquella escuela y adensó su sentimiento religioso: «y un día, una gran Escuela de Pintura elevó su geometría en el azul del cielo de la gran ciudad. Hoy todavía en la capilla se venera la Virgen del Pincel, como símbolo y recuerdo de aquella aventura maravillosa» (p. 78).

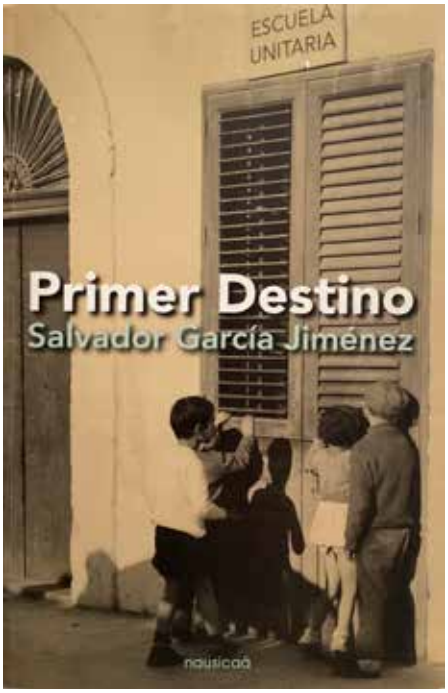
### *PRIMER DESTINO* (1989) DE SALVADOR GARCÍA JIMÉNEZ[90]

García Jiménez explica en su novela el funcionamiento de la escuela unitaria: ambiente opresivo, muchos alumnos, fatigosa faena burocrática, mediatización caciquil y clerical, inspección latosa, precariedad y dificultades de convivencia. La narración, enhebrada en capítulos semejantes a estampas o cuentos breves, capta el ambiente rural de los años centrales de la década de los sesenta (curso 1964-1965), con el Concilio Vaticano II y el tímido despegue económico de fondo. La narración absorbe los novedosos usos y costumbres del momento (diferentes marcas de automóviles, libros, guateques y músicas), pero, por encima de todo, está el retrato rural hecho a través de los tópicos característicos del ejercicio del magisterio rural.

Tras la despedida triste de su madre, Salvador, casi un adolescente, debe tomar posesión de su primer destino. Acaba de perder al padre, pero conserva aún una ingenuidad que funciona como clave literaria de toda la evocación. A pesar de que se le ofrece una casa, no cuenta con el dinero suficiente para adecentarla y, antes que pedir un anticipo de sueldo al «habilitado» para pagar el mobiliario necesario, prefiere como solución más segura la fonda, que le cuesta 600 pesetas.

Queda bien explicado, como en otras novelas examinadas, el funcionamiento de una escuela unitaria rural. Describe el local con sus pupitres de formica y sus rincones

90 Otro escritor profesor que ha sabido fundir como nadie las pasiones de la escritura y la enseñanza es Salvador García Jiménez (1944). Son varias las novelas suyas en las que está trasmutada esa doble condición de creador y docente. La brega en el instituto está contada en *El síndrome burnout o el infierno de la ESO*; su incorporación a los estudios de Filología, en *Odio sobre cenizas*; la elaboración de su tesis doctoral, en *La peregrinación*.




llenos de telarañas; es una escuela con 3 grados y 62 alumnos. Para presentarse a las oposiciones ha tenido que superar el Campamento para Instructores Elementales y ahora debe rellenar el libro de matrícula de *El Magisterio Español*. Da cuenta de los malabarismos que hace para enseñar cantando a los párvulos sirviéndose de alumnos ayudantes, única forma de lograr avances del grupo entero en lectura y escritura. A la vez, tiene que enseñar Historia Sagrada a los del segundo grado y el máximo común divisor, a los de tercero. Los alumnos mayores, que estudian la enciclopedia Álvarez, solo tienen cuatro años menos que su profesor.

Salvador tiene la sensación de estar preso en una cárcel. Mediante extensas circulares, la inspección le ordena sacar adelante un pesado trabajo, y no le queda más remedio que acostumbrarse a los usos pedagógicos que exigen desenvolverse con los periódicos murales y las lecciones conmemorativas. Necesita aumentar su sueldo y consigue un alumno particular de tercero de bachillerato que le abona 300 pesetas al mes; no es una mala idea, porque este trabajo suplementario le sirve para repasar el currículo del bachillerato con vistas a una promoción posterior, porque el maestro tiene algunas aspiraciones intelectuales: «juré por la muerte de mi padre licenciarme en la Facultad de Filosofía y Letras para opositar en su día a una cátedra de Instituto como única salida a mi laberinto de maestro rural y fórceps del poeta que estaría asfixiándome dentro de mí» (p. 151). La escuela, la pensión y el casinillo se le caen encima.

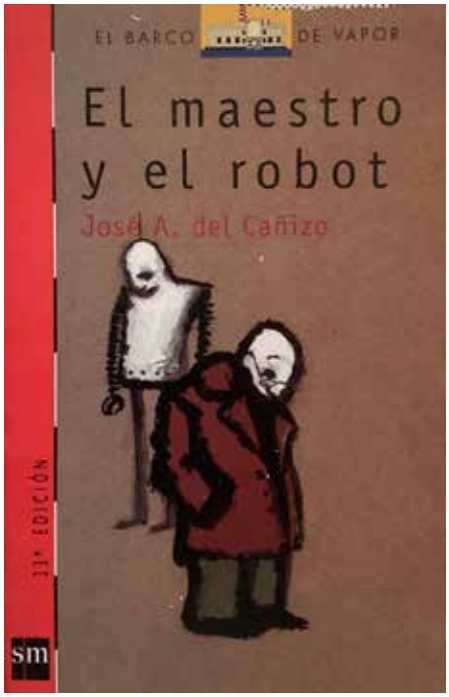
La maestra tarda en llegar al pueblo, no así el cura, que va a adquirir un papel principal como oponente del maestro. Sobre esa figura, identificada con el mal caciquil, recae la más ácida diatriba del narrador. Es un mal sacerdote que no se lleva bien con el sexto mandamiento. El joven maestro, por el momento, no va más allá de algunas efusiones sentimentales-sexuales ingenuas que, como mucho, llega a plasmar en los poemas que escribe con su *Hispano-Olivetti*. En la sierra se pasa frío, e incluso, se ve la nieve; pero se puede salir al campo y hacer excursiones, como la que comparte con su compañera maestra y los alumnos de ambos.

Al fin había llegado la nueva maestra interina. Siente duelo por ella porque va a convertirse en fácil víctima del caciquismo: «Yo sabía que Asunción jamás apro-

baría las oposiciones. En la pizarra de su escuela, en cinco líneas, sorprendí escritas *niebe* y *Pulgatorio*, y a través del delgado tabique jamás pude percibir otra cosa que no fuera esgrima de agujas de molde, letanía de Rosario o la canción desafinada *De colores se visten las flores*» (p. 151). Si el maestro sufre desafección, las penurias de la maestra aún son mayores. En realidad, Salvador sueña con la maestra del pueblo vecino, Purgatorio, a la que se declara de forma inoportuna: «Yo tengo novio en Cartagena, respondió sin endulzar su negativa con cualquier divagación. Es teniente de navío. De veras que lo lamento, Salvador» (p. 178).

Salvador acude a Caravaca de la Cruz para participar en la reunión del Centro de Colaboración que va a celebrarse en el colegio nacional y en la que el inspector recomendará a los sesenta maestros de la zona «los cuadernos de rotación, la enseñanza personalizada y los centros de interés» (p. 183). El curso va pasando monótono y las únicas novedades consisten en la aparición en el pueblo de un misionero venido de África o de los comerciantes, el rato en el casinillo para ver torear al *Cordobés*, los partidos de fútbol del Real Madrid o la llegada de un material escolar del que el maestro solo salva el *Diccionario de sinónimos* y el *Manual de papiroflexia*.

Cuando han transcurrido ocho meses y medio, Salvador, en compañía de algunos lugareños, va a tener «su noche de cerezas» (pp. 189-195) o, lo que es lo mismo, su primera experiencia de sexo pagado. El curso termina y, en el último capítulo de la novela, se informa de la excedencia forzosa que ha solicitado Salvador, quien es recibido por su madre «con yemas de huevo batidas en leche, con tabletas de chocolate, con copitas de quina» (p. 245), pero no puede sacudirse una sensación de fracaso vital. Ahora no le queda otro remedio que incorporarse a filas para cumplir con el preceptivo servicio militar: «y en la antecámara de la siesta, antes que verme discurrir al amanecer con la diana de mi reemplazo, deseé la muerte» (p. 245).




## *EL MAESTRO Y EL ROBOT* (1983) DE JOSÉ ANTONIO DEL CAÑIZO[91]

En un pueblo ficticio que tiene por nombre Villalmendruco de Todo lo Alto, el maestro don Nicomedes ejerce su función de maestro a plena satisfacción. La población está diezmada porque la gente adulta ha tenido que emigrar, pero los que quedan, en su mayor parte niños y ancianos, veneran a este maestro que practica con sus alumnos una pedagogía natural en su escuela unitaria. Sus clases son a veces excursiones por los alrededores: «En Villalmendruco de Todo lo Alto, desde que tenía aquel maestro, las clases eran así: pasear por el campo, coger leña, hacer herbarios y coleccionar minerales, subir a las ruinas del castillo, hablar sobre su historia y representar allí las batallas que había habido en sus muros hacía siglos. Y también observar las lagartijas» (pp. 11-12). Con todo, se anotan en el haber de este maestro «de toda la vida» prácticas como la invitación a la lectura de obras como *El libro de la selva, El Conde Lucanor* o *Las aventuras de Tom Sawyer.*

A partir de la visita de la inspectora van a empezar los problemas. El maestro le pide una estufa y pupitres nuevos, pero a ella le preocupa el sobresaliente general con el que don Nicomedes ha calificado a los escolares en la materia de manualidades, ante lo que la inspectora pide ver los trabajos realizados. Sus alumnos no hacen trabajos manuales «porque no los necesitan»; es decir, el maestro les enseña los productos de los oficios para que los niños los elaboren en sus casas: el pan, confitería, el vino…La inspectora buscaba los trabajos en *maché*, costureritos de raso,

91 En esta novela, el reconocido y prolífico autor de literatura infantil y juvenil José Antonio del Cañizo (1938) demuestra su talento narrativo al ser capaz de aunar técnica y corazón a la hora de valorar la escuela rural, del mismo modo que alcanza buen pulso en otra novela posterior, *El castillo invisible* (1996), en la que vuelve a demostrar sensibilidad, fundiendo misterio y vivencias escolares, a propósito del concepto de educación literaria. El maestro del pueblecito andaluz de esta última novela hace valer el emblema de que todo buen maestro es un poeta, en una historia que acoge la anécdota de los escritores en el aula, poniendo en marcha actividades de juegos carnavalescos con disfraces de personajes literarios.

plastilina, *collage*… No hay tal. Eso sí, queda el testimonio de un perchero hecho por los chavales. Don Nicomedes juzgaba con buen criterio que, dado que todos los hombres habían emigrado, era conveniente que los niños se acostumbraran a atender las necesidades para la supervivencia: labrar las viñas, cuidar las cabras o atender las gallinas (p. 19).

El idilio escolar va a interrumpirse definitivamente a partir de la recepción de una carta en la que se anuncian cambios importantes en los modos educativos. Nada menos que la construcción de una escuela piloto que incorpora los adelantos del momento. En principio la idea puede parecer oportuna, pero se trata de la escuela HALEHOP, Hiperescuela Astronáutica Localizable de Enseñanza con Holovisión Óptica Pistonuda, dirigida por un maestro-robot que facilitará tanto las cosas a los alumnos que estos se convertirán en sujetos pasivos.

El proceso de robotización es acusado también por el resto de la población. Los vecinos del pueblo se deshumanizan, pierden sensibilidad y acusan déficit de creatividad; don Nicomedes enferma y los niños empiezan a escuchar la nueva jerga pedagógica en medio de viajes fantásticos y recursos audiovisuales de última hora, incluidos los ordenadores, de tal manera que «la Hiperescuela Astronáutica fue aumentando su velocidad de vuelo» (p. 71). El robot quiere preparar a los niños para la vida del siglo XXI para lo cual se precisa «desenseñar» muchas cosas antes aprendidas (p. 94). Don Nicomedes, abatido, recibe una carta en la que se le comunica su traslado, pero las gentes del pueblo y el viejo maestro, sacando fuerzas de flaqueza, descubren el complot fraguado por unos extraterrestres que intentaban apoderarse de la Tierra, y logran, finalmente, expulsar al maestro-robot y reintegrar a don Nicomedes a su puesto de maestro en Villalmendruco de Todo lo Alto.

# LA MAESTRA EN LA ESCUELA DE LA POSGUERRA

La guerra civil española supone un hito histórico con consecuencias literarias y también pedagógicas, plasmadas en lo que Agustín Escolano ha denominado «la reacción arcaizante de la escuela de posguerra»[92]. Los años cuarenta se presentan como un periodo negro en el que la literatura se encuentra mediatizada por una censura que no admite con facilidad la disquisición sobre prácticas educativas. Por ello, y en lo que se refiere al material narrativo de autores significativos publicado en esa década, habrá que extraer entre líneas fragmentos en los que estos aspectos aparezcan tratados de modo tangencial. En *Viaje a la Alcarria* (1948) de Camilo José Cela, el narrador viajero se topa con maestras rurales que encarnan el paradigma de la docente que sigue metodologías memorísticas que atentan contra la lectura comprensiva (p.171). En *Mi idolatrado hijo Sisí* (1953) de Delibes, la anécdota gira en torno a la educación de un niño de seis años con un «tira y afloja» entre los padres que entienden de manera diferente los modos pedagógicos. Entre las maestras que dan lección al niño protagonista sobresale la señorita Matilde, que encarna el prototipo de maestra cursi y remilgada que insiste de forma obsesiva en el cuidado de la caligrafía, de la que se dice que «dibujaba primorosamente las letras» (p. 181).

Vuelve a ser representativo el detalle sobre la maestra rural que, también en los años cincuenta y sesenta, aparece situada en contextos de precariedad social, con reflexiones a propósito del callejón sin salida en el que se encuentran las docentes. Juan Goytisolo en *Campos de Níjar* (1960) las aboceta, diciendo de ellas «que las obligan a pasar una temporada en los pueblos antes de ir a la capital» y que «cuando se dan cuenta son solteronas y ya no encuentran a nadie que las salga» (p. 27).

92 «Maestros mal pagados, a los que se les halagaba con el tópico de la vocación mientras se les sometía a la disciplina del sistema, oficiaban como actores dóciles las rutinas de la profesión y los papeles que les asignaban los nuevos tiempos. Una enseñanza de cartilla, catecismo y enciclopedia daba orden y contenido a la marcha de las clases» (Escolano, 2006, p. 273).

Francisco Candel, en *Pueblo* (1961), capta la precariedad de la escuela rural de los finales cincuenta (pp. 232-239), con comentarios sobre una pedagogía que consiste en el repaso de la lección y las preguntas orales y, tal vez, alguna expansión lúdica. En *Viaje al Rincón de Ademuz* (1977) se constata ya cómo a finales de los sesenta y principios de los setenta las escuelas se van quedando progresivamente sin alumnos, con pincelada costumbrista sobre tertulias de los maestros con fuerzas vivas. Santiago Lorén en *El pantano* (1967) insiste en el retrato escolar realista de los años centrales de los sesenta con caracterización estereotipada de personajes. El espacio de esa novela es una localidad grande que tiene notario y, aunque de forma episódica, aparece la maestra, caracterizada negativamente para ejemplificar la falta de acoplamiento entre la escuela y las fuerzas vivas, tal como se demuestra en la sesión poética celebrada al final. Por su parte, Bernardo Atxaga en *Obabakoak* (1997) evoca las malas condiciones de la escuela y la soledad de una joven maestra rural y asocia la formación lectora con la enciclopedia difícil de Dalmau (p. 75).

El personaje de la maestra adquiere consistencia en algunas novelas representativas de la corriente del realismo social de autores como Enrique Nácher, Concha Alós y Jorge Ferrer-Vidal. En ellas se incorporan algunas marcas del género profesional, aunque estén construidas desde la capacidad de ideación del escritor de calidad. A ellos puede añadirse Lucía Baquedano Azcona, con su clásico *Cinco panes de cebada*. Con *Cerco de arena* (1961) ganó el médico y escritor valenciano Enrique Nácher en su segunda convocatoria el premio «Sinergia 1960», distinción concedida únicamente a los médico-novelistas. La novela, hoy casi desconocida, tiene una calidad indudable y en ella se presenta la vida de una maestra zaragozana llegada a ejercer a Morro Jable, población principal de la península de Jandía en la isla de Fuerteventura. Es doña Pilar Rodríguez, personaje principal quien, por la fuerza, ha de convivir con los habitantes de ese lugar en un ambiente extremadamente hostil. Concha Alós ganó el premio Planeta de 1964 con *Las hogueras*, novela realista ambientada en los primeros años sesenta en un rincón de la Mallorca rural, el pueblecito de Son Bauló. La escritora, que fue maestra en Mallorca, modela al personaje Asunción Molino como ser insatisfecho que arrastra una vida rutinaria entre la soltería y la pérdida galopante de su vocación.

Jorge Ferrer-Vidal es otro autor del realismo social que, en su *Diario de Albatana* (1967), posa su mirada crítica sobre la sociedad rural española de la época mediante la oposición entre el mundo de los habitantes de una población cerrada e hipócrita y el «elemento extraño», representado en el topógrafo visitante y la maestra de escuela, considerada igualmente como «oponente» principal. Estos dos personajes escandalizan farisaicamente al conjunto de un vecindario que, irónicamente, es portador de las virtudes tradicionales. El autor insiste en la descripción del ambien-

te rural asfixiante, en los mediados sesenta, y sumerge a la profesora en el ambiente caciquil al que acostumbran los escritores que tratan el asunto de la maestra rural.

Todo un clásico de la literatura juvenil, que retrata la escuela rural, es la novela de la escritora Lucía Baquedano Azcona *Cinco panes de cebada* (1981). Está escrita dos décadas antes de su publicación, cuando su autora cuenta 23 años y trabaja en una oficina; en paralelo, por ejemplo, a una narración de experiencia profesional plena, como la escrita por Dolores Medio. De nuevo encontramos la vieja identificación de la misión sacerdotal con el magisterio. La buena voluntad y la entrega de la maestra a su cometido obrará el milagro del acoplamiento con los vecinos del pueblo al que ha sido destinada. De escaso valor es la novela blanca *Maestra nacional* (1943) firmada en agosto de 1942 en El Escorial por Augusto Martínez Olmedilla, quien convierte en protagonista a una joven maestra nacional en época de la inmediata posguerra. Sin embargo, las novelas genuinamente profesionales del periodo escritas por maestras o inspectoras se deben a Josefina Álvarez de Cánovas, Julia García Fernández-Castañón, María del Carmen Martínez López o, excepcionalmente, al poeta Ángel González, que llegó a ejercer como maestro rural y vivió en intenso ambiente familiar vinculado a la enseñanza.

*Mari-Sol, maestra rural* (1944) de Josefina Álvarez de Cánovas es continuadora de otra narración incluida en una serie (*Mari-Sol colegiala)* (1942) que concluye en *Memorias de Mari-Sol, inspectora* (1947), serie formada por cuatro entregas, pero que se expande después en otros episodios referidos a familiares y amigos de la protagonista. En los tres títulos relacionados con la escuela, dejando aparte la entrega inicial *Mari-Sol pequeñita*, hay un anhelo educativo que actúa como motor de hechos que aparecen estructurados bajo capítulos titulados expresivamente, reforzados por dibujos sobrios alusivos al contenido. Estas tres novelas pueden leerse en clave autobiográfica a la manera de una novela de aprendizaje en la que las lectoras (destinatarias expresas) encuentran el modelo de un camino profesional, y aun más, de un «camino de perfección» que merece ser imitado. La autora presenta *Memorias de Mari-Sol, inspectora* (1947) «a las niñas españolas» para que tomen nota de esa faceta profesional de la protagonista.

No menor es la identificación con el ideal del magisterio femenino de la posguerra que muestra Julia García Fernández-Castañón en su novela *Diario de una maestrita rural* (1963), publicada antes en sucesivos números de la revista *Escuela Española*. El poeta de la generación del medio siglo Ángel González, después de explicar en las partes primera y segunda del libro de encargo *El maestro* los fundamentos de la escuela y los planes de estudios vigentes, incluye en la tercera parte un diario novelado que ejemplifica las alegrías y sinsabores de la profesión ejercida por una maestra de la inmediata posguerra, bajo el título *Fragmentos del diario de Petri-*

*ta López* (pp. 95-127). Puede ser la experiencia profesional de su hermana Maruja, que había sido «desterrada» a ejercer en la escuela de Páramo del Sil (León), la que parece estar detrás de esa novelita.

En fin, *Maestra y mujer* (1964) de María del Carmen Martínez López es una novela de maestra de posguerra en la que la voz editorial, sobre la aceptación de la retórica ideológica y religiosa del momento, hace un canto ingenuo a los valores de la vida rural. Apelando a la dualidad señalada en el título, el relato da cuenta del primer año profesional en una escuela rural de niñas a cargo de una joven maestra muy parecida a la propia autora.

## *MAESTRA NACIONAL* (1943) DE AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA[93]

Esta novela incorpora a su protagonista como mero pretexto para que el conductor desorientado (en todos los sentidos) cuyo automóvil se ha averiado en el pueblo de ejercicio de la profesora tope por casualidad con ella, quede enamorado de inmediato y sea sometido a un juego por esta maestra. Alejandra López solo lleva un mes y algunos días en el pueblo, tras hacer recientemente los cursillos de capacitación. Argumenta ante ese automovilista que debe preparar sus clases y que no se abandona a la rutina como en tiempos antiguos, «cuando la maestra se limitaba a enseñar lectura y escritura, las cuatro reglas, costura y media docena de oraciones, de labios afuera» (pp. 40-41). Y aún se extiende ante él en consideraciones sobre el concepto de la enseñanza como sacerdocio: «las niñas de hoy son las mujeres de mañana, y ellas han de crear las familias y traer al mundo los futuros ciudadanos» (p. 41). Defiende el método cíclico, «que permite remontarse, insensiblemente, desde el silabario hasta la enseñanza superior» (p. 41). A sus niñas, en fin, les inculca desde el primer día «una idea, lo más profunda posible, de nuestra Religión, base de toda labor cultural» (p. 41) y fuente de bondad y sabiduría. Todo sobre la base de una «enorme» vocación que dice tener la profesora.

La conversación entre ambos prosigue y ella argumenta sobre los avances hechos en el día por la mujer. Como prueba de la superación de viejos prejuicios, Alejandra lo invita a comer a su residencia; sigue la charla amistosa y aún hay ocasión para explicar la propuesta metodológica con la que ella dice enseñar a sus discípulas: «los conocimientos han de entrar, en gran parte, por los ojos. La mejor definición de una rosa o una oveja, por ejemplo, es verlas plásticamente o, por lo menos, dibujarlas.

93 El prolífico novelista y periodista Augusto Martínez Olmedilla (1880-1965) fue conocido por la frecuente aparición de su firma en las colecciones de novela corta de las primeras décadas del siglo XX.

Lecciones de cosas» (p. 63). Valora los cuentos y los viajes instructivos «y, siempre, la idea de la Patria, para amarla y enaltecerla» (p. 63). Y como pedagogo de referencia cita a Andrés Manjón, «que algún día será venerado en los altares, como ya lo es en los fastos de la Pedagogía» (p. 65). Hasta aquí, la glosa del desiderátum educativo del «Nuevo Estado».

El perfil de Edmundo, el automovilista, corresponde al de un señorito jugador arruinado y con tendencia a la abulia, pero sus dotes artísticas como pintor dejan una grata impresión a la maestra. Tras el regreso de este a Madrid, acude a un baile dado por la embajada y, de forma increíble, coincide allí con una joven idéntica a Alejandra. Pero no puede ser ella, piensa, pues se presenta ante él con otro nombre: Mavi Urioste, aunque le queda una sensación de perplejidad por el increíble parecido.

Todo es una patraña, puesto que al final se resuelve el enigma. Es la misma Alejandra que ha urdido un juego para probar hasta qué punto lo ha sabido enamorar. Satisfecha con su ardid, acepta el romance una vez que Edmundo ha acudido de nuevo al pueblecito de la escuela. Pareciera que el narrador quisiera hacer la palinodia del ideal de la escuela propugnado en aquel contexto histórico, pues así se rebaja la pretendida vocación «misionera» de la maestra nacional: «Me dieron esta escuela, con mi nombre y apellidos legales. Naturalmente, mi plan no era desempeñarla siempre, sino adquirir un derecho, por si me convenía ostentarlo el día de mañana. Para consolidarlo era preciso tomar posesión y permanecer en la escuela un mes, cuando menos. Acababa de cumplirlo al ocurrir la famosa aventura de tu llegada y nuestro conocimiento. Pocos días después, pedí la excedencia» (pp. 218-219).

### *MARI-SOL, MAESTRA RURAL* (1944) DE JOSEFINA ÁLVAREZ DE CÁNOVAS[94]

Una obra de la que se desprende identificación total de la misión docente con el apostolado es esta de Josefina Álvarez de Cánovas, por cuanto se presenta a la protagonista como una «nueva mujer» entregada a una tarea equiparable a la del sacerdocio. El personaje es una joven maestra y licenciada, suficientemente preparada, que acepta a pies juntillas la retórica educativa del momento y que es capaz de alfabetizar con eficacia a sus alumnas. En la parte final, la señorita Mari-Sol puede decir con satisfacción al inspector: «Cuando he llegado aquí casi todas eran analfabetas y «se andaban en los Cristos», como decían ellas, las pobrecitas. Hoy saben casi todas leer, escribir, calcular y dibujar. Expresan ya por escrito sus sencillos pensamientos…» (p. 128).

La novelita tiene un sabor de época puesto de manifiesto por medio de referencias culturales y educativas de la mitología hispánica de la coyuntura. Así, la presentación de modelos femeninos fuertes como Santa Teresa; de autores fundamentales del pensamiento cristiano como Jaime Balmes; o la constante invocación al mito de Castilla: la maestra contagia a las escolares el gusto por el canto y la tonada popular castellana en medio de recitaciones continuadas de la poesía del poeta-maestro Gabriel y Galán. Entre el abundante material de lírica popular que se inserta tienen preferencia las oraciones religiosas. La maestra Mari-Sol ya había probado su condición de niña ejemplar en el colegio en la primera entrega novelesca y, ahora,

94 Josefa Álvarez Díaz (1898-1972), además de ejercer como maestra, profesora de escuela normal e inspectora de educación, escribió un gran número de obras, tanto literarias como profesionales. En todas ellas está presente un ideario religioso y patriótico, en perfecta sintonía con el desiderátum ideológico del Estado Nuevo: un abundante corpus escrito que obedece a pautas del pensamiento cristiano. Antonio Viñao aporta algunos otros títulos de esta literatura «femenina educativo-moralizadora» de la posguerra como *Eterna colegiala* (1958), de Carolina Corbera Fradera o *Mi colegio* (1959), de Pilar García Bravo (1999b, p. 227).

en la segunda entrega, hace valer las magníficas condiciones adquiridas en aquel colegio de monjas y, más recientemente, en los centros educativos de enseñanza secundaria y universitaria.

La dedicatoria inicial da una pista sobre el fondo autobiográfico con el que la autora va a componer su texto: «A mis queridas discípulas de Villanueva de Jamuz, en la provincia de León…». Ese mismo pueblo real es el que corresponde como primer destino al personaje Mari-Sol quien, pudiendo esperar para elegir otro mejor, ha decidido tomar posesión de ese pueblecito próximo a La Bañeza. Siente la llamada al apostolado rural y marcha a tomar posesión de su primera escuela con la comprensión final de sus buenos padres. Una maestra experimentada de referencia la anima y la previene de los obstáculos que invariablemente ha de encontrar en el lugar del destino: «Tienes que amasar la escuela rural con tus desvelos y tu amor y tal vez con tus lágrimas» (pp. 21-22).

Llega la hora de emprender el viaje, acompañada por su padre, que se desanima al ver el ambiente de pobreza y de incultura del pequeño pueblecito leonés. La joven consigue alojarse con una familia campesina cuyas costumbres disuenan de las de la elegante y recatada maestra. Sin embargo, muestra pronto gran capacidad de inmersión en el nuevo ambiente. Una vez instalada, ordena ideas, se pertrecha de lecturas religiosas y sufre su primera gran decepción al enterarse de que en Villanueva no hay local-escuela.

Constata la indiferencia de los vecinos, pero no está dispuesta a abandonar. Hay una panera que puede acondicionarse para las lecciones, y con ese objetivo marcha a visitar al alcalde y al secretario. Estos quieren disuadirla, pero la firmeza y la determinación de Mari-Sol empujan a los regidores a la aceptación del plan de «poner escuela». Y así se hace. Se da a conocer en la iglesia, asiste a misa y otro día abre las puertas de la nueva escuela, que va poco a poco a acondicionarla con su propio trabajo y con el auxilio de algunos vecinos, hasta que el local quede convertido en un «palomarcito de Dios» al que van acudiendo día tras día más palomas-niñas. El mobiliario es viejo, escaso y desportillado, pero aún hay que colocar «lo más bonito que Mari-Sol había hecho traer de La Bañeza y que fue desenvolviendo con asombro de las niñas. Un crucifijo precioso, una copia de la Inmaculada de Murillo, el retrato del Caudillo y el de José Antonio» (p. 62).

En el capítulo 13 se explica «la pedagogía de Mari-Sol». Es la pedagogía del corazón y por eso invoca al padre Manjón: la pedagogía del amor basada en el «parabolismo» de los evangelios. Después de conocer algunos datos básicos sobre sus alumnas, llega la hora de acercarse a sus almitas: «Mari-Sol conocía muchos métodos de examen psicológico y escogió el más sencillo y más de acuerdo con la mentalidad de sus nenas. Este fue el de la interpretación de grabados. Eligió tres

estampas de las que tenía en su Misal y tuvo buen cuidado de que representaran escenas conocidas por las niñas» (p. 76).

Mari-Sol, que ha logrado juntar en su aula a sesenta niñas, es «la reina de los ángeles» (capítulo 16) como le dice «el tío Saturno»: «*Señá* maestra, así rodeada de nuestras *hijicas*, *paece* usted *nesmamente* la reina de los ángeles. El día que usted nos deje, yo me voy del pueblo por no ver a estas *cuitadicas* desgarrarse llorando» (p. 90). Llegan las vacaciones de Semana Santa y, a pesar de los deseos que siente de ir a casa a ver a su familia, entiende que debe permanecer esos días tan especiales junto a los vecinos, y hasta se autoimpone el encargo de guiar el viacrucis. Las niñas, los padres y las madres veneran ya a la maestra.

El curso avanza y la pedagogía va «haciéndose vida» día a día. Ahora toca captar los «perfumes de España» (capítulo 19) a través de los diferentes cantos regionales: «La señorita Mari-Sol continuaba sus lecciones de Geografía melódica de España» (p. 101). En la escuela celebran con cantos el «Día de la Victoria». Llega mayo, el mes dedicado a María, «Madre del Amor Hermoso» (p. 111) y momento para aprender y reconocer las diferentes clases de flores entre ofrecimientos y peticiones a la Virgen. También habrá ocasión más delante de demostrar devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a través de la solemne ceremonia de entronización, y habrá oportunidad además de que algunas niñas aldeanas, llenas de recogimiento, reciban la Primera Comunión (capítulo 22).

El curso está a punto de acabar y llega la visita de inspección, que deja embelesado al inspector por las grandes capacidades de que muestra Mari-Sol. Llega el verano y el tiempo de la siega, por lo que «se encontró Mari-Sol casi sola en la Escuela, con la docenita de niñas de seis años» (p. 131). El día de la Virgen del Carmen marca el final de curso y las vacaciones de la joven maestra en medio de una gran felicidad que puede trasmitir a hermanos y padres. Se sucedieron otros dos cursos más en los que la maestra pudo culminar una gran labor. Los tres años de ejercicio transcurridos le permitieron optar por oposición a una plaza de inspectora que ganó, como siempre, con el número uno. Se despidió de los vecinos de su primer pueblo con emoción y dejó escrita una carta de «añoranzas» para sus pequeñitas queridas.

El libro se acabó de escribir, según se señala en el paratexto final, el día Sábado de Gloria de 1943. Tal como se ha visto, el lector (en su tiempo, casi exclusivamente la lectora) no puede dejar de percibir la fuerte carga ideológico-política en la que descansa el mensaje trasmitido, pues se solapa como nunca pedagogía, ideología, religión y política en un contexto de salida reciente de una guerra vista como cruzada; y es que la autora ha adaptado sus vivencias profesionales anteriores a la coyuntura del tiempo de la escritura.

### *MEMORIAS DE MARI-SOL, INSPECTORA* (1947) DE JOSEFINA ÁLVAREZ DE CÁNOVAS

Esta vez Mari-Sol no ha querido ser acompañada por la familia. En el tren que se dirige a Madrid charla con un caballero con el que comparte vagón y que resulta ser el rector de la Universidad que va a actuar como presidente de las oposiciones a inspección a las que ella concurre. Con la breve charla mantenida, el rector tiene suficiente para sacar la mejor opinión sobre la joven compañera de viaje. Obtiene en buena lid, como siempre, el número uno y empieza una nueva vida: «empieza para ella la cuarta etapa de su vida». Concluida la lección orientadora dada por el tribunal a las nuevas inspectoras, va destinada nada menos que a Toledo, una ciudad «connotada» tanto por los episodios de la guerra en su Alcázar como por la carga histórica patrimonial de ciudad imperial en la que convergen las tres grandes culturas.

La autora tiene dispuesto un espacio que se presta a la evocación de los monumentos arquitectónicos y pictóricos y a la inserción, como en las entregas anteriores, de todo un repertorio poético en sintonía con el espíritu que anima la redacción *sui generis* de su autobiografía. Las lecciones de los inspectores ya las tenía ella presentes previamente: «afán misionero ha de ser vuestro afán». La narradora va a recrearse en el recorrido por la topografía urbana de una ciudad en la que los turistas conviven con los «niños de la calle». Llega el momento de tomar posesión, conocer a los compañeros de trabajo y buscar alojamiento que, por el momento es el hotel. Ha entrado con buen pie y, aun con el recuerdo nostálgico de sus alumnas del pueblecito leonés, explora la ciudad para dar pie a nombrar a Garcilaso de la Vega, Tirso de Molina, Gustavo Adolfo Bécquer o al Greco.

Considera un deber moral hacer una visita al cardenal en el palacio arzobispal para obtener de él la bendición. Mudada definitivamente al convento de María Inmaculada, en calidad de «señorita de piso», «al ladito de la Iglesia de Santo Tomé que guarda el tesoro del *Entierro del Conde de Orgaz*», se dispone poner de manifiesto su «afán de apostolado» y, en su primera visita de inspección, enseña sus buenas cualidades al autoimponerse la obligación de ayudar a una veterana maestra de

párvulos que no puede ya gobernar su clase. Mari-Sol la sustituirá de vez en cuando hasta que transcurran los pocos meses que faltan para que la titular de esa escuela pase a la situación de jubilada.

Tras conocer todas las escuelas de la capital, entre ellas la magnífica graduada de Santa Isabel, empieza a girar visitas a los colegios de la provincia, con resultado desigual: «visitaba una escuela en la que las niñas no eran felices y entonces sufría más» (p. 63); pero iba siempre dispuesta «a sembrar luz y amor». Sigue añorando su primera escuela, pero logrará al fin tener «la zona en la mano» (capítulo 9). Es buen momento para la alusión rápida a las distintas poblaciones manchegas: Mora, Tembleque, El Romeral, Lillo, Villacañas, Quintanar de la Orden y El Toboso (p. 54): a la autora le parece ahora necesario el excurso sobre el *Quijote* y su Dulcinea.

El trabajo de inspectora incluye la redacción de artículos para el periódico *El Castellano*: «La Escuela sin alma», sobre algunos sinsabores recibidos en sus visitas de escuelas; o, más adelante, «Estampa», sobre las comuniones infantiles y las procesiones eucarísticas; sin olvidar nunca su diario personal, iniciado en la etapa de maestra rural, pero ahora más espiritualizado que nunca. Si en la entrega anterior el poeta de referencia era José María Gabriel y Galán, ahora es Manuel Machado: «Traigo un amor/ tan adentro, tan adentro,/ tan adentro que no siento/ dónde tengo el corazón» (p. 63). Y siempre las citas de parábolas evangélicas como la del «sembrador», que se convierte en un concepto metafórico recurrente en toda la serie de Josefina Álvarez de Cánovas. En sus viajes a Madrid se fija en el paisaje y, especialmente, en el Cerro de los Ángeles, «centro geográfico y espiritual de España» (p. 75). Sigue su trabajo viajero como otra Santa Teresa de la escuela y en ocasiones sufre la incomodidad de los viajes, como cuando tiene que pernoctar de manera imprevista en un mesón lleno de arrieros. Se alegra, en fin, cuando puede otorgar a las buenas maestras de su zona el oportuno «voto de gracias» (p. 82).

Llega la Cuaresma, un tiempo de ejercicios espirituales: «los inspectores se encargaron de avisar a todas sus escuelas y esperarlas a la puerta del salón de actos del Palacio Arzobispal en donde habían de tener lugar los Ejercicios Espirituales infantiles» (p. 85). La celebración en Toledo del septuagésimo quinto aniversario de la proclamación del dogma de María Inmaculada es ocasión para la explanación sobre el sentido de esa ceremonia religiosa y para que Mari-Sol incluya en el folleto preparado para la ocasión un artículo sobre las «Fiestas toledanas en honor de la Santísima Virgen» (p. 89).

No se le van de la cabeza las pequeñas niñas, a las que tiene ocasión de enseñar, como la pobre Sagrarito (capítulo 18) a la que acompaña en el momento final de la enfermedad antes de la muerte, o como algunas otras, y es que ella «nació maestra»:

tuvo el gran amor en su vida que fue la escuela y ahora es inspectora. Son pensamientos y dudas que deja reflejados en su diario, transcrito en parte en el capítulo 20 («Del diario de Mari-Sol»). Concibe la idea de proponer un proyecto de escuela de maestras «que vaya a la vanguardia en todo» y, a la vez, «que vuelva sus ojos a la Cruz»; una escuela «que no puedan tacharla los modernistas de retrógrada en el sentido de los métodos» (p. 104). Cuando parece que su proyecto de reconstrucción del Hospital de Santa Cruz para instalar esa escuela anhelada va por el buen camino, recibe una carta de la autoridad educativa por la que se le comunica que, por necesidades del servicio, debe pasar a formar parte de la plantilla de inspectores de Almería. Mari-Sol llora, y «allá va camino de Almería… Allá va con el corazón lleno de adioses» (p. 108).

### *DIARIO DE UNA MAESTRITA RURAL* (1963) DE JULIA GARCÍA FERNÁNDEZ-CASTAÑÓN[95]

La autora se sirve aquí una vez más de la estructura narrativa del «diario de la maestra» para verter experiencias y sensaciones de la vida profesional de la joven Teresa (el nombre es significativo, al relacionarse con santa Teresa), con el aval que le otorga la experiencia. En este caso un pueblecito asturiano con un personaje principal maestra que ejerce durante los cinco cursos escolares comprendidos entre 1947 y 1952, momento este en el que tiene que abandonar provisionalmente la profesión para ir a vivir a México tras casarse con el sobrino de un *indiano* del pueblo.

El libro está dedicado a todas las maestras rurales «de nuestra patria», especialmente, a las discípulas de las escuelas normales de ejercicio de la autora: Cuenca, Santander y Madrid. Y con él pretende, igual que Josefina Álvarez de Cánovas, «mantener encendida la llama de apostolado» (p. 7). El diario es discontinuo y va encabezado por la fecha del mes en cada uno de los capitulillos, a las que se antepone un breve título-resumen, integrados a su vez en cinco capítulos mayores alusivos a la metáfora de la siembra y la tierra o a la religión como fuerza inspiradora de su

95 Julia García Fernández-Castañón (ca. 1892-1961) fue primero maestra y, posteriormente, catedrática de Geografía e Historia de escuela normal, directora e inspectora. Se trata de uno de los nombres relevantes que, desde los distintos órganos a los que perteneció (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, escuelas normales en distintas ciudades, Consejo Nacional de Educación, Inspección Central de Escuelas de Magisterio, revistas pedagógicas *Escuela Española*, *Revista Española de Pedagogía*…), se hizo portavoz del ideario educativo de la mujer defendido desde las distintas instancias que conforman el llamado «Nuevo Estado».

quehacer profesional: «Sementera», «Como el grano de trigo», «Infatigables, como la tierra», «Plenitud» y «Señor, cuando yo estaba con ellas…».

El comienzo es el esperado: una joven maestra va destinada a un pequeño pueblo asturiano para tener su primera experiencia profesional. Ha de hacer, pues, un «noviciado», que implica sobreponerse a los obstáculos que se interponen en el desempeño de una maestra que empieza a dar sus clases en el año 1947. Habrá de alojarse con una familia, pero está bien pertrechada, tanto de conocimientos académicos como de fundamentos morales, aunque no por eso deje de sentir el alfilerazo de la soledad y sufrir alguna impertinencia del alcalde pedáneo; o de experimentar el dolor por la muerte de una alumna. Por lo demás, todo se va desenvolviendo dentro de un cierto orden, pues cuenta con el apoyo y el consejo de la vieja maestra jubilada doña Herminia y, muy pronto, con las simpatías generales de las gentes del pueblo.

La maestra no se aburre, pues distribuye su tiempo entre las obligaciones relativas a la organización escolar y las que tienen que ver con educación no formal como manera de proyectar su trabajo hacia todos los vecinos. Pone en práctica una pedagogía activa y amorosa en la que no falta el canto y las dramatizaciones, junto a otras enseñanzas extraescolares como las tertulias literarias en el jardín de don Pepito, las enseñanzas de costura o la asunción de la responsabilidad de practicante... En definitiva, consigue incorporar a los vecinos del pueblo a la escuela. La visita de la inspectora, doña Elena, sirve para ratificar el buen hacer de Teresa que, incluso, puede ayudar a través de la correspondencia amistosa a una maestra del pueblo vecino a la que le cuesta superar algunas soledades e incomprensiones. Cuando lleguen los finales del curso, las exposiciones escolares despertarán la admiración de los integrantes de la junta, el párroco, el farmacéutico y la inspectora doña Elena: «Esta *maestrina* que nos cayó en suerte, mansa como una corderina, ye una alhaja» (p. 38), dirá el mismo alcalde, a pesar de las primeras reticencias mostradas por él hacia la profesora.

El desempeño ejemplar de doña Teresina le valdrá la designación para asistir en Madrid a un cursillo especial convocado por una de las organizaciones pedagógicas dispuestas por el nuevo orden político, que quería remedar a las Misiones Pedagógicas de la República y en el que iba a conocer a los inspectores y catedráticos de pedagogía. Esa estancia da ocasión a la confraternización entre colegas excelentes, pero también a visitar el Museo del Prado o el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, o a asistir a un concierto en el Teatro Español. Sin olvidar la visita a Toledo y al monasterio del Escorial.

Había encontrado el local de la escuela muy precario, pero ella lo transformó: «El Ayuntamiento realizó obras de reparación en el techo, pavimento y ventanas; y como el presupuesto se les agotó, don Pepito, el *Indiano*, hizo pintar a sus expensas, la salita de clase, y aún fueron repasados mi mesa y dos armaritos que hay a los lados, con lo cual quedó monísimo todo» (p. 30). A partir de ahí, la maestra se ha sometido a un exigente plan de vida en el que la religión actúa como elemento que informa su magisterio:

> Me levanto a las ocho, hago una breve oración, me aseo, tomo mi desayuno, y a las nueve menos cuarto me voy camino de la iglesia. Amplío mis oraciones, hago mi comunión espiritual, arreglo la lámpara del Santísimo -que es uno de mis gratos deberes- y, acompañada de algunas niñas que se me unen, llego a la Escuela. La sesión escolar se desliza rápidamente. Tengo una matrícula de treinta y cinco niñas, con asistencia media de treinta. Están divididas en tres grupos, de mayores, medianas y pequeñas, y con atender a todas un poquito no se puede perder un minuto (p. 104).

El aspecto religioso queda subrayado desde el principio hasta el final de la reflexión, pues no se concibe que ninguno de las actos litúrgicos y no litúrgicos del cristiano queden fuera de su agenda escolar: novenas a la Inmaculada, misa del Gallo, romerías, catequesis, primeras comuniones, con el colofón del viaje de peregrinación a Roma.

La autora encuentra siempre ocasión para ponderar la labor que desarrolla la organización de Acción Católica a través de su revista *Sembrad*, y a través de sus muchas actuaciones en beneficio de la comunidad. Sin embargo, la revista de referencia constantemente invocada es *Escuela Española*, en la que colabora habitualmente la autora y de donde procede, en definitiva, la novela, pues fue publicada previamente por ese órgano en sucesivas breves entregas. A la escritora le interesa incorporar además notas de las costumbres y hablas locales, la topografía rural o la gastronomía; se realza la fiesta popular con comidas al aire libre, gaitas, danzas, tonadas y sidra; no faltan los asturianismos y las expresiones en bable, y se concede importancia al fenómeno sociológico de la emigración a México a través de la

figura del indiano, visto en este caso de forma positiva. Uno de ellos levantará de nueva planta una escuela instalada en un «pradito del pueblo» y la dotará de buenos recursos educativos.

Asimismo, cobra importancia la alusión a la tradición literaria en forma de alusiones a escritores o textos (Jorge Manrique, Lope de Vega, Pereda, Marquina, los Quintero…), aunque las citas de autoridad provengan, sobre todo, del Evangelio. Y siempre la mirada autosatisfecha a la historia de España, representada en este caso en la reina Isabel la Católica: «Ahora estoy entusiasmada con el centenario de la Reina Católica. Cuanto más la estudio, más la admiro. Diríase que su figura crece todos los días. La Historia de España es, este año, historia de su magnífico reinado» (p. 163).

Al comprender el tiempo de la narración cinco cursos, Teresa puede comprobar la mejoría de sus alumnas, así como la de las personas de más edad a las que ha enseñado en régimen de educación de adultos; puede ver con satisfacción cómo se ha decantado alguna vocación hacia el apostolado misionero o hacia el matrimonio cristiano. Y puede, finalmente, enamorarse ella misma de aquel muchacho que conoció en su primer año, *Nisio*, con el que finalmente matrimonia. Marchará a México donde su esposo dispone de una gran hacienda; y, en medio de alguna incertidumbre, puede dar su misión magisterial por bien cumplida. Se deja, no obstante, una puerta abierta, pues la buena inspectora puede ayudarla a conseguir un permiso no pagado para estudiar en México, con lo que tendrá la oportunidad de «conservar la escuela y poder, en su día, seguir sacando adelante su obra del magisterio» (p. 191).

## *FRAGMENTOS DEL DIARIO DE PETRITA LÓPEZ* (1955) DE ÁNGEL GONZÁLEZ[96]

La editorial Corinto de Barcelona, dentro de la serie «vocación juvenil», encargó al poeta de la generación del medio siglo, Ángel González, la redacción de un libro de carácter práctico titulado *El maestro*, destinado a explicar las características de la profesión del Magisterio (otros títulos de la misma serie trataban sobre el ingeniero, el médico, el periodista, el químico o el actor), con vistas a que los jóvenes lectores formaran criterio a la hora de elegir sus estudios. La familia de Ángel González Muñiz estaba muy ligada al magisterio; su padre había sido profesor de Pedagogía en la Escuela Normal de Maestros de Oviedo y hasta el propio Ángel llegó a ejercer brevemente como maestro en un pueblo de la montaña leonesa y, sobre todo, su hermana Maruja que, damnificada en la guerra civil, regentó distintas escuelas rurales.

El autor se sirve del truco cervantino del manuscrito escondido para justificar la inserción de ese diario, que es discontinuo e incompleto. Presenta fragmentos ilegibles, dice, por el deterioro de la escritura, pero el narrador puede rescatar el contenido suficiente para poder ejemplificar. En ese manuscrito, en el que se omiten fechas, «se aprecia parcialmente la vida de Petrita López, maestra nacional en un pueblo cuyo nombre y situación se desconoce» (p. 97). De modo que el narrador dispone esos fragmentos como «restos del manuscrito de una novela escrita en forma de diario» (p. 97).

Tras incidir en el truco retórico de *captatio benevolentiae*, el narrador cede la palabra a la maestra. Esta anota las sensaciones de su primer día de clase con más de treinta alumnos y percibe pronto que «los niños son el reflejo del maestro; si yo sonrío, ellos sonríen» (p. 99). No le gusta que se dirijan a ella como doña Petrita, prefiere que la llamen «Señorita» (p. 100). Organiza los horarios de las clases; las mañanas las dedica a las materias más intelectuales y las tardes a labores artísticas: las niñas a la costura y los niños a dibujar y a los trabajos manuales.

El absentismo escolar en la franja horaria de la tarde empieza a preocuparle. Los padres de los escolares, en una reunión, hacen saber a la profesora que no están de acuerdo con dedicar la tarde a ese tipo de tareas porque el anterior maestro del pueblo apenas había conseguido que los alumnos aprendieran a leer y escribir y los niños necesitaban dedicar más tiempo a las materias fundamentales. Petrita recibe

96 Ángel González (1925-2008) fue un poeta de la generación del 50 caracterizado por fundir en su obra el intimismo y lo social. Entre otras distinciones, fue reconocido con el premio Príncipe de Asturias de las Letras (1985), y el nombramiento como miembro de la Real Academia Española (1996).

así el primer revés y, en un determinado momento, llega a plantearse el abandono, pero es una maestra con fuerte vocación y no lo hace.

Vive, como suele ser habitual, con una patrona: «Mi patrona es una mujer viuda, sin hijos, que está enterada de todo lo que ocurre en el pueblo» (p. 104). Poco a poco, los alumnos y alumnas absentistas se van reintegrando a la disciplina escolar de las tardes. Toda esa labor manual se presentará ante los padres y los vecinos del pueblo en la exposición del final del curso: «A finales de curso en el mes de julio, haré una exposición en la Escuela con los trabajos manuales, las labores y los dibujos de los niños que continúan asistiendo por las tardes» (pp. 104-105).

Petrita se adapta a la vida rural mejor de lo que había previsto. Confirma que no se aburre: «eso no es la felicidad, indudablemente, pero tampoco me siento desgraciada» (p. 105). Se lleva faena a la fonda y en la cocina, «bajo la luz del candil de carburo, prepara las labores para el día siguiente» (p. 105). Y, claro, después de cenar dedica algún tiempo a redactar su diario. Va ganando terreno con los alumnos, a la vez que recibe información sobre su antecesor, un hombre viejo y enfermo sin apego a la profesión: «parece ser que el maestro a quien sucedí les pegaba bastante, quizás para compensar lo poco que les enseñaba» (p. 106). Se siente querida por los alumnos y hasta por los vecinos del pueblo, que le empiezan ya a dar los buenos días: «y yo les estoy tomando verdadero cariño a ellos» (p. 106).

Anota el día del cobro del primer sueldo, para lo que tuvo que hacer una salida del pueblo «al partido judicial» para recibir el estipendio de manos del «habilitado»: «El Habilitado me miró fijamente, cuando le dije quién era, movió su cabeza indicando desaprobación. Me dijo que yo no era maestra para tal pueblo» (p. 107). El sueldo es escaso y apenas da para pagar a la casera, por lo que negocia con ella una rebaja a cambio de prescindir de algunos servicios y limitarse al mero alquiler de habitación con derecho a cocina. También se gana la estima de las vecinas y vecinos del lugar hasta el punto de mantener de vez en cuando pequeñas charlas con ellos. Le conmueve la ingenuidad y el patriotismo de esas gentes. Las madres empiezan a interesarse por las labores (p. 112) y algunos padres, hasta le consultan sobre asuntos graves.

Llega el final del curso y la exposición está ya casi terminada: «el friso, cuatro acuarelas de regular tamaño, varios dibujos al carbón y numerosas labores de costura son el número fuerte de la exhibición» (p. 119). La gente quiere que la maestra vuelva después de las vacaciones; el padre que en aquella reunión se convirtió en portavoz para protestar por la forma de organizar el horario de tarde le pide

perdón y le da las gracias en nombre del resto de padres. Petrita se emociona, «es una sentimental» (p. 121). El diario novelado transcribe también los comentarios sobre la visita de inspección, una visita sorpresa que, sin embargo, se encuentra con una clase arreglada «y llena de flores». La inspectora se muestra complacida al oír las respuestas «bastante acertadas» que diferentes niños dan a sus preguntas sobre aritmética, geografía o historia. El encuentro termina con unas palabras de aprobación de la labor realizada: «Conviene para el pueblo que usted se quede aquí» (p. 123).

A partir de este momento, indica el narrador, «el diario de Petrita es difícil de seguir», aunque puede obtenerse de él una sumaria información. La maestra permaneció en ese pueblo al menos ocho años: «aquí transcurrió una gran parte de mi juventud. Creo que dejo en este pueblo, y en los niños y niñas que han pasado por mi escuela, lo mejor de mí misma» (p. 124). De esa aldea se trasladó a un pueblo importante, «cuyo nombre se desconoce también» (p. 124) para dirigir una escuela igualmente unitaria, pero solo de niñas. Tiene sus ventajas, hay tiendas y puede leer el periódico del día y hablar con algunos colegas; la vida es más cómoda que en aquella aldea perdida, pero al principio añora la situación anterior: «El verme en una escuela toda de niñas me causa extrañeza. Noto la falta de los niños, de sus voces, de sus travesuras…» (p. 125).

El narrador da fin al relato con un añadido inventado, pero deducible de la evolución que hasta ese momento ha seguido el itinerario personal y profesional de la docente: «Lo que falta del diario podemos suponerlo. Envejecería despacio, en su escuela, dedicada a sus niñas, enseñándoles a deletrear, a escribir, a hacer punto de cruz, los límites de España… Le saldrían canas y arrugas» (p. 125). Los niños del pueblo de distintas generaciones habrían pasado por sus manos y, tal vez, «casada o soltera», al haber acumulado suficientes méritos, habría podido finalmente solicitar destino en la ciudad. A pesar de los pesares, deduce el narrador, la escuela habría hecho feliz a Petrita López.

## *MAESTRA Y MUJER* (1964) DE MARÍA DEL CARMEN MARTÍNEZ LÓPEZ[97]

Esta novela se estructura, a modo de diario, en capítulos que recogen los previsibles hitos escolares: primer día, en clase, de fiesta… La llegada de María Inés al pueblecito toledano es bien acogida por los vecinos, entre ellos el sacerdote y el viejo maestro, que se convierten en firmes apoyos, también la patrona que la aloja y la cuida. La joven profesora muestra en todo momento su mejor cara y no le va a faltar el ánimo para conjurar las dificultades con las que ha de encontrase. De entrada, está dispuesta a embellecer el viejo caserón grande y destartalado de la escuela: «con un poco de buena voluntad y la ayuda de Dios, pondría en aquella escuelita una nota de alegría, de feminidad y de limpieza» (p. 14).

El veterano maestro, que lleva treinta y seis años en el pueblo, no ahorrará esfuerzos para hacer la vida agradable a la profesora. En el capítulo segundo, «La clase», se informa sobre la sobriedad del mobiliario escolar con el que ha de convivir con sus veinticinco alumnas. Quiere ponerles babi a todas, uniformarlas, pero esa tarea no va a resultar fácil. La inmersión en la vida del pueblo marcha por la buena senda y pronto «llega el día» (capítulo 3) de la excursión vespertina por los alrededores del lugar en la que niños, niñas y maestros se mezclan alegremente con algunos padres acompañantes.

La maestra es religiosa, va a misa, se cartea con sus padres, vive con alegría las fiestas, y hasta la rondan: «María Inés mandó al niño de la casa a comprar unos paquetes de tabaco, con los que agradeció a los rondadores su bonito detalle. Claro que la idea había salido del joven maestro» (p. 38). Llegan «las primeras nieves» (capítulo 5) y María Inés solo ha conseguido uniformar a nueve alumnas, aunque al final, todas ellas llevarán puesto su *babi*. El narrador inserta poesías lacrimógenas algo cursis, bien para cantar los distintos cambios de naturaleza o bien para homenajear a las madres en el capítulo 6 («Día de la madre»).

Está enamorada de Javier, que vive en Guadalajara. María Inés también tiene en esa ciudad a su familia y ahora, en el pueblecito de su escuela, se acuerda de su novio. Los vecinos manifiestan su alegría en las veladas y, a la vuelta de la esquina, están las vacaciones de Navidad (capítulo 7). La maestra sufre por Javier, al entender que algo no marcha bien en su relación. En el capítulo 8, reincorporada

97 La dedicatoria orienta al lector de manera inequívoca acerca de su interpretación: «A mis padres (y de una manera especial a la santa memoria de mi padre), a los que, después de Dios, debo todo lo que soy. Y después: a todas mis compañeras, a todas las que, como yo, tuvieron la suerte de conjugar en la misma persona el, para mí, gran don de Dios: ser maestra y mujer».

ya al trabajo de la escuela, se describe la fiesta de una matanza en la que también colabora María Inés. El curso sigue avanzando, pero la profesora sufre de amores (capítulo 9), no come bien y tiene que ir al médico (capítulo 10); más adelante se disipan las dudas y malentendidos.

Las vacaciones de Semana Santa (capítulo 11) marcan un hito que favorece la reafirmación de su amor a Javier. Llega el mes de mayo (capítulo 12), un mes religioso en el que se reza a la Virgen, se sale de excursión al campo y se recita poesía, que no tiene inconveniente el narrador en ofrecerla al lector. La maestra departe amablemente con las mujeres del pueblo (capítulo 13), a las que confía sus planes para el curso siguiente. Ha pedido destino en el último concurso y finalizará su estancia en el pueblo.

El curso toca a su fin (capítulo 14) con la fiesta y sus bailes y con las preceptivas exposiciones escolares en las que la profesora no quiere destacar a una niña por encima de otra: «quería sencillamente exponer todos los trabajos, buenos y malos de sus niñas. Desde aquel borrón inconsciente de Pilarín, a la bonita y bien presentada redacción de Araceli, las desiguales puntadas de dobladillo de cualquier pequeña, a la limpia y cuidada mantelería que terminaba Rosario» (p. 151). Sigue con «el adiós» (capítulo 15) y la marcha a Guadalajara, dejando una sensación de tristeza y a la vez de felicidad en un pueblo que ha querido a su maestra: «iba a su casa, iba con los suyos. No debía entregarlo todo a éstos; aquéllos que la esperaban también tenían derecho a ella» (p. 162).

Acomodada ya en el tren, previo pago de las 32, 60 pesetas del billete, monologa en el epílogo («A solas contigo»): ha recogido las rosas en el rosal profesional, pero ha sido inevitable pincharse en algún momento con las espinas, pero deberá preparase para pincharse más «con las espinas que tu condición de mujer te ha de proporcionar» (p. 165). El inspector jubilado Pedro Riera valora en el prólogo que antecede a la novela el ruralismo de los personajes, sus querellas, sus rasgos psicológicos, la ruda felicidad en la ignorancia y concuerda, en definitiva, con «la maestra nacional Srta. María del Carmen Martínez López» en que lo transcrito es vida real y trasunto de una vida entregada al deber.

*CERCO DE ARENA* (1961)
DE ENRIQUE NÁCHER[98]

Pilar Rodríguez va a percibir el doble del sueldo que las maestras que ejercen en la Península, pero pronto comprende por qué. El ambiente es extremadamente hostil en medio de un paisaje desértico con un sol abrasador, los temporales de arena, el azote de las plagas de langosta y la ausencia de agua; y en él ha de desenvolverse esta profesora, cuyos esfuerzos por adaptarse al paisaje y al paisanaje constituyen la verdadera sustancia del relato. Al principio, las reacciones emocionales de los vecinos contrastan con la ingenuidad de una persona bienintencionada que intenta cumplir su función educadora. Los habitantes están, efectivamente, «cercados por la arena» y ella, maestra joven, siente cómo su cuerpo y su alma van quedando allí aprisionados.

Acusa pérdida de autoridad ante el grupo de alumnos y alumnas que tiene a su cargo; anda enfrascada «en el cuidado de la salvaje hueste semidesnuda que acudía a las clases» (p. 41) en una «lucha por dominar a la desmandada infancia del Morro» (p. 42). Algunos muchachos destacan sobre los demás: Roberto, Nieves, Candelaria y, sobre todo, Pancholo. Los niños saltan sobre las mesas, pelean o se tumban por el suelo. El cura, don Cleto, es un buen vecino con el que ella llega a mantener una relación de conveniencia y buena vecindad en la medida en que él, más expeditivo, supone una ayuda para disciplinar a los alumnos.

Pilar Rodríguez es un alma torturada que siente anhelos de realización y de felicidad, pero el medio al que ha sido lanzada parece actuar como muro de contención. Se siente extraña en el ambiente, e imperceptiblemente va siendo sometida a las costumbres absurdas y violentas de los habitantes del lugar. Llega un momento en el que no puede resistir la tentación de comportarse con frivolidad ante la po-

98 Enrique Nácher Hernández (1912-2002) fue médico, pintor y escritor. Destacó en esta última faceta como autor de una significativa producción de novelas realistas, una de las cuales es *Cerco de arena*.

blación masculina, como si quisiera testar las reacciones de los patanes del Morro. Experimenta un cierto acoso de esos jóvenes, capitaneados por Mario, con el que ella va a ir fraguando unas fantasías que van tomando más consistencia cuando constata lo inapropiado de esa posible relación: «la espantosa idea de un Mario salvaje, reteniéndola entre sus brazos de oso, le llenaba la cabeza como un verdadero sueño de dicha» (p. 138).

Aunque ha tomado pronto la decisión de abandonar la escuela, el curso de los acontecimientos la retiene en la población. Anda entre lenguas de las vecinas, su inestabilidad emocional va en aumento y sobre su conciencia pesan remordimientos continuados al sentirse culpable; unas veces de la muerte del alcalde, como consecuencia de una tromba de agua al salir de la casa de la maestra, en un intento de evitar el anunciado abandono de la escuela; y otras veces, de la brutal pelea final que enfrenta a Saturnino y a Mario, motivada por los celos sentidos por este ante el torpe acoso a la maestra por parte de Saturnino. Cuando parecía que uno de ellos iba a morir en la pelea, un arrepentimiento súbito de Saturnino hace que la pesada piedra que iba a caer sobre la cabeza de un desarbolado Mario, se desvíe hacia la arena del desierto. La maestra, finalmente, «sometida a las pasiones que gobernaban su animalidad» (p. 180) abrazó frenéticamente a Mario: «¿Por qué no habían de ser iguales? La tierra absorbente y dura del pequeño reino de Jandía le estaba reteniendo cada vez más. La notaba caliente bajo su cuerpo, con toda la hostilidad seca del desierto. Como una condena que la cercaba dolorosamente a este sitio sin que ya pudiese hacer nada para evitarlo» (p. 224).

En esta «novela del desierto» el autor ha dramatizado sobre los seres humanos atados indefectiblemente a sus raíces; y, bajo un planteamiento médico-social, llama la atención a los estamentos rectores para que piensen en los desheredados que viven envueltos en la miseria. La maestra no ha podido sustraerse a ser engullida por el ambiente: «Empezaba a vivir tras el inmenso cerco de arena con una inútil rebelión que para nada le servía en este trance de liberación espiritual» (p. 225).

## *LAS HOGUERAS* (1964) DE CONCHA ALÓS[99]

Los turistas que afluyen al lugar paradisiaco dispuesto en esta novela ponen una nota de modernidad y cosmopolitismo que va a contrastar con la vida opresiva sufrida por los personajes femeninos, especialmente la maestra, alter ego de la escritora. La novelista presenta, pues, un trozo de vida que, durante unos meses en aquel pueblo insular, acaece a unos seres atrapados por una existencia monótona de la que a duras penas pueden desasirse. La autora se sirve de la técnica contrapuntística para plasmar una historia de protagonista colectivo, pero en la que quedan redondeados dos personajes, mujeres, en denodada lucha por encontrar la felicidad. Por una parte, Sibila, exmodelo parisiense que busca la aventura y el amor con Daniel el Monegro, un personaje instintivo y con antecedentes poco recomendables que queda convertido en amante de Sibila. El otro personaje femenino principal es la maestra de escuela Asunción Molino, sobre la que la voz editorial carga el peso del fracaso profesional y vital. La visión pesimista de estas vidas funciona como metáfora de la vida española de los años sesenta aquejada de miseria, vulgaridad y desesperanza.

La antigua preocupación por la educación y el estudio de Asunción se torna dejadez y escepticismo. Había llegado a Son Bauló hacía diez años con ilusiones. Plantó tiestos con flores, «dividió a los niños de la escuela en grupos para que regaran por turno» (p. 248) y trató de inculcarles el amor hacia las personas y las cosas hermosas; la escuela entonces le llenaba. Recitaba para sí «la oración de la maestra» de Gabriela Mistral: «Señor, haz que haga de uno de mis niños mi verso perfecto» (p. 249). Explicaba incluso con pasión sus nuevos métodos pedagógicos a una vieja maestra del lugar, que la intenta desengañar: «No conseguirás nada. No vayas a creer que con esas historias de Decroly y Montessori y esa locura de la Yanasia Poliana vas a lograr que los niños de tu escuela sepan leer antes que los otros» (p. 248). Cuando pasa el tiempo los modos pedagógicos se vuelven rutinarios.

La maestra complementa su sueldo con clases de español para extranjeros. Da clases de adultos y los alfabetiza con «métodos morunos» mediante la técnica tediosa del deletreo:

– A ver, Fulgencio. Aquí. Lee.

99 Concha Alós (1926-2011), que ejerció como maestra, ha sido una escritora muy desatendida por la crítica a pesar de los valores literarios de su obra. Comparte estilo, preocupaciones temáticas y estilísticas con otros escritores de la generación de medio siglo más reconocidos.

El mar, ahogadamente, brama fuera, Fulgencio Trujillo tiene el dedo pulgar de la mano derecha amputado. Pero puede mover lo que le queda de él para ayudarse en el trabajo. En realidad, se ha acostumbrado a tenerlo así, más corto, sin la falange de arriba, y dice que no le hace ninguna falta. La maestra procura no mirárselo. Le impresiona y le causa un poco de asco.

El olor del carburo durante estas dos horas de clase nocturna acaba dándole la impresión de que lleva una pomada impregnándole las fosas nasales, una pomada que le produce un picor efervescente y áspero.

–Ma, me, mi, mo, mu.

–Mi mamá me mima. (p. 26)[100].

Aún le decepcionan más los escolares de corta edad:

Asunción está irritada, nerviosa, de mal humor. Los niños no le gustan nada; está convencida. Cada día los aguanta peor. En ese momento recuerda con ira, con verdadero rencor, a Martínez, el hijo del guardia, con su carita insolente levantada hacia ella y la mano crispándose para sujetar el lápiz mientras escribe.

–¡Martínez!

–Diga, señorita.

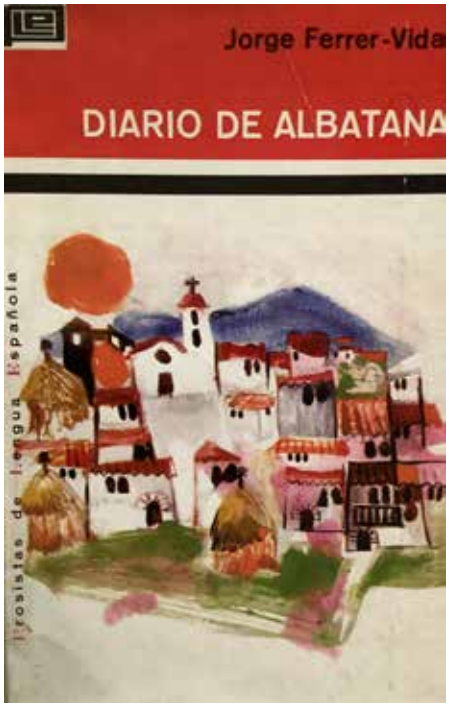
–¿Cómo tienes que coger el lápiz?

–Flojo, señorita.

–Pues… ¡hombre! (p. 202).

Había transcurrido el tiempo y había comprendido que la vieja maestra que la había desengañado tenía razón, incluso alguna tarde sintió la tentación de escribirle una carta, aunque no lo llegó a hacer.

100 Una mirada irónica a propósito de la alfabetización de adultos de los años sesenta aparece en *Los santos inocentes* (1981) de Delibes en el episodio de alfabetización que impartieron dos señoritos venidos de Madrid, al presentar un simulacro de instrucción mediante caprichosas uniones de las letras, como remedo del viejo método del deletreo. Para Antonio Viñao «pocos textos resumen mejor (que el contenido en esta novela de Delibes) la naturaleza de la tradicional alfabetización escolar. Una alfabetización basada en la consideración mágica de la palabra escrita que se aprende, y a la vez se impone, desprovista de sentido o con un único sentido canónicamente prescrito» (1999a, p. 127).




## *DIARIO DE ALBATANA* (1967) DE JORGE FERRER-VIDAL[101]

Esta novela se presenta en forma de diario en primera persona, escrito por un topógrafo que llega a la localidad imaginaria de Albatana para estudiar el terreno con vistas a la iluminación del pueblo. Es un forastero extraño sobre el que recaen los comentarios críticos de los vecinos sin que él se inmute. Adopta un aire indolente y conformista y está siempre sumido en sus pensamientos y proyectos, sin que parezcan afectarle las injurias y calumnias que se propagan sobre su persona. El diario adquiere consistencia cuando aparece en escena la maestra, la Nona, que funciona como contrapunto del personaje masculino. Ella es rebelde y provocadora y hasta se emborracha los fines de semana; se siente a gusto al lado del topógrafo para escándalo de los vecinos, y el mero hecho de comparecer juntos provoca de forma farisaica las iras de las gentes del pueblo.

El diarista transcribe con técnicas conductistas las diferentes actuaciones en el aula, en una escuela con tarima, campanilla y puntero, con las distintas asignaturas: Geografía, Lectura o Cálculo…. Para ella, enseñar a los muchachos desarrapados que tiene a su cargo es la mayor ilusión que le queda en la vida. Quiere ayudarlos a ser hombres de bien y «amantes de su prójimo», pero actúa en el ambiente un determinismo inexorable que se cierne tanto sobre su propia persona como sobre los sufridos escolares, tal como le explica su confidente: «No podrás competir con el ambiente. El ambiente los ganará. Serán sucios de alma y cuerpo, mezquinos como sus padres y sus abuelos» (p. 65):

> Y pienso en Nona y no me explico cómo una mujer brillante y hasta hermosa se resigna con enseñar a leer a sus barbianes, a servir oscuramente en un pueblo de monte, a tolerar sonriente la hostilidad terne y hipomaníaca de los que la rodean y la acosan (…) Nona

101 Jorge Ferrer-Vidal (1926-2001) fue escritor de cuentos, novelista y traductor. Aparece encuadrado, como las anteriores novelistas, en la generación realista de1950.

> distingue mi presencia y frunce el ceño con aparente disgusto pero, después, con su habitual gesto violento de la cabeza, se echa atrás la pelambre y sonríe para sí, mientras los niños cantan las últimas estrofas, (poeticemos), de la tabla del dos: dos por nueve dieciocho, dos por diez veinte… (p. 62).

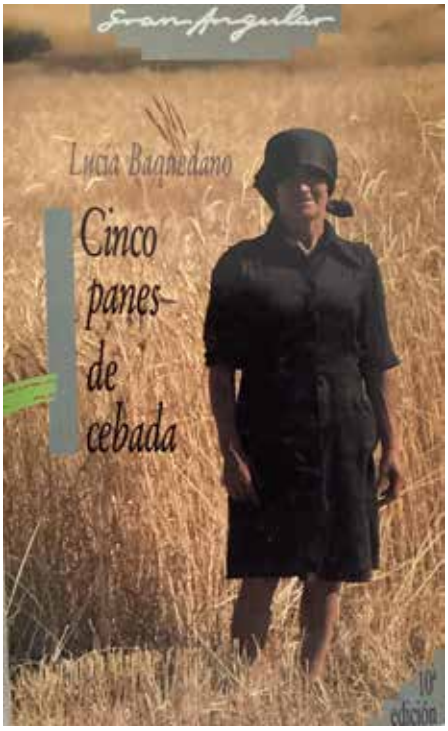
No falta la alusión a la excursión; o al acto de fin de curso, que es un momento aprovechado por el narrador para hacer la recolecta de unos cuantos tipos del paisaje humano, sobre los que el narrador azuza sin contemplaciones: «En el interior de la escuela hay una garrulada pintoresca. Alumnos y gañanes, mozas y viejas, se sientan a barullo en los pupitres, para asistir al cierre del curso escolar. Nona ha montado, junto a su tarima de madera, un pequeño estrado para los importantes del pueblo, pero solo están presentes don Gelasio, don Ramiro y don Efraín» (p. 110). El acto finaliza con la clausura del curso por don Gelasio, el secretario del Excelentísimo Ayuntamiento de Albatana, una vez proferido el grito del ¡Arriba España!

## *CINCO PANES DE CEBADA* (1981) DE LUCÍA BAQUEDANO[102]

La materia transcrita a lo largo de 175 páginas se estructura ahora en 16 capítulos narrados por una persona (la propia maestra) a lo largo de un curso escolar en un pueblecito del Pirineo navarro. El título, que remite al episodio bíblico del milagro de la multiplicación de los panes y los peces, supone un primer indicio sobre la intencionalidad de la obra: con poco se puede hacer algo grande. Muriel, que ha acabado con solvencia sus estudios de Magisterio, es destinada a sus 21 años a servir en la escuela del pueblecito navarro de Beirechea. La ilusión de tener a su disposición una escuela bien acondicionada se disipa nada más llegar al destino: siente una sensación de desaliento al encontrase con un local destartalado y unas gentes a las que no parece importarles la labor educativa encomendada a los maestros. Con todo, tiene a su favor una firme vocación que la va a ayudar a reconducir esa situación tan poco alentadora. Toma conciencia de que su misión es extender su influencia benéfica, en la medida de lo posible, a toda la población como la mejor manera de hacer fructífera su enseñanza.

Los días van pasando y se produce la aclimatación deseada con las gentes del lugar, que empiezan a valorar los esfuerzos de Muriel, a la vez que ella va comprendiendo mejor las costumbres de los vecinos. Vive a gusto de patrona, en una casa en

102 Lucía Baquedano Azcona (1938). Escritora de literatura infantil y juvenil y periodista, ha recibido numerosos premios y reconocimientos por su obra literaria.




la que conviven Pello, su esposa, los hijos y la abuela; entabla relaciones de amistad con algunas personas como don Jose Mari, el cura del lugar, presentado en el relato como apoyo de la joven inexperta. Confraterniza además con el médico, Miguel, Ana Mari y Fermín Goñi y se relaciona con la juventud de Beirechea gracias a la libertad de movimiento que le proporciona la bicicleta que le envía su hermano desde Pamplona.

Las fuertes nevadas de los primeros días de invierno la obligan, incluso, a pasar las vacaciones de Navidad en el pueblo. La aparente contrariedad se torna dicha, puesto que los vecinos, precisamente en esas fechas llenas de emotividad, se las arreglan para suplir con su afecto la ausencia de la familia de la profesora. De tal forma que cuando lleguen las vacaciones de Semana Santa, los alumnos esconderán la maleta y el bolso de su maestra por el miedo a que ya no regrese al pueblo, aunque enseguida le presten su ayuda, una vez convencidos de que volverá a estar con ellos cuando pasen unos pocos días.

La narradora va señalando a lo largo del relato los habituales hitos escolares: el abandono de la escuela para ir a ayudar a las faenas agrícolas, la excursión, la visita de la inspectora, los deberes, la pintura de ventanas y paredes, pero concede especial importancia a la educación lectora. A partir de los libros que recuerda haber leído en su infancia y con algunas buenas adaptaciones de los clásicos forma una biblioteca escolar a la que da vida mediante la organización de un exitoso sistema de préstamo semanal, acompañado de estimulantes premios. Extiende la labor de invitación a la lectura a los padres de los alumnos y, en definitiva, consigue hacer de la biblioteca escolar un lugar vivo de aprendizaje.

A pesar de que su hermana, que la visita, le consigue un trabajo mejor remunerado en Pamplona, la maestra se quedará en Beirechea, una vez que las vacaciones de verano le han servido para la reflexión y la toma de esa decisión definitiva. Y es que ha encontrado a Javier Arive, un joven que llegó al mismo pueblo para ayudar con ideas de mejora tecnológica a las labores agrícolas de los vecinos. Aunque en

ese momento se muestre desengañado con la respuesta de las gentes del campo, el hecho de haber conocido a Muriel supone para él un acicate para seguir cumpliendo el objetivo que se impuso en su día. Javier y Muriel se casarán y formarán hogar para seguir alentando juntos en ese pueblo una misión regeneradora.

En definitiva, esta novela es un *Bildungsroman* con carga moral en el que la lucha por el afianzamiento de una vocación profesional, en medio de las hostilidades del ambiente, sirve para señalar la maduración del personaje principal, que encuentra finalmente la felicidad. Aunque aparezcan en ella rasgos melodramáticos, se glosa al modo realista la dura condición social de la joven maestra en el primer momento de la década de los años sesenta, con subrayado de la confrontación entre los usos y costumbres rurales y la aspiración a una cómoda vida urbana por parte de las nuevas generaciones.

# CONCLUSIÓN

Las páginas que anteceden se leen como primera aproximación a la novela profesional del Magisterio, subgénero producido en España durante la segunda mitad del siglo XIX y todo el siglo XX. La hipótesis de partida es que existe un número suficiente de títulos que casan con esa denominación; y esta afirmación se sustenta en algunas evidencias reunidas en anteriores estudios nuestros sobre la prensa profesional, pues en ellos afloraban no pocos periodistas-maestros que ensayaban el género narrativo, casi siempre en la modalidad del cuento o del cuadro costumbrista, sobre la experiencia magisterial en ámbitos rurales. Estos textos literarios, con alguna dosis de humor negro, cumplían la función de exorcizar los padecimientos habituales sufridos por el maestro de primeras letras en el tramo temporal en el que rige la Ley Moyano. El maestro era el mártir del siglo XIX, como decía en uno de sus versos el poeta satírico Manuel de Palacio, a la vez que los intelectuales aplicaban a su figura metáforas y epítetos grandilocuentes como «la más soberana de todas las majestades sociales» y otras similares. En efecto, las revistas profesionales de la época señalan sistemáticamente al maestro de escuela como mártir y como chivo expiatorio de la sociedad injusta; como otro Cristo viviente al que las fuerzas sociales cubren de oprobios y de malos tratos.

Se constata que el personaje maestro, que cuenta con antecedentes en las artes y en la literatura popular, tiene además buen rendimiento en la cuentística española del periodo realista, como síntoma del contenido pedagógico de que está imbuido todo un proyecto literario de la generación realista del siglo XIX que tiene como guía a Benito Pérez Galdós. El fenómeno de la prensa profesional corre paralelo al desarrollo de aquella ley de 1857 que uniforma los estudios de la enseñanza primaria, a la vez que las escuelas normales empiezan a surtir maestros y maestras titulados con vistas al reemplazo de las anteriores generaciones de maestros de escuela, casi siempre menos preparadas para desempeñar el oficio docente.

Toda esa literatura menor incluida en los órganos profesionales publicados en cada una de las provincias españolas funciona como germen de argumentos li-

terarios de más largo alcance, pronto aptos para ahormar auténticas novelas. En realidad, la vida profesional del maestro de antaño se avenía con los argumentos de las novelas sin necesidad de hacer demasiados alardes imaginativos, pues aquellos docentes eran héroes que salían de su lugar familiar, se desplazaban, ocupaban destinos en diferentes pueblos y aldeas, para enfrentarse a unas cuantas pruebas difíciles de superar. En ese camino se encontraban, como en una novela canónica, elementos oponentes que dificultaban la consecución del objetivo, aunque, excepcionalmente, pudieran acudir en su auxilio elementos coadyuvantes. Ni más ni menos que el esquema básico del género de la novela teorizado hace un siglo por Georg Lukács: la historia del héroe que busca la aventura para ser probado por ella.

Los escritores-maestros tienen a su disposición los dos grandes subgéneros de la novela de educación como cauces adecuados para verter la «aventura» del maestro o de la maestra: la novela pedagógica o de instrucción y la novela de formación o *Bildungsroman*. La primera, asimilada a la novela de tesis, es una modalidad literaria francesa surgida en la época de la llustración, que contiene la demostración ante un discípulo de la bondad del ideario defendido por el personaje educador. Se trata, en definitiva, de un género doctrinal con importantes dosis de idealismo que privilegia el cuerpo pedagógico. De él van a servirse los primeros autores de novelas profesionales como Domingo Erosa y Carlos Yeves en *El maestro de escuela o el civilizador del mundo* (1865) y *Un maestro* (1866), respectivamente. Planea sobre estas dos obras la tradición de novelas de referencia como *Telémaco* de Fénelon, *Emilio* de Rousseau o, más aún, las novelas de Pestalozzi, que es uno de los pedagogos más citados por los maestros escritores.

En el segundo modelo, más elaborado, el concepto de educación informa igualmente todo el desarrollo novelesco, pero importa más la idea de autoconocimiento del sujeto, que es aprendiz y protagonista: el héroe recorre un camino a la vez que reflexiona sobre su trayectoria. El modelo de este subgénero lo proporciona la literatura alemana a través de la novela *Los años de aprendizaje de Guillermo Meister* de Goethe, escrita un siglo más tarde que *Las aventuras de Telémaco* de Fénelon. La literatura alemana alcanza la excelencia a través de grandes novelas continuadoras de la de Goethe, pero nuestros novelistas maestros de ninguna manera van a aprovechar todas las virtualidades del modelo germano y se van a conformar con recuperar sus elementos más superficiales, es decir, el marco narrativo. Sin embargo, la mayoría de los cuarenta y un títulos que forman el repertorio aquí examinado tiene relación con aquel subgénero.

Por eso, es normal que los maestros, profesores de escuelas normales o inspectores de educación se sirvan de estructuras narrativas como la autobiografía, el diario o las memorias, con el oportuno aderezo que justifique su inclusión en el género profesional. A veces, a estos autores les cuesta justificar el estatuto de novela de sus escritos, al encuadrar muy débilmente su historia de vida o autobiografía en un marco novelesco. De hecho, los géneros de la autobiografía y el diario suponen significativas aportaciones de algunos maestros y maestras que dan cuenta de sus trayectorias, sobre todo en periodos convulsos como son los tiempos de república y guerra, y que se leen como complemento de las novelas.

Al resultar casi siempre novelas desconocidas, y tras unas primeras páginas introductorias sobre teoría de géneros y formas literarias, se ha hecho en este libro una aproximación a cada una de ellas a modo de catálogo razonado. Aparecen ordenadas según dos criterios, el cronológico y el de sexo. Por un lado, se agrupan las obras en distintos momentos históricos situados en época anterior a la Restauración del siglo XIX, en la primera Restauración decimonónica, el primer tercio del siglo XX, en el tiempo de república y guerra, y, finalmente, en la etapa de la posguerra. Por otro lado, el criterio hombre-mujer singulariza las diferencias que, sobre un telón de fondo común, se observan en el tratamiento profesional del maestro y de la maestra.

La narrativa realista del siglo XX recoge bastantes muestras del papel desempeñado por la mujer educadora al calor de la institucionalización y la valoración del oficio de maestra de escuela. Aunque este personaje no acaba de sustraerse a la caracterización negativa de un estereotipo fraguado con anterioridad, vamos a encontrar a algunas autoras, «maestras de maestras» que, en los primeros decenios del siglo XX, filtran en sus novelas inquietudes de lo que podríamos denominar primera oleada feminista. Desde planteamientos algo idealistas, Magdalena de Santiago-Fuentes o Melchora Herrero publican unas primeras narraciones profesionales, con estructura de novelas pedagógicas, en las que subyace la protesta por el trato que la mujer maestra recibe en la sociedad de su época, sirviéndose siempre de la propia experiencia.

La mayoría de títulos de nuestro corpus se ajusta, con unas marcas muy reconocibles, al modelo que denominamos novela profesional del Magisterio, recogiendo la terminología que aplica algún comentarista a alguna de estas obras, aunque en el ámbito del periodismo se las etiquete insistentemente con el sintagma de novelas pedagógicas. Preferimos la denominación primera, puesto que esta última conviene mejor a la matriz del género francés de época de la Ilustración. En definitiva, las novelas están escritas por maestros y maestras, también profesores normalistas

o inspectores, con la doble intencionalidad de señalar el tratamiento injusto que recibe el personaje principal de parte de los distintos sectores sociales y, a la vez, de ensalzar la noble misión que alienta una profesión.

Cuando confluyen estas dos finalidades estamos ante la cristalización del subgénero. Ello se produce en la década de los años veinte, en momentos de transición de la última etapa de la Restauración a de la Dictadura de Primo de Rivera. En este sentido, al periódico *El Magisterio Español* se debe el impulso definitivo que cobra esta modalidad genérica como resultado de dos importantes concursos convocados por ese órgano profesional. El primero, en 1920, para novelas con personaje protagonista maestro; y el segundo, en 1925, para novelas con personaje maestra. De ahí van a salir unas cuantas obras que podríamos calificar como canónicas. Las ganadoras, escritas por los inspectores de educación Onieva y Lillo Rodelgo, *Entre montañas* (1920) y *Clara Angélica* (1925); y las finalistas, *Levántate y anda* (1925) y *El último cacique* (1927), del también maestro-inspector Rafael Pérez y Pérez, y alguna otra más. El caso de este último autor anticipa una característica que se corrobora a lo largo del desarrollo histórico del subgénero, cual es el paso del novelista-maestro al de creador literario con reconocimiento del público lector. Es cierto que Rafael Pérez y Pérez no figura entre los nombres importantes de las historias literarias españolas, pero no se puede ocultar el gran éxito popular que tuvieron sus nuevas y numerosas novelas que fundían el componente histórico con la modalidad rosa.

Más significativo es el caso de las escritoras Dolores Medio y Josefina Aldecoa, que convierten sus obras en referencias de la narrativa social de su época y en los mejores testimonios sobre la escuela de tiempo de república y guerra. Siempre dentro de la estética realista, plasman los ideales educativos de un tiempo mítico que ensaya en su práctica docente pedagogías innovadoras, como el método de la lectura por la escritura, la técnica de Freinet o las lecturas literarias motivadoras. Ellas, que fueron maestras de profesión, hacen avanzar un paso más el género profesional, al hacer compatible la calidad de página y el documento.

Lo mismo puede decirse de Salvador García Jiménez, escritor de prestigio, que logra hacer también de su novela *Primer destino* un texto canónico del género. La que fuera maestra de escuela rural Concha Alós, aunque conserva en su novela algunas marcas del género profesional, incorpora otros elementos que la apartan del canon. Eso mismo ocurre con otras aportaciones de la novelística social debidas a Enrique Nácher y Jorge Ferrer-Vidal. Es decir, se observa cierta porosidad entre la narrativa de posguerra y la vida profesional de los maestros y maestras, de tal modo que podemos documentar ya títulos que se salen de los límites del género profe-

sional, pero que mantienen algunas de sus marcas fundamentales. Algo similar ocurría en títulos de época anterior acogidos a la estética neocostumbrista, como eran las novelas de López Pinillos (*Doña Mesalina*) y Fernando Mora (*El amor pone cátedra*). En estos casos se constata cómo la cuestión de la escuela, en su dimensión pedagógico-social, impregnaba lo literario.

O, más adelante, en títulos de la literatura para receptores de corta edad. En efecto, la escuela, en tanto que institución fundamental, ha estado siempre como tema en las literaturas infantiles y juveniles. Alguna de esas novelas puede asimilarse a las que constituyen el objeto de nuestro estudio; en ellas se focaliza la figura del maestro o la maestra que debe superar algunas dificultades para llevar a cabo su función docente. Es el caso, sobre todo, de *Cinco panes de cebada* (1981) de Lucía Baquedano y *El maestro y el robot* (1883) de José Antonio del Cañizo, dos clásicos fundamentales de un tipo de literatura juvenil que quiere ir más allá del tratamiento esquemático de la materia narrada, característico de la literatura infantil y juvenil.

La exploración del conjunto narrativo considerado arroja imágenes expresivas sobre la educación de las generaciones anteriores dentro del ámbito de la escuela primaria. Cruzados todos estos datos, y observados en su decurso, aportan claves para entender aspectos de la historia de la educación en España. Al quedar adscritas la mayor parte de estas novelas a la corriente realista, los lectores obtienen una visión panorámica de usos didácticos en un contexto de penuria, en medio de injusticias, con predominio del marco rural. Se confirma en los relatos una dicotomía entre viejas pedagogías (coercitivas, inquisitoriales, memorísticas y maquinales), casi siempre impugnadas, frente a nuevos modos educativos (intuitivos, lúdicos, racionales, armónicos), ponderados las más de las veces.

La narrativa española desde la inmediata posguerra hasta la democracia sigue suministrando al investigador material sobre las prácticas educativas de la escuela primaria del momento. El núcleo narrativo que evoca la escuela de los años cuarenta y cincuenta focaliza, igualmente, la escuela rural que, salvo alguna excepción, está aquejada de insuficiencias tanto materiales como didácticas, con maestras y maestros que se mueven entre cartillas desgastadas, enciclopedias, cantos patrióticos, copias mecánicas de textos. Muy connotadas resultan algunas novelitas de maestras e inspectoras que asumen con unción los ideales educativos del Nuevo Estado salido de la Guerra Civil: es el caso de los títulos de Josefina Álvarez de Cánovas, Julia García Fernández-Castañón o María del Carmen Martínez López.

La escuela de los años sesenta aparece evocada en un número considerable de narraciones, en las que el mundo rural sigue funcionando como telón de fondo de las historias, con personajes docentes que pueden anotar críticamente situaciones

de injusticia o pueden cuestionar el sentido de su propia profesión. La población rural se muestra a veces reticente a los cambios que en esta época quieren introducir los profesores de primeras letras. Eso sí, los atisbos de enseñanzas lúdicas anteriores se hacen ahora más evidentes en evocaciones de algunos escritores. En fin, la narrativa que rememora la época del tardofranquismo se hace eco de la definitiva sustitución de la escuela «ideológica» por la «tecnocrática».

# BIBLIOGRAFÍA

## REPERTORIO DE NOVELAS


Aldecoa, Josefina, *Historia de una maestra,* Barcelona, Anagrama, 1990, 234 pp.

Aldecoa, Josefina, *Mujeres de negro,* Barcelona, Anagrama, 1994, 204 pp.

Aldecoa, Josefina, *La fuerza del destino*, Barcelona, Anagrama, 1997, 224 pp.

Almudévar, Valero, *Páginas originales: memorias de un maestro de escuela*, edición de Víctor Juan y José Luis Melero, Zaragoza, Gobierno de Aragón, [1886] 2010, XXVII, 152 pp.

Alós, Concha, *Las hogueras*, Barcelona, Planeta, 1964, 278 pp.

Álvarez de Cánovas, Josefina, *Mari-Sol, maestra rural,* Madrid, Editorial Magisterio Español, 1944, 160 pp.

Álvarez de Cánovas, Josefina, *Memorias de Mari-Sol, inspectora,* Madrid, Editorial Magisterio Español, 1947, 110 pp.

Anacas del Rin, *Los irredentos*, Madrid, Imprenta Giralda, 1926, 120 pp.

Baquedano, Lucía, *Cinco panes de cebada*, Madrid, S. M., [1981] 1990, 176 pp.

Calle Matasanz, Lucía, *Toda corazón*, Madrid, *El Ideal del Magisterio*, 1931-1933 [publicación por entregas].

Cañizo, José Antonio del, *El maestro y el* robot, Madrid, S. M., [1983] 2006, 142 pp.

Carbonell, Luis, *La novela de un maestro*, Barcelona, Editorial Mateu, 1960, 256 pp.

Chico, Martín, *¡Maestro!*, Soria, Tipografía de Sucesor de F. Jodra, 1922, 454 pp.

Erosa, Dominigo, *El maestro de escuela o el civilizador del mundo*, Santiago de Compostela, Manuel Mirás editor, 1865, XVII, 616 pp.

Ferrer-Vidal, Jorge, *Diario de Albatana*, Barcelona, Plaza y Janés, 1967, 236 pp.

García Álvarez, Honorio, *Un republicano,* León, Gráficas Celarayn, 1978, 252 pp.

García Fernández-Castañón, Julia, *Diario de una maestrita rural*, Madrid, Editorial Escuela Española, 1963, 206 pp.

García Jiménez, Salvador, *Primer destino*, Murcia, Nausicaa, [1989] 2005, 246 pp.

García Vilaplana, Guillermo, *María de la Luz La maestrica*, Castellón, Imprenta de Juan Bautista, 1925, 96 pp.

Gargallo, Alejandro, *Un palo de ciego,* Zaragoza, La Novela de Viaje Aragonesa, 49, 29-5-1927, 15 pp.

González, Ángel, *Fragmentos del diario de Petrita López*, en *El maestro*, Barcelona, Editorial Corinto, 1955, 33 pp.

Hernández, Santiago, *Un año de mi vida*, Zaragoza, introducción de Ildefonso Manuel Gil, Ayuntamiento de Paniza e Institución Fernando el Católico, [s. a.] 1998, 208 pp.

Herrero, Melchora, *El jardín de las mujeres*, Madrid, Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, 1906, 262 pp.

Lillo Rodelgo, José Eusebio, *Clara Angélica*, Madrid, Editorial Magisterio Español, 1926, 230 pp.

López Pinillos, José (*Parmeno*), *Doña Mesalina*, prólogo de José-Carlos Mainer, Madrid, Turner, 1910, 280 pp.

Lucas, Luis y Gallardo, José, *El maestro*, Madrid, Colección Popular Literaria, 1958, 80 pp.

Lucas García, Tomás, *Escuela es amor*, Madrid, Patria Chica, 1911, 460 pp.

Martínez López, María del Carmen, *Maestra y mujer*, Toledo, Imprenta Gómez-Menor, 1964, 166 pp.

Martínez Olmedilla, Augusto, *Maestra nacional,* Madrid, Ediciones Patria Hispánica, 1943, 220 pp.

Medio, Dolores, *Diario de una maestra*, edición de Covadonga López Alonso, Madrid, Castalia, 1961, 346 pp.

Mora, Fernando, *El amor pone* cátedra, Madrid, Biblioteca Hispania, 1924, 322 pp.

Nácher Enrique, *Cerco de arena*, Barcelona, Luis de Caralt editor, 1961, 226 pp.

Onieva, Antonio Juan, *Entre montañas*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1920, 414 pp.

Onieva, Antonio Juan, *La eterna inquietud*, Madrid, Editorial Magisterio Español, 1926, 332 pp.

Pérez y Pérez, Rafael, *Levántate y anda*, Barcelona, Editorial Juventud, [1925] 1933, 186 pp.

Pérez y Pérez, Rafael, *El último cacique*, Barcelona, Editorial Juventud, [1927] 1933, 180 pp.

Rincón, Antonio, *Historia de un maestro de escuela contada por D. Casiano Harto de Sufrir*, Granada, Tipografía Noticiero Granadino, 1912, 208 pp.

Saiz Otero, Concepción, *La revolución del 68 y la cultura femenina. Un episodio nacional que no escribió Pérez Galdós (Apuntes al natural)*, edición de Carmen Colmenar, Madrid, Biblioteca Nueva, [1929] 2006, 142 pp.

Santiago-Fuentes, Magdalena, *Emprendamos nueva vida*, Barcelona, Heinrich y Ca. Editores, 1905, 317 pp.

Santiago-Fuentes, Magdalena, *Vida de colegio*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1916, 152 pp. (con Carmen de Santiago-Fuentes).

Yeves, Carlos, *Un maestro*, Tarragona, Imprenta y Librería de José Antonio Nel-lo, 1866, 155 pp.

## OTRAS NOVELAS CITADAS

Atxaga, Bernardo, *Obabakoak*, Barcelona, Ediciones B., 1997.

Baroja, Pío, *Aurora roja*, *Obras Completas*, *Trilogías II*, edición de José-Carlos Mainer, Barcelona, Círculo de Lectores, [1904] 1998.

Berlanga, Andrés, *La gaznápira*, prólogo de Manuel Seco, Madrid, Espasa-Calpe, [1984]1994.

Blasco Ibáñez, Vicente, *La barraca*, edición de José Mas y Mª Teresa Mateu, Madrid, Cátedra, [1898] 2000.

Blasco Ibáñez, Vicente, *La bodega*, edición de Francisco Caudet, Madrid, Cátedra, [1905] 1998.

Candel, Francisco, *Pueblo*, Barcelona, Destino, 1961.

Candel, Francisco*, Viaje al rincón de Ademuz*, Barcelona, Plaza y Janés, 1977.

Cañizo, José Antonio del, *El castillo invisible*, Barcelona, Edebé, 1996.

Castro, Cristóbal de, *Mariquilla, barre, barre...*, *La Novela del Sábado*, 11-11-1939.

Cela, Camilo José, *Viaje a la Alcarria*, Barcelona, Destino, [1948] 1971.

Corbera Fradera, Carolina, *Eterna colegiala*, Madrid, Lincor, 1958.

Delibes, Miguel, *La sombra del ciprés es alargada,* Destino, Barcelona, [1948] 1997.

Delibes, Miguel, *Mi idolatrado hijo Sisí*, Barcelona, Destino, [1953] 1993.

Delibes, Miguel, *Los santos inocentes,* Barcelona, Planeta, 1981.

Gálvez, Manuel, *La maestra normal*, prólogo de Juan Carlos Moreno, en *Obras escogidas*, Madrid, Aguilar, 1914.

Ganivet, Ángel, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, edición de Laura Rivkin, Madrid, Cátedra, [1898] 1983.

García Bravo, Pilar, *Mi colegio.* Madrid, Escélicer, 1959.

Goytisolo Juan, *Campos de Níjar*, Barcelona, Seix Barral, 1960.

Juan Arbó, Sebastián, *Martín de Caretas en el pueblo*, Madrid, Espasa-Calpe, [1958] 1972.

Lera, Ángel Mª de, *Los olvidados*, edición de Asunción Castro Díez, Madrid, Castalia, [1957] 2004.

Lorén, Santiago, *El pantano*. Barcelona, Buenos Aires México, DF., Bogotá, Plaza Janés Editores, 1967.

Palacio Valdés, Armando, *José*, edición de Jorge Campos, Madrid, Cátedra, [1885] 1975.

Pereda, José María de, *De tal palo tal astilla*, edición de Joaquín Casalduero, Madrid, Cátedra, [1880] 1976.

Pérez Galdós, Benito, *El Grande Oriente*, Madrid, Alianza Editorial, [1876] 1992.

Pérez Galdós, Benito, *El siete de julio*, Madrid, Alianza Editorial, [1876] 1996.

Pérez Galdós, Benito *El terror de 1824*, Madrid, Alianza Hernando, [1877] 1976.

Pérez Galdós, Benito, *La familia de León Roch*, edición de Íñigo Sánchez Llama, Madrid, Cátedra, [1878] 2003.

Pérez Galdós, Benito, *Un faccioso más y algunos frailes menos*, Madrid, Alianza Editorial, [1879] 1976.

Pérez Galdós, Benito, *El amigo Manso*, edición de Francisco Caudet, Madrid, Cátedra, [1882] 2001.

Pérez Galdós, Benito *El doctor Centeno*, edición de José-Carlos Mainer, Madrid, Biblioteca Nueva, [1883] 2002.

Pérez Galdós, Benito, *Tormento*, Madrid, Alianza Editorial, [1884] 1996.

Pérez Galdós, Benito *Lo prohibido*, edición de James Whiston, Madrid, Cátedra, [1885] 2001.

Pérez Galdós, Benito *Fortunata y Jacinta* edición de Germán Gullón, Madrid, Taurus, [1887] 1986.

Pérez Galdós, Benito, *El caballero encantado*, edición de Julio Rodríguez Puértolas Madrid, Cátedra, [1909] 1977.

Pérez Galdós, Benito, *Amadeo I*, Madrid, Alianza Hernando, [1910] 1980.

Pérez Galdós, Benito, *La Primera República*, Madrid, Alianza Hernando, [1911] 1980.

Pérez Galdós, Benito, *De Cartago a Sagunto*, Madrid, Alianza Hernando, [1911] 1980.

Pérez Galdós, Benito, *Cánovas*, Madrid, Alianza Hernando, [1912] 1980.

Pérez Galdós, Benito, *La razón de la sinrazón*, en *Obras Completas*, III, Madrid, Aguilar, [1915] 1973.

Queral y Formigales, Pascual, *La ley del embudo*, edición de Juan Carlos Ara Torralba, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, [1897] 1994.

Vargas Vila, José María, *El maestro*, París, Madrid, La Novela Corta, 1917.

Vázquez, José Andrés, *Héroes de otoño*, La Novela del Sábado, 9-12-1939.

## CUENTOS Y CUADROS COSTUMBRISTAS

Alarcón, Pedro Antonio de, «Un maestro de antaño», en *Obras Completas*, 7, Madrid, Ediciones Fax, [1880] 1943, pp. 1741-1742.

Blanco Amor, Eduardo, «Aquella gente,» Barcelona, Seix Barral, primera edición en gallego, «Xente ao lonxe», Vigo, Galaxia, [1972] 1976.

Caballero, Fermín, «El dómine», en *Los españoles pintados por sí mismos,* I, Madrid, Visor, [1843] 2002, pp. 349-356.

Clarín, Leopoldo Alas, «El número uno», «Don Urbano», en *Cuentos Morales* edición de Carolyn Richmond, en *Cuentos Completos*, 2, Madrid, Alfaguara, [1896] 2000, pp. 56-61 y 101-106.

Coloma, Luis, «La Pascua Florida y el Cuarto Ayunar», *Obras Completas*, Madrid, Razón y Fe, [1887] 1952, pp. 88-94.

Frontaura, Carlos, «Tienes más hambre que un maestro de escuela», *El Magisterio Español*, Madrid, 20-9-1880, p. 2.

Gargallo, Alejandro, «La mejor lección», *La Orientación*, Guadalajara, 4-2-1916, pp. 2-3.

Llano, Manuel, «Tía Esperanza», «Salín, el ciego», «Don Anselmo», en *Retablo infantil y otras estampas*, prólogo de Miguel de Unamuno, Madrid, Anaya, [1935] 1992, pp. 37-41, 50-54 y 69-74.

Mateo Díez, Luis, «Las voces» y «La tiza», en *Días del desván*, edición de Miguel Díez R., Madrid, Anaya, [1997] 2001, pp. 80-83 y 101-103.

Matute, Ana Mª, *Algunos muchachos,* Barcelona, Destino, [1964] 1982.

Miró, Gabriel, «El señor maestro», en *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, [ca. 1910] 1953, pp. 110-113.

Olmo, Lauro, «Tinajilla», en *Cuento español de posguerra*. *Antología,* edición de Medardo Fraile, Madrid, Cátedra, [1968] 1992, pp. 141-143.

Pardo Bazán, Emilia, «Ocho nueces», en *Cuentos Completos*, II, edición de Juan Paredes Núñez, La Coruña, Fundación Pedro Barril de la Maza Conde de Fenosa, [1897] 1990, pp. 70-74.

Pereda, José María, «Para ser un buen arriero», «Los chicos de la calle», «Blasones y talegas», en *Tipos y paisajes*, *Obras Completas* I, edición de Salvador García Castañeda, Santander, Ediciones Tantín, [1871] 1989, pp. 291-313, 375-384 y 385-446.

Pérez Puicerbé, R., «El maestro de escuela», *Los hombres españoles, americanos y lusitanos pintados por sí mismos*, tomo 1, Barcelona, Establecimiento Tipográfico-Editorial de Juan Pons, [s. a.], pp. 439-449.

Puig Pérez, José, «El maestro de escuela», *Los españoles de ogaño*, tomo 1, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1872, pp. 100-108.

Rivas, Manuel, *La lengua de las mariposas*, Madrid, Alfaguara, [1995] 1999.

Rodríguez Marín, Francisco, «El entarimao», *Cincuenta cuentos anecdóticos*, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1919 (2ª ed.), pp. 193-198.

Unamuno, Miguel de, «El maestro de Carrasqueda», *Obras Completas*, IX, [1903] 1958, pp. 182-187.

## MEMORIAS Y DIARIOS

Almendros, Herminio, *Diario de un maestro exiliado (Barcelona, 1939-La Habana, 1940)*, Valencia, Pre-Textos, 2005.

Anguita Valdivia, José, *Vida ejemplar de un maestro del siglo XIX. Apuntes biográficos de D. Juan Carrillo Sánchez*, Madrid, Imprenta Renacimiento, 1929.

Barnés, Pilar, *El gozo de mis raíces y su entorno*, Lorca, Ayuntamiento de Lorca, 2000.

Calpe Clemente, Vicente, *Una escuela rural*, Valencia, Gráficas Ortiz, 1936.

Fornaguera, Miquel, *Fugida*, Barranquilla (Colombia), Gráficas Mora-Escofet, 1962; Barcelona, PPU, 2000.

Hernández Ruiz, Santiago, *Una vida española del siglo XX. Memorias (1901-1988)*, edición de Víctor Manuel Juan, Zaragoza, ICE Universidad de Zaragoza, 1997.

Jiménez de Mier y Terán, Fernando, *Un maestro singular. Vida, pensamiento y obra de José de Tapia*. B.., México D. F., Ediciones Robín, 1989.

López Anguta, Simón, *Biografía de don Simón López Anguta*, Vitoria, Imprenta de los Hijos de Iturbe, 1907.

Medrano, Guillermina y José I. Cruz, *Experiencia de una maestra republicana*, Valencia, Real Sociedad Económica de Amigos del País, 1998.

Noja Ruiz, Higinio, *La Armonía o la escuela en el campo*, Barcelona-Lausanne, Virus Editorial, CIRA, 1996.

Pons Rotger, Magdalena Genoveva, *Tres años de antaño*, Bogotá, Talleres de Heliodoro Colombiana, 1984.

Ruipérez Cristóbal, Leonor, *Relato de mi vida*, Salamanca, Europa Artes Gráficas, 1996.

Sánchez Arbós, María, *Mi Diario*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada y Gobierno de Aragón, [1961] 2006.

Soto, Luis, *Castelao, a UPG e outras memorias*, Vigo, Edicións Xerais de Galicia, S. A., 1983.

Trabadua de Mandaluniz, Polixene, *Crónicas de amama*, Bilbao, Fundación Sabino Arana e Instituto Vasco de la Mujer, 1997.

Unamuno, Miguel, *Recuerdos de niñez y mocedad*, *Obras Completas* I, edición de Manuel García Blanco, Madrid, Afrodisio Aguado, [1908] 1951.

## OTRAS REFERENCIAS

Alcántara García, Pedro, «Bibliografía. *Un maestro, novela pedagógica*», *La Enseñanza*, Madrid, 25-9-1866, pp. 371-373.

Anónimo, «Un maestro. Novela pedagógica por don Carlos Yeves», *La Conciliación*, Toledo, 30-10-1866, p. 22.

Anónimo, «Bibliografía. Reseña de *El maestro de escuela o el civilizador del mundo*», *El Despertador*, La Coruña, 20-6-1867, pp. 133-135.

Anónimo, «Campaña pro cultura», *El Magisterio Español*, Madrid, 8-4 -1920, p. 1-2.

Anónimo, «Concurso de novelas», *El Magisterio Español*, Madrid, 4-2-1921, p. 5.

Anónimo, «Nuestro concurso de novelas», *El Magisterio Español*, Madrid, 15-1-1921, p. 3.

Anónimo, «Libros y revistas. Novelas pedagógicas», *El Magisterio Español*, Madrid, 21-12-1923, p. 9-10.

Anónimo, «Premio Lucía Ascarza», *El Magisterio Español*, Madrid, 16-2-1925, p. 9.

Anónimo, [Premio de novela a Luis Carbonell], *Hoja del Lunes de Barcelona*, 5-12-1960, p. 33.

Azorín, Dolores, *La obra novelística de Rafael Pérez y Pérez*, Alicante, Diputación Provincial de Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 1983.

Ballarín, Pilar, «Maestras y libros escolares», en P. Ballarín, Á. Caballero, C. Flecha, y M. Vico, *I Simposio Manes. El libro escolar, reflejo de intenciones políticas e influencias pedagógicas*, Madrid, Universidad Nacional a Distancia, 2000, pp. 341-375.

Cantón, Isabel (coord.), *Narraciones de la escuela*, Barcelona, Editorial Davinci, 2009.

Cantón, Isabel (coord.), *Narraciones de maestros*, Barcelona, Editorial Davinci, 2010.

Checa, Antonio, *Historia de la prensa pedagógica en España*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2002.

Clark, Priscilla, «The metamorphoses of mentor: Féneon to Balzac», *Romanic Review*, LXXV, 2, 1984, p. 200-215.

Colmenar, Carmen, «La voz de las maestras en la sociedad de la Restauración: Concepción Saiz de Otero», *Faisca: revista de altas capacidades*, 2008, vol. 13, 15, pp. 107-121.

Cortada, Esther, «Hostilidad, negociación y conciencia profesional: el día a día de las maestras del siglo XIX», *Ayer*, 45, 2002, 1, pp. 223-250.

Escolano, Agustín, «Las culturas escolares en el último medio siglo», en A. Escolano (director), *Historia ilustrada de la escuela en España*. Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2006, pp. 267-287.

Ezpeleta, Fermín, *Crónica negra del magisterio español*, Madrid, Unisón, 2001.

Ezpeleta, Fermín, «Sobre maestros y maestras en la novela del último Galdós», Y. Arencibia, Mª del P. Escobar y R. Mª. Quintana (editoras), *Actas* del en *VII Congreso Internacional Galdosiano*, Las Palmas de Gran Canaria, 2004, pp. 241-253.

Ezpeleta, Fermín, *El profesor en la literatura. Pedagogía y educación en la narrativa española (1875-1939)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.

Ezpeleta, Fermín, *Maestro y formación en la novela galdosiana*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2009.

Ezpeleta, Fermín, *Miguel Vallés: entre pedagogía y didáctica*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2010a.

Ezpeleta, Fermín, «*Escuela es amor* (1911) de Tomás Lucas García: novela pedagógico-social con Unamuno al fondo», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 48, 1, 2010b, pp. 55-70.

Ezpeleta, Fermín, «La formación del lector como tema en la última narrativa infantil y juvenil». *Ocnos: Revista de Estudios sobre Lectura*, 7, 2011, pp. 101-110.

Ezpeleta, Fermín, «Educación literaria en los colegios de las novelas (1940-2010)», *Quaderns de Filologia. Estudis literaris*, 18, 2013a, pp. 147-161.

Ezpeleta, Fermín, «Educación literaria en las novelas de colegios de la Edad de Plata». *Álabe* 8, 2013b.

Ezpeleta, Fermín, *Leer y escribir en la escuela del XIX: prensa pedagógica y didáctica de la lengua*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2018.

Fernández Clemente, Eloy, «Santiago Hernández Ruiz en la Gran Enciclopedia Aragonesa», en A. Tiana y V. M. Juan (editores.), *Santiago Hernández Ruiz (1901-1988) y la educación de su tiempo*, Zaragoza, UNED-Calatayud, 2003, pp. 13-18.

Fernández Osorio, Jesús, «Una original cápsula del tiempo en Torvizcón», *Ideal En Clase*, 21-8- 2020, pp. 1-2 (en-clase.ideal.es).

Flecha, Consuelo, *Las primeras universitarias en España*, Madrid, Narcea, 1996.

Flecha, Consuelo, «Mujeres educando a mujeres: autores de libros escolares para niñas», en J.L. Guereña, G. Ossenbarch y M. M. del Pozo (directores), *Ma-*

*nuales escolares en España, Portugal y América Latina (siglos XIX y XX)*, 2005, pp. 49-67.

Flecha, Consuelo, «La mujer en el Magisterio», *Tavira*, 26, 2010, pp. 273-295.

Gabriel, Narciso de, «La profesionalización del magisterio en España (siglos XIX y XX): literatura, biografías, memorialística», *Historia y Memoria de la Educación*, 1, 2015, pp. 59-92.

Gómez García, María Nieves, «La infancia escolarizada: un proceso contradictorio», en A. Escolano (director), *Historia ilustrada de la escuela en España*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2006, pp. 337-338.

Granderoute, Robert, *Le roman pédagogique de Fenélon a* Rousseau, 2 vols., Genéve, Slatkine, 1985.

Herrero, Melchora, «La primera maestra», *La Asociación*, Teruel, 3-8-1929, pp. 2-3.

Jourdan, Pierre, «Humor y pedagogía. Variations sur le thème de l´école et de l´education dans les premiers romans de la serie contemporánea» de Pérez Galdós», *Iris*, 1993, pp. 113-156.

Luis Martín, Francisco de, *La cultura socialista en España 1923-1930*, Salamanca, Ediciones Universidad, 1993.

Lomas, Carlos, *Érase una vez la escuela: los ecos de la escuela en las voces de la literatura*. Barcelona, Grao, 2007.

Lomas, Carlos (coordinador), *Textos literarios y contextos escolares. La escuela en la literatura en la escuela*, Barcelona, Graó, 2008.

Marco, José María, *Francisco Giner de los Ríos. Pedagogía y poder*, Barcelona, Península, 2002.

Mata, Carlos, «Sobre el cuento literario en español a principios del siglo XX: Darío, Miró, Unamuno», *Rilce*, 15, 1, 1999, pp. 309-318.

Martínez-Otero, Vicente, *Literatura y educación*, Madrid, Editorial CCS, 2010.

Molina, Isabel, «La doble cara del discurso doméstico en la España liberal: el ángel del hogar de Pilar Sinués», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 8, 2009, pp. 181-197.

Montón, Pedro, «Una aventura editorial: *La Novela de Viaje Aragonesa*», *Cuadernos de Aragón*, 18-19, 1984, pp. 211-230.

Naval, Mª Ángeles, *La Novela de Vértice y La Novela del Sábado*, Madrid, CSIC, 2000.

Navascués, Miguel, «Patricio Sarmiento: trayectoria de un liberal exaltado en los Episodios Nacionales», *Hispanic Journal*, 4, 2, 1983, pp. 135-144.

Noguera, Julián, *La última víctima de la Inquisición. El Maestro de Ruzafa*, Valencia, Cuadernos de Cultura, 1932.

Nora, Eugenio de, *La novela española contemporánea,* I y II, Madrid, Gredos, 1958, 1962.

Pueyo y Artero, Pedro, «Un palo de ciego», novela por Alejandro Gargallo, *La Asociación*, Teruel, 11-6-1927, p. 2.

Rodríguez, Alfred, «Aspectos de un «tipo» galdosiano: el maestro de escuela, ayo o pasante», en *Actas del Segundo Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, II, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular, 1980, pp. 341-360.

Rodríguez Fontela, María de los Ángeles*, La novela de autoformación. Una aproximación teórica e histórica al Bildungsroman desde la narrativa española,* Oviedo, Kassel, Universidad de Oviedo, 1996.

Rubio Jiménez, Jesús, «*La novela de viaje aragonesa* (1925-1928): crisis y contradicciones del costumbrismo en los años veinte», en J. M. Delgado y M.P. Martínez (editores), *Jornadas de Prensa y Sociedad*, Logroño, Universidad de la Rioja, 1991, pp. 115-132.

Sawa, Alejandro, «Debéis pan al maestro y educación al discípulo», en F. Ezpeleta, *Crónica negra del magisterio español*, Madrid, Unisón, 2001, pp. 167-171.

Viñao, Antonio, *Leer y escribir. Historia de dos prácticas culturales*, México, Educación, voces y vuelos, I.A.P., 1999a.

Viñao, Antonio, «Las autobiografías, memorias y diarios como fuente histórico-educativa: tipología y usos». *Sarmiento*, 3, 1999b, pp. 223-253.

Viñao, Antonio, «Memoria escolar y Guerra Civil. Autobiografías, memorias y maestros», *Cultura escrita y sociedad*, 4, 2007, pp. 171-202.

Viñao, Antonio, «Autobiografías, memorias y diarios de maestros y maestras en la España contemporánea», *Cultura escrita y sociedad*, 8, 2009, pp. 183-200.

ISBN 978-84-9911-763-8

GOBIERNO DE ARAGON

GENVS
GRUPO DE INVESTIGACIÓN

INSTITUCIÓN FERNANDO EL CATÓLICO

DIPUTACIÓN Đ ZARAGOZA